

Libros del Asteroide



# Robertson Davies

## Espíritu festivo

Cuentos de fantasmas



**Robertson Davies**

Espíritu festivo

Cuentos de fantasmas

Traducción de Concha Cardeñoso Sáenz de Miera

Libros del Asteroide 

# Índice

## Espíritu festivo. Cuentos de fantasmas

De cómo nació el espíritu festivo

Revelación de una chimenea asfixiante

El fantasma que desapareció a fuerza de títulos

La reina se divierte

La noche de los tres reyes

El banquete de Charlottetown

Cuando Satán vuelva a casa por Navidad

Refugio para santos denostados

La asimilación de Dickens

El beso de Jruschov

El gato que fue a Trinity

El feo espectro del sexismo

La cantera de donde fuisteis arrancados

Los peligros del signo doble

Conversaciones con la mesita

Al rey lo que es del rey

La fotocopiadora de la habitación perdida

Einstein y el pequeño lord

Ofrecimiento de inmortalidad

## Colofón

Nota biográfica

Recomendaciones Asteroide

Título original: *High Spirits. A Collection of Ghost Stories*

Queda ríguosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © Robertson Davies, 1982

© de la traducción, Concha Cardeñoso Sáenz de Miera, 2013

© de esta edición: Libros del Asteroide S.L.U.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

[www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com)

ISBN: 978-84-15625-68-1

Depósito legal: B. 25.613-2013

Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

## De cómo nació el espíritu festivo

### Capítulo autobiográfico

Los cuentos de fantasmas hicieron su aparición en mi vida antes de que aprendiese a leer. Me acuerdo del primero como si me lo acabaran de contar. Sucedió en una fiesta que organizaron mis padres; todavía no era la hora de irme a la cama, porque recuerdo que, fuera, el sol empezaba a ponerse y, mientras los invitados comían delicias de gelatina (a rayas rojas y amarillas, con nata batida por encima, una nata deliciosísima que parece haber desaparecido de la faz de la Tierra), la señorita Currie nos contó el caso de la extraña desaparición de Oliver Lurch. Oliver era un granjero joven de Kentucky; una noche, durante una reunión como la nuestra, salió a buscar leña para el fuego pero no volvió; cuando los demás salieron a buscarlo, oyeron su voz, que decía desde el cielo: «¡Estoy aquí! ¡Estoy aquí! ¡Ayudadme! ¡Soy Oliver Lurch!». Poco a poco, la voz se fue apagando y nunca más volvieron a ver ni a oír a Oliver Lurch. Algunos decían que se lo había llevado un águila muy grande, pero... ¿a un adulto? ¿Qué clase de águila podía ser? Tenía que haber sido otra cosa.

Aquella noche me fui a la cama con mucho miedo, pensando en la Mano Negra. Y desde entonces, siempre he tenido la impresión de que cualquier fiesta gana interés con un cuento de fantasmas.

El primer cuento de misterio que leí, a los diez años, fue *Frankenstein*, que me aterrorizó de una forma inolvidable y maravillosa. En mi opinión, ninguna de las versiones cinematográficas se acerca ni remotamente al efecto que logra la calidad de la prosa de Mary Shelley. Como verán, uno de los cuentos de este libro, *El gato que fue a Trinity*, debe su existencia en gran parte a dicho relato, que es uno de mis predilectos, y aunque dista mucho de ser serio tampoco pretende ridiculizar al insigne original. Nada más lejos de mi intención que faltar al respeto aquí a los espectros serios.

A pesar de la afición que he tenido toda la vida a los cuentos de fantasmas y sobrenaturales en general, jamás se me ocurrió escribir ninguno hasta que fui a Massey College, facultad y residencia universitaria de la Universidad de Toronto, en 1963. Por Navidad siempre celebrábamos una fiesta a la que invitábamos a algunos amigos y era preciso dar alguna clase de espectáculo. Abundaban las personas de talento, como poetas y músicos, pero se esperaba que yo hiciera también alguna aportación, y se me ocurrió que podía ser un relato de fantasmas, el primero del presente libro. Durante los dieciocho años que estuve en la residencia, todas las Navidades me pedían que escribiera un cuento, y aquí están, reunidos en un libro, con la esperanza de que los disfruten otros entusiastas de esta clase de literatura.

En ningún momento tuve intención de asustar a nadie. Es más, hubiera sido imposible, porque el auditorio era numeroso y creo que los cuentos de terror funcionan mejor cuando se cuentan a un grupo reducido. No, estos relatos eran para divertir y tal vez para añadir una dimensión interesante a un edificio y a una comunidad recién estrenados. Hay un fantasma en la residencia universitaria del que esta, como es lógico, se siente muy orgullosa, y sin duda habrá más en los alrededores que todavía no han encontrado quien escriba su crónica. Massey College es un edificio arquitectónicamente muy bello, y no hay muchas cosas que convengan tanto a la arquitectura como una pátina de vejez y una pincelada de misterio. Canadá necesita fantasmas como quien necesita un suplemento dietético, unas vitaminas para atajar una de las dolencias modernas más temibles: el raquitismo racional.

No se deduzca de lo dicho que fui yo el primero en pensar que una residencia universitaria nueva necesite una dosis de misterio y apariciones. Muy a principios del primer otoño del edificio me contaron que había alguien que había tomado la costumbre de aparecerse en las escaleras y en los rincones oscuros, asustar a algunas personas y desaparecer en cuanto los más osados se ponían a buscarlo. Nunca me he considerado cazador de fantasmas, pero mi puesto en la residencia exigía algunas tareas extraordinarias, y acepté esta como parte de mis deberes. Finalmente atrapé al fantasma: lo sorprendí por la espalda, y resultó ser un estudiante que, con una sábana y una fea máscara de goma, se había propuesto animar el ambiente. Eso fue lo que dijo, pero los ojos le brillaban de una manera que me indujo a pensar que, en realidad, con ese juego pretendía satisfacer una necesidad propia. Y me pareció comprensible, porque resulta que el joven había emprendido unos estudios muy sesudos y racionales y, como he dicho antes, es preciso compensar el exceso de racionalidad con algo distinto.

Para escribir cuentos de fantasmas que fueran entretenidos me puse a estudiar el género y su técnica. Hay algunos muy famosos y es posible que el más digno de ser considerado una obra maestra sea *Otra vuelta de tuerca*, de Henry James. James lo plantea en forma de cuento que se lee en Navidad durante una fiesta de amigos, en una casa de campo inglesa. ¿Hay algo que pueda superarlo? Sin duda, es lo mejor que nos ofrece la sustanciosa y distinguida contribución de James a este género literario. También son dignos de mención los cuentos de Montague Rhodes James, que escribió y leyó a grupos de amigos primero en King's (Cambridge) y posteriormente en Eton, donde era rector. Mi suegro asistió a algunas de esas lecturas y, años más tarde, me contó lo divertidas que eran. Fiestas de amigos y celebraciones universitarias: sí, esos dos elementos concurrían en los Banquetes de la Casa, las Gaudy Nights de Massey College; *gaudy* proviene del latín *gaude* y es un adjetivo que se aplica tradicionalmente a las fiestas universitarias. Pero ¿y el estilo?

Los cuentos de fantasmas suelen ser bastante serios. No se sabe de ningún fantasma que se dedique a contar chistes. Yo quería que mis fantasmas fueran desenfadados o, si no ellos, al menos la forma de presentárselos al público. Un estilo nuevo no se adaptaría bien a esta clase de relatos; por lo tanto, sería necesario parodiar el estilo de siempre. Pero había que hacerlo con cariño, porque la parodia cruel es de muy mal gusto y no tiene nada que ver con el espíritu festivo.

Creo que conozco a fondo el estilo tradicional de los cuentos de fantasmas. Es solemne y recurre frecuentemente a un vocabulario poco común con la intención de imponer respeto y temor al lector o a los oyentes. Se trata de un estilo que puede caer fácilmente en el ridículo e incluso un gran maestro de este arte, como es Joseph Sheridan Le Fanu, no siempre consigue evitarlo. El pobre Le Fanu, además de escribir relatos de fantasmas, vivió un episodio macabro en sus propias carnes. Se dice a menudo que sufría una pesadilla recurrente en la que se encontraba al pie de una casa muy alta, siniestra y amenazadora, y que sabía que iba a derrumbarse encima de él. En 1873, cuando murió de un ataque cardíaco, su médico dijo lacónicamente que, al final, la casa se le había caído encima.

Una de las cosas que lamento de mi vida es no haber conocido (ni, por tanto, haber tenido tal vez ocasión de mantener una conversación con él) a un hombre que fue un gran erudito en el terreno de los sucesos mágicos y misteriosos y, por supuesto, en el de los cuentos de fantasmas. Se trata del padre reverendo Alphonsus Joseph-Mary Augustus Montague Summer (por nombrarlo con todo boato por su título y sus nombres y apellidos), conocido principalmente por su obra dramática de la época de la Restauración, pero autor también de *Historia de la brujería* y otros muchos libros sobre hombres lobo, satanismo y ocultismo. Era un individuo raro. Se había ido de Oxford, donde vivía, poco antes de que llegara yo a esa ciudad, en 1936, y lo recordaban

con cariño, algo de alegría y, de vez en cuando, una inesperada pizca de veneno. Iba por la calle vestido de sacerdote europeo, con sotana, teja, manto y un paraguas abultado; según algunas versiones, siempre andaba por la cuneta sin motivo aparente. Sin embargo, lo que de verdad extrañaba a muchos era que, en su paseo de la tarde, lo acompañaba invariablemente o bien un joven pálido vestido de negro, que debía de ser su secretario, o bien un perrazo negro, ¡pero nunca los dos a la vez! Las lenguas se desataban.

Aunque no llegué a conocer al padre Summers, llevo toda la vida coleccionando libros suyos; hay entre ellos varias series de relatos de fantasmas, algunos escritos por él, y todos van acompañados de disertaciones eruditas sobre este género literario, que tan bien conocía y tanto le gustaba. Me entusiasmaba su prosa, que hace rechinar los dientes a lectores más austeros que yo. En cuanto al estilo, había leído tantos relatos de lo sobrenatural, se había empapado tanto en grimorios y manuscritos antiguos, que no pudo escapar a su influencia: sus relatos tienen una consistencia de tarta de fruta y un aroma de oporto que los convierten en un alimento literario muy sustancioso. Le seducen palabras como «sepultura» y «osario», palabras que, verdaderamente, sería una lástima que desaparecieran de la lengua. Así pues, cuando me dispuse a escribir relatos de aparecidos (con un destello de parodia en los ojos), me propuse además depositar unos laureles en la tumba de este erudito de mérito no siempre reconocido: Montague Summers. Me complacería que quienes estén familiarizados con su obra llegaran a pensar que no lo he hecho mal del todo.

Mis fantasmas son tradicionales al menos en un aspecto: todos buscan algo. Es la razón por la que comúnmente se aparecen; buscan un objeto perdido, o venganza o justicia, y el espíritu no puede descansar hasta ver cumplido su deseo. Una vez sentada esta base, es evidente que el saludo apropiado para recibir a un fantasma no es un grito de terror, sino un amable: «¿Puedo ayudarle en algo?». Fue Shelley quien escribió (y lo secundo aquí):

Quando niño, buscaba yo fantasmas en calladas estancias, cuevas, ruinas y bosques estrellados; mis temerosos pasos ansiaban conversar con los difuntos.<sup>1</sup>

En mis cuentos de fantasmas he querido averiguar a dónde podía llevarme una conversación con los difuntos.

A todo el que escribe relatos de apariciones le preguntan ineludiblemente: «¿Usted cree en fantasmas?». La respuesta solo puede ser: «Creo en fantasmas tanto como Shakespeare, exactamente». A quien desea ahondar en el tema se le puede remitir al doctor Samuel Johnson, modelo de sentido común, quien dijo:

Es maravilloso que hayan transcurrido cinco mil años desde la creación del mundo y todavía no se sepa con certeza si ha habido o no algún caso de aparición del espíritu de una persona difunta. Todos los argumentos están en contra, pero todas las creencias están a favor.

¿Todas las creencias? El doctor habla con la certidumbre que lo caracteriza. Muchas sí, sin duda, como se puede comprobar en la serie de artículos sobre sueños proféticos, coincidencias, premoniciones y fantasmas que publicó el famoso periódico quincenal suizo *Schweizerischer Beobachter* entre 1954 y 1955, a raíz de la cual pidió a los lectores que, si habían tenido alguna experiencia de esa clase, se la mandaran por escrito a la redacción. La respuesta fue abrumadora: más de mil doscientos lectores y más de mil quinientos casos de experiencias personales, y se trataba de personas educadas y prudentes. Resulta interesante que la mayoría de los que expusieron su caso revelaran su nombre al editor y al mismo tiempo le pidieran que lo mantuviera en el anonimato: pocas personas están dispuestas a reconocer ante el mundo que creen en lo sobrenatural. El periódico confió todas las cartas al difunto doctor C. G. Jung, cuya secretaria, la

señora Aniela Jaffé, las publicó con comentarios de cariz psicológico, y constituyen una lectura de gran interés. Así pues, podemos decir que, aunque no todo el mundo crea en fantasmas, son muchos los que, sin duda, no dejan de creer en ellos.

Una palabra más: no he adaptado estos cuentos pensando en el lector, sino que he mantenido la forma en la que se contaron por primera vez en voz alta, y les ruego (a ustedes, lectores) que les concedan el beneficio del oído, además del de la vista. Es posible que a ustedes, igual que a mí, les contaran de viva voz el primer cuento de fantasmas de su vida.

En este libro aparecen nombres de varias personas vivas más o menos relacionadas con Massey College. Permítaseme aclarar que en ningún caso las nombro más que con afecto y cordialidad, como corresponde a toda Gaudy Night que se precie, y espero que los dueños de dichos nombres no consideren que los he utilizado a mi antojo ni que insinúo con ello que crean en lo sobrenatural, cosa por la que podrían protestar. Al fin y al cabo, estos no son más que fantasmas de fiesta que emanan del espíritu festivo.



## Revelación de una chimenea asfixiante

Es práctica común empezar los relatos personales de fantasmas diciendo que uno es la persona menos fantásica del mundo, que tiene los nervios de acero, que no cree en fantasmas y que no sabe cómo sucedió. Por lo tanto, estoy en franca desventaja, porque soy más fantásico que la media y muy nervioso, la idea de los fantasmas no me parece intrínsecamente improbable y, además, sé perfectamente cómo sucedió todo. Así pues, lo más probable es que lo que voy a contarles me alarme más a mí que a ustedes; sé que, en lo tocante a apariciones, la abrumadora mayoría de ustedes milita en las filas de los descreídos, pero les aseguro que para mí fue una experiencia inquietante.

La chimenea de mi estudio humea mucho. No es solo porque el tesorero compre la leña verde; creo que se ha estropeado algo en el cañón. A veces ahúma tanto la habitación que parezco un misionero jesuita de los que se tiraban al suelo en las casas comunales de los indios canadienses porque solo a diez centímetros del suelo se podía respirar sin dejarse los pulmones en el intento.

Ayer, a última hora de la tarde, estaba yo leyendo un proyecto de tesina y la chimenea empezó a humear. Me habría afectado menos si hubiera estado leyendo un cuento de fantasmas; los proyectos de tesina son, con muy pocas excepciones, el producto de la imaginación literaria menos verosímil y más horroroso. Como comprenderán, me encontraba en una disposición de ánimo muy alejada de las visiones sobrenaturales, aunque el proceso de asfixia estaba muy avanzado.

Al final, a regañadientes, como quien se enfrenta a una tarea sabiendo que es sobrehumana, me acerqué a la chimenea, me arrodillé y removí las brasas con la vaga esperanza de cambiar la calidad del humo y, al menos, lograr un cambio en la situación, ya que arreglarla era imposible. Como era de esperar, lo único que logré fue empeorar las cosas. Me impacienté y, conteniendo la respiración, metí la cabeza en la boca del lobo para ver si había algo —un nido, una ardilla muerta o algo semejante— que hubiera atascado el cañón.

Nada. Derrotado y con la contrariada resignación del que está hecho a esa clase de derrotas, reulé a cuatro patas y me puse en pie.

Había un hombre sentado a mi escritorio.

Eso no me alarmó en absoluto. Entra gente en mi estudio a menudo y no suelo oírla; cuando estoy enfrascado en algo, casi nunca me entero de lo que sucede a mi alrededor. Di por sentado que venía de visita. Tenía pinta de miembro docente de la facultad: alto, bastante delgado, calvo y con cejas de catedrático. Llevaba la toga puesta, pero yo también, dicho sea de paso, porque mi estudio, además de ahumado, estaba helado.

—Buenas tardes —dije—. ¿Qué se le ofrece?

—Se me ofrece que haga usted algo con el humo de la chimenea —contestó.

Lo dijo con una sonrisa, y supuse que era una muestra de humor profesoral. De todos modos, me pareció un detalle estupendo que se quejara de lo que, a fin de cuentas, era mi chimenea. Preferí adoptar una actitud extremadamente cortés, pues muchas veces eso desarma a los desvergonzados.

—Le aseguro que hago cuanto puedo —le dije.

—Pues no parece que sirva de mucho —replicó—; eche otro vistazo al cañón de la chimenea.

Obedecí. Entiéndase que no lo hice porque el hombre me impusiera respeto, sino porque quería tiempo para pensar. Me arrodillé lentamente, metí la cabeza en la chimenea por segunda vez y me puse a pensar.

«¿Quién demonios es este? Su cara me suena, pero ¿cómo se llama? Ojalá olvidara tanto las

caras como los nombres, o bien me acordara de las dos cosas, pero eso de tener que estar siempre peleando con caras sin nombre convierte mi vida en un mar de incertidumbre. ¿Será un crítico de arquitectura, de esos que andan por la facultad como Pedro por su casa haciéndose los listos? ¿Cómo se atreve a darme órdenes? Seguro que nos han presentado en alguna ocasión. ¿Será un catedrático de esos que se creen el doctor Johnson y tratan groseramente a los demás por principio?»

Después de pensar todo lo que pude sin tragar cantidades inmensas de humo reculé a cuatro patas y me puse en pie.

—Yo en su lugar subiría al tejado y metería un palo por la chimenea —dijo el desconocido— o, si no, ¿por qué no vuelve a bajar por ella?

—¿Por la chimenea? —dije. ¡Ajá, ahí tenía la clave del asunto! El tipo estaba loco.

—Sí —me contestó—; como no ha llamado a la puerta, deduzco que se ha colado por la chimenea. Usted no estaba aquí hace un minuto.

Uno de los preceptos cardinales de mi vida es seguir la corriente a los locos. Es innato en mí. Lo practico varias veces al día.

—En efecto —le dije—, me he colado por la chimenea.

Me miró fijamente, de una manera casi insultante, me pareció.

—Un paso muy estrecho, ¿no? —dijo.

—No, en absoluto —repliqué—. Una chimenea ancha y limpia permitiría pasar con demasiada rapidez a un hombre de mi edad, que está acostumbrado a la tranquilidad; esta, en cambio, humea magníficamente y, como habrá deducido sin tardanza, el humo confiere al aire del cañón la densidad precisa para descender flotando con la ligereza de una pluma. Pura ciencia, como puede ver. —Lo dije como quien no quiere la cosa, porque empezaba a pasármelo bien.

—Oiga usted —dijo—: no creo ni por asomo que sea el deshollinador.

—Su apreciación no podría ser más exacta —dije—. No soy el deshollinador; soy el decano de esta facultad. Y ahora, ¿puedo preguntar quién es usted?

—¡Ajá! —exclamó—. ¡Justo lo que creía! Usted está loco. No me gusta seguir la corriente a los locos. Así que, ¡fuera de aquí!

—Como guste —dije. Adoptó una actitud como si fuera a ponerse violento y yo necesitaba tiempo para acercarme poco a poco al timbre del portero—. Pero, antes de que me vaya, ¿sería usted tan amable de decirme quién es?

—¿Yo? —dijo, levantando mucho la voz y arqueando las cejas de una forma que seguro que hacía temblar a los estudiantes—. Descuide, que ahora mismo se lo digo. Soy el decano de esta facultad.

—¡Ah, claro! —dije en el tono más aterciopelado que pude—. Pero ¿cuál de ellos?

—¡Maldito desvergonzado! —aulló—. ¡Soy el noveno!

Confieso que entonces me sentí preso de un gran malestar. No sabría decir por qué, pero así fue y, aunque no puedo describir la sensación en detalle, creí que iba a perder el conocimiento; era como si la cabeza se me fuera y volviera en olas, rítmicamente; era como el vértigo, pero más intenso; me alarmé en grado sumo. Pero el desconocido parecía estar peor que yo.

—¡Basta! ¡Basta! —gritó—. ¡Por el amor de Dios, deje de aparecer y desaparecer de esa forma! Me estoy mareando.

Y, para mi gran asombro, se repantingó en mi silla y cerró los ojos, más blanco que... bueno, más blanco que un fantasma. Desistí de llamar al portero y corrí a su lado. Iba a ponerle la mano en la frente cuando de pronto abrió los ojos. El miedo que vi en su cara me dejó atónito y el hombre se apartó de mi mano.

—No se asuste —dije—, solo quiero ayudarlo.

Me habló con un hilo de voz, con la boca seca:

—¿Quién ha dicho usted que era? —me preguntó.

—Soy el primer decano —dije.

Seguramente estaba yo más alterado de lo que creía, porque, aunque intentaba tranquilizarlo, la voz me sonó lúgubre y sobrecogedora incluso a mí.

—Entonces, ¿es usted Finch? —dijo.

El malestar se apoderó de mí otra vez y, por el miedo que se reflejaba en su mirada supe que él me veía apareciendo y desapareciendo otra vez. Experimenté una mezcla de sentimientos: que me confundieran con Robert Finch (pintor, poeta, músico, sabio y compañero de mesa ingenioso y distinguido) me tentaba muchísimo. ¿Lo arriesgaría todo para disfrutar unos momentos de la gloria ajena? Sin embargo, triunfó la sinceridad y, a mi pesar, dije que no era Finch.

—¡Santo Dios! Entonces... solo puede ser el otro colega, el que estuvo aquí muy poco tiempo, antes que Finch, incluso —dijo.

Llámenme ególatra, si les parece, pero en semejante situación, ¿quiénes de entre ustedes habrían sabido contener la curiosidad?

—¿Y qué le pasó... al otro colega, el que estuvo aquí muy poco tiempo, antes que Finch? —le pregunté. Y volví a oír un timbre hueco y sobrecogedor en mi voz.

—La verdad es que no lo sé —dijo, moviendo la cabeza con pesadumbre—; se rumoreaba que le sucedió algo que a veces les sucedía a los profesores en aquella época, lo que llamaban «un arreglo con sus acreedores» o una expresión curiosa por el estilo, y entonces se marchó.

—¿Adónde? —insistí.

Parecía que le faltara aire, pero el tema era tan importante para mí que puse mis intereses por delante de toda consideración.

—No creo que lo supiera nadie —dijo—. Lo que nos ha llegado a nosotros es que hubo una investigación a fondo en La Rotonda y, al parecer, el auditor pudo con el decano, porque al final salió al jardín dando trompicones y sin la escarapela rojiza: se la habían arrancado de la toga. Después... unos dijeron que si el estanque, otros que si se había tirado desde la torre, y otros —se le quebró la voz de repugnancia— que si se había ido y había encontrado trabajo en York. La facultad trató muy bien a su mujer e hijas; sobrevivieron lavando la ropa de los ayudantes de cátedra que no podían permitirse el servicio de lavandería. Finch era un hombre muy sensible, no se puede negar, y procuró que eso no les faltara. Pero hace tanto que pasó...

Su estado de salud dejó de preocuparme. Por muy loco que estuviera el hombre...

—¿Cuánto? —le pregunté.

—Por lo menos un siglo —dijo—. A ver, estamos en la Navidad de 2063... Sí, sí, un siglo completo.

—¿Un siglo y nueve decanos? —dije. Otra vez esa sensación horrible, como si bajara en ascensor demasiado rápido.

—Un grupo distinguido —dijo él con complacencia—. Veamos, antes que yo (es el cuarto año que ocupo el cargo) estuvieron: Kasabowszki, que lo ocupó veinte años; el pobre Sawyers, que murió el tercer año de su mandato; Taschereau, que duró diez; Gamble, doce; Meyer, siete; Duruset, quince; el pobre Polanyi (que se agotó esperando, la verdad), tres y, por supuesto, el periodo glorioso de Finch, que duró veinticinco largos y espléndidos años. Sí, nueve decanos desde el primero.

Sabía que ese hombre estaba loco. Sabía que yo estaba haciendo el tonto, pero no pude evitarlo:

—¿Nueve, so idiota? ¡Diez, diez, diez! Yo fui el primer decano... —Me corté en seco, asustado por lo que acababa de decir, y rápidamente corregí la espantosa palabra—. ¡Yo soy el primer decano! —dije a voz en grito.

Supongo que debía de dar miedo, allí, moviendo los brazos y chillando, porque el hombre se encogió y se tapó la cara con las manos. Pero le oí murmurar:

—No es verdad —musitaba para sí—. Razón y ciencia, los pilares de mi vida, lo desmienten. No estoy viendo a un fantasma. Niego rotundamente que esté viendo a un fantasma.

Esas palabras me afectaron en lo más hondo. Tuve la sensación de que todo mi ser, hasta la última fibra y el último hueso, se deshacían, se quedaban sin sustancia, y perdí los estribos irremediabilmente.

—¡Un fantasma! —exclamé—. ¡El fantasma lo será usted! ¡Usted es el fantasma!

Pero al mismo tiempo que vociferaba, empezó a asaltarme el horrible malestar de la duda. Necesitaba ayuda, pero no para el loco que estaba en mi silla, sino para mí. Apreté el botón del portero; la cordura estaba en el otro extremo; un soldado curtido sabría lo que había que hacer.

El portero acudió antes de lo que me imaginaba... pero ¡menudo ejemplar! Un metro noventa y cinco de ex lobo de mar, un contramaestre como no había visto en mi vida. Se dirigió inmediatamente al hombre que estaba en mi silla.

—Le he oído gritar, señor —dijo—. ¿Necesita algo?

—Deshágase de esa... esa cosa de ahí, junto a la chimenea —dijo el impostor señalándome, pero sin abrir los ojos.

—Ahí no hay nada, señor —dijo el portero—. Permítame que lo ayude a salir al exterior, señor. Parece que hoy esta chimenea humea más de lo normal.

¡Ahí no hay nada! Esas palabras me asestaron un golpe tan tremendo que me desvanecí.

No sé cuánto tiempo transcurrió, pero, cuando volví en mí, el señor McCracken estaba ayudándome a levantarme. «Permítame que lo ayude a salir al exterior, señor. Parece que hoy esta chimenea humea más de lo normal.»

—Sí —dije—; tenemos que pedir al tesorero que compre leña más seca.

## El fantasma que desapareció a fuerza de títulos

Algunos de ustedes se preguntarán qué ha sido del fantasma de nuestra residencia. Porque teníamos un fantasma, y algunas personas de esta sala llegaron a verlo. El año pasado hizo una breve aparición en el Baile de la Casa, en las escaleras que suben a esta sala, y durante el banquete lo vieron entrando y saliendo por esa puerta mientras yo leía el relato de otra de mis curiosas experiencias. Aquel día yo no lo vi, pero lo vieron otros. ¿Qué ha sido de él?

Yo lo sé. Fui yo quien lo hizo desaparecer. Creo que, sin pecar de orgullo espiritual, puedo afirmar que lo enterré. Y, como es habitual en estos casos de vivencias psíquicas, me costó lo mío.

Cuando me informaron por primera vez de la aparición del fantasma supuse que teníamos un bromista en la facultad. Sin embargo, esa broma no era de la categoría común. Habíamos tenido las típicas: calcetines en el estanque, peces en el estanque, avisos raros al lado del estanque, calabazas en el tejado, timbres sonando a deshora... En fin, el típico desenfreno desbordado, el espíritu festivo chispeante e incontrolable y la fantasía sutil que suelen caracterizar a los centros de estudios de posgrado de la Universidad de Toronto. El ingenio de los doctorandos es burbujeante como el champán —el champán canadiense—, pero el sabor de esta broma era de otra naturaleza, tenía resabios de carcoma.

Porque... verán: el fantasma no tenía nada de bromista. No se aparecía con una sábana blanca ni decía «¡Uuuh!». No hablaba con nadie, aunque un ayudante de cátedra (el que se lo encontró en las escaleras) me dijo que, al pasar a su lado, el fantasma se llevó delicadamente un dedo a los labios rogándole silencio. A los labios es un decir. Esto es de importancia capital: se llevó el dedo al lugar donde tendrían que estar los labios, sin duda, pero es que no se le veían, ni las demás facciones. Todo el que lo vio dijo que tenía cabeza y un lugar en el que tendría que estar la cara... pero nadie pudo vérsela, ni reconocerla ni recordar cómo era. En esta universidad abundan las personas que podrían responder a esa descripción, naturalmente, pero no son silenciosas; claman por hacerse con una identidad, la que sea; el fantasma mimaba su anonimato, su falta de rostro. Y yo, por llevar la contraria, me empeñé en descubrir quién era.

Lo vi por primera vez en el salón. Estaba yo en mi estudio y fui allí después de medianoche para apagar las luces, y lo vi de refilón en el corto pasillo que lleva a la Biblioteca Mayor. Empecé a perseguirlo, pero, cuando llegué a la biblioteca, había desaparecido, y cuando corrí a la entrada ya no lo vi por ninguna parte. Pero al menos ya tenía un rastro que seguir y estuve unos días con los ojos muy abiertos.

Como sabrán, todo esto sucedió la Navidad pasada, entre el banquete y Año Nuevo. El año pasado celebramos el banquete el 17 de diciembre. Vi al fantasma por primera vez y lo perdí el 21. Volvió el 23. Me desperté en plena noche con la extraña sensación de que me estaban mirando y, como era en mi propia habitación, me enfadé; si verdaderamente se trataba de una broma, el bromista era un indiscreto. Algo se movió y (soy consciente de que esto suena a novela decimonónica de la peor especie, pero juro que es verdad) oí un suspiro; luego, en el umbral de la puerta, una explosión suave y un golpe seco, como si se hubiera caído algo. Salí disparado de la habitación pero no vi nada. En Navidad y San Esteban no tuve noticias del fantasma, pero los acontecimientos se precipitaron el 28 de diciembre.

Como sabrán muchos de ustedes, el 28 de diciembre es el día de los Santos Inocentes, que conmemora, según la tradición, el día en que el rey Herodes ordenó matar a todos los niños de Belén. En las tiendas italianas de esta ciudad se pone a la venta este día una golosina de azúcar con forma de recién nacido que, naturalmente, se come; es una manera horripilante de conmemorar

el capricho de Herodes.

Aquella noche, hacia las once, me encontraba en mi estudio mordisqueando la cabeza de un muñequito de azúcar, pensando en el dinero, cuando vi luz en La Rotonda. Me molesta que se derroche la corriente eléctrica, conque fue allí de mal humor. Al cruzar el jardín, me pareció que la luz de la claraboya de La Rotonda era más azul y más fría que de costumbre, y temblaba. Supuse que sería un efecto óptico debido a la nieve, que caía suavemente, y a la luna, que se reflejaba en ella con donaire.

Abrí la puerta, que estaba cerrada con llave, entré en La Rotonda y allí estaba, justo debajo de la claraboya.

Me saludó cortésmente, con una inclinación de cabeza.

—Por fin ha venido usted —dijo.

—He venido a apagar las luces —dije, e inmediatamente me di cuenta de que no estaban encendidas.

Había en la sala un resplandor intermitente de tono azulado que no resultaba desagradable, pero transmitía una tristeza inexpresable. Y la voz del desconocido también era triste, pero hermosa.

Por la voz supe enseguida quién era. Tenía un timbre conmovedor, como de chelo, que no se parecía a ningún otro de los que se oían en la facultad, aunque disfrutamos de una gran variedad que va desde el graznido característico de Ontario hasta las esplendorosas reverberaciones de Nigeria. Esa voz magnífica provenía de la parte de la cabeza en la que... pero no tenía cara, solo una sombra, cuya densidad pareció variar levemente cuando la miré. ¡Era el fantasma, sin la menor duda!

No se trataba de un ayudante bromista. Era nuestro fantasma y, como todo fantasma digno de tal nombre, era fascinante y espectral, más que simplemente aterrador. No me daba miedo mirarlo, pero me inquietó profundamente.

—Por fin ha venido usted —dijo el fantasma—. Llevo mucho tiempo esperándolo... pero, claro, usted tiene muchas ocupaciones. Todos los profesores de esta universidad tienen mucho que hacer: siempre están hablando o investigando, o se van de viaje o acaso duermen. Pero ninguno tiene tiempo para una obra de misericordia.

Me agradó que el fantasma aludiese a las Sagradas Escrituras; si no hay más remedio que tener apariciones, al menos que sean cultas.

—¿Ha venido en busca de misericordia? —dije.

—He venido en busca del suplicio, que también es la misericordia final —contestó.

—Pero aquí no se aplican suplicios —dije—. ¿No podría decirme qué es lo que quiere con palabras más sencillas?

—¿No es este el centro de estudios de posgrado? —dijo.

—No, no —dije—, esto es una facultad para estudiantes de posgrado, pero las oficinas del centro de posgrado no están aquí.

—No me tome el pelo —dijo el fantasma, muy serio—. Estoy perdiendo la noción de muchas cosas, pero no el sentido de la orientación, y sé que estamos en el centro de estudios de posgrado, en la Sala de Exámenes, concretamente. Aunque... —le tembló la voz— me da la sensación de que antes estaba mucho más arriba y no era tan bonita. Recuerdo que había escaleras... muchísimas escaleras...

—Cuando fue a verme a mi dormitorio, tuvo usted que subir muchas escaleras —dije.

—Sí —dijo él con interés—. Subí las escaleras hasta arriba del todo y fui a la Sala de Exámenes... y allí estaba usted, metido en la cama, y supe que me había equivocado otra vez. Así que no me quedó más remedio que volver a matarme.

Eso lo aclaraba todo. Ahora sabía quién era y tenía una idea bastante exacta de dónde nos encontrábamos en ese momento, desde su punto de vista.

Toda universidad tiene sus secretos, cosas de las que nadie tiene culpa, pero que pueden dar lugar a malentendidos graves. Hace treinta años o más, suspendieron a un alumno de posgrado en la presentación de su tesis doctoral; seguramente se lo esperaba, porque cuando lo llamaron ante el tribunal y le dieron la mala noticia, salió al pasillo y se pegó un tiro en la cabeza. Se dice, aunque ignoro si es verdad, que, desde entonces, no se permite que ningún estudiante presente y defienda su tesis doctoral a menos que tenga muchas probabilidades de obtener el título.

Era evidente que tenía ante mí, en La Rotonda, a aquel infortunado joven. ¿Por qué La Rotonda? Porque antes de que se construyera Massey College, en estos mismos terrenos se encontraba el antiguo edificio del centro de estudios de posgrado, y la Sala de Exámenes ocupaba el piso más alto, lo más cerca posible de lo que ahora es mi dormitorio. Antes incluso de esa época, el edificio había sido sede de una fraternidad de las letras griegas, Mu Kau Mu, creo que se llamaba.

—La Sala de Exámenes que conoció usted ya no existe —dije—. Si es eso lo que busca, me temo que solo encontrará lo que pueda haber quedado de ella en Teperman, el desguace.

—Pero ¿esto no es una sala de exámenes? —dijo el fantasma. Asentí—. Entonces, sea misericordioso: ¡exámíname, se lo ruego! —exclamó y, para mi gran asombro, se arrojó a mis pies.

—¿Que lo examine de qué?

—De mi tesis doctoral —gimió el fantasma. Y por primera vez sentí miedo al oír el tono estremecedor y doliente con que pronunció esas palabras—. Necesito el título. No conocí el descanso en el mundo de los vivos porque no lo tenía; tampoco puedo descansar ahora, en el umbral del otro mundo, porque no lo tengo. Jamás descansaré en paz sin el título.

Se dice a menudo que el doctorado es un título tremendamente sobrevalorado, pero nunca se me habría ocurrido que pudiera interponerse entre un hombre y su descanso eterno. Me estaba poniendo tan frenético como el fantasma.

—¡Pobrecita criatura! —dije, muy emocionado—. Si puedo ayudarle en algo...

—¡Sí! —gimió el fantasma, clavándome las manos transparentes en las rodilleras de los pantalones—. ¡Exámíname, se lo suplico! Exámíname ahora y deme la libertad. Estoy preparado.

—Pero... un momento —dije—; la documentación... la copia de su tesis...

—Lo tengo todo a punto —dijo el fantasma, victorioso. Y, aunque juro que hasta el momento no había nada allí, de pronto vi que todas las mesas dispuestas en círculo que ocupaban La Rotonda estaban llenas de montañas de pliegos, de esas tan desalentadoras y poco atractivas (grandes fajos de papel mecanografiado en octavo) en que se presentan las tesis doctorales.

—Sea razonable —dije—. No creo que pueda examinarle yo. ¿Cuál es su especialidad?

—¿Cuál es la suya? —dijo el fantasma con astucia, si se puede decir eso de un fantasma.

—Literatura Inglesa —dije—, concretamente el teatro del siglo XIX, con énfasis especial en el teatro popular del lado sur del Támesis entre 1800 y 1850.

En general, la gente se desanima al oírlo y cambia de tema. Pero el fantasma, muy contento, se dirigió bruscamente a una de las montañas de papeles, sacó una tesis verdaderamente voluminosa y me la entregó.

—¿Me siento aquí? —preguntó, refiriéndose al sillón rojo que, como saben ustedes, ocupa un lugar prominente en esa sala.

—De ninguna manera —dije, escandalizado.

—¡Ah, tenía tantas ganas de sentarme en este sillón! —dijo el fantasma.

—Querido colega, no debe prestar atención a los rumores de la universidad —dije—. Hay

quien dice que sentamos al doctorando en este sillón y nosotros nos situamos alrededor y nos dedicamos a atormentarlo hasta que rompe a llorar. Esa clase de leyendas son muy del gusto de los científicos y demás mitómanos. No, no; si se va usted de aquí unas horas... hasta mañana a las diez, por ejemplo, prepararé esta sala para el examen como es debido. Usted dispondrá de una silla cómoda, junto a los miembros del tribunal, y de muchos cigarrillos y de cantidades ilimitadas de agua para beber, además de un abanico y una enfermera con experiencia que, en caso de necesidad, lo acompañará a los lavabos de los examinandos y lo traerá aquí de vuelta. Somos perfectamente conscientes de la naturaleza delicada de los candidatos, de las incontables afecciones metafísicas que pueden sufrir...

El fantasma, impaciente, me interrumpió:

—Pamplinas —dijo—. Estoy más que preparado. Pongámonos manos a la obra. Siéntese usted en el sillón rojo. No me importa nada quedarme de pie. Creo que estoy perfectamente preparado —y juro que, al decir esas palabras, la sombra que ocupaba el lugar de su rostro sonrió maliciosamente— y listo para lo que sea: cuando guste.

No había nada que hacer. El fantasma había tomado las riendas de la situación. Me senté en el sillón rojo (el mío) y abrí la tesis. *Prolegómenos para el estudio del símbolo de Jesucristo en las obras de Thomas Egerton Wilks*, leí, y el corazón, que ya estaba inquieto desde hacía unos momentos, me dio un vuelco tan brusco que casi pierdo el conocimiento. Conozco el nombre de Wilks (es parte de mi trabajo), pero no he leído un solo renglón de sus cincuenta y pico melodramas, farsas y caprichos burlescos. De todos modos, como catedrático, no me faltan tablas. Abrí la tesis, la hojeé, solté algunos «hum» y «ah», anoté algo en el margen de una página y dije:

—Bien, para empezar, hágame un resumen general de su argumento.

Lo hizo.

Cuarenta y cinco minutos después, cuando tuve ocasión de intervenir, le pregunté dónde aparecía por primera vez el símbolo de Jesucristo en *My Wife's Dentist, or The Balcony Beau*,<sup>2</sup> que es una de las horribles farsas de Wilks.

Me lo dijo.

Incluso antes de llegar al final de su exposición ya me había dado más conocimientos de los que deseaba sobre el símbolo de Jesucristo en *Woman's Love or Kate Wynsley the Cottage Girl, Raffaele the Reprobate, or the Secret Mission and the Signet Ring, The Ruby Ring, or The Murder at Sadlers Wells* y de otra farsa con un título más sencillo: *Bamboozling*.<sup>3</sup>

A esas alturas ya estaba yo bastante enredado, conque le pedí que se retirase mientras el tribunal (yo y nadie más que yo, como dice la canción) deliberaba. Cuando me quedé solo, procuré calmarme con un vaso de agua y, al cabo de lo que consideré un tiempo prudencial, le pedí que volviera.

—Hay en esta tesis algunos errores de menor importancia que sin duda detectará usted si la relee con detenimiento; en cuanto al estilo, resulta un poco opaco; sería muy provechoso corregirlo un poco. Me sorprende que no haya recurrido más a la gran edición *Variorum* de Wilks, publicada por los profesores Fawcett y Pale, de la Universidad de Bitter End (Idaho). No obstante, creo que se trata de un trabajo de investigación de verdadero valor, aunque limitado; si se publica, podría... sí, me atrevo a decir que sería... seminal en el terreno de los estudios del teatro del siglo XIX —dijo—. Le felicito y será un placer recomendar que le otorguen el título.

No sé qué esperaba yo que sucediera a continuación. Tal vez que el fantasma desapareciera con una sonrisa seráfica. Lo cierto es que el ambiente era como sonriente, pero era la sonrisa de un gigante que acaba de refrescarse.

—Bien —dijo—, ahora podemos proceder con los otros temas que he tratado.



—¿Insinúa que el teatro del siglo XIX no es su verdadera especialidad? —grité, y digo que grité porque grité de verdad: me salió una voz que fue como un fuerte graznido de horror.

—Señor —dijo—, hace tanto tiempo de aquel suceso desgraciado, cuando me examiné por primera vez, que se me ha olvidado irremediablemente cuál era mi especialidad. Sin embargo, desde entonces he tenido tiempo para prepararme para cualquier eventualidad. He escrito tesis sobre todas las materias de estudio. ¿Continuamos con Historia?

Me quedé tan atónito y horrorizado, y tenía ya tanto miedo, que no dije nada. Continuamos con Historia.

Confieso que soy un profano en Historia. Desde el punto de vista académico no puede decirse nada peor, desde luego. Pero el arte de la docencia no me abandonó por completo en ese instante. Cuando no se sabe nada sobre el tema de una tesis, el primer principio es dejar hablar al candidato y asentir de vez en cuando con una sonrisa ambigua en la cara. Él cree que uno sabe y que está contabilizando los errores, y eso lo pone nervioso. El fantasma era un examinando excelente; es decir, se lo tragó, y creo que, con una risita, le resté algo de confianza en un momento determinado, cuando hablaba del impulso que experimentaron las artes en Canadá en tiempos del primer ministro W. L. Mackenzie King. Por fin, al cabo de dos horas, le concedí el doctorado en Historia.

A continuación, Clásicas. Su tesis se titulaba *El concepto de la existencia pura en Plotino*. Voy a ahorrarles los detalles, pero tengo que detenerme un momento para decirles que gané muchos puntos al aplicar el segundo principio del arte de examinar oralmente, que consiste en fingir ignorancia y pedir explicaciones sobre aspectos muy sencillos. Desde luego, la ignorancia es real, pero el examinando la toma por sutileza y cree que está haciendo el ridículo, cosa que lo desconcierta.

Y así, con gran esfuerzo, recorrimos las artes liberales y algunas que no lo son tanto. Lo examiné de Ciencias de la Informática, Astronomía y Estudios Medievales, y me resultó agradable examinarlo de Bellas Artes. Uno de los mejores exámenes fue el de Matemáticas, aunque mis conocimientos de la materia no van mucho más allá de las tablas de multiplicar hasta el doce.

Cada examen duró dos horas, pero mi reloj no las contó. Parecía una noche eterna. A medida que transcurría, me acordé de que los fantasmas desaparecen con el canto del gallo y me estrujé el cerebro pensando en si los carniceros kosher de Spadina tendrían gallos vivos y, en tal caso, si su canto llegaría hasta La Rotonda. Aquel suplicio estaba acabando conmigo, pero el fantasma estaba más fresco que una rosa.

—¡Ahora, Ciencias! —gritó sin el menor reparo, al tiempo que aparecía otra montaña de tesis de... del infierno, supongo.

Bien, pues de Ciencias no sé absolutamente nada, de ninguna de sus ramas. Si sir Charles Snow desea poner un ejemplo perfecto del hombre que no sabe nada de Ciencias, que ni siquiera ha oído hablar de la maldita ley de la termodinámica, que por lo visto es tan excelente como Shakespeare en lo suyo, aquí me tiene, que disponga de mi nombre con total libertad. Ni sé nada de Ciencias ni me importa. Creí que perdería la razón cuando el fantasma pasó a las Ciencias.

No tenía de qué preocuparme. El fantasma estaba tan satisfecho de sí como pueda estarlo un fantasma, y me dominaba, me intimidaba y me acosaba con cosas que ignoraba, y la cabeza me daba vueltas. Pero poco a poco, mientras él disertaba animadamente sobre su trabajo en la velocidad de descomposición de los rayos cósmicos cuando entran en contacto con mesones, me di cuenta de la verdad. Al fantasma no le importaba que yo entendiera o dejase de entender lo que me contaba. Era un examinando típico y solo pensaba en dos cosas: disponer de alguien a quien contar lo que él consideraba un conocimiento único y valioso, y licencia para ir a otra parte a

contárselo a los estudiantes. Tan pronto como comprendí este principio, me animé. Empecé a asentir, a sonreír, a murmurar aprobadoramente... Cuando me dijo una cosa especialmente llamativa sobre la función de la meiosis en la formación de células germinales, incluso me permití exclamar: «¡Bravo!»... como si el fantasma hubiera hecho un hallazgo espléndido que yo había intuido toda la vida pero que no había tenido tiempo de demostrar en el laboratorio. Fue todo un éxito; sabía que no podía faltar mucho para el amanecer porque, a medida que pasaban los exámenes, el fantasma parecía perder consistencia. Ahora ya veía a través de él y estaba seguro de que él, en cambio, no veía ni jamás podría ver a través de mí. Cuando terminó la defensa de su última tesis doctoral quise mostrarme generoso.

—Una exposición notable —dije—. Con un candidato tan singularmente versátil, siento tentaciones de hacer algo más que darle las felicitaciones de rigor. ¿Desea usted alguna cosa más, como un diploma en Salud Pública, por ejemplo, o tal vez una mención especial en Ciencias del Hogar?

El fantasma negó con un gesto de la cabeza.

—Quiero mi doctorado, nada más —dijo—. Quiero doctorarme en todas las materias.

—Considérese doctorado —le dije.

—¿Quiere decir que puedo presentarme a la próxima convocatoria?

—Sí. Cuando el secretario general se arrodille para recibir los títulos otorgados a quienes, por circunstancias ineludibles, no puedan presentarse personalmente, podría usted investirlo unos momentos con su ectoplasma... o lo que sea que se haga en sus circunstancias —dije.

—Así lo haré; ¡oh, así lo haré! —exclamó, transportado de emoción y, mientras se desvanecía ante mis ojos, oía su voz por encima de la claraboya de La Rotonda, que decía—: Me voy a un lugar mejor que este con la seguridad de que, siendo ya doctor, podré mejorarlo más aún.

Y por fin, mientras el alba se colaba en la residencia, me quedé solo en La Rotonda. Había pasado la noche de los Santos Inocentes. Pensativo, me llevé la mano al bolsillo, saqué el muñequito de azúcar y le arranqué la cabeza de un mordisco. Me pregunté si no habrían sido esos niños santos los que me habían rodeado y me habían protegido para no ser descubierto. O tal vez hubiera sido el espíritu del rey Herodes, patrón de los examinadores, como es bien sabido.

Pensándolo bien, creo que fueron ambas fuerzas espirituales las que cuidaron de mí aquella larga noche. Satisfecho por gozar de tan variada protección, salí a la primera luz del día con los últimos restos del muñequito de azúcar todavía en los labios.

## La reina se divierte

Con ocasión de la primera Navidad que celebramos en esta facultad conté un cuento de fantasmas porque, precisamente la víspera del Banquete de la Casa, había tenido una extraña experiencia y consideré que podía resultarles divertida. La segunda Navidad conté otro únicamente porque había sucedido de verdad y era una nota a pie de página del primero. No tenía la menor intención de que estos relatos fueran a multiplicarse. Nada más lejos de mis deseos que otorgarle a Massey College la dudosa fama de estar encantado. No soy aficionado a los fantasmas ni me interesan en particular; jamás los había visto hasta que llegué aquí: a este edificio nuevo, recién estrenado, cuyos ladrillos había visto colocar uno a uno y cuyo mobiliario conozco desde que llegó de fábrica. Siempre había considerado que los fantasmas eran una superstición. Y ojalá siguiera siendo así.

El domingo hizo una semana que sucedió. Veo que lo han comprendido; es un placer dirigirse a un público verdaderamente perspicaz. Se han dado cuenta inmediatamente de que fue el 5 de diciembre, la víspera de San Nicolás, patrono de los estudiosos y, por tanto, una presencia invisible pero real en esta institución. Era casi medianoche y estaba yo en la cama, leyendo y a punto de caer dormido, cuando empezó a entrarme un desasosiego característico que, desde que estoy en esta institución, he llegado a asociar con una clase determinada de complicaciones. En la vida universitaria, uno aprende enseguida a distinguir varias clases de inquietud. En mi caso, hay una que considero personal, a la que he dado el nombre de «el escalofrío de ultratumba». Me baja la temperatura de repente, me pongo a jadear, me falla la visión, de manera que parece que los objetos estables se acercan y retroceden ante mí, y experimento una sensación en el cuero cabelludo como si se me pusieran los pelos de punta. Veo que algunos médicos del público sonrían burlonamente; creen que se trata de simple miedo. Pero no, no es tan sencillo; no es miedo lo que siento: es un estado de conciencia bastante desagradable. Sé que va a pasarme algo extraordinario, noto la inminencia de una adversidad, de algo ineludible y agotador. Sé que he salido del surco por el que discurre una clase de vida y que voy a estar un tiempo atrapado en un reino ajeno.

Otro efecto del escalofrío de ultratumba es que el oído se aguda y se oyen sonidos que los demás no perciben. Tumbado en la cama, oí gemidos, suspiros y lamentos: como si una gran multitud estuviera penando desesperada y, lo que es peor, esperase que yo hiciera algo.

No sabría decirles cómo lo supe, pero lo comprendí con total claridad. No tenía miedo, pero me asaltaron una inquietud y una tristeza profundas. Sabía que las cosas empeorarían antes de mejorar y que sería imposible evitar que sucediera lo que tenía que suceder. Así pues, enrollé el libro, lo guardé bajo llave en su estuche, me puse el batín y las zapatillas y salí en dirección al lugar de la perturbación.

¿Cómo sabía adónde tenía que ir? Es otra de las características del escalofrío de ultratumba. Se sabe adónde hay que ir. No digo que le guíen a uno los pasos hasta un sitio determinado, sino que, simplemente, se sabe adónde hay que ir. Así que, bajé las escaleras y enfilé el pasillo de la planta baja que lleva a la biblioteca.

Allí las luces están siempre encendidas, pero dan un resplandor frío y desagradable que desanimaría incluso al fantasma más insensible. Enseguida vi que no había nadie en la sala de consulta, pero las voces que me atraían —entiéndase que las oía gracias a la agudeza excepcional de mi sentido del oído— salían a todo volumen de la sala de prensa y depósitos. Al abrir la puerta sentí miedo por primera vez.

¿Cómo se manifiesta el miedo en estas circunstancias? En mi caso, es como si me clavarán sañudamente un cuchillo helado; al principio me paraliza, después me duele y por último me deja estupefacto. ¿Por qué tenía miedo en ese momento? Porque me acordé de una cosa que había en los depósitos.

En algunas ocasiones, nuestra biblioteca ha recibido generosas donaciones de libros. Todavía no estaba abierto el colegio cuando nos llegó una donación de cien volúmenes o más, todos de literatura canadiense menos cinco libros. Como bien saben ustedes, gozamos ya de cierta fama por nuestra colección de literatura canadiense. Sin embargo, el bibliotecario prestó muy poca atención a esos cinco libros porque no encajaban en ninguna de las categorías de nuestra colección. Contenían la obra de un autor que algunos de ustedes conocerán de oídas, un autor cuyo nombre tal vez les arranque una sonrisa. Me refiero a Aleister Crowley; no hace mucho que murió, fue el fin de una vida dedicada a imponerse al mundo como mago. Muchos se reían de él, pero la suya fue, sin la menor duda, una carrera plagada de sinsabores, y se vio envuelto en escándalos desastrosos que incluso tuvieron consecuencias fatales para personas que habían caído en su ámbito de influencia. Así pues, en la sala de depósitos había cinco libros de Aleister Crowley amontonados en un estante de ejemplares sin clasificar, y, aunque yo había insinuado un par de veces al bibliotecario que sería conveniente deshacernos de ellos o llevarlos a la cripta, después se me olvidó... y a él también. Y de pronto, con la tremenda sensación de miedo que ya he descrito, me acordé de ellos.

A pesar de todo, como he dicho antes, cuando me invade el escalofrío de ultratumba, tengo que hacer lo que sea necesario tanto si tengo miedo como si no. Por lo tanto, giré la llave, que estaba puesta en la cerradura, abrí la pesada puerta y entré en la sala.

Lo que vi era tan complicado y caótico que no sé cómo empezar a describirlo. En primer lugar, la luz era extraordinaria; no era el resplandor eléctrico de la sala de consulta, sino una luminosidad azul, como si me hallara en medio de una llama de gas. En la sala de depósitos había otro ser vivo, al que, para mi consternación, reconocí enseguida. No puedo revelar su nombre porque muchos de ustedes la conocen y prefiero no exponerla a chismorreos indecorosos. No obstante, añado que conoce bien nuestra biblioteca, porque ha pasado muchas horas en la sala de depósitos investigando temas de literatura canadiense por cuenta de su marido. Y allí estaba ella, alta, erguida, sin miedo, mirando maravillada alrededor, y, cuando la puerta hizo ruido al cerrarse, se volvió hacia mí.

—Si no quiere que se le compliquen las cosas, más vale que entre en este círculo —dijo, en ese tono tierno, pero firme y agradable, tan característico de quienes han pasado la infancia en las Hébridias.

Vi que se encontraba dentro de una circunferencia cuidadosamente trazada con tiza en el suelo y, sin pérdida de tiempo, me situé a su lado. Ella estaba tranquila en medio del inquietante frenesí que nos rodeaba. Supongo que las mujeres de los presidentes siempre saben mantener la calma cuando se encuentran con escenas tumultuosas de desesperación; aprenden ese arte en las recepciones de catedráticos.

—¿Qué hace usted aquí, por Dios? —le pregunté.

—Me temo que he utilizado los libros con ligereza —contestó, y reconocí el que llevaba en la mano: uno de Crowley, abierto por la página de una ilustración que parecía un diagrama matemático—. Solo quería ver si esta fórmula funcionaba tal como afirma el autor, y parece que, en efecto, ha levantado cierto revuelo.

¡Cierto revuelo! No soporto los eufemismos; siempre me parecen una frivolidad peligrosa. ¡Cierto revuelo! Ya se me habían acostumbrado los ojos a la extraña luz y distinguí el tropel de

formas insustanciales que pululaban por toda el área de depósitos; se veían con claridad, pero al mismo tiempo eran transparentes. En el suelo no cabía uno más; el que no brincaba, se retorció o daba empujones y empellones, y todos querían ponerse con las manos en el suelo, haciendo el pino, y siempre se caían al suelo gritando con desesperación. Unos cuantos bailoteaban sobre las manos riéndose burlonamente de los que no lo conseguían y otros se apiñaban arriba, pegados al techo. Estos eran aún más raros que los derviches del suelo, porque se hacían una bola, con la cabeza escondida en el estómago, las piernas encogidas contra el cuerpo y las manos juntas delante de sí, y flotaban, daban volteretas y giraban lentamente en el aire como globos horrendos. Y lo más extraordinario del caso era que todas esas figuras estaban completamente desnudas.

¿Qué se puede decir en semejante situación? Nada de lo que a uno se le pueda ocurrir estará a la altura de las circunstancias. Y así fue, naturalmente.

—¿Qué ha hecho usted, por todos los santos? —dije.

—Lo cierto es que he tenido que leer muchos de estos libros canadienses para reunir material para la antología de Claude —contestó ella—. Algunos autores me han despertado la curiosidad... me pareció que sería muy divertido hablar con ellos y, bueno... Tonterías, supongo. El caso es que hoy encontré este de un tal Crowley y, según él, convocar a los muertos es fácil, si se hace de una manera adecuada y respetuosa. Hace dos semanas que no paro de pensar en lo mucho que me gustaría hablar un poquito con Sara Jeannette Duncan; hay un fragmento en *El imperialista* que siempre me ha parecido como si le hubieran cortado algo y no lo hubieran arreglado bien, y pensaba...

—Pensaba llamar a la señorita Duncan y preguntárselo —la interrumpí. La parsimonia con que se explicaba la bella antóloga me sacaba de quicio.

—Lo cierto es que Crowley no parecía darle mucha importancia —dijo ella.

—Creo que, antes de ponerse a hacer tonterías con Crowley, podía haber tenido la delicadeza de hablar conmigo —le dije.

—¡Oh, vamos! ¡No sea tan pretencioso! —dijo ella.

Las mujeres siempre creen que pueden tapan la boca a un hombre con solo decirle que no sea pretencioso, pero soy perro viejo en esas lides. Sé que si un hombre sabe esperar el momento oportuno, este acabará llegando.

—Bien —dije—, si Crowley y usted forman un dúo tan magnífico, ¿por qué no me cuenta lo que ha pasado?

—He ahí la dificultad, precisamente —dijo ella con indecible paciencia escocesa—. No entiendo lo que ha pasado. Hice todo lo que tenía que hacer, pronuncié el nombre de Sara Jeannette Duncan y entonces empezaron a aparecer todas esas cosas. ¡Fíjese en ellas, haga el favor! ¿Había visto algo semejante en su vida? ¿Qué le parece que son?

El momento triunfal había llegado, porque yo sabía lo que eran.

Toda mi vida he tenido la costumbre de dormirme leyendo. A muchos les gusta leer libros ligeros en la cama —misterios y cosas por el estilo—, pero en mi caso, prefiero leer obras de mayor enjundia a la hora de acostarme. Y no las leo solo una vez, por encima, sino que leo y releo unas cuantas obras clásicas selectas, una y otra vez, un año sí y otro también: es la manera de hacerme con ellas, como si fueran parte de mí. Hace muchos años que uno de mis libros de cabecera favoritos es esa obra tan famosa de comentarios sobre el Pentateuco, el Midrash de Rabí Tanhuma bar Abba, el más docto de los místicos y sabios talmúdicos del siglo IV. Mi ejemplar del Midrash es una joyita: un bello manuscrito del siglo X artísticamente iluminado, aunque poco práctico para leer en la cama, porque, como mide más de cuatro metros y se lee de derecha a izquierda, hay que estar enrollándolo y desenrollándolo continuamente. Tiene el borde superior y

el inferior revestidos de cobre y oro; de vez en cuando me arañó las manos con los rubíes del revestimiento, pero no me importa mucho: es el precio por practicar el hebreo para que no se me oxide. Quiso la suerte que, cuando me invadió el escalofrío de ultratumba, estuviera yo leyendo el manuscrito de Rabí Tanhuma.

Naturalmente, habrán adivinado el motivo. Aunque no todos ustedes hayan leído el gran Midrash, seguro que conocen la compilación de leyendas judías en siete volúmenes de Louis Ginzberg y que habrán sacado sus propias conclusiones. Sin embargo, en las Hébridias, no se presta atención a los estudios hebreos y, por tanto, por no dejar cabos sueltos, tengo que seguir contándoles el caso exactamente como si estuvieran ustedes tan a oscuras como mi compañera.

Ella me había preguntado qué me parecía que eran esas apariciones.

—¡Qué pregunta! —dije yo—. Esto es el Infierno y esos son los espíritus de los muertos.

—¡No sea tonto! —replicó ella—. Esto no se parece en nada al Infierno, salvo por el ruido, tal vez.

—¿Qué cree usted que es el Infierno? —le dije—. Esa palabra solo define un lugar oscuro y cerrado, habitado por espíritus, descripción que se ajusta perfectamente a esta sala, la de depósitos de la Biblioteca del Massey College. Según Rabí Tanhuma, el Infierno no se diferencia del Paraíso; tanto los que se condenan como los que se salvan pasan unos milenios allí. Supongo que usted llamaría a un solo espíritu, pero le han hecho un envío al por mayor; las instrucciones de Crowley no son de fiar.

—Pero ¿quiénes son? —dijo ella.

—Está más claro que el agua. Son los espíritus de los autores canadienses cuyos libros se encuentran aquí —dije.

—Pero ¿por qué arman tanto barullo? —me preguntó. Cada vez que lo pienso, me doy cuenta del caudal de sentimiento nacional que encerraba esa sola pregunta.

—Claman por volver a nacer —le dije, por fin encontraba aplicación práctica a los muchos años que había dedicado a familiarizarme con Rabí Tanhuma—. Fíjese, por ejemplo, en los que flotan en esa posición tan rara, hechos una bola; han adoptado la postura fetal para poder tomar posesión de cualquier nuevo ser inmediatamente, desde el momento en que sea concebido en el útero, y volver así a la Tierra.

—¿Con qué objeto, por Dios santo? —dijo ella.

—Tal vez con la esperanza de renacer en forma de escritor estadounidense —le dije.

Los espíritus, que estaban atentos a la conversación, iban acercándose a nosotros cada vez más. A pesar de la postura fetal, reconocí con total certidumbre a Ernest Thompson Seton, por su aspecto escandalosamente asilvestrado; un espíritu, desnudo como los demás, iba andando sobre las manos, pero con solo ver la dignidad invencible de su persona, por delante y por detrás, reconocí a la señora Susanna Moodie. Robert Barr presumía más que un gallo y yo sabía el motivo: un becario de investigación de nuestra facultad estaba haciendo un estudio extenso sobre él y eso lo halagaba. Uno de los fetos flotantes chocó contra mí —aunque espectralmente— y me volví justo a tiempo para ver que se trataba de Nellie McClung, que estaba ansiosa por renacer. Fue una sensación espeluznante, se lo aseguro. Solo me dio tiempo a pensar que, en general, parecía que los escritores canadienses habían descuidado mucho su físico.

—¿Le parece que quieren hacernos algo? No, ¿verdad? —dijo mi compañera, dando las primeras muestras apreciables de nerviosismo.

No me considero cruel, aunque reconozco cierta falta de indulgencia en mi carácter, que salió a relucir en ese momento.

—A mí, al menos, no, se lo aseguro —contesté—; no he sido yo quien ha perturbado su

descanso eterno; no los he sacado yo frívolamente del Paraíso. En cuanto a las intenciones que puedan tener respecto a usted, no hay forma de saberlo.

—¿Qué piensa hacer para solventar esta situación? —me preguntó, como si yo no hubiera dicho nada. Es la forma que tienen las mujeres de gobernar el mundo.

—Existe una dificultad de orden práctico —dije—. Solo un mandato real puede devolver a estos fantasmas a su lugar de reposo... de un rey hebreo, en concreto. En la actualidad no abundan, ni siquiera aquí, en Massey. Tenemos uno o dos personajes de origen aristocrático, pero desafortunadamente son arios. Y sospecho que también hay entre nosotros un hombre que, en su tierra, solo puede ser jefe de tribu, pero un jefe africano no nos sirve en este caso. Lo que podría servirnos sería un espíritu de la realeza, aunque ya conoce usted la literatura canadiense... sería inútil buscar ahí.

—No estoy yo tan segura —dijo ella.

Por el tono triunfal de su voz supe que tenía una idea. Los estantes de lo que el bibliotecario llama la Colección Matthews no estaban lejos del círculo en el que nos encontrábamos, le quedaban incluso al alcance de la mano, y eso fue lo que hizo: pasarme un par de gruesos volúmenes encuadernados en media piel. Miré el título. Era *Hojas del diario de nuestra vida en las Tierras Altas*; la fecha: 1868.

—Pero esto lo escribió la reina Victoria —dije.

—Por supuesto —dijo ella—; una reina que vale por una docena de reyes al uso, y sé con certeza que incluso entra en la categoría de monarca hebrea. Disraeli siempre le decía que era descendiente del rey David, y dudo que una multitud de fantasmas canadienses de clase media pueda negarlo. Y lo que es más, también cuenta como escritora canadiense, porque ¿acaso no era reina del Canadá?

Las mujeres son unos seres verdaderamente sorprendentes.

—Vamos —dijo—, póngase en acción. A ver lo que es capaz de hacer.

Me alegré de estar tan bien familiarizado con la obra del gran Rabí Tanhuma, porque me había enseñado a convocar a un espíritu sin necesidad de recurrir a los chapuceros conjuros de Aleister Crowley. Creo que se puede decir que hice lo necesario con bastante soltura, y poco a poco, suavemente, apareció entre la bella antóloga y yo esa figura menuda e inmensamente majestuosa que conocemos de sobra gracias a un centenar de retratos y estatuas. Llevaba la famosa coronita, de la que pendía un velo precioso; una cinta de un azul espléndido le cruzaba el pecho y el distintivo de la Orden de la Jarretera le adornaba el hombro izquierdo.

Soy demócrata. Toda mi familia han sido personas de origen campesino que, con el trabajo de sus manos, han arrancado su magro sustento de una tierra dura. No creo en la superioridad de nadie solo porque le haya correspondido un destino más afortunado, una cuna privilegiada. Hice lo que haría cualquiera en mi lugar ante la reina Victoria: arrodillarme inmediatamente.

—Levántate ahora mismo —dijo, articulando con la claridad de una actriz, con esa voz argentina tan hermosa cuya descripción se ha repetido tantas veces que casi me resultaba familiar—. Tenemos trabajo que no puede esperar. Suponemos que deseas dar descanso a esta tumultuosa concurrencia de colonos, vasallos nuestros.

—Si su majestad lo tuviera a bien —dije—. Son escritores canadienses, y parece ser que los estantes de la biblioteca de nuestra facultad son el Paraíso en el que reposan todos los aquí representados. Los que han ganado el Paraíso siempre se aparecen a los mortales andando sobre las manos o en una posición propicia para renacer...

—Maestro —dijo la reina Victoria— no pretendas dar sopas con honda a la tatarabuela de tu soberana, ni mucho menos enseñarle a despachar fantasmas. Vamos a poner a estos espíritus de

pie y a salvo en menos que se exprime un limón... por decirlo como solía nuestro leal criado John Brown. Pero mira lo que ha pasado. Requerimos una explicación.

Había estado tan pendiente de la reina Victoria (quien, a pesar de ser transparente, era la persona más imponente y abrumadora que había visto en todo este mundo y en cualquier otro, se los aseguro) que no me había percatado de lo que hacían los fantasmas. La situación había cambiado radicalmente; los que antes andaban sobre las manos se habían puesto de pie; los que estaban en posición fetal se habían colocado en una postura postnatal normal; sin embargo, los otros, los que antes intentaban andar sobre las manos sin conseguirlo, estaban ahora de cabeza y lloraban amargamente.

—¿Quiénes serán? —murmuré para mí.

—Esos, maestro —dijo la reina Victoria—, son los impostores del Paraíso: son personas que tienen una relación lejana con la literatura y que, sin ser escritores, se ceban con ellos. ¿Qué pintan en el Paraíso? Los habrás reconocido, sin duda. Esos, en vida, ¡eran críticos literarios!

Me fijé en ellos y, en efecto así era. Vi a... no tiene importancia, y estaba con... cuanto menos se diga, mejor. Sí, ciertamente eran críticos.

—¡Que se los lleven! —ordenó la reina, y sus palabras produjeron un efecto espantoso.

Se oyó un fragor como de un viento tremendo y estalló un tumulto en la sala. Caí al suelo, pero en el momento en que caía vi una silueta negra y brillante que parecía un hombre desnudo, un hombre de belleza extraordinaria pero aterradora, que llevaba un látigo cruel con el que fustigaba a los desdichados críticos. Me pareció que la reina Victoria decía: «Buenas noches, Radamantis», en un tono cordial y cortés, como el que emplean los monarcas entre sí.

—¡No! —gritaban los críticos—. ¡No es justo! En realidad éramos escritores. ¡Nosotros también creábamos! ¡Es lo que dicen los críticos vivos!

Todo fue inútil. Los críticos desaparecieron en un instante y la sala quedó en calma, pero, en los estantes que hasta entonces ocupaban sus obras, ahora solo había humo y huecos ennegrecidos.

La gran reina hizo un espléndido gesto de despedida y todos los escritores canadienses empezaron a decir adiós. El proceso fue largo, porque se despidieron de uno en uno, deleitándose en la real presencia. Las señoras hacían una reverencia: algunas, como Sara Jeannette Duncan y Frances Brooke, con bastante acierto, y otras, como si improvisaran. La desnudez no disculpa la torpeza de una reverencia. Los hombres hacían una inclinación de cabeza: se vieron inclinaciones de todas clases, desde la espléndida postura de Kerby, con la mano en el corazón y el pie derecho adelantado, hasta la extraña genuflexión de Ralph Connor. Pero por fin regresaron todos a sus estantes y allí nos quedamos la reina Victoria, la bella antóloga y un servidor, en medio de una sala limpia y en calma.

—Podéis retiraros de nuestra presencia —dijo la reina.

Hice una inclinación de cabeza.

—No podría expresarle toda la inmensa gratitud que... —empecé a decir, pero, mientras lo decía, una sonrisa extraordinariamente tierna apareció en el real rostro, que ya había empezado a difuminarse, y, antes de que se desvaneciera por completo, llegaron a mis oídos con toda claridad las siguientes palabras:

—La reina se ha divertido mucho.



## La noche de los tres reyes

Hace quince días me dispuse a preparar un cuento de fantasmas para leérselo hoy a ustedes. La idea estaba condenada al fracaso, porque tenía que inventármelo de arriba abajo. Hace ya tres años que, por estas fechas, les cuento cosas que han sucedido de verdad: apariciones sobrenaturales en Massey College que lamenté profundamente (porque estar embrujada no es digno de una institución que se dedica a la verdad y al estudio), aunque, por otra parte, me proporcionaron algo que contarles. Este año me puse a esperar, por una parte con esperanzas de que se nos apareciese otro fantasma, y por otra con temor de que el mundo oculto asestara un nuevo golpe brutal a nuestra institución. Al ver que no sucedía nada, me puse a escribir un cuento, como ya he dicho, para entretenerlos unos minutos esta noche; bien, más vale decir la verdad: reconozco que lo robé de un antiguo tomo de *Chums*<sup>4</sup> y lo adapté burdamente al ambiente de la facultad. Lamento el plagio, pero no encontré otra solución. Y entonces...

Pero no estaría bien alimentar demasiado sus expectativas. El relato de esta noche no es de aparecidos, sino más bien de una aparición que aún no ha sucedido. Yo estaba presente cuando la planearon. Tanto es así que... pero no quiero anticiparme.

Sucedió anoche, cuando, como bien saben aquellos de ustedes que viven aquí, celebramos una de nuestras noches de la *High Table*. Tuvimos invitados a cenar, hubo mucha conversación general y después nos trasladamos a las habitaciones de un colega catedrático a celebrar una reunión amistosa, de esas que tanto engrandecen la vida de la facultad. Cuando se fueron los invitados, di un paseo por la residencia, según mi costumbre en esas ocasiones, con intención de rematarlo con una vuelta por el jardín. Un poquito de aire fresco ayuda a organizar el recuerdo de las observaciones brillantes y precisas sobre la vida que proliferan indefectiblemente en las conversaciones de la *High Table*. Empecé el paseo por el piso inferior, el *sous sol*, como lo llama con elegancia el profesor Finch; deploramos la palabra «sótano». Y, cuando iba por el pasillo del lado norte del edificio, olí sin la menor duda el aroma de un puro.

Eso no tiene nada de extraño, dirán ustedes, y eso mismo me dije yo; acababa de fumarme uno hacía un ratito y a lo mejor todavía llevaba conmigo el aroma a tabaco. Así pues, seguí andando, canturreando la antífona del día, que, como recordarán, es la que comienza diciendo «O Sapientia». Pero, al asomarme a la capilla, empecé a notar una inquietud. Un puro... pero no un puro que hubiera fumado yo. Más bien, un puro que planteaba una pregunta a la mente olfativa. ¿A qué olía? Me senté en la capilla a reflexionar. Y de pronto me acordé: era la fragancia de un Hoyo de Monterrey, y muy fresco. ¡Caramba!

Veo que comparten ustedes mi asombro. Aun así, me explicaré, por si hay entre los presentes alguna dama que viva apartada del mundo o que tal vez no haya conocido a ningún hombre de primera categoría. Los puros Hoyo de Monterrey son los mejores que se han manufacturado en la vida, pero se exportaban exclusivamente a Inglaterra ¡y dejaron de fabricarlos en 1939!

Volví sobre mis pasos. Recorrí el pasillo del norte de un extremo al otro olisqueando como un buen perro perdiguero. ¿Quién tenía un Hoyo de Monterrey? ¿Quién poseía semejante tesoro y se lo fumaba después de medianoche en nuestro *sous sol*? Seguí olisqueando... olisqueando... y olisqueando... hasta que el olfato me llevó a una puerta cerrada.

Ustedes saben a qué puerta me refiero; es la que da a lo que será la Sala de Documentación en cuanto la terminen, la habitación en la que se depositarán los documentos personales de nuestro auditor. En estos momentos ya se ha trasladado allí una gran cantidad de papeles, que se han guardado en archivadores sellados y atados con cuerdas, hasta que se cataloguen

convenientemente. ¿Quién estaba fumando un Hoyo de Monterrey allí, entre tanto papel inflamable? ¿El auditor en persona? No fuma puros. ¿El bibliotecario? Fuma en pipa una cosa que tiene un olor característico, digámoslo así. Era mi deber desvelar el misterio. Tengo una llave maestra. Abrí la puerta.

Allí estaba el granuja, agachado detrás de una fila de archivadores. Los archivadores, como he dicho, están sellados, pero al parecer había roto los sellos y estaba hurgando en un archivo. El Hoyo de Monterrey sobresalía en toda su magnificencia marrón entre el bigote más sedoso y la barba marinera mejor recortada que hayan podido ver; llevaba uniforme de gala de almirante de la flota y, encima del archivador, reposaba un bicornio de almirante de la Marina con galones dorados. Me divisó. Insisto en la palabra porque no me vio, ni me observó ni se dio cuenta de mi presencia: me divisó.

—Oye, tú —me llamó en voz mucho más alta de lo que era necesario en una estancia tan reducida—, ¿trabajas aquí?

Desde luego que trabajo aquí. Trabajo como un esclavo... no, como un condenado. Pero, según una de las necesarias leyendas de Massey College (lo que Ibsen llamaría «mentira vital») disfruto del ocio ilimitado del erudito. Respondí con severidad:

—Soy el decano de esta facultad —dije—. ¿Qué cree que está haciendo usted aquí?

—No creo nada, buen hombre —dijo él—. Estoy buscando un sello muy valioso.

No me hace ninguna gracia que me llamen «buen hombre»; en la minoría particular de la que formo parte, es un apelativo discriminatorio y ofensivo.

—¿Quién es usted? —dije, pero ya lo sabía. Lo sabía de antemano.

La pregunta le hizo vacilar un momento.

—Ah... soy el barón Killarney<sup>5</sup> —contestó, intentando que sonara como si hubiera dicho John Smith.

—Comprendo —dije cortésmente, espero—, y también es el finado Jorge V, rey de Gran Bretaña, Irlanda y los dominios británicos de ultramar, y emperador de la India. Bien, señor, ¿qué hace usted husmeando en los documentos del señor Massey?

Me miró fijamente por primera vez. Jamás en mi vida había visto unos ojos tan azules.

—No eres tan tonto como parece —dijo. Le agradecí el cumplido con media inclinación de cabeza. No me pareció que la ocasión requiriese una inclinación completa—. Verás: en 1934 escribí una carta a Vincent Massey y el zopenco de mi secretario le puso un sello muy valioso. Yo lo guardaba porque era un ejemplar único en su género, con un borde doblado... Supongo que el hombre me lo levantó para ahorrarse complicaciones. No podía despedirlo (era un Balliol), pero le hice la vida imposible hasta que se despidió él. Y juré que recuperaría el sello en esta vida o en la otra. Bien, pues, como ves, no lo recuperé en esta. Y acabo de descubrir dónde está la carta. Dame el sello.

—Yo no tengo su condenado sello —dije— y además creo que es usted un impostor. La realeza nunca pone sellos en sus cartas. Eso lo sabe todo el mundo.

—¿Ah, no? ¡Por Dios! —exclamó él—. Yo siempre los pongo en las mías. Me gustan mucho, tanto que incluso hice algunos diseños. Bueno, ¿dónde está mi sello?

—Supongo que lo habrán tirado a la basura —dije—, a nadie se le ocurre archivar las cartas con el sobre.

—Eso demuestra lo mucho que sabes —dijo el rey, muy groseramente y sin necesidad, a mi parecer. Pero entonces me acordé de que se había pasado la vida en la Marina y se lo perdoné. Prosiguió—: Habrás oído hablar de lo que es archivar; se hace lo siguiente: se abre el sobre con un abrecartas de marfil y, después de leer la carta, se mete otra vez en el sobre y se escribe en este

un breve resumen de lo que dice; después se guarda en el secreter. De esta forma el sello no se pierde. Yo siempre lo hacía así, como cualquiera en su sano juicio. Por eso el sello tiene que estar.

—Pero, como ve —dije—, esas cartas no se han archivado con sobre.

Los brillantes ojos del rey me miraron con recelo y se puso tan furibundo como se pueda poner un hombre con uniforme completo de almirante.

—¿Entonces alguien habrá archivado los sobres aparte! —dijo a voz en cuello—. ¡Y evidentemente fue un coleccionista! ¿Dónde están los sobres?

—No lo sé —dije.

—¡Pues ayúdame a buscarlos! —vociferó.

—Como monarca y fantasma que es, no puedo evitar que haga lo que le plazca —dije—, pero no tiene derecho a pedirme que me ponga a revolver con usted los documentos de nuestro auditor; sería faltar a mi deber para con Massey College; el bibliotecario...

El rey propuso hacer una cosa muy indigna con el bibliotecario y no considero apropiado repetirla aquí. Por su carácter y su vocabulario, cada vez se hacía más patente que se había formado en la Marina.

—¿Qué ocurrencia! —continuó—. Tengo poco tiempo y necesito un experto que me ayude. ¿Quiénes eran los corresponsales del señor Massey?

Me quedé perplejo.

—Todo el mundo, más o menos —dije.

—¿Algún coleccionista? —preguntó—. Supongo que conoces nuestras reglas; no puedo llamar a nadie que, por un motivo u otro, no esté representado en esta sala. Regulación sobrenatural 64 A. ¿Qué te parece mi hijo? Era un buen coleccionista, no tanto como yo, desde luego, pero bastante aceptable. ¿Hay alguna carta de él en estos archivadores?

Me pareció posible y asentí. El rey empezó a gritar como si llamara a alguien desde el alcázar de una nave.

—¡Bertie! —vociferó—. ¡Bertie, preséntate aquí inmediatamente! ¡Te necesito, Bertie!

Una voz habló a mi espalda (la recordaba perfectamente), la de un hombre que se esmeraba en pronunciar porque había superado un tartamudeo angustioso.

—Padre —dijo—. Te he buscado por todos los estados de la Commonwealth. Tenemos que aparecernos en la sección de cartografía de la Real Escuela Naval de Greenwich. ¡Date prisa!

—Bertie, hijo mío —gritó el rey Jorge V—, nos quedan diez largos minutos. Mi sello de tres peniques con el borde doblado está aquí, en alguna parte, y tenemos que encontrarlo. ¡Date prisa, muchacho, date prisa!

La escena que siguió es la más rara de toda mi experiencia. Ahí tenía a Jorge V en compañía de Jorge VI, con toda la parafernalia naval, violando los archivadores que tan meticulosamente se habían sellado. Se pusieron a cortar los nudos de las cuerdas con el sable (hasta el momento, nunca había creído que esos sables pudieran cortar algo) y a sacar documentos a puñados, documentos que tiraban al suelo: aquello parecía una tormenta de nieve. La pasión del coleccionista poseía a los monarcas... pocas pasiones hay tan terribles en el mundo. El rey bajo y el alto iban de un lado a otro por toda la sala a una velocidad increíble, buscaban, repasaban y seguían buscando, mientras yo iba de aquí para allá protestando y escabulléndome de vez en cuando de sus terribles sables.

No sé cuánto tiempo transcurrió; supongo que unos minutos, aunque me parecieron horas. Entonces, Jorge VI, tan emocionado que no podía ni hablar, descubrió en un rincón oscuro un sobre en el que había unas palabras escritas y se lo lanzó a su padre. El monarca mayor no cabía

en sí de gozo; cuando lo cogió, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Bertie, hijo mío —gimió—, ¡lo has encontrado! ¡Bien hecho, muchacho! ¡Ah, muy bien hecho!

Pero yo me inquieté mucho más que antes.

—¡No puede llevárselo! —exclamé—. ¡No se lo lleve!

—¿Quién me lo va a impedir? —dijo el rey Jorge V.

Cierto, ¿quién? Veamos: se trataba de un fantasma, el fantasma de un rey, armado con un sable que parecía tener una propiedad nada fantasmal: la de cortar objetos reales. Era una amenaza más que suficiente para pararme los pies. Angustiado, pedí socorro a voces. Después suspiré y entonces, al recordar mi obligación nacional de ser perfectamente bilingüe, añadí: «*Au secours! Au secours!*».

Me gusta pensar que todo sucedió gracias al bilingüismo. Una voz suave y segura dijo a mi espalda: «¿Puedo ayudarle en algo, tal vez?».

Nos volvimos los tres a ver quién había hablado. Por raro que parezca, el primero en hablar fue Jorge VI.

—Señor primer ministro —dijo.

En efecto, era él, pero no un primer ministro cualquiera, sino el único y preeminente Primer Ministro. El mechón de pelo siempre bailando en la frente; los labios entreabiertos como un niño asombrado; los exquisitos ojos castaños de los que habría podido presumir una belleza eduardiana; el vestuario lujoso puesto como al descuido y, sobre todo, una actitud imperturbable, una dignidad propia de un sapo: solo podía ser una persona. Era William Lyon Mackenzie King.<sup>6</sup>

—Aquí hay muchas cartas mías —dijo el señor King— y, al darme cuenta de que tal vez pudiera ayudar en algo a mi querido y viejo amigo y colega Vincent Massey, he acudido sin demora.

Creí que iba a perder el sentido, pero le expliqué la situación tan rápido como pude.

—Es evidente que el sobre debe permanecer en su sitio —dijo Mackenzie King.

—¿Qué? —aulló Jorge V, con un rugido marinero como no había oído en mi vida—. Oiga usted, señor primer ministro: sé tanto como usted de monarquía constitucional, derecho colonial, Estatuto de Westminster y todas esas memeces, pero lo que es justo es justo. El sello es mío y lo quiero.

—Su majestad olvida que, en el caso de las cartas, solo el contenido literario sigue siendo propiedad del escritor; la carta física (el papel, la tinta y, naturalmente, el sello) es indiscutiblemente propiedad del destinatario. Su majestad no deseará desposeer a un súbdito suyo de una pertenencia personal. Por ejemplo, no se le ocurriría llevarse los gemelos o la caja de tabaco del señor Massey.

—Pero es un sello —murmuró el rey; no era la voz de un monarca ni de un almirante, sino la de un coleccionista, y tan cargada de tristeza que me conmovió en lo más hondo. Porque yo también soy coleccionista, aunque no de sellos.

—Te ha puesto en un aprieto, padre —dijo Jorge VI, casi tan decepcionado como Jorge V.

—Siempre nos ponía en aprietos —murmuró su padre.

Pero Mackenzie King era un vencedor magnánimo.

—Canadá no desea pecar de falta de generosidad. Tal vez podría volver aquí de vez en cuando a verlo, a tocarlo, a jugar con él... e incluso a lamerlo —dijo.

Esto último fue una ocurrencia desafortunada. El monarca mayor le clavó una insondable mirada burlona.

—Quienquiera que osare lamer un espécimen único provocaría un conflicto constitucional —dijo, y Mackenzie se cubrió sus bellos ojos y movió los labios como si explicara en silencio una

cosa antigua, desagradable y lejana—. De todos modos... ¿podría venir una vez al año?

—Eso debe decirlo el decano —respondió Mackenzie King.

En ese instante tuve una inspiración.

—¿Su majestad me concedería un deseo? —dije.

—Cualquier cosa, dentro de lo razonable —dijo Jorge V—. ¿Qué deseas? ¿Qué antojos tenéis los profesores universitarios? ¿La Estrella de la India? A título póstumo, naturalmente. La tendrás cuando seas uno de los nuestros.

Sabía los motivos de su generosidad: quería apoderarse del sello. Pero, sin darme tiempo a hablar, intervino Mackenzie.

—Su majestad olvida que a los canadienses no les está permitido aceptar títulos, ni siquiera póstumamente.

El rey Jorge V se explayó de una manera que no voy a repetir. Su sencilla elocuencia de marinero ardía como un incendio en una refinería. El uso que daba a algunas de las palabras anglosajonas más sencillas me tenía admirado; en cambio, Mackenzie volvió a cubrirse los ojos. Supe que estaba pensando en su madre. Cuando el rey terminó, hablé otra vez.

—Mi deseo no es un favor personal, sino en beneficio de esta institución. Hemos tenido algunos fantasmas aquí... espectros andrajosos y perjudiciales que pululaban por todas partes. Bien, si su majestad... y, naturalmente usted también, señor —dije, mirando a Jorge VI—, desean venir aquí a ver este sello tan notable, pueden venir cuando lo deseen. Lo único que pido es que en algún momento de su visita anual se hagan ustedes visibles. Sería muy favorable para reforzar la categoría de este lugar.

Mackenzie volvió a hablar de nuevo sin dar tiempo al rey a responder.

—Si un monarca o monarcas han de poner el pie en suelo canadiense, aunque sea póstumamente, lo apropiado sería que los acompañase en todo momento un ministro canadiense de la Corona —dijo. Y, como los fantasmas no siempre tienen la precaución de ocultar sus pensamientos, le oí pensar una inconveniencia: «Para no quitarles el ojo de encima».

Y en ese momento, con un destello cegador, la inspiración terminó de redondearse. Hablé en un tono cortesano que no me había parecido necesario con los dos Jorges.

—Señor primer ministro —dije—, naturalmente hago la invitación extensiva a su persona.

Ni así pareció que se le aclarasen las dudas y cerró los ojos otra vez. Lo aproveché para hacer un guiño a los dos reyes y, como buenos marineros que eran en el fondo, me lo devolvieron.

—¿Cuándo debemos manifestarnos? —preguntó Jorge V.

—Dudo que manifestarnos sea lo más apropiado —dijo Mackenzie King—. En esta residencia viven muchos científicos jóvenes y sería una descortesía... no, sería crueldad gratuita, hacer cualquier cosa que pueda afectar a su sencilla fe en el materialismo.

—¡Oh, vamos! —dijo el monarca mayor—. Hagamos las cosas como es debido. No soporto todo ese rollo de los lamentos invisibles, los golpes en las ventanas y demás. Eso es para los fantasmas de categoría inferior. ¡Acceda, hombre! Todo el mundo sabe lo aficionado que era al espiritismo. ¡Nos manifestaremos!

—Sí —dije con entusiasmo—; si les parece bien pasear por el jardín a medianoche, por ejemplo...

—¡Genial! —dijo el rey mayor—. Nosotros abriremos la marcha, Bertie, los dos del brazo, y el primer ministro en retaguardía, a tres pasos de distancia. ¿Qué le parece?

El señor King parecía disgustado.

—Ya veremos —dijo—. Nos manifestaremos si es necesario, pero no necesariamente. Dejémoslo así.

—¡Ah! ¡Será necesario! —dijo Jorge V—. ¿Cuándo venimos? —preguntó con ganas. Pensaba en el sello, naturalmente.

—¿A sus majestades les complacería que fuera el seis de enero? —dije. Quedaba claro que el señor King no pinchaba ni cortaba. Los coleccionistas estaban dispuestísimos a colaborar.

—No te fallaremos —dijo el rey mayor—. Bertie, tenemos que irnos ya si no queremos llegar tarde a la aparición en la sala de cartografía de Greenwich.

Y, mientras desaparecía ante mis ojos, de algún recoveco interior de su uniforme sacó un puro precioso y completamente real y me lo puso en la mano.

Unos minutos después, estaba yo paseando por el jardín, fumando el admirable Hoyo de Monterrey más satisfecho que el canadiense más pintado, supongo. Había conseguido una cosa para la facultad sin que mis distinguidos huéspedes se dieran cuenta, creo. ¿Cómo iban a saber lo que sabía yo: dos hombres educados en la Marina y un estadista educado en el presbiterianismo y con inclinaciones espiritistas? Pero yo sabía que el día más apropiado, con diferencia, para que se manifestaran era el 6 de enero, que es, naturalmente, el último día de los doce de Navidad y la festividad de los Tres Reyes.

## El banquete de Charlottetown

Es grande la variedad y muy grata la compañía de los invitados que acuden a nuestras cenas quincenales de la *High Table*. A veces nos llevamos alguna sorpresa, como descubrir que un economista es poeta, por ejemplo (digo «poeta» en el sentido formal de la palabra, pues todos los economistas son seres arrebatados y fantasiosos; lo exige su profesión). El viernes pasado, sin ir más lejos, tuvimos un invitado que me pareció el compañero más encantador e instructivo. No voy a decirles cuál es su profesión porque lo identificarían inmediatamente y entonces desvelaría su secreto: que es médium.

No le gusta ser médium. Le cohibe. Pero, si se tiene el don es como tener las articulaciones muy flexibles o saber mover las orejas; es algo innato, no se adquiere estudiando ni se puede renunciar a él voluntariamente. Su don particular entra en el terreno de la psicometría; es decir, que a veces (aunque no siempre) resulta que, cuando está cerca de un objeto y ese objeto está íntimamente ligado a algo, él lo capta con una intensidad que llega a resultar muy molesta. Algunas veces, a continuación ocurre una manifestación psíquica.

Me lo contó confidencialmente cuando salíamos del comedor pequeño de arriba, donde nos reunimos después de la cena a charlar y a tomar oporto y madeira en cantidades razonables. Nos encontrábamos en el fondo de la estancia, junto al aparador, porque él estaba admirando nuestro escudo de armas; apoyó la mano en la pared, a la izquierda del marco, para verlo más de cerca con comodidad y, de pronto, se volvió hacia mí: tenía la zona de alrededor de la boca muy pálida, me pareció, y entonces fue cuando le dije:

—Vamos abajo; aquí no se puede respirar.

Pensé que le había afectado el humo de los puros. Aunque reconozco que los puros del tesorero son excelentes, la combustión de unas dos docenas en una hora, todos a la vez, carga mucho el ambiente, de modo que nos fuimos los dos abajo y se me olvidó el asunto.

Un par de horas después, mientras paseaba por el jardín para respirar un poco de aire fresco antes de irme a la cama, vi una cosa que no me gustó. La ventana del comedor pequeño estaba iluminada, pero no era luz eléctrica, sino una luminosidad tenue, trémula, que parecía aumentar y disminuir de intensidad, e inmediatamente pensé en un incendio. Subí las escaleras en un arranque de velocidad que habría sido la envidia de cualquier profesor ayudante de cátedra y abrí la puerta. Ya lo creo que había luz en la habitación.

Pero... tengan en cuenta que habíamos dejado el comedor pequeño tan desordenado como de costumbre: la mesa llena de restos de nuestros frugales placeres universitarios, como cáscaras de nuez, mondas de fruta, vasos de vino sucios, ceniceros rebosantes, servilletas arrugadas y toda esa clase de cosas. ¡Sin embargo, cuando llegué...!

Jamás había visto el comedor como en ese momento. ¿Cómo lo describiría?

En primer lugar, la mesa lucía un mantel de un blanco azulado refulgente que solo se ve en la ropa blanca más fina. Y lo que es más, no tenía una sola arruga; era evidente que lo habían planchado encima de la propia mesa. Tenía un bordado de hojas de arce trenzadas con lirios y rosas. En cada sitio (y estaba puesta para veinticuatro personas) había una servilleta doblada de una forma complicada que los mayordomos victorianos llaman corona imperial. Había una sopera a cada extremo de la mesa y mi excelente olfato enseguida detectó que la del ala oriental contenía Sopa de Tortuga Falsa,<sup>2</sup> y la del ala occidental, un consomé enriquecido con *julienne* de trufa, es decir, Consomé Britannia. En una fuente reposaba un noble salmón cocido, de la variedad del Restigouche, y a su lado, un cuenco de salsa de langosta para acompañar; en otra, una selección de

filetes de la más espléndida caballa de Nueva Escocia, cada uno perlado de salsa Maître d'Hotel.

¡Y los platos fuertes! Petites Bouches à la Reine y Grenadin de Veau con Salsa de Tomate Pique (nada de esa asquerosidad de salsa de tomate embotellada, sino la auténtica y verdadera salsa Pique recién hecha). También había Lapin Sauté, presentado en actitud rampante, con los cuartos delanteros levantados como si estuviera muy orgulloso de su belleza, y con un pompón encantador de arbolillos de coliflor en el lugar que, unas horas antes, ocupaba la cola; iba guarnecido con champiñones, porque llevaba uno en el lugar de cada ojo. Vi también Côtelette d'Agneau con Petits Pois, naturalmente, y Coquette de Volaille, además de un Timbale de Macaroni presentado en forma de... ¡castor, nada menos!

Había además pavos y pollos asados, un cuarto trasero de cordero y un solomillo de buey, y pavos y jamones cocidos, buey en adobo y costillas de cordero. Y todo estaba muy caliente.

La luz tenue que había visto temblar por la ventana provenía de una lámpara de gas con varios brazos que pendía del techo sobre la mesa; la luz de gas se expandía desde globos de alabastro: sin duda, uno de los sistemas de iluminación más encantadores que el hombre haya podido inventar.

Por descontado, han reconocido ustedes la cena a la que me refiero. No hay gourmet que no se sepa ese menú de memoria. Fue el del Gran Banquete que se celebró en el hotel Halifax de Charlottetown el 12 de septiembre de 1864 en honor de los delegados coloniales. Así era la auténtica comida de la Confederación. En la pared de nuestro comedor pequeño, exactamente en el lugar en el que nuestro invitado, el médium, había apoyado la mano, se encuentra un elegante ejemplar del menú impreso en seda, regalo del profesor Maurice Careless, uno de nuestros catedráticos principales.

Pero la cosa no acaba ahí. Lo que les he descrito con todo lujo de detalles se me presentó en un instante a la vista, y volví la mirada hacia el aparador, que estaba repleto de botellas de vino.

¡Y qué botellas! Se me llenaron los ojos de lágrimas solo de verlas. Porque no eran como esas tan feas de ahora, con antiestéticos sellos oficiales pegados por todas partes, altos hombros y todas de la misma forma, que se las dan de rectas y parecen declarar con el sonsonete nasal semianalfabeto de los políticos: «Gracias a nosotras las calles están pavimentadas y contáis con educación general y salud pública; somos los pilares de la sociedad». No, no, estas otras botellas eran más pequeñas y las había de todas las formas y colores, como las delgadas doncellas de color verde claro de vino blanco del Rin; las románticas, oscuras y opalescentes de oporto; las fortachonas y alegres de los claretos, y las aristócratas de nariz respingona de los borgoñas; las había de champán, que casi bailaban, pero no eran impostoras gasificadas, y las había de formas y colores antiguos: oscuras, jocundas y perversas.

Se me doblaron un poco las piernas y me senté en la primera silla que vi.

Fue entonces cuando me percaté de que había alguien al lado del aparador. Me daba la espalda y no sé si su contorno estaba un poco difuminado o es que estaba yo deslumbrado por la mesa, pero el caso es que no podía verlo bien. La figura estaba mirando unas botellas de jerez, aunque sería más exacto decir que se relamía mirándolas. Ese detalle tenía que haberme dado la clave, pero, como comprenderán, estaba yo un poco fuera de mí. Y lo que es más, en ese mismo instante me acordé de que, según el profesor Careless, la hoja del menú que nos había regalado era propiedad del honorable George Brown. En asuntos de esa clase, no se pone en duda la palabra de Maurice Careless.

—¡Señor Brown, supongo! —dije, en el tono más cordial que pude.

—Dios me libre de desengañar a nadie —dijo la figura, sin volverse todavía hacia mí—, pero no soy digno de la distinción que me atribuye usted. —Cogió una botella de jerez y la descorchó



con habilidad de experto. Después descorchó otra y me miró con una risita malvada y una botella en cada mano.

Cierto, guerreros del clan Alpine son,  
y yo soy Roderick Dhu, sajón<sup>8</sup>

—dijo, y me quedé tan perplejo que casi pasé por alto la desagradable experiencia de que me llamara sajón. ¡Era ni más ni menos que Old Tomorrow en persona!

Sí, era Sir John A. Macdonald,<sup>9</sup> con el mismo traje que en vida. O, mejor dicho, no exactamente como estamos acostumbrados a verlo, sino con un traje victoriano de gala y pañuelo rojo de seda al cuello, con las puntas guardadas en el escote del chaleco. Pero esa cabeza de rizos un tanto disparados, ese rostro arrugado que parecía culminar y justificarse en la nariz bulbosa y cobriza, esos ojos acuosos, inquietos y alegres, los dobleces de acordeón de la garganta, los labios húmedos y en movimiento... eran inconfundibles.

—Si esperaba usted a Brown, lo lamento sinceramente —continuó—, pero es que, verá: era yo el propietario de esa hoja del menú —lo pronunció «minou», al estilo victoriano—, pero Brown se lo guardó en el bolsillo cuando nos levantamos de la mesa. Tenía la pequeña manía de llevarse menudencias; preferíamos pensar, con buena fe, que se las llevaba a sus hijos. Pero ese menú es mío, se lo aseguro. Fíjese, aquí está todavía la huella de mi dedo pulgar.

Pero no me interesaban las huellas del pulgar. La sombra que estaba ante mí me imponía inmensamente. Me puse de pie. Con la voz trémula de emoción, exclamé:

—¡El padre de mi país!

—¡Qué truhán! —dijo sir John con un guiño—. Póngase la servilleta, doctor, y vamos a disfrutar de este admirable festín.

Perdí la voluntad. No me excuso. ¿Quién, en semejantes circunstancias, habría hecho otra cosa que lo que le mandaban? Me senté. Con gran donaire, sir John destapó la Sopa de Tortuga Falsa y me sirvió un plato hasta el borde. Me la tomé. Después me dio un plato de Consomé Britannia. Me lo tomé. Después comí bastante salmón. Después, una buena ración de caballa. Iba comiendo rápidamente, con humildad y patriotismo.

He oído hablar mucho del extraordinario celo gustativo de los victorianos. Comían copiosísimamente. Y entonces, mientras Sir John me servía platos exquisitos, uno detrás de otro, empecé a comprender que esperaba que me comiera todo lo que había en la mesa, o al menos un poco de cada cosa. Se me puso un nudo en la garganta. «Pero —me dije—, ¿cuándo vas a volver a disfrutar de un ágape como este y en semejante compañía?», y se me pasó el nudo. Me di cuenta de que el apetito no disminuía. La comida que me llevaba a la boca, masticaba y deglutía parecía perder cuerpo en alguna parte, nada más pasar por la altura de la corbata. No tenía sensación de saciedad. Y poco a poco entendí que se trataba de un banquete fantasma en compañía de un fantasma y que, en dichas circunstancias, podía seguir comiendo indefinidamente. Ni siquiera me dolía la mandíbula. Pero el sabor... ¡Ah! El sabor era verdadero, como si las viandas fueran de este mundo.

Entretanto, sir John iba al mismo paso que yo, bocado a bocado, pero me sacaba ventaja por lo que hace a las copas. Me preguntó cuál era mi veneno y pensé que era una forma victoriana jocosa de decirme que eligiera un vino, y pedí un Mosela, un buen Berncasteler, para la sopa y el pescado, y después, con los platos fuertes, me cambié al St. Emilion (singularmente excelente con el conejo, que es uno de mis platos predilectos; sir John no quiso probarlo; me lo comí entero y dejé los huesos fantasmales bien rebañados). En cambio, sir John no cambió el jerez por nada. Nunca había visto a nadie consumir tanto jerez. Pero no era un jerez seco cualquiera, como el que toman ustedes, sino que era marrón y parecía tarta de ciruelas líquida. Se lo tomaba copa a copa,

vaciando una botella tras otra.

No crean que comíamos en silencio. No les cuento la conversación porque carece de interés. Todo era: «Otro poquito de pavo, querido doctor; permítame servirle el ala derecha» y «Sir John, permítame que insista, tome usted un poco más de este excelente Timbale de Macaroni» o «¿Puedo llenarle la copa? ¡Ah, ya la ha llenado usted!», cosas así, ya saben, frases amables entre dos hombres que comen afanosamente.

Pero al final terminamos con todo, en la mesa solo quedaron huesos y restos. Me recliné en la silla con satisfacción, aunque no estaba nada incómodo, y cogí un mondadientes. Era una mesa victoriana y, por tanto, los mondadientes eran de la mejor clase: de auténtico cañón de pluma, como apenas se ven en estos tiempos melindrosos y débiles. Bien, había llegado el momento de poner en marcha el plan que había urdido.

En los malos viejos tiempos, antes de que la vida académica me reclamase, era periodista, lo saben. Aquella noche, en el comedor pequeño, me encontraba, pues, en una situación que ni el mejor reportero se atrevería a soñar. Sentado a la mesa, enfrente de mí, se hallaba un hombre con un conocimiento único del pasado de nuestro país, cuyo valor aumentaba inconmensurablemente en virtud del privilegio extraordinario de tener acceso también al futuro. Era un hombre que podía decirme qué consecuencias tendría el actual estado de inquietud de Quebec. Y después... ¿cómo me halagarían en Ottawa! ¿Solicitaría la Orden de Canadá (ingresar en la hermandad, no solo la medalla) antes de dignarme revelar lo que iba a averiguar enseguida? ¿Y podría restregárselo a Maurice Careless por las narices! Pero este último pensamiento tan ruin lo eliminé enseguida. Aquel a quien los dioses piensan destruir, primero lo vuelven loco. Me preparé para hacer la pregunta crucial.

Pero, pobre de mí, triste criatura del siglo xx, ¡cuán equivocado estaba sobre la naturaleza de nuestro festín!

—¿Pasamos a los postres, doctor? —dijo sir John, y agitó la mano.

En un momento, en un abrir y cerrar de ojos (la frase bíblica se plantó sola en mi pensamiento), la mesa quedó completa y profusamente preparada otra vez: perdices, pato silvestre, ensalada de langosta, galantinas, budín de ciruelas, gelatina, flan de crema rosa, Charlotte Russe, crema italiana, crema bávara, crema genovesa, bandejas de pasteles variados: petisúes de manzana, bocaditos, cucuruchos de hojaldre, torres de profiteroles, flanes, tartaletas de fresa, damas de honor, hojaldres rellenos, flores de lis de ciruela, tortelli... era desconcertante. Y había también helados al estilo victoriano (templos inmensos de almidón de colores y sabores distintos) y bizcochos de ciruela, además de una exquisitez ya olvidada, las llamadas pirámides bañadas en chocolate.

¡Y fruta! Torres enormes de fruta que ascendían desde los cimientos de manzanas, pasaban por capas de naranjas y nectarinas y gran cantidad de bayas y pasas de Corinto y, en la cúspide, coronándolo todo, la explosiva y elegante figura de una piña.

Es que, claro, se me había olvidado que un festín victoriano digno de tal nombre tenía postres de esta clase, para que los comensales pudieran relajarse un poco después de terminar con los platos fuertes.

—¡Cómo! —exclamó sir John, decepcionado—. ¿No hay compota de grosella espinosa? ¡Con lo que me apetecía! —Y ahogó su pena en jerez.

Yo no encontré ninguna pega. Empecé de nuevo a comer metódicamente de cada plato, acepté repetir de Charlotte Russe y budín de ciruela. Con los postres tomé solo champán. Era delicioso champán victoriano, un poco más dulce que lo que se lleva ahora, con una carbonización más acariciadora que explosiva. Espero no haber bebido en exceso, pero, en compañía de sir John, no

era fácil saberlo.

No quiero darles la impresión de que a sir John le había afectado mucho la bebida. Estaba completamente sobrio, pero no pude dejar de darme cuenta de que había tomado nueve botellas de jerez sin mi ayuda, y no daba señales de querer parar. Yo sabía (y, una vez más, se lo debía al profesor Careless) que en esas hercúleas juergas solitarias que formaban parte de su leyenda su bebida predilecta era el jerez. Estaba preocupado y supongo que se me notaba. ¿No perdería mi compañero la capacidad de hablar con coherencia antes de que se presentara la oportunidad de interrogarlo? Seguí tomando champán a sorbitos y mordisqueando distraídamente un hojaldre sin saber qué hacer. De repente, sir John me dijo:

—¿Un poco de humo?

Cogí un puro excelente de la purera que me acercó.

—¿Y un brandy con soda para acompañar? —prosiguió.

Volví a aceptar la invitación con un murmullo y se puso a preparar la bebida en el aparador. En cuanto a él, siguió con el jerez.

—Bien, doctor —me dijo—. Veo que está pensando en algo. Adelante.

—No es fácil expresarlo con palabras —dije—. Aquí me tiene, cuando el año del centenario de Canadá se acerca a su fin, sentado a solas con el gran artífice de nuestra Confederación. Como es natural, tengo muchas preguntas en la cabeza; el inconveniente es que no sé por dónde empezar.

—¡Ah, el año del centenario! —dijo sir John—. Bien, verás, en mis tiempos no teníamos la costumbre de cortar la historia en pedacitos de cien años. Siempre es el centenario de algo.

—Pero no el de Canadá —dije—. No finja que le es indiferente el crecimiento del país al que usted mismo dio el ser.

—No, no; no es indiferencia —dijo él—, me he tomado infinitas molestias todo este año, yendo y viniendo por todo el continente (*a mari usque ad mare*), pendiente de unas cosas y de otras.

No pude contenerme: la pregunta inevitable se me escapó de la boca:

—¿Vio usted la Expo? —exclamé.

—No lo dude —contestó, riéndose con ganas—, y procuré por todos los medios estar presente al final, cuando se hizo el balance económico. Las pérdidas igualaron aproximadamente el presupuesto total de esta colonia en 1867, multiplicado por ocho. ¿Le parece que eso es una gran exposición? Pues, para que lo sepa, mi querido doctor, la única Exposición Universal que tuvo algún sentido fue la de 1851: ¡la única en la historia que obtuvo beneficios! ¿Y sabe por qué? Porque la dominaba un hombre de negocios que era un as de las finanzas y muy astuto: Alberto, el príncipe consorte. Si hubieran tenido ustedes un poco de cabeza, habrían puesto su maldita Expo en manos del duque de Edimburgo; ningún príncipe se habría atrevido a saquear y estafar al país como lo hicieron sus políticos, porque habría sabido que le podía costar la cabeza. ¡La Expo!... — Y a continuación dijo algunas indecencias que prefiero omitir aquí.

—Pero, sir John —protesté—, ahora vivimos en democracia.

—La democracia, señor mío, tiene sus limitaciones, como cualquier teoría política —dijo, y entonces recordé que estaba hablando con un gran conservador y canadiense con título nobiliario. Sin embargo, era el momento de ir al grano.

—Tenemos la esperanza de que nuestro enorme esfuerzo se refleje en el desarrollo futuro del país —dije—. Puesto que ha tenido usted la bondad de materializarse ante mí, voy a hacerle una pregunta muy importante. Sir John, permítame preguntarle, en su opinión, qué clase de futuro aguarda a Canadá, el país al que dio usted el ser, el país que respeta su recuerdo, el país en el que reposan sus cenizas y en el que su ejemplo inmenso todavía sirve de inspiración. ¿Puedo preguntarle qué deparará a nuestra Confederación su segundo siglo de existencia?

—Puede preguntar, señor —dijo Sir John—, pero sepa que no le servirá de nada. Verá, doctor, voy a tener que darle alguna pista sobre la naturaleza del reino en el que habito ahora. Es un mundo de paz, y cada cual tiene su idea de lo que es la paz. Piense en la vida que llevé: fue una vejación continua. Fue una carrera de obstáculos y mis rivales eran personas como el burro de Brown, tan tendencioso y fastidioso; como el rufián de Cartier, un disidente rencoroso, e incluso necios como Tupper y Mowat. Era un mundo capaz de interrumpirme la tarea de escribir cartas halagadoras a una reina incomprensiva con las que deseaba parar los pies a un diputado que pretendía lograr un nombramiento de farero para uno de sus votantes. Era una vida en la que cualquier motivo generoso por mi parte se interpretaba como astucia política y mis debilidades se inflaban y servían de ejemplo a los liberales para meter miedo a sus hijos. Como comprenderá, doctor, era una vida de perros. Bien, y ahora, ¿qué cree que significa una vida pacífica para un hombre como yo? La libertad, doctor, librárame de esa clase de preocupaciones, ser libre para observar la comedia y la tragedia de la vida sin tener que participar en nada. Libertad para hacer mi santa voluntad sin tener en cuenta las consecuencias.

Mientras pronunciaba este largo discurso, sir John dio cuenta de la última de las doce botellas de jerez. Las que había terminado antes se habían ido flotando, a medida que las terminaba, hacia el aparador, y allí estaban ahora, todas apiñadas. Cogió la decimosegunda y empezó a hacerla girar por encima de la cabeza como si fuera una porra india, con un ojo cerrado para apuntar mejor.

—¿Me pregunta usted por el futuro de Canadá, mi estimado señor? —dijo a voces—. Es comprensible que quiera contar al mundo lo que sé que pasará. Pero no puede, mi querido doctor, porque no me he tomado la molestia de verlo. Y le diré por qué. Mi apreciado doctor: ¡no me he asomado al futuro porque ME IMPORTA UN COMINO!

Y, mientras pronunciaba tan terribles palabras, el padre de mi país lanzó la última botella de jerez contra las once que había en el aparador. Se produjo un gran estrépito, la luz de gas se apagó y yo me quedé inconsciente.

No sé cuánto tiempo pasaría, pero cuando volví en mí, estaba paseando por el jardín, un poco mareado pero curiosamente eufórico. Porque, a pesar de no haberse cumplido mi deseo de descubrir algo sobre el futuro de este mundo, ¿no se me había permitido compartir un secreto precioso, tranquilizador y optimista sobre el otro mundo? ¿No era maravilloso ser canadiense y que te importara un comino?

¡Y haber participado en el banquete de Charlottetown en semejante compañía! Una sonrisa se asomó a mis labios y, con ella, el fantasma del hipo.

## Cuando Satán vuelva a casa por Navidad

Hace unas semanas, un miembro de esta comunidad universitaria —un distinguido erudito cuyo nombre conocen todos ustedes— me dijo: «En fin, supongo que el día del Banquete de la Casa nos regalará con otro de sus cuentos de fantasmas».

Tengo el oído sensible y me dio la impresión de que el comentario resumaba resignación más que genuina curiosidad. Inmediatamente le pregunté qué era lo que le desagradaba de mis cuentos de fantasmas.

—Los fantasmas —contestó rotundamente—. Sabemos de sus encuentros con los espíritus de la reina Victoria, Jorge V, Jorge VI y Sir John A. Macdonald; al parecer, solo son dignos de aparecérsese personajes que han sabido granjearse un lugar honorable en la historia. Pues bien, eso es síntoma de un elitismo ectoplasmático de la peor especie.

Podía haber respondido que no me inventaba las apariciones, que no las propiciaba, sino que eran los espíritus los que me buscaban a mí, pero es inútil discutir con individuos envidiosos que, si acaso han visto un fantasma alguna vez, evidentemente era uno sacado de los escalones inferiores del funcionariado. De todos modos, me propuse enseñarle lo que es bueno. No esperaba que este año compareciesen más espíritus de la realeza, habida cuenta de que llevábamos cinco seguidos y me parecen más que suficientes incluso para la facultad más encantada de esta universidad. Sabía que tendría que inventarme un fantasma; sería fácil dar con uno a la medida de las mentalidades sólidamente cimentadas en convicciones igualitarias.

Y lo conseguí. Es un relato excelente —lo que en épocas pasadas se denominaba «un cuento prodigioso»— y bastante original sobre un profesor adjunto de esta facultad que se llamaba Frank Einstein, un brillante biólogo joven que descubre el secreto de la vida en un antiguo manuscrito de alquimia y fabrica un ser vivo con partes diversas que birla en el laboratorio de disección del nuevo edificio de Medicina. Lo recompone secretamente en su dormitorio. Sin embargo, como no puede dotar de alma a su creación, esta resulta ser un monstruo que mata al tesorero y al bibliotecario y, por último, desflora a la novia de Frank, una alumna de postgrado que responde al nombre de Mary Shelley, y, de postre, se la zampa. Está escrito en un estilo vivaz y tenía muchas ganas de leerlo —sobre todo los soliloquios del monstruo—, pero anoche...

Anoche celebramos el Baile Navideño de la facultad y ¡en vela hasta el alba —como debe ser —, cuando la juventud y el placer se alían con pies alados en pos de las horas luminosas! Era sobre la una en punto, llevaba un rato viendo el baile en una sala llamada La Rotonda, en la que la alianza en pos de las horas aladas se ejecutaba en círculo, lo cual no es de extrañar, tratándose de una rotonda, y después me fui a la capilla; no parecía probable que a ninguna pareja se le hubiera ocurrido ir a sentarse allí abajo y yo podría descansar diez benditos minutos en silencio. Sin embargo, había alguien en el oratorio.

El hombre que se encontraba en el altar mirando el retablo con gran atención era perfectamente normal y, sin embargo, enseguida percibí que era extraordinario. Aparentaba unos cuarenta y pico, pero no era un catedrático; siempre se sabe la edad de los catedráticos por el corte del traje, porque se lo compran antes de los treinta y se lo ponen contadas veces en los cuarenta y cinco años siguientes. En cambio, el frac de ese hombre podía ser de riguroso estreno, aunque de estilo tradicional. Tenía el pelo rizado, bastante largo —si bien lo llevaba peinado con elegancia—, y una barba distinguida. Soy ya un poco mayor para decir sin avergonzarme que un hombre es apuesto, pero lo cierto es que no se podía negar: poseía una belleza impregnada de fría altivez. Inmediatamente y sin ningún género de duda reconocí la clase a la que pertenecía; era un profesor

invitado, de una universidad estadounidense, del Medio Oeste en concreto.

—Una bella obra de arte, ¿no? —dije, refiriéndome al retablo.

No me miró.

—Es interesante, para lo que suelen ser estos retratos de familia —murmuró.

Llegué a la conclusión de que era sordo.

—Es ruso, del siglo XVII, se trata de un iconostasio itinerante, como se ha dado en llamar —dije, levantando la voz.

—Es una lástima que falte la imagen de Padre. De todas formas, no está mal en su estilo —dijo él sin hacerme el menor caso.

—Supongo que está usted invitado por nuestro Departamento de Bellas Artes —dije a voz en grito.

Entonces se volvió hacia mí y me miró. No sabría decir quién ganó la batalla que en esa mirada libraban por la supremacía la conmiseración y el desprecio. Me sobrecogió, pues nadie había vuelto a mirarme de esa forma desde el último examen oral de mi vida, hará unos treinta años.

—¿No me conoce? —dijo.

Eso me molestó. No tengo facilidad para los nombres, pero a fisonomista no hay quien me gane. Sabía que no lo había visto nunca y, sin embargo... me sonaba de algo.

—Veamos si esta pista le ayuda —dijo el desconocido, y en un instante se transformó.

Un traje de color escarlata muy ceñido y una amplia capa roja sustituyeron al elegante frac y, en lugar del murmullo discotequero del piso de arriba, se oyeron unos compases muy conocidos de... ¿quién era? ¡Ah, sí! Gounod.

—¡Por supuesto! —exclamé—. Usted es el nuevo director de la Escuela de Ópera. ¡Qué buena idea, presentarse con ese atavío!

—¡No! —gritó impacientemente, y se transformó otra vez.

Apareció de pronto con un disfraz peludo y brutal; los pies tenían forma de pezuñas, en la frente lucía una cornamenta de carnero descomunal y por detrás, en lugar de la culera de los pantalones, se veía una cara horrenda que sacaba soezmente una larga lengua roja.

—¡Ahora caigo! —exclamé de nuevo, y se me escapó una risilla tonta porque empezaba a ponerme nervioso—. Seguro que es un actor del grupo de teatro medieval Pocuili Ludique Societas. ¡Excelente disfraz, sí señor!

—¿Disfraz? —rugió con voz de león. Al mismo tiempo, la pendulante lengua de la cara trasera soltó un sonoro cuesco: un verdadero trompetazo burlón—. ¡Mísero vástago de esta época descreída! ¿Qué voy a hacer contigo?

De repente, para mi total consternación, apareció en la capilla, delante de mis narices, un dragón rojo de siete cabezas, con diez cuernos y siete coronas, una en cada cabeza. Las voces de las cabezas ponían los nervios de punta y el aroma delicado que antes exhalaba el hombre apuesto se convirtió en un hedor nauseabundo de azufre que me atragantó. Sobresaltado, retrocedí, tropecé con una silla y me caí al suelo.

—¡Demonio! —exclamé, y súbitamente el dragón desapareció y apareció de nuevo ante mí el hombre apuesto.

—Vaya, por fin lo ha adivinado —dijo, y me ayudó a levantarme.

No duré en pie ni un segundo. Reconozco la superioridad perfectamente y al punto me postré de hinojos.

—¡Altísimo señor! —dije, y, como me pareció que de forma espontánea no me salía la voz adecuadamente trémula, le añadí una dosis tremolante de forma artificiosa—. ¡Altísimo señor! ¡Hágase tu voluntad!

—Entonces, levántese y olvide toda esa parafernalia medieval —dijo el Demonio... porque, a esas alturas, la identidad del visitante no dejaba lugar a dudas—. Miseros mortales, que seguís tratándome como si en nada hubiera cambiado yo desde el siglo xvi; siendo atemporal como soy, vivo eterna y totalmente actualizado.

—De acuerdo —dije al tiempo que me ponía de pie—. ¿Puedo ayudarlo en algo? Están sirviendo una cena excelente en la Biblioteca Mayor, pero si le apetece más un par de almas, puedo proporcionarle enseguida una lista de la facultad con muy útiles notas al margen.

—¡Ay, ay, ay, por favor! —exclamó—. ¡Me toma usted por un diablejo raso! Maldita la falta que me hacen a mí sus auxiliares o sus colegas. Eso es trabajo de oficiales y, como tal, se lo dejo a mis subordinados.

Una idea de alcance realmente horrible —una auténtica explosión de vanidad— se apoderó de mí. Procurando que no se me notara el orgullo en la voz, musité:

—¿Ha venido por mí?

El Demonio se rio —fue una risita plateada, si tal cosa es imaginable siquiera— y me cosquilleó juguetonamente las ternillas.

—Apáñese consigo y deje de buscar el halago —dijo.

Lo que me tranquilizó fue el cosquilleo en las ternillas. Siempre me habían dicho que el Demonio tenía una vena vulgar, y ahora que me la había enseñado, no me daba tanto miedo.

—De todos modos —repliqué—, seguro que no ha venido para nada; si no quiere almas... ni siquiera una propiedad espiritual tan deseable como la mía, ¿qué se le ofrece?

—Simplemente contemplar a gusto este retablo tan bello —replicó—. Le parecerá extraño, sin duda, pero el caso es que esta época del año, con tanta celebración navideña en marcha, me pone un poco melancólico. No paro de oír lo mismo a mucha gente, que vuelven a casa por Navidad. ¿Y sabe una cosa, decano? Me gustaría mucho volver a casa por Navidad.

Tuve la prudencia de ahorrarme el comentario.

—Pero, claro, a mí no me lo pide nadie —dijo, con una expresión de añoranza tan exquisita que transformó el bello y arrogante rostro en la visión más triste que he contemplado en mi vida.

Cuando era niño, todavía gozaba de gran popularidad una novela de Marie Corelli titulada *Las penas de Satán*, pero ni la autora pudo llegar a imaginarse que se contara entre ellas la de que nadie le dijera «vuelve a casa por Navidad».

¡Menudo dilema se me presentaba! Contra el Maligno, abrumador e insensato, podía arrojarme en defensa de la facultad y consumirme en el intento. Pero contra el sentimentalismo no sabía qué hacer. La situación requería la máxima prudencia.

—¿Se celebra con mucha alegría la Navidad en su antigua casa? —pregunté, pensando que el tono coloquial lo desarmaría.

—No lo sé —contestó—. Como ya le he dicho, nunca me han invitado a volver, desde que disentí de mi Padre, hace muchísimo tiempo. La Navidad no empezó a celebrarse hasta eones más tarde.

—¡Ah! Me parece que comprendo su situación —dije—. No me extraña que sea usted tan malvado. No es culpa suya en absoluto. Es usted lo que ahora llamamos el resultado de un hogar desestructurado.

El Demonio me echó una mirada profundamente inquietante.

—Por mucha comprensión que me manifieste, no crea que no le leo el pensamiento como en un libro abierto —dijo—. Se cree más listo que yo; una ilusión muy común entre los profesores de universidad.

—Le aseguro que no me tengo por más listo que usted —repliqué—. Sé exactamente lo que les

sucede a los profesores que se lo creen; fijese en el infortunado doctor Fausto, sin ir más lejos. Sin embargo, opino que podría usted jugar limpio conmigo; me ha pedido comprensión, he hecho todo lo posible por manifestársela y ahora me amenaza y me acusa de hipócrita. Le ruego que seamos sinceros.

Otro cuesco apabullante y grosero resonó en la capilla y entonces caí en la cuenta de que, si bien se le había antojado presentarse impecablemente vestido de caballero contemporáneo, las demás facetas de su personalidad, sobre todo la del dragón de siete cabezas y la de lengua ubicada en lugar no convencional, seguían presentes, aunque invisibles.

—Ser sinceros significa seguir sus reglas —dijo—, pero a mí me gustan las mías y me las invento sobre la marcha. ¿Cree que solo puedo adoptar un punto de vista a un tiempo? ¿Tan imbécil le parezco? No te fastidia, ¡si eso lo superan incluso ustedes, necias criaturas de barro! Me gusta ponerme sentimental en Navidad; al fin y al cabo, es el cumpleaños de mi hermano menor. Pero no crea que eso me impide aprovechar toda ocasión de aguarle la fiesta.

Calló un momento y, al verlo de un humor tan evocador como fanfarrón, opté por morderme la lengua; enseguida volvió a hablar él.

—Creo que uno de mis mejores inventos es la felicitación de Navidad —dijo—. Sí, considero que ha contribuido a desvirtuarla más que cualquier otra cosa. Y lo empecé con astucia incomparable... nada, bastó con imprimir un puñado de primorosas felicitaciones victorianas y, ahora... bueno, ya sabe en lo que se ha convertido actualmente.

Asentí y me froté el brazo, dolorido todavía de tanto escribir.

—¡Y los regalos también! —dijo como para sí—. Bueno, eso tuvo su origen en los presentes de los Reyes Magos. Grandes conocidos míos los tres, ¿sabe? Melchor, Gaspar y Baltasar: muy buena gente, sí, y la ofrenda de oro, incienso y mirra, muy propia de corazones tan nobles. Pero, cuando me puse a estudiar su iniciativa y propagué la idea de lo bonito que sería que todo el mundo se hiciera regalos en Navidad, me superé con creces. La quintaesencia del asunto, verdad, es que casi todo el mundo regala algo de buen grado a las personas que aprecia, pero lo he hecho extensivo y obligatorio también a los que no. Se mire como se mire, es sutil... sutileza pura.

Me enfermaba el envilecimiento que iba experimentando el aspecto exterior del visitante a medida que el tono de la conversación perdía altura. Ahora tenía la cara colorada como un tomate, las mandíbulas abultadas y los labios babosos. Y de fondo, el resuello sibilante de las siete cabezas de dragón.

—Santa Claus... sí, creación mía —prosiguió—. Fijese en esta imagen del retablo. Un anciano bonachón. Lo conocí muy bien cuando lo nombraron obispo de Myra. Le encantaba hacer regalos. Era espléndido y desprendido como solo puede serlo un santo. Sin embargo, cuando me puse manos a la obra y llegó el auge de la publicidad, fue pan comido. Ahora, su imagen prolifera por doquier: un vejete gordezuelo y borrachín con un traje rojo que coloca de todo a cualquiera: suscripciones a revistas, refrescos, quincalla, productos lácteos, secadores eléctricos, televisores, muñecos meoncetes... lo que sea, pídaselo, él se lo trae. Todavía nos vemos de vez en cuando, porque está vivo, siempre procurando recuperar la Navidad, y no me avergüenza decir que, cuando coincidimos, casi ni me atrevo a mirarlo a la cara. Casi, pero no del todo.

A esas alturas del encuentro, la degeneración del Demonio había propasado todos los límites. Su espléndido frac estaba como una pasa, el pelo se le había quedado ralo y grasiento, la tripa y el trasero le habían engordado tanto que ahora parecía un tonel y el pañuelo que sacó para enjugarse las lágrimas de risa cruel que le empañaban los ojos daba asco.

Yo no sabía qué hacer. La situación me parecía desesperada. Y de pronto se me ocurrió una idea.



Existe actualmente una clase de actividad muy extendida en el ámbito educativo, la que desarrolla el denominado «servicio de orientación». Todos los años recibo varias cartas en las que me preguntan: «¿Con qué plantilla cuenta el servicio de orientación de su facultad?». Y siempre respondo con una sola palabra: «Conmigo». Evidentemente era el momento de ofrecer dicho servicio y solo me retenía un obstáculo: la absoluta convicción de que esa actividad también se la ha inventado él. ¿Caería en sus propias redes? No me quedó más remedio que intentarlo.

—Ha venido usted aquí a ver nuestro retablo —le dije, al tiempo que le pasaba el brazo por los hombros paternalmente (o, al menos, con esa intención), pero con todo respeto—. Pues mírelo ahora y piense en su antiguo hogar, en su familia. Desdichadamente, no tenemos un retrato del Padre...

—El de Miguel Ángel es el mejor con diferencia —me interrumpió—, lo sacó clavado.

—... en cambio, aquí están sus hermanos, los arcángeles Miguel y Gabriel. ¡Qué porte tan gallardo! Fíjese en qué forma física tan buena se conservan... aunque tienen casi la misma edad que usted. Recuerde que también usted fue así en algún momento...

Le quité el brazo de los hombros rápidamente; los repugnantes síntomas de degeneración física y espiritual desaparecieron en un instante y se presentó a mi lado tan desnudo como un recién nacido, equipado con un espléndido par de alas negras.

—Ahora soy así —dijo con orgullo.

Para mi gran asombro, vi que era un hermafrodita generosamente dotado. De todos modos, después de cinco años en Massey College, estoy preparado para cualquier imprevisto extraordinario.

—¡Bendito sea... eh... el arcángel! —exclamé. Y a continuación saqué a relucir la infalible frase de ánimo de los consejeros—. Verá, usted posee capacidad para lograr cualquier cosa, solo tiene que intentarlo. Ahora bien, esos ataques tan bárbaros a la Navidad no son dignos de usted. ¿No le parece que ya es suficiente? Como bien sabe, la gente sigue celebrándola con un espíritu que trasciende la inevitable tarjeta navideña, el regalo de rigor, la degradación de la figura de Santa Claus...

Estaba resuelto a seguir, porque pensaba en esta noche, en que estaríamos todos aquí, pero el Demonio me echó una mirada rencorosa.

—Sí, pero todo es por él... por mi hermano menor, ya sabe. Como si nadie más cumpliera años nunca. ¡Nadie celebra el mío!

Lo miré y les aseguro que ¡se le había puesto un morrito...!

De algo me tenía que servir ser profesor de arte dramático: reconozco las entradas al vuelo.

—Eso está hecho, hombre —le dije—, ¡yo celebraré su cumpleaños!

—¡Bah! —replicó—. ¿Quién es usted?

—¡Ajá! —respondí—. ¡Quiere que peque de soberbia! De todas maneras, sabe perfectamente quién soy sin necesidad de que se lo diga yo.

Tuvo el detalle de responder como si se avergonzase un poco.

—Bueno, pero entonces, ¿quién iba a enterarse?

—Lo sabrá toda la facultad —dije.

—¡Bah! ¡La facultad! —replicó groseramente, pero indeciso.

—Es una facultad universitaria —argüí—, y más aún: es una fábrica de ideas.

Sabía que el Demonio no se resistiría a una muestra de jerga de novísimo cuño.

—Trato hecho —dijo—. ¿Cómo lo va a celebrar?

—Izaré la enseña de la facultad y la campana de Santa Catalina dará veintiuna campanadas.

—¿Como si fuera por un miembro de la comunidad universitaria? —inquirió, con un destello en los ojos muy semejante al que imprime una gran satisfacción.

—Exactamente igual —le contesté—. Bien, ahora, dígame la fecha.

Dudó, pero solo un momento.

—Es que... jamás se lo he dicho a nadie. Es el... —y me la dijo al oído.

La oreja se me calentó un horror, pero hoy he comprobado que oigo mucho mejor por ese oído que por el otro.

Todos dicen que el Demonio tiene una vena vulgar, pero son los mismos que, en otras ocasiones, afirman que es un auténtico caballero. Y como tal le dio por comportarse en ese momento.

—Es usted sumamente considerado —prosiguió— y me gustaría retribuírselo como es debido. Pídame un deseo... dé alas a su ambición, se lo ruego.

No quise soltar prenda y casi al instante volvió a reírse: la misma risa argentina de la vez anterior.

—Es natural, comprendo que se acuerde de Fausto, pero de él no obtuve sino un alma sobada y descolorida; usted, en cambio, me ha dado una cosa que jamás me había ofrecido nadie: el privilegio más anhelado de todo miembro de la comunidad de Massey College. Pero, veamos, si no desea nada para usted, ¿aceptaría algo para la facultad? ¿Qué le parece una donación generosa? Los catedráticos siempre necesitan más presupuesto. ¡Diga usted la cantidad!

El Demonio me subestimó. Sé muy bien cuál es la esencia de una facultad, y no es el dinero, por muy apetecible que nos parezca. Ahora fui yo quien miró el retablo fijamente. Al final de la tercera hilera de personajes hay uno al que muy pocos reconocen. Se trata de un símbolo tan fuera de lo común, de significado tan profundo y de tan amplia aplicación, que ni siquiera el catedrático Marshall ha sido capaz de explotarlo. Me refiero a santa Sofía, la Verdad Fundamental.

El Demonio adivinó lo que miraban mis ojos.

—Hay que reconocer —dijo— que sabe usted pedir, sin la menor duda.

—Al fin y al cabo, es para la facultad —contesté.

Suspiró.

—Muy bien —dijo—, pero tenga en cuenta que solo la mitad de lo que me pide, la Verdad Fundamental, obra en mi poder. Se la concedo para la facultad, y es una ofrenda de mucha consideración. Lo que no puedo decirle es cuándo obtendrá la otra mitad.

—Yo sí —repliqué—, la tendré sin falta la primera vez que vuelva usted a casa por Navidad.

Soltó la última carcajada, recogió sus espléndidas alas y desapareció.

Volví pensativo al despacho, a escribir una nota sobre otro día más en el que —tal vez hasta el final de los tiempos— izaremos nuestra enseña y la campana de Santa Catalina tocará veintiuna campanadas. Y así fue como, en unas circunstancias imposibles de prever o de evitar, la facultad recibió una vez más la visita de... no un fantasma exactamente, puesto que se trataba a todas luces de un ser de orden muy superior al nuestro, en lo que a energía y poder se refiere, sino de un espíritu de la máxima distinción. Suspiré pensando en los igualitaristas que pretenden limitarnos a fantasmas de la *petite bourgeoisie*. Vi que el baile había terminado y, por tanto, habíamos dado comienzo a la celebración de la Navidad.

## Refugio para santos denostados

—Por lo visto, tiene usted invitados —dijo el más joven de los profesores ayudantes de cátedra cuando nos conocimos la semana pasada en la *High Table*. Me pareció que guiñaba un ojo al decirlo.

No respondí, pero supe que había empalidecido.

—La semana pasada, mientras desayunaba, los vi un par de veces en su habitación de invitados —insistió.

¡Cómo no iba a verlos! Es un joven muy observador, todo un profesional de la observación. Espero que, cuando vuelva a Nueva Zelanda, ponga toda esa capacidad a disposición de los servicios secretos.

La distribución de este edificio permite a los profesores jóvenes ver directamente las ventanas de mi habitación de invitados mientras desayunan tranquilamente en su comedor privado. Los huéspedes se quejan de ello a menudo. Dos o tres señoras lo han expresado de una forma desagradable: dijeron que se las comían con los ojos. Pero yo tenía la esperanza (¡pobre iluso confiado que soy!) de poder ocultar a mis huéspedes de la vista de la facultad, pero si los han visto es señal irrefutable de que, si alguna vez tuve influencia sobre ellos, ya no la tengo. Hace mucho tiempo que acepté que esta institución está encantada, pero, hasta hace poco y por voluntad propia, procuraba que no se apareciera nadie en mis habitaciones. Ahora sé que mi naturaleza, a la que en justicia solo puedo calificar de noble y desbordantemente compasiva, me ha traicionado.

Todo empezó en otoño, el 31 de octubre. Para ser más exacto, sucedió unos minutos después de la medianoche y, por tanto, ya era el primero de noviembre. La fecha y la hora son importantes, porque, por supuesto, la noche de difuntos, cuando los espíritus malignos salen a la tierra, solo dura hasta la medianoche e inmediatamente después comienza el día de Todos los Santos. Estaba yo en la cama leyendo un libro apropiado para la fecha: *Bardo Thödol*. Por si a alguno de ustedes se le ha oxidado un poco el tibetano, diré que se trata del gran *Libro tibetano de los muertos*, una guía, podríamos decir, de las aventuras del espíritu cuando deja este mundo. Acababa de llegar a la descripción del estado *Chonyid*, en el que el Señor de la Muerte chupa sangre, arranca sesos y roe huesos sin parar, y mientras leía me comía una manzana. Entonces empecé a oír ruido en las puertas de la residencia.

Oigo ruido a menudo, cuando el portero sale a hacer algún recado y yo me he retirado a mi habitación. Me he jurado muchas veces no volver a ponerme el batín y las zapatillas y salir al frío exterior a ver quién es, pero siempre reincido. Es la compasión a la que me refería antes, que es casi una debilidad de mi carácter, lo que me impele a salir. También suele hacer ruido alguna que otra muchacha que se disculpa diciendo sencillamente que tiene que recuperar un trabajo que en esos momentos está calificando uno de los becarios de la facultad. También ha ocurrido alguna vez que un joven haya pedido pizza y esté tan cansado de estudiar que no pueda ni bajar a recogerla personalmente. Sería cruel hacer caso omiso de pruebas tan tristes de lo que ahora se llama la condición humana. Y así, me levanté y salí.

Hacía una noche fría, húmeda y oscura y, al mirar entre los barrotes de las puertas (porque, naturalmente, yo estaba del lado de dentro), creí distinguir la silueta de una muchacha que parecía llevar una bicicleta.

—Abrid cancela rápido —dijo una voz apremiante con mucho acento extranjero—. Quiero ver sacerdote ahora mismo.

—Si busca a un sacerdote, jovencita, es mejor que vaya a Trinity —le dije.

—¡Pua! Trinity! —me espetó, si es que se puede espetar una exclamación como «¡pua!»—. Aquí es Massey College, ¿no? Quiero sacerdote Massey College. Muy rápido, por favor.

Me asaltaron emociones contradictorias. ¿Quién era esa muchacha innegablemente guapa y tan grosera y exigente? ¿Y a quién se refería, con eso de «sacerdote Massey College»? El capellán no vive en la residencia. ¿Se referiría al delegado de la residencia? Es sacerdote, eso sí, pero... ¿llevaría una doble vida? ¿O era esa muchacha un señuelo para obligarlo a salir a hacer una obra de caridad que tal vez acabara con su vida? Yo lo defendería.

—Aquí no hay sacerdotes —dije, y di media vuelta. Pero la chica soltó un grito tan convincente que me paré en seco.

—¡Babs! ¡Enseña lo que tienes a este portero tan grosero!

¿Quién sería Babs? De pronto, allí estaba ella, detrás de la otra, con algo que parecía una bicicleta, también. Mas... ¡Oh! (aborrezco esta clase de expresiones anticuadas y ampulosas, pero no encuentro ninguna otra que exprese adecuadamente mis emociones en ese momento); al verla, me quedé pasmado, no, clavado en el sitio, porque lo que llevaba Babs (y, lo que es peor, la muchacha era tan bella como la otra, pero con una espléndida melena pelirroja, en vez de negra) era un cañón y apuntaba con él directamente a las puertas de la residencia! Daba la impresión de que estuviera dispuesta a ir directamente al grano, porque tenía un botafuego encendido en la mano y esta estaba alarmantemente cerca del oído del cañón.

—Y ahora —dijo la chica morena sacando de entre los pliegues de su capa una espada enorme, un arma horrible de doble filo—, ¿abris las puertas o preferís que Babs las haga saltar de sus goznes de un cañonazo, como sabe hacer muy bien?

¡Eso sí que era un poder estudiantil como jamás había conocido nuestro rector! Pero la mente me respondió a la velocidad del rayo. De repente me vino a la cabeza todo lo que había leído en mi vida sobre Von Clausewitz: «Ante un ataque irresistible del enemigo, hay que obligarlo a avanzar y entonces atacarlo por la retaguardia». Así pues, las dejaría entrar y después las empujaría de repente, con cañón y todo, hasta tirarlas al estanque. Abri las puertas de par en par.

—Adelante, señoritas —dije con falsa cordialidad—, y sean bienvenidas a Massey College, cuna de caballerosidad y cortesía.

Pero no se precipitaron hacia delante, como esperaba. Babs, que en realidad parecía una chica la mar de maja, dió media vuelta y agitó el botafuego como si hiciera señales, mientras que la otra, la morena que hablaba inglés tan mal, gritaba en un latín irrepachable:

—*Adeste, fideles!*

Súbitamente, una turba desordenada invadió Devonshire Place, una chusma que a mí, que seguía pensando que se trataba de estudiantes, me pareció el New Left Caucus<sup>10</sup> con atavíos más extravagantes que de costumbre. Hombres peludos medio desnudos, chicas sucias y asilvestradas con el pelo flotando al viento, chicas cargadas de rosas, lirios y otras flores que no reconocí, hombres cargados de objetos que me parecieron artilugios fallidos de artesanos mal enseñados, gente con toda clase de banderas y enseñas... una pandilla como no se ha visto jamás. Se abalanzaron sobre las puertas y no tuve más remedio que retirarme ante su empuje, gritando con todas mis fuerzas: «¡Alto! ¡Alto ahí!».

Imagínense el alivio que sentí al oír otra voz indudablemente inglesa que gritaba también: «¡Alto! ¡Alto ahí!». De súbito, en medio de la horda, apareció un jinete con armadura completa a lomos de un caballo espléndido; es cierto que, mal envuelta en su manto, llevaba abrazada a una mujer desnuda, pero, en estos tiempos tan permisivos, no era una cosa tan rara de ver en nuestra universidad y, fuera quien fuese el de la armadura, daba una sensación de confianza que contrastaba muy favorablemente con el espíritu hostil de Babs y su amiga. Me miró e

inmediatamente supe que me encontraba en presencia de un oficial de Estado Mayor.

—Sois el senescal, supongo —dijo.

—No —respondí—, el senescal se encuentra en su casa, en Leadsid, y le aseguro por Dios que en estos momentos desearía estar con él. Pero soy el decano de esta facultad y la defenderé con todas mis fuerzas, aunque no soy más que un pobre viejo cargado de años, y también la defenderé con todas mis artes y oficios, que son prácticamente ilimitados. Y ahora, señor, dígame: ¿quién demonios es usted?

—Precisamente para evitar a los demonios hemos venido toda esta chusma (pues la mayoría de estos no merece otro nombre) y yo a pedir hospitalidad —dijo—. Soy san Jorge de Capadocia, antiguo santo patrón de Inglaterra. Esa doncella, portadora de la rueda y la gran espada de la verdad, es santa Catalina de Alejandría. Esa otra, la pelirroja que lleva el cañón, es santa Bárbara, patrona de los artilleros. Y todos nosotros, cada uno de los que hemos venido aquí, hemos sido degradados, denostados, despojados, descalabrados, devaluados y difamados por el architirano de Giovanni Batista Montini, el que se hace llamar falsamente sumo pontífice, siervo de los siervos de Dios, obispo de Roma ¡y papa Pablo VI!

La retórica ajena tiene la virtud de reducir mi lenguaje a su mínimo común denominador. Lamento haber respondido como lo hice. Fue indigno de un académico. Pero la historia es la historia y la verdad debe resplandecer.

—¿Qué leches dices? —dije.

Respondió la chica que iba en el caballo con él.

—Quiere decir que el pasado 9 de mayo el papa Pablo anunció que todos estos ya no eran santos ni nada. Los degradó a la categoría de leyendas, ¿comprendéis? Una jugarreta sucia, habida cuenta del servicio que han prestado al papado a lo largo de los siglos. Pero es que quería hacer sitio a unos cuantos africanos y americanos y a no sé cuánta gentuza más que se ha puesto de moda. Desde entonces, no hemos parado de armar jaleo por toda la cristiandad en busca de un sitio donde instalarnos. Yo soy Cleodolinda y, por cierto, no soy santa, pero es que tengo que ir de aquí para allá con Jorgito porque soy el recordatorio de su mayor triunfo. ¿Os acordáis de cuando mató al dragón? Pues yo era la doncella a la que el dragón quería... bueno, ahora lo llaman vejar. ¿Nos daréis cobijo? Hoy es el día de Todos los Santos, si no hallamos refugio y un lugar en el que se nos respete antes de la medianoche, lo único que nos queda es el limbo, me temo, y sabed que el limbo es el fin absoluto.

Cleodolinda me gustaba. Mientras la escuchaba, me acordé de su historia. Era la hija del rey de Lidia. Siempre me he llevado bien con las princesas. Pero al mirar a esa riada de hippies santificados y niños de las flores, me entró la desconfianza.

—¿Por qué Massey College? —le pregunté—. Pudiendo elegir cualquier lugar de la Tierra, ¿por qué este?

Respondió san Jorge. Nunca dejaba meter baza a Cleodolinda. Por la forma en que procuraba adueñarse de los mejores parlamentos, se diría que eran un matrimonio.

—Nos necesitáis —dijo— para compensar la estricta y extrema modernidad de vuestra mentalidad; como sabéis, nada envejece más rápido que la modernidad; os mantendremos en contacto con el mundo real: con el mundo atemporal. Y nosotros os necesitamos porque queremos estancias hermosas y vos las tenéis. Es nuestro deseo fundar una Comunión de Santos en el Exilio y este es el lugar idóneo. A los Estados Unidos ni se nos ocurriría ir, por descontado. Pero aquí, en las colonias, es idóneo, ni más ni menos.

Cleodolinda vio que no me gustaba el tono de san Jorge e, inclinándose hacia delante, susurró:

—En realidad os lo está rogando, ¿comprendéis? Por favor, dejadle entrar.

La compasión se impuso al sentido común y asentí. Inmediatamente, la horda empezó a avanzar y la pelma de santa Catalina gritó otra vez: *Adeste, fideles!* Empecé a tomarle ojeriza; me recordaba a una muchacha cuya tesis dirigí hace un tiempo; tenía una osadía femenina tan arrolladora como ella.

—¡Un momento! —grité—. Deben comprender que, si entran aquí, acatarán mis órdenes. Nadie más tomará el mando. La primera regla es mantenerse ocultos. Doy por supuesto que todos saben hacerse invisibles, ¿no?

—¡Ah, por descontado! —dijo san Jorge—. Pero la verdad es que tenemos que tomar cuerpo físicamente un ratito todos los días. No os hacéis idea de lo fría que resulta la invisibilidad, y como la mayoría procedemos del este, necesitamos entrar en calor de vez en cuando.

—Cinco minutos al día —dije—, y no quiero que anden merodeando por toda la facultad. Yo les diré dónde pueden ir y allí deben quedarse. Ah, bueno, pueden ir de una carrera a la capilla todos los días, pero nada de quedarse haraganeando y ni hablar de milagros ostentosos sin el permiso por escrito de la Comisión de la Facultad. Quiero que sepan que aquí nos regimos por la democracia participativa y, por tanto, no pueden hacer nada sin permiso de los estudiantes. Bien, ahora, de uno en uno, por favor, y sin empujar.

San Jorge me ayudó a registrarlos y la cosa no fue moco de pavo. Eran unos doscientos, pero lo peor es que todos insistían en entrar con lo que denominaban «sus atributos»: los símbolos que los han identificado a lo largo de los tiempos. Por ejemplo, santa Úrsula entró con sus once mil vírgenes alegando que no eran más que su servicio personal y que valían por una sola. Eran un montón de muchachas sin gracia y las mandé a las cocinas pensando que seguramente el chef les encontraría algún quehacer. A santa Bárbara la mandé a la imprenta: me pareció que su cañón de bronce pasaría desapercibido entre las prensas antiguas que hay allí. A san Cristóbal le asigné el aparcamiento por su relación con los viajes; muchos internos de la residencia aseguran que desde entonces no han vuelto a tener problemas para encontrar aparcamiento. San Valentín fue un fastidio; dijo que, por encima de todo, tenía que gozar de libertad para recorrer las zonas habitadas a su gusto; de lo contrario, yo lo lamentaría. Su mirada me produjo desconfianza. Desde luego, enseguida comprendí que todos esos santos tenían un lado negativo y podían volverse malísimos en un visto y no visto. Entonces dije a san Valentín que fuera donde quisiera pero que lo consideraría responsable de cualquier escándalo.

Santa Lucía parecía una niñita encantadora, pero resultaba difícil entablar conversación con ella debido a su manía de ir con los ojos por delante en una bandeja. De todos modos, era la sencillez personificada, en comparación con santa Ágata, que se acercó a mí con gran aplomo llevando en una fuente sus dos pechos cercenados; mi desconcierto fue tal que, sin comprender las posibles consecuencias de mi acto, la mandé a las cocinas. Cometí el mismo error (tan cargado de posibilidades para fomentar el canibalismo en la residencia) con santa Prudenciana, que llevaba una esponja empapada en una sustancia gelatinosa que, según ella, era sangre de mártir. Les aseguro que, después de estas, alojar a santa Susana, que no llevaba más que una simple corona, fue coser y cantar. En cuanto a san Martín, me acordé de que en una ocasión había rasgado su manto por la mitad para repartírselo con un mendigo, por lo tanto sabía que tenía experiencia en destroz harapos y lo mandé a nuestra Sala de Fabricación de Papel. Santo Tomás tampoco fue problemático. Sabía que su fuerte era convertir el agua en vino y pensé que sería útil en la cantina.

En honor a la verdad tengo que reconocer que preví algunas complicaciones que no se produjeron. Por ejemplo, san Nicolás. Estaba convencido de que echaría de menos a los niños, pero me aseguró que no le importaba no volver a ver a un solo infante a este lado del Juicio Final; dijo que quería volver a ser lo que era al principio: tesorero, administrador, gestor de dinero. Lo

mandé directamente a Tesorería y tengo entendido que, desde entonces, se encuentra muy a gusto en ese reloj de pared.

Muchos santos traían animales, y estos me complicaron bastante las cosas. San Huberto, por ejemplo, traía un enorme ciervo blanco, aunque resultaba muy interesante por la cruz ardiente que llevaba entre las astas. Le dije que lo pusiera a pacer el césped del campo de cróquet pero que no le permitiera mordisquear los arbustos florecidos. Pero además estaba santa Eufemia, que iba con un oso y, sabiendo lo mucho que les gusta pescar a los osos, me preocupaba lo que diría Roger; por fin llegamos a un acuerdo: el oso podría quedarse si cazaba las ardillas que se comen nuestros bulbos de azafrán. De todos modos, la mayor dificultad que presentaban esos animales es que no controlan sus dotes de invisibilidad de la misma forma que sus santos dueños, y no quiero que el oso se aparezca inopinadamente en... bueno, en una reunión de rectores de universidades, pongamos por caso. Como pueden imaginarse, en comparación, me alegré de tener que tomar decisiones tan fáciles como la de dónde colocar a santa Dorotea con su cesta de flores y fruta: resultaba muy útil en el comedor privado. Y cuando llegó santa Petronila con su delfín, sencillamente le indiqué el camino del estanque.

Los dragones eran una verdadera lata. Un tal san Germán de Auxerre, de lo más normalito por lo demás, quería quedarse allí con un dragón de siete cabezas. Le dije que esperase. Pero entonces se presentó la detestable santa Catalina de Alejandría con un dragón malísimo que, según ella, no era un dragón ni nada que se le pareciera.

—Es una mascota, un símbolo de toda la maldad que hay en mí y que he dominado totalmente —dijo ella.

Pero no me pareció que el dragón estuviera dominado como decía ella y tuvimos unas palabras. Quería quedarse La Rotonda en exclusiva y contar con la compañía de un sacerdote en todo momento; tenía unos planes extraordinarios para los exámenes, pero tuve que insistir en que subiera a la torre y se hiciera un sitio en nuestra campana de santa Catalina, con su gran rueda de pinchos, su gigantesca espada de la verdad y su asqueroso dragón.

—Pero ¡si soy la patrona de los estudiantes! —adujo, indignada.

—Desde allí arriba podrá verlos muy bien —repliqué, y me cerré en banda. Ella se fue enfurruñada.

Quien más lata me dio fue san Jorge. No contento con entrar con su caballo, quería meter también a un dragón (¡el tercero!) verdaderamente pavoroso. Tuve que ponerme firme.

—Pero si no es un dragón —dijo él a voces—, ¡es un perro! Fijaos: ¡Rover: sentado! —ordenó.

Pero el dragón no se sentó. Se acercó a mí de un salto, me olisqueó las partes pudendas y me lamió, y me rasgó la pernera de los pantalones del pijama y se puso a aullar de una forma horrenda. Claro que, bien pensado, no era tan raro: conozco a docenas de caballeros ingleses que tienen dragones malísimos, brutos y malolientes, pero ellos dicen que en realidad son perros. Sin embargo en este caso era excesivo.

—Eso no es un perro —dije, y di una patada al dragón en la cloaca—. Le sale fuego por los hocicos. Mire qué agujero me ha hecho en el batín; está todo chamuscado.

—Naturalmente —dijo él con altivez—, es un perro de fuego.

Fue la gota que colmó el vaso.

—¡Que todos los dragones se vayan a la sala de calderas inmediatamente! —dije a gritos—. El profesor Swinton los examinará por la mañana y, si de verdad son animales prehistóricos, se los llevará al museo.

Comprendieron que lo decía en serio y los dragones bajaron las escaleras arrastrándose y echando humo.

Finalmente, toda la tribu de santos refugiados quedó repartida por la facultad y pude recobrar la compostura hasta cierto punto. Entonces vi que nadie se había acordado de Cleodolinda. San Jorge, un auténtico caballero inglés, estaba tan preocupado por su perro que se había olvidado de su chica.

—A ver, jovencita, ¿y con usted qué hacemos? —dije.

—¡Qué sé yo! Me tocará ir al limbo —contestó con resignación, aunque sin reproche—. Yo solo soy un atributo, ¿comprendéis? No soy santa y, como habéis destinado a Jorgito a ayudante del portero, no le quedará tiempo para ocuparse de mí y, si lo pensáis bien, no puedo andar desnuda por la portería todo el día.

La miré. Compensaba mirarla, pero me dio la impresión de que nuestros hombres de Massey College no estaban preparados para tanta belleza femenina, así toda de golpe, por decirlo de alguna forma.

—No me satisface la idea de que se vaya usted al limbo —dije—, pero sus amigos con sus equipajes y sus mascotas han atestado la facultad. Por lo tanto... puede usted quedarse en mi habitación de invitados... al menos por un tiempo.

Nunca se puede confiar en las mujeres.

—¡Oh, cuán amable sois! —exclamó, dando saltitos de alborozo que producían un efecto sumamente agradable—. Y no os importará que me traiga a alguien, ¿verdad?

—Depende —dije—. Si es una virgen decapitada o algo por el estilo, de acuerdo, pero nada de jovencitos. Se supone que debo dar ejemplo.

—Bien, se trata de un hombre, pero no es joven, ni mucho menos —dijo—. Veréis... me refiero a san Patricio. Es un pobre viejecito encantador que no se imaginaba ni remotamente que pudieran desantificarlo; en el momento en el que el papa pronunció la sentencia, él se encontraba en unos baños romanos y no le dio tiempo ni a recoger lo mínimo, por eso no tiene ni un triste atributo que llevarse al cuerpo y...

Ya saben cómo es esto. Las mujeres siempre dan demasiadas justificaciones. Mientras Cleodolinda hablaba, un hombrecillo perdido salió renqueando de la oscuridad del otro lado de las puertas. Un vejete encogido, cubierto únicamente con una barba muy crecida y una toalla muy pequeña que llevaba bordadas en rojo las palabras SAUNA GRANDE DI ROMA. Empezó a hablar mucho antes de que Cleodolinda terminara de dar explicaciones.

—Sé que os apiadaréis de mí —dijo—, tan pronto como veáis que soy paisano celta. ¿O no soy yo también galés? ¿Acaso no es bien sabido que viajé de Gales a Irlanda en una muela de molino para convertir a los paganos? ¿Y acaso no habría yo traído la muela conmigo si ese cerdo traidor de Roma me hubiera dado un minuto? ¡Ah, pero no! Dijo: «¡Fuera san Patricio!» y no hubo vuelta de hoja. Sabréis que san Andrés está tan a gustito donde siempre. ¡Hala, que los escoceses se salgan con la suya! Y san David, ese bruto vocinglero, sin moverse de su pedestal... ¡Ah, claro! Se me olvidaba que es galés como vos... es decir, como nosotros. Las cosas no me fueron mal del todo cuando se sentó en el trono de Pedro el último inglés, y de eso hace casi seis siglos, maldita sea. Tenéis que dejarme entrar. Como vos no soy más que un pobre viejo achacoso...

En ese momento Cleodolinda le sacudió una patada en la espinilla y el hombre cambió de táctica.

—Quiero decir que un joven apuesto que está en la flor de la vida, como vos, no será capaz de rechazarme y dejarme ante las fauces del limbo. Vuestra alma no podría con ello, y tenéis un alma inmensa. Lo sé por la luz amable que brilla en vuestros ojos.

Y así todo. Y mucho, mucho más. Y al final, lo mandé a mi habitación de invitados con Cleodolinda, con órdenes estrictas de no manifestarse corpóreamente salvo cuando estuvieran a



buen recaudo, encerrados en el cuarto de baño bajo llave.

Pero ya saben cómo es la gente. Sobre todo los que están acostumbrados a hacer las cosas a su manera desde hace más de mil años (por no mencionar la adoración y las plegarias de que hayan sido objeto). Los primeros días funcionó, pero después andaban los dos deambulando por ahí prácticamente desnudos, saludando a santa Catalina, que estaba en la torre, silbando al ciervo e incordiando al oso tirándole alfileres con una goma elástica. Y mis colegas los miraban embobados durante el desayuno.

Si ven a Patricio, supongo que lo toman por un profesor invitado más chiflado de lo normal. Pero, por el brillo de los ojos de mi joven amigo, me da la sensación de que es a Cleodolinda a quien ve.

Y ahora que están todos aquí, ¿cómo voy a expulsarlos, pardiez? ¡Prudencia con la compasión!

## La asimilación de Dickens

Me gustaría hablar bien de Charles Dickens con ocasión del centenario de su muerte; el mundo literario se une para rendirle honores por formar parte de la media docena de genios más famosos de nuestro gran legado poético, dramático y novelístico. Tener que dirigirme a ustedes esta noche para acusar a tan inmortal figura de... la palabra se me atraganta, pero es necesario pronunciarla... de vampirismo me resulta repulsivo y desagradable, pero no me queda otro remedio, puesto que Dickens ha proyectado esta aborrecible sombra sobre el jardín de Massey College.

Esto fue lo que sucedió:

Era la mejor de las épocas, era la peor de las épocas, era la edad de la sabiduría, era la edad de la locura, eran tiempos de credulidad, eran tiempos de incredulidad...<sup>11</sup> En pocas palabras, era principios del trimestre de otoño del año 1969. Recibí al grupo de nuevos profesores ayudantes de cátedra y, entre los aproximadamente treinta y cinco que eran, algunos me llamaron la atención inmediatamente... pero lo que voy a relatar no se refiere a ninguno de ellos. No, porque Tubfast Weatherwax III<sup>12</sup> no poseía ninguna cualidad que despertara interés o lo mereciera. Era un joven anodino que no destacaba físicamente por nada en particular, yo conocía su historial, pues el Consejo de Selección de la Facultad lo había examinado a fondo. Venía de Harvard, era un joven estadounidense de alta cuna, como lo indicaba claramente el ordinal unido a su nombre. Sabíamos que su madre era una Winesap de Boston. Sin embargo, el joven Weatherwax llevaba con sencillez e incluso con modestia lo que por cortesía suponíamos que era (en sentido republicano) un linaje noble.

Estudiaba Literatura Inglesa y deseaba doctorarse. Cuando, con toda naturalidad, le pregunté si ya había elegido tema, me contestó que tal vez hiciera algo sobre Dickens, si es que encontraba algo nuevo. Su actitud me pareció un tanto falta de energía, pero le aseguro que es bastante común entre los licenciados en Lengua y Literatura Inglesa; con la intención de insuflarle ánimo, le dije que estaba convencido de que si Dickens llegaba a apoderarse de él, él se entregaría al tema por completo.

¡Ay, profecía fatídica! ¡Así me hubiera mordido la lengua! Pero no: yo, igual que el pobre Tubfast Weatherwax, no era más que un peón de uno de esos juegos... no de azar, sino del destino, en los que la fatalidad juega con nosotros para que no nos crezcamos creyendo que tenemos libre albedrío.

Tardé unas semanas en volver a verlo, hasta el día en que vino a consultarme sobre la faceta dramática de Dickens. Soy uno de los pocos de esta universidad que se ha tomado la molestia de leer las obras teatrales de Charles Dickens y relacionarlas con el resto de su obra literaria; por tanto, era normal que acudiera a mí. Weatherwax no sabía nada del teatro del XIX y le dije que no era probable que el teatro de Dickens fuera materia apropiada para una tesis satisfactoria, a menos que se tratara de un especialista entusiasta.

—Y usted, señor Weatherwax —añadí—, no me pareció muy entusiasmado con Dickens la última vez que hablamos.

La expresión le cambió, indudablemente iluminada por el entusiasmo.

—¡Ah, pero eso ya es historia! —dijo—. Ha sucedido lo que predijo usted: ¡tengo la sensación de que Dickens se ha apoderado de mí verdaderamente!

Lo miré con más atención. Había cambiado respecto al día en que lo conocí. Su estilo en el vestir, que antes consistía en el típico desaliño elegante de los hombres de Harvard (pantalones de

pana convenientemente gastados, camisa arrugada pero impoluta, corbata, en vez de cinturón, muy baja y apretada a las caderas) consistía ahora en pantalones a rayas ajustadísimos, chaqueta muy ceñida a la cintura, con faldones amplios, y, alrededor del cuello, lo que hace ciento cincuenta años se denominaba «pañuelo *belcher*». Y... ¿me equivocaba y la sombra que se le apreciaba en las mejillas no era más que falta de afeitado, que tan de moda se ha puesto, o sería el tímido despuntar de un buen par de patillas? No le dije nada y, en cuanto se fue, no volví a pensar en el asunto.

Es decir, no volví a pensar en ello hasta el Baile de Navidad.

Son muchos los aquí presentes que recuerdan el Baile de Navidad de 1969. Fue algo encantador y, como de costumbre, los trajes de los hombres de la residencia, así como los de sus invitados, eran una representación completa de la elegancia universitaria moderna. Yo, por ejemplo, siempre me visto de etiqueta en esas ocasiones; es lo que se espera de mí; ¿de qué sirve una figura institucional si no se viste como acorde a su rango? En cierto modo, fue un oprobio para mí ver que alguien me superaba en formalidad, y que ese alguien fuera nada menos que Tubfast Weatherwax III. Sin embargo, ¿era el último grito en moda, o se trataba de algo semejante a un disfraz? El frac de color verde botella, muy ajustado a la cintura y con la cola muy puntiaguda, con las solapas de terciopelo muy altas y bajando pronunciadamente hasta los hombros; el chaleco granate de terciopelo, cargado de cadenas de reloj y leontinas con sellos colgando; la camisa con volantes increíbles y la altísima pechera almidonada que casi le llegaba hasta la boca; los pantalones que parecían una segunda piel y... ¿era posible? ¡Sí, lo era! ¡Unos zapatos de gala lustrosos, impolutos! Era la moda de 1836 llevada a la perfección. De pronto me vino a la cabeza: 1836, la fecha de la primera edición de *Los papeles póstumos del club Pickwick*. Y el pelo: ¡unos rizos magníficos amontonados en la cabeza! Y las patillas, encerrando exquisitamente, como un paréntesis, la frase subordinada que era su rostro inocente. Sí, no cabía la menor duda: Tubfast Weatherwax III había logrado parecerse al famoso retrato del joven Dickens que había hecho Daniel Maclise.

¡Pero su acompañante! No, ella no era neovictoriana. Al principio me pareció que llevaba el torso completamente desnudo, pero no era eso exactamente. Sujetador no llevaba, eso sí, y se movía como las olas del mar. En cuanto a su minifalda, era una *minissima*, no, una *parvula*. ¡Una muchacha verdaderamente despampanante!

—Permítanme que les presente a la señorita Angelica Crumhorn —dijo Weatherwax, haciendo una reverencia pomposa a mi señora y a mí—, puedo asegurar que es el ornamento más deslumbrante de los teatros de la localidad. Pero hoy se la he sustraído a las candilejas y a las ovaciones de sus fervorosos admiradores para enaltecer nuestra festividad académica con su belleza y su ingenio. Ven, ángel mío, ¿nos adueñamos de la pista?

—¡Vaya mierda! —exclamó la señorita Crumhorn—. ¿Dónde está la ginebra?

Yo la conocía. La conocía medio mundo. Tenía mucha fama, eso es cierto, pero no como Angelica Crumhorn, que supongo que sería su verdadero nombre, sino como Puertas Entreabiertas Dulzura, estrella del teatro Victory Burlesque. Era la primera bailarina de un conjunto femenino llamado Teteros Fuera.

Si hay algo que la revolución estudiantil de hace unos pocos años ha dejado más claro que el agua, es, sin duda, que los estudiantes ya no toleran que las instituciones educativas pretendan ponerse *in loco parentis*; por tanto, los buenos consejos quedan totalmente descartados. Por eso no llamé al joven Weatherwax a mi despacho a la mañana siguiente para decirle que estaba al borde del abismo, aunque sabía que era así. No es que el pobre, en el baile, no tuviera ojos más que para Puertas Entreabiertas Dulzura; en ese aspecto, se comportó sencillamente como todos los

demás, porque, al bailar, la señorita Crumhorn hacía una exhibición imponente del abrir y cerrar de sus pechos, al estilo acordeón, movimiento que le había valido el sobrenombre profesional de Puertas Entreabiertas. No, lo terrible era que, cuando la miraba, parecía que viera a otra persona: a una jovencita encantadora de la época de la Regencia, toda ella bucles leves, cintas bonitas, conversación modesta pero ingeniosa y actitud de flirteo pero fundamentalmente casta. Vi complicaciones en el futuro de Tubfast Weatherwax, pero me contuve.

Es que, verán, me pareció que quería emular a Charles Dickens; sucede a menudo en la escuela de doctorandos; un joven elige a una figura literaria notable como asunto de investigación, y su objeto de estudio es mucho más vital que él, infinitamente más cargado de vida, de modo que el estudiante empieza a transformarse en el tema de su tesis y adopta el papel de la gran figura literaria hasta que saca el doctorado. Es un caso frecuente que se ve por doquier. No se puede dar un paso en cualquier seminario de posgrado de Literatura Inglesa sin chocar con un feto de Henry James o con un embrión de James Joyce. Proliferan por todas partes las compañías ambulantes Northrop Frye y las versiones de Hallowe'en de Marshall McLuhan. Esto no tiene nada que ver con estas eminencias, sino que tiene que ver con la naturaleza teopática de los estudios de posgrado. El aspirante a la perfección académica se sumerge de tal forma en la obra de su dios que inevitablemente se contagia un poco de sus características, al menos de las exteriores. La culpa no la tiene el dios. Ni mucho menos.

«Muy bien —me dije—, con su pan se lo coma este Tubfast Weatherwax III; ha descubierto la primera locura amorosa de Dickens con Maria Beadnell; que se meta ahora en los pantalones de Dickens, a ver qué tal le sientan.»

Lo cual significó un gran sacrificio para mí. Cada vez que me lo encontraba, le decía las palabras de rigor: «Buen día tenga, señor Weatherwax», y entonces tenía que oírle exclamar: «¡Ah, espléndido, espléndido! ¡El mejor de los días, decano! ¡Viva! ¡Hala! ¡Que Dios nos bendiga a todos!». O, si tal vez le decía: «Qué día tan regularcillo, ¿verdad, Weatherwax?», él respondía: «¿Y qué importa, siempre y cuando el fuego del espíritu arda en la vela de la sociabilidad y el ala de la amistad no mude una sola pluma?». <sup>13</sup> A partir de ese momento procuré no encontrarme con Weatherwax. La única respuesta dickensiana que se me ocurría en esos casos era: «¡Bah! ¡Pamplinas!». <sup>14</sup> Pero no me gusta nada dar disgustos.

Sin embargo, lo veía. Sí, sí; lo veía cruzando el jardín a paso ligero, como un hada, del brazo de esa ramera declarada, Puertas Entreabiertas Dulzura. Y él seguía llamándola Angelica, pobre infeliz, pobre cegato. Deseaba hablar con él, pero mi yo más sabio, que, lamento decirlo, es un espíritu cínico y mal hablado al que llamo «el fantasma de la experiencia pasada», intervenía y se burlaba: «De *loco parentis* nada, monada», y entonces yo me contenía.

Incluso la pasada primavera, cuando vino a pedir permiso para casarse con Angelica Crumhorn en la capilla en agosto, me limité a darle el consentimiento formal.

—Llenaré la capillita de flores —dijo en tono de rapsoda—, flores para aquella cuyos pensamientos son puros y fragantes como los más hermosos capullos de la tierra.

Me ahorré el comentario de que un ramo de Venus atrapamoscas sería bonito y original.

Preparé el documento pertinente para el Registro de la Facultad, pero agosto llegó y se fue y, como no sucedió nada, puse una nota («Cancelado») en el documento y esperé a ver qué ocurría.

El pobre Weatherwax se moría de pena; dejé de esquivarlo y empecé a compadecerme de él. Le pregunté qué tal marchaban los estudios de Dickens. Me invitó a sus habitaciones de la residencia y, cuando fui a verlo, me quedé pasmado al ver que había logrado un ambiente perfectamente victoriano, muy parecido a los salones de un colegio de abogados del siglo XIX. Tenía hasta una jaula (con un jilguero, como no podía ser de otro modo). Los ornamentos más destacables eran un

gran busto de Dickens en escayola (muy grande, tanto que lo dominaba todo, sin duda) y una bonita colección completa de las obras de Dickens en veinticinco volúmenes. La reconocí inmediatamente, era la de Nonesuch, una colección muy cara para un estudiante, pero sabía que Weatherwax tenía dinero. El pobre languidecía en un sillón ataviado con un largo batín de terciopelo, el pelo tapándole la cara: el vivo retrato de la tristeza romántica. Fuera prudente o no, decidí que había llegado la hora de hablar.

—¡Ánimo, señor Weatherwax! —exclamé—. ¡Domínesse, reúna fuerzas, movilice sus energías, señor!

Empecé a oírme pronunciar esas frases tan poco comunes, pero con el busto de Dickens mirándome directamente desde un estante alto no podía expresarme de otro modo. Así pues, le dije en perfecta prosa victoriana que dejara de hacer el burro, que estaba mejor sin Puertas Entreabiertas Dulzura y que en primer lugar tenía que dejar de intentar ser Charles Dickens.

—¡Uno puede comerse a su dios! —exclamé, levantando la mano en actitud admonitoria—. ¡Pero no convertirse en él! ¡Deje de imitar a Dickens y estúdielo como un erudito!

Para mi desolación, rompió a llorar.

—¡Oh, buen anciano! —gimoteó—. Llega tarde, porque no estoy comiéndome a mi dios, pues me temo que es él quien me está comiendo a mí. Pero, ¡bendito sea y benditos sean sus cabellos nevados! Ha venido a socorrerme, pero, ¡ay! ¡Sé que estoy perdido!

Me levanté para irme y, al hacerlo (se lo cuento aunque sé que parece increíble), me dio la impresión de que el busto de Dickens sonreía enseñando unos dientes afilados y crueles. Solté un grito. Fue un grito mental, que es la única clase de grito que se le permite a un profesor en la universidad moderna, pero lo solté y huí de allí.

Volví, naturalmente. Sé cuál es mi deber. Sé lo que debo a los hombres de Massey College, al espíritu de la educación universitaria, al sentido de la honestidad, que es uno de los bienes más sagrados de este mundo cambiante. Y, a medida que transcurría el otoño (fue el otoño pasado, pero al pensar en ello me parece que fue hace mucho, muchísimo tiempo), cada vez me convencía más de que el trastorno de Weatherwax era mucho más grave de lo que suponía; no es que se creyera Dickens, sino que se creía un personaje de Dickens y, al abandonar su personalidad, había dado el primer paso para adentrarse en una senda tenebrosa y siniestra. ¿Un personaje de Dickens? Sí, pero ¿cuál? Uno de los perdidos, sin duda, pero ¿cuál? ¿Cuál? El pasado otoño fue para mí una estación de deberes penosos, porque, además de tener que ocuparme de Weatherwax (sí, sí; llegó un momento en que tenía que llevarle las comidas y darle a la boca con mis propias manos las pocas cucharadas que pudiera ingerir), tenía que adaptarme al único lenguaje que él parecía entender ahora.

Un día, a primeros de noviembre, le llevé el tazón de gachas de costumbre y me lo encontré tumbado en su camita, dormido.

—Señor Weatherwax —susurré—... no, permítame que le llame Tubfast; levántese, tiene que comer algo.

—¿Es usted, abuelo? —preguntó al tiempo que abría los ojos, y en sus labios asomó una sonrisa furtiva, tan dulce, tan inocente, tan absolutamente femenina que encontré al instante la respuesta a mi pregunta. Tubfast Weatherwax III creía que era la pequeña Nell.

A partir de entonces empeoró rápidamente. Le dedicaba todo el tiempo que podía. A veces se le iba la cabeza y parecía añorar a Puertas Entreabiertas Dulzura.

—No crié a una dulce gacela que me alegrara con sus tiernos ojos negros para que, cuando llegara a conocerme y a quererme, sin dudarle prefiriera los favores<sup>15</sup> de un gordo peletero al por mayor de Spadina Avenue —murmuraba.

Pero hablaba más a menudo de estudios de doctorado y de la gran convocatoria de autoridades en la que el canciller del universo confiere doctorados *magna cum* angélica *laude* a todo el que se arrodille ante su trono.

Cuando no pude seguir engañándome sobre la inminencia del final, adorné su yacija con bayas invernales y hojas verdes que recogía en un rincón recoleto del aparcamiento. Él adivinó el motivo.

—Cuando muera, enterradme cerca de algo que haya amado la luz y que siempre haya tenido el cielo sobre su cabeza —murmuró.

Supe que se refería al jardín de la facultad, porque, a pesar de que pronto la nueva Biblioteca de Doctorado arrojará eternamente el velo de su sombra sobre el jardincito, él lo había conocido como un lugar soleado, lleno de risas de los indolentes jóvenes que juegan allí al cróquet.

Después, una triste noche de noviembre, exactamente al filo de la medianoche, llegó el final. Murió. Nuestro querido, paciente y noble Tubfast Weatherwax III expiró. Su pajarito (un ser minúsculo y leve que podía ser aplastado con un dedo) se movía ágilmente en la jaula; y el corazón fuerte de su dueño niño se había quedado mudo e inmóvil para siempre.

¿Qué había sido del rastro de sus primeras preocupaciones, de los tormentos de su amor no correspondido, de las tareas universitarias demasiado pesadas para la debilidad de su mente? Habían desaparecido. Los pesares habían muerto con él, ciertamente, pero al mismo tiempo nacieron la paz y la felicidad perfecta, reflejadas en su belleza en calma y en su reposo profundo. Así es como conoceremos la majestad de los ángeles, en la hora de la muerte.

Lloré a solas una hora, pero había muchas cosas que hacer. Salí presuroso al jardín, levanté una losa del pavimento, en el lado nororiental, donde el sol calienta más y dura más, al menos hasta que terminen la Biblioteca de Doctorado. Para un hombre como yo, cargado de años y de penas, cavar una fosa de dos metros fue una tarea pesada que me llevó diez largos minutos. Con el cincelito de mi práctica navaja de bolsillo, no tardé ni un instante en grabar en la piedra:

*Hic jacet*

STABILIS WEATHERWAX TERTIUS

y a continuación, como mis conocimientos de latín son limitados, puse:

Se le llenó antes el papo que el ojo

Tenía la intención de tapar la tumba con la inscripción de la losa hacia dentro, para que no pudieran leerla las miradas profanas. Ahora solo faltaba envolver el pobre y frágil cadáver en el batín de terciopelo y acostarlo para siempre o, mejor dicho, ponerlo de pie para siempre, porque había tenido que cavar la tumba a lo hondo.

Solo entonces alcé la mirada hacia las ventanas de la habitación de Weatherwax, que se encontraba en la pared de enfrente. ¿Qué luz era aquella, que oscilaba en el marco con un fulgor espectral? ¿Se me había olvidado apagar la electricidad a causa de la pena? No, no, esa luz no era el resplandor mortecino de un flexo. Era azulada y parecía crecer y disminuir. ¿Era fuego? Corrí escaleras arriba y abrí la puerta de par en par.

¿Y qué vieron allí mis ojos, para su inmenso asombro? Se me pusieron de punta los pelos del colodrillo, como si me abanicara un soplo helado. El busto de Charles Dickens, que antes era tan blanco, tan de escayola, estaba iluminado ahora burdamente con los colores de la vida. Los Dickens de Nonesuch, que hasta el momento conservaban su encuadernación original de bocacé de colores, estaban, ¡horror de los horrores!, recién encuadernados en piel, y esa piel, huelga decirlo... ¡era humana! Y el olor, ¿por qué me recordaba tan horriblemente a un comedor en el que se acaba de celebrar una bacanal? Lo sabía. Lo supe inmediatamente. Porque el cadáver... ¡el

cadáver había desaparecido!

Mientras me desvanecía, los rojos labios del busto de Dickens sonrieron de una forma espantosa y la barba se le movió como si hipara de hartazgo.

Unos días después, concretamente el viernes pasado, un colega joven del Departamento de Literatura, un joyciano muy prometedor, me dijo:

—Es increíble cómo proliferan los estudios sobre Dickens; se han inscrito unas cuantas tesis en estos últimos tres meses. —Sabía que despreciaba a Dickens y a todos los victorianos, así es que no me sorprendió que añadiera—: ¡Es increíble la vida que tiene todavía ese viejo hechicero! ¿Con qué carne se alimentará este Charlie nuestro para crecer tanto?

Sonrió, satisfecho de su bromita literaria. Pero yo no, porque yo sabía la verdad.

Sí, la sabía.

## El beso de Jruschov

Toda invasión de elementos irracionales y misteriosos en esta casa es para mí motivo de angustia. Lo que tenemos aquí es una institución dedicada al estudio; nos esforzamos por levantar en Massey College lo que me complace llamar un templo de la razón. Pero... ¡ay! De vez en cuando me veo obligado a reconocer que Apolo no es el único que da forma a la existencia humana en ninguna parte, ni siquiera aquí. Las fuerzas dionisiacas también entran en juego. Pero en esta comunidad nuestra hay un elemento que (me consolaba pensar hasta hace poco) nunca había sufrido la penosa invasión del reino de lo irracional; era el coro de la facultad.

Están con nosotros desde el principio. Se trata de un grupo alegre y animoso que, durante ocho años, ha recibido nuestros veranos con sus canciones, ha prestado un esplendor sombrío en los servicios de la capilla y, en ocasiones como la presente, ha señalado las festividades del final del año con el más amplio repertorio de música navideña. No por ello se ha quedado este grupo al margen del estudio y la investigación, que es el fin principal de esta casa. Rescatan de manuscritos y publicaciones raras piezas corales injustamente olvidadas; les quitan el polvo y las devuelven al mundo. Y así precisamente fue como empezó todo este grotesco incidente.

Sé que a muchos de ustedes les deleita la música de Henry Purcell, a quien todavía se considera el mejor compositor inglés. Escribía maravillosamente para la voz humana porque él mismo era cantante y, en sus tiempos de organista de la Real Capilla, siempre se rodeaba de voces excelentes. Una de ellas fue un destacado bajo llamado John Gostling; además de poseer una hermosa voz oscura, tenía también un registro extraordinario. La nota más grave que podía cantar era fa, pero no el fa bajo de la clave de los bajos, porque ahí llega cualquier bajo, sino el fa de la octava inferior, que solo algunos bajos excepcionales alcanzan. Bien, pues nuestro organista, Giles Bryant, descubrió el manuscrito de un himno de Purcell en el Museo Británico; la coral no lo había incluido en el repertorio debido a su enorme dificultad. Se trata de un fragmento del *Libro de Job* que dice: «Hace hervir como una olla la profunda mar, Y tórnala como una olla de unguento».<sup>16</sup> Evidentemente, Purcell lo había escrito para su favorito, John Gostling, porque cuando el mar hierve como una olla, se necesita un bajo solista para cantar un trino excesivamente largo en ese fa grave, y cuando el mar se convierte en una olla de unguento, se precisa una voz de bajo que llegue al registro más grave para un legato de dificultad tremenda que produce un efecto de oleaje de grasa y, si está bien cantado, provoca náuseas a cualquiera que tenga el oído sensible.

Giles Bryant lo encontró el verano pasado y Gordon y él deseaban resucitarlo en la capilla con toda su alma musical. Pero ¿dónde encontrarían al bajo necesario? Tenemos algunos buenos, pero ningún Gostling. Los directores sucumbieron a la angustia del deseo frustrado y, en sus conversaciones, repetían una y otra vez el lema: «¡Si al menos estuviera Igor aquí!».

Es el momento de aclarar que, aunque no todos los hombres del coro pertenecen a esta facultad, varios profesores ayudantes han cantado con ellos en alguna ocasión. El mejor de todos, sin la menor duda, fue un estudiante ruso de intercambio, Igor Lvov, pero desapareció de la Casa hace unos años, el 15 de diciembre, y no volvimos a saber nada de él. A veces, con muy pocos días de antelación, los estudiantes rusos reciben órdenes de volver a su patria por motivos políticos que ahora no vienen al caso. En resumen, cuando Igor desapareció, suspiramos pero aceptamos la situación con filosofía.

Hace dos semanas, el domingo por la noche, iba paseando con Gordon y Giles por un pasillo del piso inferior de esta institución, oyendo sus lamentaciones por la pérdida de Igor.

—Igor podía hervir como una olla —suspiró Gordon.



—Y podía manejar la olla de unguento a la perfección —dijo Giles, casi gimiendo.

—Todavía lo oigo —dijo Gordon, embellecido por la luz del hermoso recuerdo.

No era más que una forma de hablar, pero me aterrorizó. No, no me aterrorizó; lo que me sobrecogió fue una sensación de suceso inevitable, un tomar conciencia de que las fuerzas de lo irracional habían invadido nuevamente Massey College. «Ya estamos otra vez —pensé para mí—. ¡Oh, vosotras, fuerzas que protegéis a las facultades de toda amenaza, no lo permitáis! Solo este año, aunque solo sea este año, no permitáis que ningún elemento sobrenatural deje su rastro de baba aborrecible en nuestra crónica!» Rogaba, pero sabía que era en vano. Porque, aunque Gordon creía que lo que oía era el recuerdo de la voz de Gordon, ¡yo estaba seguro de haberla oído de verdad! La oí exactamente al pasar por una puerta cerrada cuyo rótulo decía: «Servicio 6».

Acompañé a Gordon y a Giles a la salida de la residencia tan rápido como me fue posible y les deseé buenas noches. Se marcharon hablando alegremente de música, como les había visto hacer una y cien veces, y yo, apesadumbrado, volví a los sótanos y me acerqué a la puerta en la que decía «Servicio 6». La abrí con mi llave maestra y entré temblando, pero con el valor que da la resignación.

—Igor, ¿dónde estás? —susurré—. Igor, habla.

—Estoy aquí, padrecito —dijo una voz grave y aterciopelada que parecía surgir de las profundidades de la habitación, porque el Servicio 6, debido a la función que se le ha destinado, se extiende por debajo de casi todo el jardín. Siguiendo el sonido de la voz, me adentré a tientas en los recovecos cavernosos del lugar.

No sé qué esperaba encontrar, pero sabía que Igor estaba allí, porque jamás olvido una voz. Los nombres se me olvidan, como lo demuestran mil humillaciones todos los años, pero si había oído la voz de Igor, es que era Igor.

—¿Dónde? —dije en un susurro, a medida que me internaba en la cueva.

—Aquí —dijo la voz de Igor a la altura de mis rodillas, o eso me pareció.

¿Qué había pasado? ¿Qué le había deparado el destino a Igor? ¿Se había negado a volver a Rusia cuando se lo ordenaron y vivía como un fugitivo en el rincón más oscuro y descuidado, casi olvidado, de la residencia? Con miedo a ver lo que quiera que fuera, encendí una cerilla.

¡Ay, horror de los horrores! Allí, en una cisterna húmeda, me encontré con... ¡una rana gigantesca!

—¡Igor! —dije entre dientes.

—Yo —croó la rana.

—¡Lvov! —exclamé sin aliento.

—El mismo —croó él.

—¿Cómo ha llegado a este estado? —dije, temblando.

—¡El orgullo! —dijo Igor Rana (porque a partir de este momento voy a llamarlo así)—. ¡Me enorgullecí de nuestro gran Estado soviético! ¡Me enorgullecí de la gloria de la Rusia moderna! ¡Me enorgullecí del sonido de mi voz, que es la peor clase de orgullo que puede tener un ciudadano de un Estado comunista! Siéntese, padrecito, que voy a contárselo todo.

Me senté.

—Me gusta cantar desde niño —dijo Igor Rana—. Durante mi infancia en la escuela colectiva, mi voz era la más potente; se oía más que el ruido de las máquinas. De joven, en la universidad, sentí la tentación de dejar los estudios de cristalización del abono líquido para iniciarme en la carrera operística, pero, como Rusia necesita abono cristalizado, continué, aunque nunca dejé de cantar. Siempre estaba en algún coro. Y, cuando vine a Canadá como estudiante de intercambio,

sin pérdida de tiempo me puse a buscar un coro que me necesitara mucho. Y encontré uno en Toronto que llevaba el nombre de una fiera judía burguesa reincidente: Mendelssohn, y el director era el poderoso Gospodin Iseler.

—¿El coro Mendelssohn! —exclamé—. Acertada elección.

—No tanto —dijo Igor Rana—. Mucha degeneración, una música muy tendenciosa. Puesto que me había educado en la música popular aprobada por el Estado de la Rusia soviética, la del coro me pareció de ideología netamente retrógrada. Pero... o cantaba o moría, y canté lo que se cantaba en el coro Mendelssohn, aunque siempre con reservas respecto al repertorio.

»Y llegó esta época del año, el festival de invierno llamado Navidad, y el coro Mendelssohn anunció que interpretaría una composición larga que yo no conocía, titulada *El Mesías*. Como comprenderá, padrecito, no me hizo ninguna gracia descubrir, mientras leía el libreto con ayuda de un diccionario, que ese *Mesías* era propaganda cristiana pura y descarnada. ¡Sí! Una vergüenza. Pero me dije: «Estos países subdesarrollados han de conformarse con la música que tienen». Para el oído soviético, no es más que música moderna degenerada, aunque algunas cancioncillas son buenas y, en general, la partitura tiene un aire extraordinario, habida cuenta del tema en el que se inspira. En total, accedí a cantar la obra.

»Es que, verás, el gran Iseler era muy amable conmigo. Formó un grupo nuevo dentro del coro solo para mí. Se llamaba Tercer Bajo. Admiraba rendidamente a Gospodin Iseler. Era de un espíritu feraz y una belleza bizantina, padrecito; ni siquiera en Rusia abundan los hombres como él.

»Pero mi problema seguía en pie. ¿Qué podía hacer yo respecto al carácter puramente religioso del texto? Y entonces se me ocurrió una gran idea. Cantaría *El Mesías* con reservas mentales. Cada vez que tuviera que pronunciar el nombre del falso dios hebreo o el de su desacreditado hijo, emitiría un sonido indeterminado y los del coro Mendelssohn no se darían cuenta. Mentalmente, sustituí los nombres por el de nuestro poderoso jefe Nikita Jruschov. Era la manera de preservar mi integridad, ¿comprende?

»¡Ay, padrecito! En los ensayos funcionó muy bien, pero el día de la primera actuación me traicionó el entusiasmo musical. Fue una gran noche. Massey Hall se llenó hasta la bandera de burgueses ricos. El olor de los polvos cosméticos y del visón me recordó a los peores tiempos del régimen zarista. Supuse que sería porque era la primera vez que el coro presentaba esa obra y busqué al compositor entre el público, pero, aunque había muchos hombres con pelo largo, ninguno se parecía a la fotografía de Händel de mi libro de música.

»Todo iba bien, mi sistema de reserva mental iba como un... ¿cómo dicen ustedes cuando algo resulta muy bien?

Tengo un buen dominio académico de los clichés.

—¿Como una seda? —le dije.

—¡Sí, sí, eso! —dijo Igor Rana—. Como una seda. Pero llegó uno de los pasajes que más me gustaban. En un gran coro en el que todos cantan: «Porque nos ha sido enviado un infante», mentalmente yo cantaba: «Porque nos ha sido enviada una república popular» y, al llegar al momento supremo, en el que se decía: «Y llevará el gobierno sobre sus hombros», yo pensaba tan intensamente en el camarada Jruschov que su hermoso y benigno rostro pareció alzarse justo frente a mí y...

—Sí —dije—, ¿y?

—Y entré a destiempo —dijo Igor Rana, agachando su enorme y verrugosa cabeza, abochornado—. Antes de que entraran los demás, canté triunfante, a pleno pulmón: «Y llevará el gobierno sobre sus hombros», pensando en Jruschov, claro, y de pronto noté un impacto tremendo,

como si me hubieran dado con una bala. Levanté la mirada de la partitura y vi que el poderoso Iseler estaba mirándome con tanto rencor, con tanto desprecio, con un aborrecimiento tan impronunciado, que dejé caer la partitura, me abrí camino como pude entre los bajos que estaban sentados, llegué a la puerta y salí corriendo a la calle. ¡Ah, qué vergüenza, qué vergüenza!

—Todo ese público se sabe *El Mesías* de memoria —dije—. A Elmer no le habría importado una entrada a destiempo.

—Lo que usted diga —replicó Igor Rana—. Fui rápidamente hacia la residencia, pero cada vez me encontraba peor. Recordará usted cómo era yo: un espécimen ruso espléndido: dos metros de altura, dos de anchura y dos de delante atrás; pero, mientras corría, apurado, por las calles, sentía que mermaba y mi paso airoso iba entorpeciendo. ¡Y qué sofoco! Me moría de vergüenza. Por fin, cuando llegué a la residencia, pasé por debajo de las puertas (no podía soportar que me viera el cosaco McCracken) y me tiré a las aguas frescas del estanque. Y allí, sentado en una piedra, con el agua helada de diciembre cubriéndome, pensé en mi sino.

»Por fin se aclaró todo. Toda mi vida, padrecito, todas las enseñanzas que había recibido se regían por el desprecio a cualquier forma de superstición. ¡La razón lo es todo! Así lo afirma el Sóviet, y también Massey College. Sin embargo, en Rusia todavía hay viejos que hablan de cosas muy malas, casi olvidadas. Una de ellas es el mal de ojo. Y yo sabía algo peor: me había comportado mal a la vista de todos; había echado a perder la primera actuación de esa obra nueva, ese *Mesías*, y el gran Iseler me había echado mal de ojo. Y así tuve que reconocerlo y afrontarlo, sentado en la piedra: me había convertido en una rana.

»Desde entonces, paso el verano en el estanque y, cuando llega la época más fría, el buen camarada Roger me trae aquí, a esta cisterna tan bonita, y paso el invierno durmiendo. Pero, padrecito, no se imagina cuánto me gustaría volver a cantar.

Di unas palmaditas a Igor Rana en la cabeza. No fue una sensación agradable, pero nunca he consentido que los motivos personales me impidan llevar a cabo una acción noble.

—Cantará otra vez, Igor —le dije—, pero en primer lugar tenemos que solucionar lo de su aspecto personal. ¿Los ancianos que hablaban del mal de ojo decían algo sobre cómo deshacerlo?

—Sí —dijo Igor Rana—, que es muy difícil. Pero usted, padrecito, es un hombre bueno y sencillo, un miembro auténtico del proletariado, y todo el mundo se compadece de usted. Tal vez podría convencerlo.

—¿Convencer a quién? —pregunté.

—Al gran Iseler —dijo Igor Rana—. Solo puedo recuperar mi forma humana si él me da... un beso.

En muchos libros antiguos siempre hay alguien que «no da crédito a lo que ven sus ojos». Nunca había prestado mucha atención a esa expresión, pero en ese instante comprendí su significado plenamente. No di crédito a lo que veían mis ojos. Igor Rana seguía con lo suyo.

—Vaya a hablar con él, padrecito. Póstrase a sus pies, abrácele las rodillas. Que vea sus arrugadas mejillas anegadas en lágrimas. Ruegue por mí. A usted no podrá negárselo.

Vi con claridad meridiana que, como sucede tan a menudo cada vez que algún elemento irracional invade esta institución, a mí se me imponía desempeñar un papel ignominioso y absurdo. Respondí secamente.

—Es inútil —dije—. Conozco muy bien a Elmer Iseler. Si me arrastrara ante él y le sobara las rodillas, no sé lo que llegaría a pensar. Usted no comprende cómo es la vida en democracia. Esa forma de arrastrarse, de encogerse y de llorar resulta dostoyevskiana en exceso para el Canadá del siglo xx.

»¿No hay nadie más en el mundo que pueda besarlo y logre el mismo efecto?

—Sí, el camarada Jruschov —dijo Igor Rana, ilusionado—. Tiene lo que en Rusia llamamos «el toque regio».

Yo sabía una cosa de la que Igor Rana no se había enterado en los siete últimos años. Supongo que las noticias llegan a nuestro estanque en una versión bastante limitada. Por eso preferí ganar tiempo.

—Está muy lejos —dije—, pero ¿y una joven hermosa? En estas situaciones, a este lado del Telón de Acero, siempre es una princesa la que besa a la rana y le devuelve su forma de príncipe.

—No deseo convertirme en príncipe —dijo Igor Rana—, va contra todos mis principios. Un bajo, *da*; un príncipe, *niet*.

—¿Una soprano, tal vez? —aventuré.

Igor Rana puso la cara de incredulidad más incrédula que pueda poner una rana.

—¿O una contralto muy guapa? —insistí—. ¿La chica más bella de nuestro coro?

Por decir en dos palabras lo que duró muchas más: lo convencí de que al menos lo intentara. Planteé la situación llanamente a Gordon y a Giles y, en el siguiente ensayo del coro, Gordon pronunció un discursito muy inspirado sin insistir en la cuestión de la rana. Dijo que, en rigor, solo debían prestarse voluntarias las mujeres más guapas.

Yo temía que el asunto acarrearase dificultades de discriminación, pero todas las chicas se prestaron voluntarias como una sola. A continuación, saqué a Igor Rana de la caja en la que lo había llevado a la sala de ensayo y lo deposité en el centro de la mesa.

Las chicas perdieron el entusiasmo. Igor Rana sonreía y hacía todo lo posible por parecer atractivo, pero, a mi entender, solo empeoró las cosas. Una soprano propuso que lo besara un contratenor, porque la rana no apreciaría la diferencia; en ese momento, Igor Rana lanzó un desagradable escupitajo negro y el coro comprendió que entendía perfectamente lo que se estaba diciendo.

Una contralto de corazón noble, médico de profesión, dijo que en la sala de urgencias tenía que afrontar situaciones mucho peores y que lo intentaría. Al fin y al cabo, añadió, era como hacer el boca a boca. Así pues, lo besó: Igor Rana se irguió un poquito. Ante semejante ejemplo de sacrificio, las otras chicas se avergonzaron de su actitud y, entre discretas caras de asco y mucho limpiarse los labios con la esquinita de pañuelos de papel, todas lo besaron; Igor Rana cada vez se hinchaba más, hasta que por fin apareció acuclillado ante nosotros, con el traje de gala que llevaba cuando todavía era hombre, y muy parecido a un bajo del coro Mendelssohn.

¡Ah! ¡Daba gusto contemplar el júbilo de Gordon y Giles! Dijeron a las chicas que hasta la última migaja del sacrificio que habían hecho había valido la pena, e inmediatamente se pusieron a ensayar el gran himno de Purcell que acababan de descubrir. Nunca he oído nada semejante. Igor hervía como una olla y resbalaba maravillosamente, como el ungüento; incluso se podía afirmar que John Gostling había resucitado.

Pero no tardamos en descubrir que la cura de Igor no era permanente. Durante el ensayo dio señales de encogerse de nuevo para convertirse en rana, pero un besito rápido de cualquiera de las chicas del coro que en ese momento no tuviera nada que hacer lo devolvía a su forma inmediatamente. Sin embargo, después del ensayo tuve que llevármelo otra vez al Servicio 6, a la cisterna.

—Esta chicas no son fuertes —dijo—, no son fuertes como las rusas. Pero ni siquiera el beso de una rusa me serviría por mucho tiempo.

—Pues ya puede quitarse de la cabeza la idea de que Elmer Iseler lo bese —le dije con firmeza.

—Ya, ya; pero todavía queda el camarada Jruschov —dijo él, mirándome con sus ojazos.

Yo sabía que el camarada Jruschov había muerto hacía tiempo con más pena que gloria, pero preferí no contárselo.

Llegó el domingo (bueno, fue el domingo pasado, aclaro, para que no parezca todo tan misterioso) del estreno del gran himno de Purcell, que tendría lugar durante el servicio de tarde de la capilla. Gordon había advertido claramente que no aceptaría excusas, indisposiciones ni catarros de ninguna de las componentes femeninas del coro, y se presentaron todas, un poco incómodas, pero en buena disposición en general. Saqué a Igor de la cisterna y, tras media hora de arduo trabajo, lo pusieron en condiciones de cantar.

Durante la primera parte del himno, experimenté un gozo mayor que nunca en nuestra capilla. Pensaba que estaba oyendo la perfección en música sacra. En las profundidades de mi corazón, empecé a pensar en la forma de mantener muchos años a Igor en la cisterna y dejarle salir únicamente para los servicios y las sesiones de grabación que proporcionarían a la institución los fondos que tanto necesitaba.

La voz de Igor era suprema. Cuando cantaba, las aguas hervían de verdad como una olla y el mar era como una olla de unguento. Pero después vino la segunda parte del himno, muy solemne, muy noble, en la que los solistas bajo y tenor cantan juntos:

No hay en la tierra quien se le parezca;  
Animal hecho exento de temor.  
Menosprecia toda cosa alta:  
Es rey sobre todos los soberbios.<sup>17</sup>

Es un dueto difícil; el tenor Robert Hurd y el bajo Igor tenían que proceder con gran cautela. Me di cuenta de que Robert se mantenía firme, pero Igor parecía una piedra. Percibí en su voz una emoción que me alarmó. Entonces, de repente, cometió un gran error de tiempo: se adelantó en la entrada y al instante se oyó un croar horrible, un sonido como de gas al pinchar un globo hinchado, y el himno terminó en un caos cacofónico.

Afortunadamente, sucedió casi al final del servicio eclesiástico y, en cuanto se pronunció la bendición, corrí a la sala de ensayo.

¡Pobre Igor! Goteaba en medio de la mesa convertido en rana otra vez. Una contralto (esa médica tan buena chica) fruncía los labios, dispuesta a darle un beso, pero yo sabía que ahora ya no serviría de nada. Gordon se fue a un rincón, de cara a la pared, y empezó a murmurar algo ininteligible. Para horror mío, Giles se puso a dar patadas al órgano como un salvaje. Los componentes del coro estaban conmocionados y conmovidos, todos menos Malcolm Russell, que se reía.

Supe lo que tenía que hacer. Algunas veces, pocas, por suerte, tengo que imponer mi autoridad en esta institución.

—Señor Wry, señor Bryant —dije en tono de rapapolvo—: no voy a tolerar demostraciones de mal de ojo en esta casa. Besen a Igor inmediatamente, ¡los dos!

—Ni hablar —dijo Gordon.

—Yo no lo haré —dijo Giles, con su marcado acento inglés.

Comprendí que me habían vencido. Es imposible discutir con músicos cuando alguien ha entrado mal. Fue Robert Hurd quien me explicó las cosas.

—En el último pasaje, cuando se habla del poder de Dios, Igor se puso a pensar en Nikita Jruschov descaradamente —dijo— y, cuando entró mal, Gordon y Giles se volvieron hacia él inmediatamente y el pobre quedó atrapado entre las dos miradas. ¡Pobrecito Igor!

Pobrecito, sin duda. Cuando lo recogí, gemía desconsoladamente suplicando un beso de Jruschov. Entonces, lo deposité en una cajita, junto con unas hojas de lechuga fresca

espolvoreadas de caviar, escribí en la tapa la dirección de la embajada rusa de Ottawa, a nombre del camarada Nikita Jruschov, y lo eché en el buzón de correos de la esquina de Hoskin Avenue.

¿Una jugada sucia? Puede ser, pero comprendan que Igor ya no tenía nada que ofrecer a la Casa.

## El gato que fue a Trinity

Todos los otoños, cuando conozco a mis nuevos alumnos, los miro uno a uno, a ver si entre ellos hay alguna muchacha bonita. No soy el único que tiene esa costumbre: lo hacen todos los profesores. También cuento el número de muchachos que llevan guerrera Mao o bigotes de camionero. Siempre puedo descansar la mirada con mucho gusto en una muchacha bonita, mientras uno de sus compañeros lee un trabajo bien documentado y aburrido.

Este año, en el seminario de novela gótica, había una muchacha excepcionalmente bonita que se llamaba Elizabeth Lavenza. Me pareció una coincidencia que se llamara igual que la heroína de una de las novelas que íbamos a estudiar (nada menos que la famosa *Frankenstein* de Mary Shelley). Cuando se lo dije, la muchacha no hizo ningún caso, como si el detalle careciera de importancia.

—Nací en Ginebra —me dijo—, y allí abundan los Lavenza.

Sin embargo, se me quedó grabado y se lo comenté a un colega, que es un crítico literario de renombre.

—Solo piensas en las coincidencias —me dijo—. Desde que escribiste ese libro, *La cuarta dimensión* o como se titule, no hablas de otra cosa. Olvídalo.

Lo intenté, pero no pude. E incluso empecé a preocuparme más cuando conocí al nuevo grupo de ayudantes de cátedra de la facultad, porque uno de ellos era un joven, Einstein de apellido, que estudiaba Biofísica Médica. Era una lumbrera que nos llegaba con unas recomendaciones excepcionales; se nombraba a un tío abuelo suyo, un tal Albert Einstein, que no me sonaba de nada, aunque, al parecer, en el ámbito científico era una figura de gran relevancia. Pero fueron los nombres del joven señor Einstein los que despertaron algo en mi conciencia, pues se llamaba Víctor Frank.

Para quienes no hayan leído novela gótica últimamente, diré que en el libro de *Frankenstein o el moderno Prometeo*, de Mary Shelley, el héroe también se llama Víctor, y la muchacha a la que ama, Elizabeth Lavenza. Tal cúmulo de coincidencias llamaría la atención incluso a alguien menos predisuesto que yo a esas cosas. Me contuve, porque lo que me había dicho mi amigo, el crítico literario, me cohibía. Pero me acosaba la aprensión, porque sé de la facilidad que tiene el ambiente de Massey College para atraer elementos extraordinarios a su órbita. Y así, cohibido y acosado, abrí bien los ojos, por lo que pudiera pasar.

En muy pocos días, el destino vino a añadir otro dato al conjunto de coincidencias, y el instrumento del destino esta vez fue ni más ni menos que mi mujer. Tenemos la costumbre de invitar a cenar a los hombres de la facultad en grupos pequeños, y mi mujer invita a algunas chicas en esas ocasiones, para animar lo que, de otro modo, sería un ambiente exclusivamente académico. La noche en que Frank Einstein llegó a nuestro salón, mantuvo la misma actitud reservada (por no decir hosca) de siempre, hasta que apareció Elizabeth Lavenza. Su encuentro fue, en cierto sentido, un cliché de melodrama. Pero conviene recordar que las cosas se convierten en clichés por la frecuencia con que ocurren y lo impactantes que son. Todo sucedió como podía haberlo imaginado un escritorzuelo de tres al cuarto. Sus miradas se cruzaron. La de él, eléctrica; la de ella, extasiada. Él se acercó a ella y parecía que los demás se separaran para abrirle paso. Él no se apartó de su lado en toda la velada; ella no tuvo ojos para nadie más. De vez en cuando, él, ardiente de emoción, levantaba la mirada, mientras ella, modestamente, la bajaba, transportada. Con tan portentoso trajín de miradas desvanecidas, uno o dos de los invitados mayores se indispusieron sin remedio, como si estuvieran a bordo de un barco. El corazón me dio un vuelco.

En cambio, mi mujer estaba encantada. Al servir los platos, cuando llegué a su lado le susurré: «Esto es cosa del destino». «Contra el destino no hay nada que hacer», susurró ella, aunque esa combinación de palabras no se puede susurrar así como así.

Hacía un otoño extraordinario, como recordarán, y no pasaba un día sin que viera a Frank y Elizabeth en un banco del jardín, a veces hablando, pero casi siempre mirándose fijamente a los ojos, con la frente de uno reposando en la frente del otro. Pasaban tantos ratos así que ambos empezaron a bizquear levemente y mi desolación aumentó. Tomé la determinación de evitar el desastre, si era humanamente posible (porque les aseguro que, entre la intuición y el conocimiento que tengo del ambiente tan curioso que impregna esta casa, estaba frito de malos augurios), y puse todos los medios a mi alcance para conseguirlo. Cargué de trabajo a Elizabeth Lavenza. Le exigí hasta el último esfuerzo en la lectura de novela gótica, tanto para mantenerla lejos de Frank como para corregir su visión de las cosas.

¡Ay, qué ridículos son nuestros mayores esfuerzos por evitar lo que está ordenado de antemano! Un día vi a Frank sentado en un banco del jardín, solo, leyendo un libro. Me senté a su lado como quien no quiere la cosa.

—¿Qué lee usted, señor Einstein? —dije melifluamente.

Taciturno, como de costumbre, se limitó a enseñarme la portada del libro. Era *Frankenstein*.

—Liz me recomendó que lo leyera —dijo.

—¿Y qué le parece? —pregunté, porque siempre me interesan los débiles esfuerzos del arte por adentrarse en la mentalidad científica. Su respuesta me sorprendió.

—No está nada mal —dijo—. Evidentemente, desde el punto de vista de la biofísica médica, está muy desfasado. Me refiero a que el héroe tenga que construir un ser humano sintético con fragmentos de cadáveres de los depósitos. Actualmente podríamos hacerlo mejor, mucho mejor —añadió, y me pareció que se quedaba pensando en posibilidades horribles.

Opté por cambiar el rumbo de la conversación. Empecé a hablar de la facultad y de algunos éxitos y fracasos que habíamos tenido en el pasado.

Entre los fracasos, me referí a nuestra incapacidad para tener gato propio. En los diez años que llevamos aquí, hemos tenido varios gatos, pero ninguno se ha quedado con nosotros. Todos se van, y existen pruebas concluyentes de que se van a Trinity. Al principio pensaba que serían gatos anglicanos y que no les parecía bien nuestra capilla ecuménica. Llegué hasta el extremo de hacerme con un gato persa educado en la fe de Zoroastro, pero solo duró dos días. En Trinity College hay una alfombra persa de calidad. Al último que tuvimos le pusimos Episcopus, con la esperanza de que un título tan puramente anglicano le agradase lo suficiente; además, la fundación Lionel Massey le financió una intervención quirúrgica que, según dicen, elevaba la mentalidad del gato por encima de consideraciones puramente sectarias. Pero él también nos abandonó por Trinity. Algunos racionalistas de la Casa opinaron que podía deberse a la basura de Trinity, más abundante y variada que la nuestra, pero yo sigo creyendo que esos gatos se han dejado llevar por un impulso religioso.

Mientras hablaba de estas cosas, Frank Einstein se fue animando como no lo había visto en mi vida.

—Entiendo —dijo—, usted quiere un gato que esté programado específicamente para Massey College. Un gato ecuménico, muy inteligente, que prefiera a los licenciados en vez de a los estudiantes de licenciatura y que sea incapaz de hacer estropicios en La Rotonda. No creo que sea tan difícil, dedicando unas horas al ordenador.

Lo miré a los ojos (aunque a una distancia mucho mayor que lo que Elizabeth Lavenza tenía por costumbre) y, al ver lo que vi en ellos, me estremecí hasta la última fibra de mi ser. Es el



estremecimiento que experimento cuando sé con certeza que va a ocurrir otro suceso macabro en Massey College.

Sin embargo, con el trajín de los exámenes y las clases, se me olvidó la inquietud e incluso habría relegado el asunto a un rincón de mi mente si dos circunstancias relacionadas entre sí (no me atrevo a decir «coincidencias» en este caso) no hubieran venido a reavivar mis temores. Una mañana de otoño, cuando leía *The Globe and Mail*, me fijé en un artículo casi perdido al final de una columna, que llevaba por título «Ultraje en un estanque»; al parecer, dos bandidos enmascarados, un hombre y una mujer, habían inmovilizado al cuidador de un estanque a punta de pistola mientras se apoderaban de nada menos que de doce gatos callejeros. Ese mismo día, un poco más tarde, me encontré con Frank y Elizabeth, que entraban por las puertas de la residencia con un saco lleno. Del saco goteaba una sustancia que identifiqué con horror: era sangre. Cogí un poquito del suelo con la punta del dedo y, tras un rápido recuento de corpúsculos, confirmé mi sospecha de que no era sangre humana.

Durante las semanas siguientes, todas las noches bajaba sigilosamente a mi estudio para mirar al otro lado del jardín y comprobar si había luz en la habitación de Frank Einstein. Y siempre la había. Y una mañana me levanté temprano, salí al balcón y me puse a apostrofar al amanecer; de pronto, vi entrar a Elizabeth Lavenza furtivamente por las puertas principales de la residencia y pasar ante mí; no traía en la cara las señales del deseo satisfecho, como es habitual en quienes nos visitan a esas horas, sino la palidez y la fatiga de quien está exhausto después de un trabajo intelectual de lo más exigente.

La noche siguiente me desperté hacia las dos con una aprensión terrorífica: en la residencia estaba pasando algo que tenía que investigar. Los gritos, la música a mucho volumen, el follón de los juerguistas nocturnos son cosas que no me molestan particularmente, pero existe una clase de silencio profundo que sé que solo acompaña a la maldad. Cansado y en contra de mis deseos, me levanté, me puse un batín muy grueso y bajé al jardín, y allí, en efecto, tal como me temía, la única luz que me iluminaba era el resplandor mortecino de la habitación de Frank Einstein, porque una niebla densa envolvía los edificios y ni siquiera se veía la luz cruel que se cuele siempre por las saeteras de la Biblioteca Robarts ni la luminosidad mágica del OISE.<sup>18</sup>

Subí a su habitación y llamé a la puerta. No habían echado la llave y, con mis leves golpes, la puerta se abrió sola y (jamás olvidaré el susto y el asco que me dio lo que vi allí) me encontré a Frank y a Elizabeth alrededor de una mesa en la que yacía una forma ensangrentada. Me lancé hacia ellos:

—¿Qué clase de festival bárbaro es este? —dije a gritos—. Monstruos, demonios, caníbales, ¿qué es lo que ven mis ojos?

—Silencio —dijo Elizabeth—, Frank está trabajando.

—Estoy haciéndole un gato —dijo Frank.

—¡Un gato! —aullé, casi fuera de mí—. Eso no es un gato. Tiene el tamaño de un burro. ¿De qué gato habla usted?

—Del gato de Massey College —dijo Frank—, y será el gato más grande que haya visto en su vida.

No deseo molestarlos contándoles detalladamente la conversación que tuvimos, pero el resultado fue el siguiente: bajo la apariencia poco comunicativa de científico, Frank ocultaba un gran corazón y le había conmovido la desafortunada historia de Massey College y sus gatos.

—Usted dijo que parecía que no encontraba al gato adecuado para Massey College. Para usted, que enfoca la cuestión de una manera literaria, emocional, sencilla, la dificultad es insuperable; pero para mí, con mi sensibilidad biofísica perfectamente organizada, es una simple cuestión de

descubrir la clase de gato que se necesita y después crearlo. Pero no por el anticuado método de la cría selectiva, sino creando directamente el Gato Massey Ideal, o GMI, como lo llamo yo. ¿Recuerda que, cuando me lo contó, estaba yo leyendo esa locura de libro que Liz estaba estudiando con usted, sobre un hombre que fabricó a otro hombre? ¿Se acuerda de lo que dice ese hombre? «¿Desde dónde obra el principio de la vida? Era una pregunta atrevida que siempre se ha considerado un misterio; y sin embargo, ¿cuántas cosas estamos a punto de conocer, si no fuera porque la cobardía o la despreocupación refrenan nuestras investigaciones?» Eso se escribió en 1818. Ahora el principio de la vida es más que conocido, pero muchos científicos temen llevar a la práctica sus conocimientos. ¿Recuerda que el hombre del libro se propone hacer un hombre, pero el trabajo le parece demasiado complicado si lo hace de tamaño normal y entonces decide hacer uno gigante? Pues yo también. Un gato de tamaño normal es un incordio, así que he decidido multiplicar las dimensiones por doce. E, igual que el hombre del libro, me he hecho con el material y me he puesto manos a la obra. Este es su gato, terminado ya en tres cuartas partes.

La debilidad fatal de mi carácter, el defecto trágico, es mi estúpida bondad, que, combinada con una curiosidad científica muy viva, aunque desinformada, me llevó a lo que ahora comprendo que fue un gran error. Me interesaba tanto lo que estaba haciendo Frank que consentí que siguiera adelante y, por las noches, en vez de dormir, me escapaba a su habitación; Frank y Elizabeth me permitieron, con la promesa de no entrometerme ni tocar nada, quedarme sentado en un rincón y ver lo que hacían. Fueron tal vez las semanas más emocionantes de mi vida. El GMI creció y tomó forma ante mis ojos. El cuerpo se guardaba todos los días en un congelador en Rochdale, donde Elizabeth tenía una habitación; todas las noches, Frank lo calentaba y se ponía a trabajar.

El GMI tenía muchas características novedosas que lo diferenciaban de los gatos domésticos normales. No solo era doce veces más grande que un gato cualquiera: tenía también la musculatura de doce gatos. Frank decía con orgullo que, cuando estuviera terminado, sería capaz de saltar por encima de los edificios de la facultad. Otro de sus atractivos era que estaba dotado de un dispositivo de eliminación nunca visto. Porque todos los gatos tienen un inconveniente y es que parece que tienen unos hábitos higiénicos muy aceptables, pero en momentos de tensión o haraganería recaen en unas prácticas bohemias intolerables que complican las cosas al personal de limpieza, defecto que alcanzaría dimensiones graves en el caso de un gato que valiera por doce. Sin embargo, el gato de Frank estaba equipado con una palita al final de la cola con la que podría retirar sus propias heces una vez a la semana y depositarlas detrás de los edificios, en el aparcamiento del equipo deportivo, donde se suponía que nunca las descubriría nadie. Me apresuro a añadir que el gato estaba pensado para alimentarse de papel desechable, material que tenemos en abundancia, y que lo que el animal produciría se parecería mucho al confeti.

Pero su mayor atractivo era que tenía la capacidad de hablar, la mejor de sus características en cuanto a gato de la facultad, en opinión de Frank y Elizabeth. En lugar de ronronear monótonamente cuando lo acariciaban, entablaría conversaciones con los hombres de La Casa y, puesto que nos preciamos de ser una comunidad de estudiosos, lo dotarían de una capacidad de conversación y de un vocabulario infinitamente superiores a los de los loros, sin ir más lejos.

De eso se ocupaba Elizabeth especialmente y, como a esas alturas del curso estaba profundamente inmersa en mi curso de novela gótica, se propuso homenajearme programando al gato para hablar en un lenguaje propio de dicho género literario. Yo no estaba tan seguro de dicho refinamiento como lo estaban Frank y Elizabeth, porque sabía más que ellos de la novela gótica y a veces he tenido que reconocer para mí que peca de prolija. Pero, como ya he dicho, tomaba parte en esta gran aventura solo en calidad de espectador y no debía interferir. Por lo tanto, me contuve con la esperanza de que el gato, con el tiempo, aprendiera a hacer otro tanto.

Por fin llegó la gran noche, cuando se investiría de vida al gato. Me senté en mi rincón con la mirada fija en la forma en que Frank iba fundiendo poco a poco al animal con el secador eléctrico de Elizabeth. Era una escena imponente hasta para el corazón más audaz.

Nunca me atreví a exponer mis dudas a Frank y a Elizabeth, pero les aseguro que tenía muchas e intensas corazonadas al respecto. Soy hijo de mi época en el sentido de que comprendo perfectamente que las personas de tendencia y preparación exclusivamente estéticas, como yo, deben guardar silencio en presencia de hombres de ciencia, que lo saben todo, pero la verdad es que el GMI me resultaba repugnante. Además de tener el tamaño de doce gatos, la piel que lo envolvía era la de otros tantos animales, de los cuales, en vida, cuatro eran negros, cuatro blancos y cuatro del color de la mermelada. A Frank le gustaba el orden y había distribuido los pellejos de manera que el gato era jaspeado y los colores estaban matemáticamente distribuidos en cuadrados exactos. Como no se podían insertar en su gran cráneo los ojos de un gato normal, le pusieron unos de cabra (no me atreví a preguntar de dónde los habían sacado) y, como sabe todo el mundo, las cabras tienen los ojos planos, con la pupila oblonga y misteriosa. Los dientes se los había procurado a precio de saldo un mecánico dentista y, al verlos, comprendí por qué los dentistas dicen que a esos tipos hay que pararles los pies. La cola, con la pala al final, resultaba desagradablemente desnuda. Los bigotes parecían agujas de tejer. La verdad es que, en general, parecía un monstruo diabólico. En el más estricto sentido de las palabras, era lo más horrendo que se pudiera ver en la vida. Pero la mentalidad de Frank estaba por encima de las apariencias y, para Elizabeth, tan bella como era, todo lo que hacía Frank estaba bien.

Había llegado el momento de poner en marcha a esa maravilla de la ciencia. Sé que Frank era científico hasta la médula, pero, a mi anticuado modo de ver, parecía un alquimista: con el batín flotando a su alrededor, empezó a leer fórmulas de su libreta, mientras Elizabeth accionaba los interruptores y las palancas cuando él se lo pedía. Un súbito estallido, que me pareció de un relámpago, me dio a entender que el GMI había iniciado su gran aventura.

—Venga, acérquese a ver esto —dijo Frank.

Me arrastré hacia allí tan asustado como eufórico por el gran triunfo de la biofísica médica que iba a presenciar. Miré a la horrible criatura conteniendo el asco que me daba. Poco a poco, los ojos de cabra se abrieron soñolientos y se fijaron en mí.

—¡Creador mío! —exclamó el gato con un gran vozarrón muy adecuado para su repulsivo aspecto externo—. ¡Bendito seas un millar de millares de veces! ¡Santificado sea tu nombre! ¡Venga a nosotros tu reino! ¡Oh, maravilla de maravillas, contemplar al fin el alba dorada!

Y con estas palabras, el gato saltó sobre una lámpara eléctrica y se comió la bombilla.

Sería un eufemismo decir que retrocedí: me aparté de un salto, caí sentado en una silla y me quedé encogido contra la pared. El gato me siguió gritando loas y alabanzas góticas. Sacó una lengua monstruosa y me lamió la mano. Imagínense, si pueden, doce lenguas de gato en una sola. Esa sola caricia hizo necesario un injerto de piel que tardó semanas en sanarse. Pero me estoy adelantando a los acontecimientos.

—¡No, no! —grité—. Mi querido animal, oye la voz de la razón. No soy tu creador; nada más lejos de la verdad. A quien debes el preciado don de la vida es a este joven amigo mío, aquí presente.

Señalé a Frank con una mano sangrante. Elizabeth y él, extasiados, se habían fundido en un abrazo. Y por eso pasó lo que pasó. Unos celos horrendos y malignos se apoderaron del gato. Se le puso de punta hasta el último pelo de sus doce pellejos, los ojos de cabra echaban chispas de furia y la cola con la pala se sacudía como la de un tigre. Saltó sobre Elizabeth y la derribó con un solo zarpazo de sus poderosas patas delanteras.

Me siento orgulloso de pensar que en una circunstancia tan terrible recordé cuál era mi deber. El circo siempre me ha gustado muchísimo, y me acordé de que un domador de tigres jamás se acerca a ellos sin una silla en la mano. Cogí, pues, una silla y arrinconé al ser como mandan los cánones. Pero lo que dije no estaba en sintonía con mis actos ni a la altura de una circunstancia tan dramática. Reconozco sinceramente que no dije las palabras adecuadas.

—No debes atacar a la señorita Lavenza —dije remilgadamente—, es la prometida del señor Einstein.

Pero las que dijo Frank, la única que dijo, en realidad, fue más inadecuada todavía.

—¡Largo! —gritó, al tiempo que se arrodillaba junto al cuerpo sangrante e inerte de su amada.

Ella era la culpable de haber dotado al gato de un vocabulario inspirado en la novela gótica.

—¡Oh, Frankenstein! —aulló el gato con su vozarrón—. ¡No seas equitativo con todo el mundo y me pisotees solo a mí, pues a mí, más que a nadie, debes justicia e incluso clemencia y afecto. Ten presente que me has creado tú, debería ser tu Adán. No me tildes, en cambio, de ángel caído, pues tú me has llevado a tal extremo solo porque te amo... no: ¡te reverencio! Los celos de tu amor me envilecen. Hazme feliz y volveré a ser virtuoso.

Esa forma de hablar tiene algo que se contagia enseguida. Me causó gran asombro que Frank, que por lo general tenía suficiente con el vocabulario funcional del hombre de ciencia, dijera: «¡Vete! ¡No deseo oír tus ruegos! Entre tú y yo no puede existir la comunión, pues somos enemigos. ¡Demonio aborrecible, maldigo el día en que viste la luz por vez primera! Me has arrebatado la posibilidad de considerar si actúo justamente contigo o no. ¡Vete! ¡Líbrame de tu detestable visión!».

Elizabeth no era la más aventajada de mis alumnas y lo que dijo el gato a continuación adolecía de falta de auténtica retórica gótica.

—Es decir, la quieres más a ella que a tu gatito lindo —gimió.

Frank, en cambio, se mantuvo fiel al registro gótico.

—¡Esta doncella es la dueña de mi amor y ningún gatito lindo se ha de interponer! —exclamó él.

De pronto, el gato era la viva imagen de la desolación, del rechazo, del amor no correspondido. Volvió a un registro elevado.

—En tal caso, creador mío, me despido. Te libero de mi presencia, que os es aborrecible. ¡Adiós!

Y, de un salto gigantesco, salió al jardín por la ventana y enseguida oímos el ruido tremendo que hacían las puertas de la entrada al saltar de sus goznes.

Sé adónde fue y me compadecí profundamente de Trinity.

## El feo espectro del sexismo

En el baile de La Casa de la semana pasada, un joven, antiguo miembro de esta institución, se me acercó y me gritó (para hacerse oír por encima de la música):

—¿Va a contarnos un cuento de fantasmas este año?

Le contesté a voces:

—No lo sé, la verdad.

—¡Sí, sí! —gritó él—. Apuesto a que en estos momentos ya lo tiene preparado y guardado en un cajón.

Después se dirigió a la barra, a tomar algo para la garganta. Porque, como comprenderán aquellos de ustedes que van a los bailes modernos, mantener una conversación tan larga mientras la banda está dándolo todo conlleva un esfuerzo considerable para las cuerdas vocales.

El joven había puesto el dedo en la llaga. No tenía cuento de fantasmas y se me planteaba un dilema peliagudo: por una parte, no quería decepcionarlos a ustedes y por otra, me acobardaba enfrentarme de nuevo a otros fantasmas de la residencia, porque siempre me resulta agotador e incluso humillante en ocasiones.

A fin de cuentas, esta institución está a punto de cumplir su undécimo año de existencia y todas las Navidades hemos tenido un cuento de fantasmas. Sin duda, diez fantasmas son suficientes para cualquier facultad, ¿no les parece? En un edificio moderno como el nuestro, semejante sobreabundancia de fantasmas es casi un reflejo de sus contratistas. ¿O podría deberse, por otra parte, a alguna emanación metafísica del espíritu de sus fundadores, que eran, del primero al último, grandes conocedores de la *bizarrierie*? ¿O tal vez (y les aseguro que este es el quid de la cuestión) soy yo el que atrae esa clase de manifestaciones? Hay hombres que atraen a los perros; otros, de clase muy distinta, atraen a las mujeres. ¿Podría ser que yo atrajera a los fantasmas?

Pensando en estas cosas, llegué al jardín, donde la música se oía algo menos. Sin embargo, el aire frío de la noche me infundió una aprensión melancólica. ¿Qué tenía esa música para que me resultara tan inquietante? Parecía el espíritu de nuestra época encarnado en sonido. Fuerte, irresistible e insistente a la vez que turbulento; rítmico, pero siempre como a punto de saltar los límites del ritmo para estallar en un modo nuevo y ferozmente evocativo. Era una música que parecía implorar a los dioses que respondieran desatando una tormenta en toda su majestad primigenia.

El ruido llegó a su punto culminante y oí aclamaciones en el interior. Había llegado el momento que esperan los bailarines modernos con ansia y veneración: el percusionista iba a ejecutar un solo. Los porrazos, castañazos y zurriagazos que producía eran sonido puro, sin sombra de melodía ni de tono. Era música celestial de tormenta y, poco a poco, fui entregándome a ella. Tenía los nervios a flor de piel.

Al acercarme a las puertas de la residencia, miré hacia arriba e inmediatamente me di cuenta de que fallaba algo. O, mejor dicho, de que faltaba algo. ¿Dónde estaba la gran cabeza de toro que preside la salida del jardín? ¿No se encontraba en su lugar? Imposible. Solo podía ser un efecto óptico producido por la excelente cena del baile. Pero ¿dónde estaba el toro? «¡Bah, pamplinas!», me dije, mirando hacia Devonshire Place. El viento de diciembre que soplaba de esa dirección se convirtió en un remolino en cuestión de segundos. Polvo, ramitas, trocitos de desechos de todas clases giraban en la tormenta; una parte vino hacia mí y, de pronto, un montón de periódicos se lanzó contra la verja como si fuera a traspasarla. Me gusta que el jardín esté limpio, así que lo empujé hacia fuera con el pie. Para mi gran asombro, se resistió con una fuerza que no podía

deberse solo al viento. Empecé a darle patadas y... ¿cómo se lo diría? Pareció que gritaba con una voz casi humana. El sonido del solo de percusión de la sala de baile se hizo más patente e intenso y a punto estuve de perder los estribos. Seguí dando patadas al montón de periódicos y empujando con las manos y, cuanto más me empecinaba, más oposición encontraba por su parte, hasta que finalmente pasó a la fuerza por entre los barrotes y se plantó... ¡sí, sí, se plantó delante de mí!

—¡Cosa del demonio! —exclamé, y en el mismo momento en que lo decía supe que había recaído una vez más en el habla retórica que me imponen esta clase de espectros—. ¡Cosa del demonio! ¿Qué haces aquí? ¿De dónde vienes y qué eres?

El montón de periódicos parecía sin aliento después de nuestra pelea y su respuesta, aunque audible, me resultó ininteligible. El tono, en cambio, correspondía inconfundiblemente al de una voz femenina.

—¡Habla más fuerte! —le ordené.

El montón de periódicos levantó una porción ajada de letra impresa de su silueta y señaló hacia lo que, en un ser humano, habría sido la cabeza.

Me agaché a mirarlo más de cerca, porque el montón era bastante más bajo que yo. En la parte superior, que estaba enrollada hacia arriba formando una punta o algo así, distinguí *Toronto Star*, 1 de febrero, 1972.

—¿Eres el *Toronto Star*? —dije, entre temeroso y muerto de risa, como suelen expresarse los profesores de universidad cuando se trata de periódicos.

El montón de papeles asintió y después, con lo que parecía la sección de amas de casa, señaló un titular que se hallaba en el lugar que, de haberse tratado en verdad de una mujer, habría ocupado el pecho. Me puse las gafas de leer y le miré los senos atenta y delicadamente. Las palabras me resultaban familiares y me obligaron a retroceder. Decían: «El feo espectro del sexismo acecha en Massey College».

Me acordaba de ese titular. Apareció el día 1 de febrero de 1972; se trataba de una carta publicada en el *Toronto Star* que firmaba una joven agraviada por lo que ella consideraba una discriminación injustificada de su sexo en esta institución. Además de ser un lugar manifiestamente elitista, decía la joven, también era sexista, cosa que no podía tolerarse en el mundo moderno. Volví a mirar al montón de periódicos; sí, en realidad, la forma general del bulto recordaba vagamente a una mujer, pero ¿qué era y qué significaba?

—Sinceramente, no me parece usted el *Toronto Star*... —empecé a decir. Pero esa cosa logró hablar por fin.

—¡Nada de eso! —saltó con un chillido rabioso—. Conozco perfectamente a los sexistas como tú. Y ahora no me salgas con que soy demasiado bonita para ser un gran diario nacional. He venido a escribir un artículo en colores sobre el feo espectro del sexismo que acecha en Massey College. ¿Por dónde suelen acechar aquí los espectros? Señálame y déjame en paz, viejo sexista.

—Me duele que me llamen sexista —repliqué con dignidad—, pero usted es una invitada en este lugar y la trataré con cortesía, a pesar de sus malos modales. No tenemos espectros, pero con mucho gusto puedo ofrecerle algunas sustancias espirituosas. Por mi parte, me conformaría con un whisky doble.

—Me parece bien —dijo la extraña visitante en un tono un poco menos arisco.

Me dispuse a ir al bar a por algo de beber, pero sucedió una cosa que me demostró claramente que, pese al aspecto tan desastrado y roto de esa aparición, me hallaba ante un ser sobrenatural, y en un ambiente extrañamente cargado. De repente, como por ensalmo, aparecieron dos whiskys flotando en el aire ante nosotros; con un gesto, indiqué a mi acompañante que cogiera uno.

Inmediatamente me dio pruebas de que, fuera un fantasma o no, provenía del mundo de la prensa, porque, según mi vista de experto, cogió el que contenía un poquito más. Tras meterse un buen trago entre los pliegues de los periódicos, mi extraña acompañante habló de nuevo, y en un tono que delataba cierta inseguridad.

—¿Esto es Massey College? —dijo con voz chillona.

—¿Quiere decir que no está usted segura? —repliqué.

—El editor se negó a pagarme un taxi —dijo—, así que he tenido que venir en el viento y ha sido un trayecto agotador. Por eso he llegado tarde.

—¿Tarde para qué? —dije.

—Para infundir el terror y el desaliento en ese corazón negro que tienes —dijo la criatura—. Porque discriminas a las mujeres, porque eres una lapa en la Nave del Progreso. Porque eres un neopisciano miserable que pretende detener el avance de la era de Acuario y un cerdo fascista recalcitrante, elitista y chovinista. He venido a ponerte en evidencia. Así perderás los papeles y los ayudantes de cátedra abrirán las puertas de par en par a las mujeres y celebrarán el nuevo amanecer.

—Llega usted incluso más tarde de lo que cree —dije—. Ese nuevo amanecer al que se refiere lo celebramos el pasado once de mayo, cuando nuestros superiores cerdos fascistas recalcitrantes, elitistas y chovinistas, reunidos en solemne asamblea y con la asistencia de todos nuestros fundadores vivos, decidieron abrir las puertas a las mujeres en igualdad de condiciones con los hombres a partir del próximo septiembre.

—¡Ajá! Os hemos obligado a hacerlo —dijo el montón de periódicos.

—Ni mucho menos —dije yo—. Esta institución sigue una estrella, pero no es la del *Toronto Star*. Llega usted tarde.

El montón de periódicos pareció perder altura.

—¿Eso significa que el feo espectro del sexismo ha desaparecido? —dijo en un tono tristón de papel mojado. Me compadecí de la frágil criaturita.

—¿Por qué no se da usted una vueltecita por aquí y después vuelve a su sitio y les dice que no ha encontrado nada y que no vale la pena molestarse? —le dije.

El montón de papeles se puso a gritar otra vez.

—Guárdate los consejos prácticos —chilló—. Guárdate la galantería masculina para con la fémina derrotada. Conozco el juego: quieres desarmarme a fuerza de amabilidad, ¡pero no lo conseguirás!

—Tengo que reconocer que es usted difícil de complacer —dije—, y no puedo seguir discutiendo si no puedo dirigirme a usted por un nombre. ¿Cómo se llama?

—Llámame Ms.<sup>19</sup> —me dijo.

—Para mí, Ms. significa «manuscrito» —dije—, y usted no es un manuscrito, ni siquiera un mecanoscrito. Es usted la forma más triste de letra impresa que conozco, un periódico atrasado. Creo que la llamaré Recorte porque está usted hecha de recortes de papel y además es muy cortante.

Me sorprendió que Recorte soltara una risilla.

—Ahora hablas de igual a igual —dijo—. ¿Hace otro whisky?

No había terminado de pensarlo cuando aparecieron dos vasos en el aire, entre los dos, y Recorte volvió a coger el más lleno. Me pareció ver un guiño descarado en el lugar en el que tendría que haber tenido uno de los ojos.

—Le paso la mano por la... toga, decano —dijo Recorte.

A coloquialismos no hay quien me gane.

—La... leo por encima —dije yo.

Bebimos. Era un whisky escocés muy bueno, lo cual no era de extrañar porque, evidentemente, pertenecía al mundo espiritual. Después del segundo trago, Recorte se puso más cordial.

—Me parece que te tomo la palabra en eso de dar una vueltecita por aquí —dijo ella. A partir de ahora, adjudico a Recorte el pronombre «ella», porque cuanto más bebía, más femenina se volvía—. ¿Vienes?

Asentí, pero estaba preocupado. ¿Dónde estaba nuestro toro?

—Eso sí, se entiende que me sigues tú —dijo Recorte—. Nada de chorradas chovinistas, como enseñar la casa a la señorita. No necesito guía.

Y con esas, echamos a andar. Empezamos por la zona de estudio de la biblioteca, y Recorte se entusiasmó: no paraba de entrar y salir de los compartimientos, de disfrazarse de contenido de las papeleras y de asomarse alegremente gritándose: «¡Uuuh!», desde sitios que a ella le parecían insospechados. Era como ir de paseo con un perro travieso. Sin embargo, mientras corría de un lado a otro delante de mí, vi que, pese a todos sus principios de la liberación de la mujer, era singularmente femenina y, de vez en cuando, si no la veía, la oía emitir ese sonido que tan estimulante resultaba a nuestros antepasados victorianos: un delicado crujir de faldas. Estaba claro que a Recorte no le faltaban artes femeninas y si hubiera sido yo más joven y no hubiera sido filósofo, seguro que habría terminado por correr tras ella.

La capilla le encantó y recorrió un poco las cortinas de detrás del altar, por si el feo fantasma del sexismo acechaba por allí. Se quedó un buen rato mirando el retablo del altar y dijo:

—¿Quién es esa mujer del centro de la estrella?

—Es la representación de la sabiduría divina, que siempre está representada por una figura femenina —dije.

—¡Exacto! —exclamó ella aprobadoramente.

Después subimos las escaleras y llegamos a la puerta de La Rotonda. Pensé que eso la detendría; los espectros pueden acechar en un lugar lleno de rincones, pero no en un espacio circular. Lo cual demuestra lo mucho que sabía yo de la cuestión. Primero fue el orgullo y después... la caída.

Al entrar en La Rotonda me invadió como la bruma una sensación de que la sala estaba embrujada. Una tétrica luz titilante de color azul iluminaba la sala; temblaba y se movía de una forma tan incesante que, por unos segundos, no vi nada claro. Lógicamente, me sobresalté al oír decir a una voz profunda y autoritaria que, desde luego, no era la de Recorte:

—Llegas tarde. Mujer tenías que ser. Te estaba esperando. Siéntate.

Quien hablaba era un ser tan asombroso y alarmante que por un momento creí que me iba a desmayar. Él, porque se trataba de él sin la menor duda, era alto, con un pecho enorme, de flancos delgados, e iba vestido de etiqueta, pero no llevaba esmoquin, que es lo más frecuente aquí, sino una corbata blanca y un frac de corte muy elegante. Pero lo que me llenó de respeto y pavor fue la cabeza. Era inmensa, era una cabeza de toro. Pero no de un toro cualquiera, sino que era el toro de lo alto de las puertas de nuestra institución y llevaba un adorno impresionante de azabache en la oreja izquierda, en cuyo centro se apreciaba una flor de lis perfilada en diamantes.

—¡El toro de Massey! —exclamé.

—Evidentemente —dijo el ser.

Recorte bailaba como loca, como si la agitara la brisa dentro de la estancia.

—Conque no iba a encontrarlo, ¿eh? ¡Pues ahí está! ¡Es el feo espectro del sexismo que acecha en Massey College!

Me excuso de describir la cara que se le puso al ser, pero bastó para hacer recular de miedo a



Recorte.

—Soy el toro del blasón de Massey College —dijo muy dignamente—. Soy, en un sentido especial y eminente, el animal totémico de esta comunidad académica exclusivamente masculina. Figuro, como debe ser, en la parte superior de su escudo de armas y en lo alto de las puertas de la entrada. Me río yo de acechar: ¡lo impregno todo! Y exijo saber qué os proponéis, tú, decano, y presumiblemente ese montón de papel desechable, con eso de abrir a las mujeres las puertas de lo que, por derecho, considero mi casa.

¿Qué podía decir yo? Afortunadamente no tuve que decir nada, porque Recorte empezó a dar vueltas en el aire alrededor del ser, gritando:

—¿Has dicho abrir las puertas a las mujeres? ¡A ver si te atreves a impedirles la entrada! Porque entonces tendrás que vértelas conmigo. Permite que te diga que soy Ms. y me quedaré aquí hasta que esta casa esté llena de mujeres. Voy a hacerles la vida imposible a todos hasta que reconozcan que la época de la supremacía masculina ha terminado, y más vale que te lo metas pronto en esa cabezota peluda que tienes, ¡tan masculina, desde luego! ¡Va por ti, el del pendiente! ¡Los tiempos de la ley y la ética masculinas ya han pasado y el glorioso pendón de la igualdad se despliega en todos los bastiones de privilegio masculino del mundo civilizado!

El toro bajó su inmensa cabeza y miró fijamente a Recorte con ojos rojos. Soltó un bufido por el hocico que solo auguraba complicaciones. Tuve la sensación de que tenía que decir algo, pero, como no sabía qué decir, dije una tontería, lógicamente.

—Seguro que ustedes, jóvenes, son capaces de llegar a un acuerdo —dije.

Me miraron los dos con tal furia que temí que me atacaran. Es desagradable que otro hombre te maltrate, pero es mucho peor que lo haga un fantasma: el metabolismo cambia irreversiblemente.

—Siéntate —dijo el toro—. Ms. y yo vamos a discutir este asunto de la entrada de las mujeres en Massey College. Tú serás el árbitro —ordenó el toro, y con un diestro golpe lateral de cuerno me sentó en el sillón rojo en el que, jocosamente, se supone que me siento cuando presido la sala. No tuve más remedio que obedecer.

—Primero las damas —dije, y señalé a Recorte con un gesto de la cabeza.

Ella se puso furiosa.

—Ya empezamos —chilló—; ahora este me quiere desarmar con esa cortesía antañona. No seré la primera. No saldrá una palabra de mi boca.

Pero siguió hablando, y a tal velocidad que solo capté algunas palabras, como «antagonismo de grupos minoritarios», «insensibilidad al ambiente cultural», «opresión como función social institucionalizada», «dinámica de la victimización» y otras por el estilo. El discurso se hizo largo, tratándose de alguien que no iba a decir una palabra, y el toro se impacientó; empezó a dar con las pezuñas en el suelo y a agitar su inmensa cabeza. Al final, se enfureció tanto que le salía fuego (sí, sí, fuego) por el hocico. Recorte corría un gran peligro, pues era muy inflamable.

Por lo visto, ella no sabía lo que era el miedo. Si no lo hubiera visto con mis propios ojos, jamás habría creído lo que presencié a continuación. Con un ademán furibundo, Recorte se quitó una tira de papel de la zona del pecho y la acercó a las llamas; se consumió inmediatamente, pero me dio tiempo a ver lo que tenía impreso. Era un anuncio de lencería y contenía un bello dibujo de un sujetador.

—¡Un desafío! —gritó—. Este es el último acto de desafío femenino. ¡A ver si puedes igualarlo!

El toro soltó una profunda risotada taurina.

—El típico argumento femenino —dijo—. Te niegas a que te consideren un objeto sexual, pero refuerzas esa negativa con un gesto flagrantemente sexual. ¿Así, de esa forma tan chapucera, es

como das a entender que para ti el sexo no vale nada?

—Voy a decirte lo que vale mi sexo —replicó Recorte—. Es el baremo que ha establecido Xaviera Hollander, la Puta Feliz en persona, y es quinientos dólares el polvo.

¡Qué consternación, tener que presenciar tanta falta de delicadeza! ¡Y qué fácilmente había caído ella en la trampa! El toro se reía. Sacó un documento del bolsillo delantero y lo dejó en la mesa, ante mí.

—He aquí una prueba que contradice ese alegato —dijo—, se trata de los actuales honorarios masculinos.

Miré el documento y me estremecí. Era información íntima sobre la tarifa erótica de *Secretariat*, el famoso caballo de carreras. Hay que reconocer que Xaviera Hollander parecía mercancía barata, en comparación. Pero mi sentido del decoro no podía soportarlo.

—Me niego a escuchar esta discusión si continúa por estos derroteros —dije—. Si desean llegar a algún arreglo en privado entre ustedes, con el consentimiento de ambas partes, es cosa suya y nadie tiene derecho a entrometerse, pero yo no tomaré parte. Esta discusión debe ponerse en un rumbo más acorde con la decencia.

—Muy bien —dijo el toro—. Permítaseme recordar a los presentes que hace tan solo un mes, una princesa del reino, un ejemplo, sin duda, para todas las jóvenes, se comprometió públicamente a OBEDECER al hombre que sería su marido, y varios jóvenes de esta casa se levantaron a las cinco de la mañana para oírle decir esas palabras.

Quien se rio ahora a carcajadas fue Recorte y enseguida quedó clarísimo que eso era lo último que se esperaba el toro. Se le veía en la mirada que estaba furioso, pero confuso también, circunstancia que Recorte supo aprovechar astutamente.

—¿Tanto te ofusca la vanidad masculina que no sabes lo que se proponía la princesa? —dijo—. ¿Tendré que enseñarte lo que significa la obediencia femenina?

Del montón de papeles que la conformaba sacó una hoja impresa íntegramente en tinta roja, y empezó a pasársela provocativamente al toro por delante de los hocicos. Casi no pude creer lo que sucedió a continuación. Como si hubiera entrado en trance, el toro se puso a mover su gran cabezota de un lado a otro, siguiendo el vaivén hipnótico de la lámina roja, que crujía de esa forma tan característicamente femenina a la que me he referido antes.

—A ver quién es el que obedece aquí ahora —susurró Recorte.

¡Quién tuviera la pluma de un Ernest Hemingway para poder describirles adecuadamente el espectáculo de arte y brutalidad que presencié! De la manera más femenina posible, Recorte se deslizó con toda elegancia, sin prisa, alrededor del círculo que describe nuestra Rotonda y, mientras se movía, murmuraba con una voz grave, persuasiva, insoportablemente burlona: «¡Eh, toro! ¡Toro!», y el toro, incapaz de resistirse, respondía a cada una de sus palabras y gestos.

Ya saben cómo es La Rotonda. Hay en ella veintidós sillas altas de color negro, que llevan estampada en el respaldo, en dorado, una cabeza de toro. Mientras Recorte dirigía el baile fatídico de su víctima, vi que los cuarenta ojos de esos toros seguían todos los movimientos y sus respectivos hocicos se agitaban, cada vez más aprensivos, e incluso me pareció ver un goteo de espumarajos en las veintidós lenguas.

¿Qué podía hacer yo? ¿De parte de quién estaba? Disculpen la torpeza de mi expresión, pero en esos momentos yo era un trémulo cuajarón de emociones irreconciliables. Tenía que suspender la corrida. Tenía que ayudar al toro, que estaba irremediabilmente condenado como cualquier toro cuando sale al ruedo. Pero la habilidad de Recorte me tenía seducido. Sin saber cómo, me encontré de pronto subido a mi escritorio soltando vivas y oles, y hasta me quité la rosa del ojal y la tiré al ruedo.

La corrida no duró mucho, pero fue espléndida. El toro, cada vez más furioso, respondía a las provocaciones de Recorte, quien hacía gala de una elegancia torera que era un regalo para la vista. Sus verónicas, amontillados y *tournédós bonne femme*<sup>20</sup> eran de lo mejor que he visto en mi vida en las grandes corridas de Madrid. Pero no podía evitar preguntarme todo el tiempo: «¿Cómo va a rematarlo? No tiene más arma que la que ha fingido empuñar con desprecio: su hechizo femenino, su fascinación».

Como ya he dicho, la luz era tétrica y yo tengo ojos de simple mortal. De pronto oí un estrépito y el toro cayó al suelo. Había resbalado con la rosa que había tirado yo al ruedo y se había golpeado la cabeza contra el canto de una de nuestras mesas redondas. Me puse a vitorear como loco.

Para mi gran asombro, Recorte lloraba. Empezó a dar tumbos a ciegas por La Rotonda, buscando un rincón en el que esconder la cabeza; el toro yacía en el suelo y parecía muerto. Me dio una gran impresión de nobleza en la muerte... hasta que me guiñó un ojo. No me dio tiempo a pensar, porque Recorte empezó a tironearme de la manga.

—Lláname un cubo de la basura —gemía—, y déjame salir de aquí.

—Pero si ha ganado —dije—. Supongo que querrá apoderarse de la facultad. ¿No ha venido a eso, precisamente?

—No quería matarlo —gimió Recorte—, solo pretendía darle una lección. ¿Qué voy a hacer sin él?

Dejar de ser joven tiene algunas ventajas. Ve uno con mayor claridad, incluso sin las gafas.

—Déjelo en mis manos —le dije—. Y no se vaya usted, creo que le gustará mucho estar aquí. Permítame asignarle un lugar ameno en el que pueda pensar en todo esto hasta el mes de septiembre.

Y, con una galantería que Recorte aceptó de buen grado, le ofrecí el brazo y la llevé por los laberintos de la parte inferior de La Casa residencia, y allí la dejé, descansando en un rincón muy cómodo de la biblioteca. Procuré que no viera el letrero de la puerta tras de la cual la encerré, pero no me importa decírselo a ustedes. Decía: «Publicaciones efímeras».

Me fui rápidamente a La Rotonda a proporcionar los primeros auxilios al toro. Sabía que solo se había dado un coscorrón contra la realidad, pero me parecía que tal vez necesitara cuidados delicados para la autoestima.

Se había ido. El feo espectro del sexismo ya no acechaba en Massey College. Cuando salí al jardín, vi que había vuelto a su lugar de costumbre, en lo alto de las puertas, y me fijé, como pueden fijarse ustedes, si lo desean, en que, aunque parece muy noble e invencible, tiene un ojo indiscutiblemente morado. Sin embargo, volvió a hacerme un guiño con el bueno, y observé que llevaba su enorme pendiente con mayor desenfado, como si en su breve encuentro con Recorte hubiera descubierto que hasta en el ser más indiscutiblemente masculino siempre acecha algún rasgo femenino.

Toda la residencia parecía en paz cuando volví al jardín. Incluso la música de la sala de baile sonaba pacífica, porque la banda estaba tocando una vieja melodía, «You're the Cream in my Coffee».

*You will always be*

*My necessity*

*Can't get along without you...<sup>21</sup>*

canturreé, y guiñé un ojo al toro, a mi vez.

El gran carillón de Hart House tocó una sola nota resonante. En la universidad, todo el mundo sabe lo que significa ese sonido.

—¡Cielos! —exclamé—. ¡Deben de ser las dos! —Y volví rápidamente al baile.

## La cantera de donde fuisteis arrancados

A lo largo del curso universitario, un viernes sí y otro no, los profesores titulares de la facultad celebran una cena con invitados; algunos de estos invitados son ayudantes de cátedra de la propia institución, otros son personas que hacen algo interesante en el mundo exterior y también invitamos a académicos visitantes a quienes acogemos en la residencia durante su estancia en la universidad. En la última ocasión, es decir, hace quince días, teníamos dos invitados de esta última clase. Uno era el doctor Abu Ben Adhem, eminente arabista de la Universidad de Alejandría; el otro un tal doctor A. Theophrastus von Hohenheim, suizo, de la Universidad de Basilea, creo que dijo. Parecía un tipo bastante raro; en la *High Table* siempre nos reímos mucho, pero él no se rio ni una sola vez; sin embargo, sonreía de una forma inquietante, como si percibiera algo gracioso que los demás no entendíamos. Además, no paraba de mirar el reloj, y llevaba un reloj que llamaba la atención.

—Lleva usted un reloj muy bonito —le dije, porque siempre hay que dar conversación a los invitados y su especialidad, algo relacionado con la física, creo, me es totalmente ajena.

—Muy bonito, sí —dijo él—. Muy antiguo, muy valioso. —Lo puso en alto para que lo viera bien. Era mucho más grande que un reloj de bolsillo de los de ahora, de oro grabado por fuera, una preciosidad; en la cara esmaltada se veían varios diales; los caracteres de algunos de ellos eran letras griegas, los demás eran signos cabalísticos, y lo sé porque a veces me entretengo con esas cosas. Al acercármelo, apreté un resorte y el reloj tocó una musiquilla muy agradable. Los relojes de bolsillo con música son una rareza y no he oído ninguno mejor que este del que hablamos. Tendí la mano para tocarlo, pero él lo retiró—. No es un juguete —dijo sonriendo desagradablemente.

Aquello me pareció un *desaire* y me volví a hablar con otro invitado.

Después de la cena, el grupo de la *High Table* se va a la Biblioteca Mayor; allí nos sentamos alrededor de otra gran mesa y nos entretenemos con oporto, madeira y conversación general. Abu Ben Adhem y Von Hohenheim se sentaron enfrente de mí, uno a cada lado de nuestro auditor, que está acostumbrado a los invitados raros, son su especialidad profesional, y sabía que se lo haría pasar bien a nuestros dos huéspedes.

A mi derecha se encontraba una de las jóvenes con las que contamos ahora entre los ayudantes de cátedra. Soy consciente de que en estos tiempos resulta imperdonablemente sexista decir que una chica es encantadora, pero no es fácil romper con una costumbre de toda la vida: era encantadora. Daba gusto hablar con ella y me agradan las chicas que tienen mucho que decir; las calladas, a las que algunos hombres admiran tanto, siempre me recuerdan a un reloj de pared parado. A ella, en cambio, le habían dado cuerda; se diría que el oporto de nuestra casa era para ella un ligero apaga sed, y no el muevemontañas que es, y después de un par de vasos ya casi estaba pasada de rosca.

En esas celebraciones, la conversación suele ser general. Los comentarios (y a veces los párrafos largos) vuelan de un lado a otro de la mesa, bien articulados y con voz rotunda. Quien dice que gritamos es que no entiende la cortesía entre nosotros; simplemente, tenemos consideración para quienes son un poco duros de oído.

El grito más fuerte de esa noche en particular lo dieron el profesor Swinton y el profesor Wilson.

—¿A qué viene ese vocerío? —gritó el auditor, que también tiene una voz que domina en los tribunales de justicia y hace temblar hasta a los criminales más desvergonzados.

—Estamos hablando de Escocia y del año 1974 —dijo a voces el profesor Wilson—. 1974, el año que vio ponerse en marcha a los nacionalistas escoceses. ¿Y qué mejor momento para hacerlo? ¿Acaso no se cumplían ese año exactamente siete siglos del nacimiento del gran liberador y rey de Escocia, Roberto I Bruce?

—¡Usted es tonto! —gritó el profesor Swinton—. Roberto I Bruce no estuvo mal para ser una medianía, pero este año se cumple un bicentenario muchísimo más importante en la historia de la cultura y el imperialismo escocés. ¿Acaso el gran Henry Duncan no nació en el año 1774?

—¿Y quién es ese Henry Duncan? —preguntó nuestro auditor.

El profesor Swinton se quedó pasmado.

—Es usted un caso perdido —dijo—. ¿No fue acaso Henry Duncan el fundador y el inventor de las cajas de ahorros? ¿Y no domina Escocia toda la tierra desde entonces gracias a la influencia amable, próspera y civilizadora de las cajas de ahorros?

—¡Menos lobos! —gritó el bibliotecario desde el extremo opuesto de la mesa—. La gloria de Escocia son sus poetas y permítanme recordarles que Gavin Douglas nació hace exactamente cinco siglos.

Cuando los escoceses levantan la presa no hay más remedio que resistir. El profesor LePan se lanzó de cabeza.

—No me avergüenza decir que nunca había oído hablar de Gavin Douglas —declaró—, pero les recuerdo que en 1774 nació un poeta muy respetable, si no definitivamente grande, que fue Robert Southey.

—¡Southey! —exclamó el bibliotecario con desprecio caledoniano...<sup>22</sup> ¡qué digo! Con desprecio de Nueva Escocia—. ¡Southey! ¿No tienes nada mejor que Southey?

—Sí —dijo el profesor LePan—, Oliver Goldsmith murió en 1774; desapareció en el momento en que apareció Southey, precisamente. Y Robert Herrick murió en 1674. ¡Ahí queda eso!

El bibliotecario emitió un sonido burlón sin palabras, un sonido escocés parecido al de una sierra mecánica cuando choca con un nudo.

—Ha tenido que recurrir a fechas de defunción —dijo, triunfante—. Las fechas de defunción no le servirán de nada.

Los demás nos lanzamos, cada uno a su manera, en defensa de LePan. Nuestro especialista de Literatura Canadiense es el doctor Claude Bissell.

—¿Y qué me dicen de Robert William Service, el bardo del norte de Canadá, nacido en 1874? —dijo en voz alta, e inmediatamente recitó:

*A bunch of the boys were whooping it up  
In the Malemute Saloon;  
The kid who tickles the ivories  
Was hitting a jagtime tune.*<sup>23</sup>

Pero el profesor Stacey lo hizo callar con su vozarrón.

—Ya que habla de Canadá, a ver si sabe esta: ¿quién nació el 17 de diciembre de 1874? ¿No lo sabe? Claro que no, pero yo sí. Fue William Lyon Mackenzie King. ¡Ese fue el que nació el 17 de diciembre de 1874!

—Mackenzie King no escribía poesía —dijo el doctor Bissell, que quería seguir recitando *The Shooting of Dan McGrew*.

—¡Ah, sí, sí! ¡Escribía poesía! —dijo el profesor Stacey a voces—. No es muy conocido, pero yo lo sé. Estoy preparando una edición anotada de la antología poética de William Lyon Mackenzie King, que comprende su obra de teatro en verso blanco *The Happy Conscript*, que me llevará unos veinte años, así es que ya lo sabéis, y no quiero que nadie le ponga las zarpas

encima.

—Que le aproveche su Mackenzie King —gritó el profesor Careless, que entraba tarde en la discusión y por ello demostraba mayor valentía—. King no es el único poeta canadiense que nació en 1874. Dentro de veinte años publicaré la antología poética de Arthur Meighen, que contiene su magnífica *Ode to Coalition Government*, y entonces veremos quién fue más grande.

Era el momento de la voz de la razón, del gusto, de la moderación y de la civilización, y, cómo no, la puso el profesor Finch.

—Permítanme que les recuerde —dijo— que, aparte de los autores menores a los que homenajeamos este año, también celebramos el cuarto centenario del nacimiento de Prosper Jolyot de Crébillon, figura ornamental de una gran civilización.

El bibliotecario se puso a canturrear burlonamente:

—¡Libros indecentes, libros indecentes, Finch solo piensa en libros indecentes!

—Con el debido respeto —dijo el profesor Finch en un perfecto tono burlón de altos vuelos y sin inmutarse, como es característico en él—. Me temo, señor bibliotecario, que está usted pensando en el hijo, Claude Prosper Jolyot de Crébillon, cuya ingeniosa novela *Le Sopha* podría parecer *risqué* según la mentalidad calvinista, embrutecida por las rimas obscenas del exactor Burns; pero ese era Crébillon *fils*; yo me refiero al dramaturgo, Crébillon *père*.

Me pareció que la conversación se calentaba demasiado y quise enfriarla un poco. Ahora bien, como decano de esta facultad, tengo una incapacidad (entre otras): que no sé mucho de nada, pero parte del salario que me pagan es en concepto de mis escasos (supuestos) conocimientos de teatro. Buceé en la laguna húmeda y oscura de mi memoria en busca de algún dato refrescante, y pesqué una belleza.

—Y, si no les importa que cite otro par de muertes... —dije—. Hace ahora exactamente un siglo que el mundo del espectáculo popular perdió a dos de sus más brillantes luminarias.

Pero no iba a salirme con la mía. Nunca me salgo con la mía.

—Por supuesto, una de ellas fue William Henry Betty, Roscius el Joven, que murió el 24 de agosto de 1874 —dijo el profesor Jacques Berger, fingiendo una naturalidad muy poco convincente.

Lo estaba mirando con rigor de erudito cuando intervino el profesor Hume.

—No sé por qué se preocupan de las bajas teatrales cuando en 1874 nacieron Harry Houdini y Lilian Baylis —dijo.

Me enfurecí, pero sonreí con tanta dulzura como Finch.

—Solo deseaba recordarles la muerte de los Hermanos Siameses originales, Eng y Chang, en 1874. Creía que el interés biológico de este hecho podría resultarles interesante.

Pero un científico que acaba de perdonar la vida a un humanista y lo ha vencido en su propio terreno no capta la ironía.

Entretanto, la joven compañera que tenía a la derecha había seguido dándole al oporto briosamente y el mundo universitario ondeaba ante ella con sus colores más brillantes.

—¡Qué romántico es todo! —exclamó—. Es que me encantan los viejos tiempos. ¡Ah, cuánto me gustaría hacer un viaje al pasado! Sé que tuve que ser una persona fascinante. A veces pienso que soy la reencarnación de una de aquellas mujeres maravillosas de épocas anteriores... una cortesana (institutriz), como las llamaban entonces.

La miramos todos con una mezcla de compasión y consternación. Era una joven inteligente. No les diré lo que estaba estudiando, pero era una verdadera lumbrera. Tenía una colección increíble de notas y premios, pero precisamente estas personas tan inteligentes son las más blandas por dentro, cuando se empapan de oporto.

Fue el doctor Von Hohenheim quien se abalanzó:

—¿De verdad le gustaría viajar al pasado? —dijo.

—¡Ay, sí! Porque estoy muy, muy, muy convencida de que soy la reencarnación de alguien, ¿sabe? —dijo nuestra invitada.

Intervino el doctor Abu Ben Adhem.

—Tenga mucho cuidado, se lo ruego —le dijo—. Todos somos reencarnaciones, pero simples reencarnaciones de nuestros antepasados. Si viaja usted al pasado, solo descubrirá que era su tataratatarabuela o algo parecido.

—¡Ah, pero seguro que sería una persona maravillosa! —exclamó la joven—. María Antonieta, por ejemplo, o alguien por el estilo. Según me han dicho siempre, mi familia tiene sangre francesa.

—Bien podría ser —dijo el doctor Swinton inesperadamente—. Aunque, como dice nuestro amigo, aquí presente, es sabio el hijo que sabe quién es su padre. ¿Cuán sabio tiene que ser un niño para saber quién es su tatarabuelo?

—¡Me encantaría saberlo! —exclamó la joven de nuevo, verdaderamente entusiasmada ya—. Me encantaría viajar a 1774, por ejemplo, y ver quién era yo. —Me vio la cara de incredulidad y me sacudió el brazo—. Imagínese: toda esa amabilidad y cortesía, ese vestuario tan precioso, los criados y toda clase de cosas por todas partes.

Iba a pedir que alguna otra de las damas presentes la acompañara a dar un paseo por el jardín, para que tomara el fresco, cuando, para mi consternación, el doctor Theophrastus von Hohenheim se puso en pie y dominó la mesa.

—Se puede hacer —dijo con calma; sacó su precioso reloj y lo sostuvo en alto—. Sé como debes ser. Ve lo que debes ver —recitó solemnemente.

Después apretó un muelle y el reloj cantó tan dulce y melodiosamente que yo, siempre tan sensible a la música, creí quedarme inconsciente un momento y, cuando abrí los ojos, ¡qué espectáculo se desplegó ante mí!

¡Quién tuviera la pluma de mi gran maestro, Ernst Theodor Amadeus Hoffmann, para contar lo que vi! No nos habíamos movido de la Biblioteca Mayor y la mesa era la misma. También estábamos los mismos de antes, pero vestidos a la moda de 1774, y todos éramos (lo supe con una certidumbre mareante) los tatarabuelos o tatarabuelas de los tatarabuelos o tatarabuelas de nuestros abuelos o abuelas de esa época, aunque, lógicamente, no sabía cuál de las ciento veintiocho posibilidades éramos cada uno. «Ahí es donde entran en juego las posibilidades», me dije. ¡Y menuda pandilla éramos!

Algunos estaban muy a gusto en su pellejo. En una punta de la mesa, los profesores Swinton y Wilson seguían discutiendo, aunque ahora eran el gran Swinton de Swinton, ataviado con la mayor elegancia de Edimburgo, y Wilson de Gunn con todos los atributos de un gran jefe de clan de las Tierras Altas. (Alguna vez había oído a los envidiosos colegas de Jock Wilson llamarlo *son-of-a-gun*,<sup>24</sup> pero, hasta ese momento, no me había imaginado que pudiera ser tan cierto.) Seguían enzarzados en una discusión sobre el nacionalismo escocés, pues el tiempo no les había afectado gran cosa. Parecían retratos de Raeburn y daban un lustre a la sala mucho más cálido que el de la luz de las velas. También el bibliotecario seguía siendo bibliotecario, evidentemente, aunque no tenía barba y llevaba una peluca que había conocido días mejores; llevaba también una banda negra en el brazo izquierdo, y le oí decir a su compañero de mesa que estaba de luto por el poeta escocés Robert Fergusson, que había fallecido hacía unas semanas, el 16 de octubre de 1774.

—El nombre de Fergusson no morirá jamás —sentenció.

El doctor Von Hohenheim, que iba vestido íntegramente de negro fúnebre, murmuró:

—No, siempre y cuando esté vinculado al nombre de Massey.



Miré a todos los reunidos en torno a la mesa. El profesor Baines ofrecía una estampa impactante; siempre había sido el más moderno en el vestir de todos nuestros profesores titulares, y ahora, evidentemente, no podía ser otro que Beau Baines, el capricho de la sociedad de Bath. Pero ¿y el tesorero? ¿Quién era nuestro tesorero? Con una barba hasta la cintura, desmañadamente vestido con ropa de abrigo y con unas botas enormes (un *mujik* de pies a cabeza) miraba con dureza al comensal que tenía enfrente, George Ignatieff, el rector de Trinity, que era nuestro invitado esa noche; Ignatieff, igual que Friesen, iba muy abrigado, pero ¡qué diferencia! Iba envuelto en marta cibelina y terciopelo como un auténtico boyardo; en la cabeza llevaba un gorro de pieles tan enorme que a un hombre de menor envergadura le habría quebrado la cerviz; bebía oporto directamente de la botella y cada vez que la vaciaba la estampaba contra la pared con aristocrática despreocupación. Pero no guardaba silencio; deduje que intentaba sacar un préstamo impresionante a la persona que tenía al lado, a la cual identifiqué como ancestro del profesor Abraham Rotstein; el hombre miraba a su vecino de mesa con una sutileza y un humor dignos de un economista que reconoce la inocencia financiera a primera vista.

¿Quiénes eran los infelices del otro extremo de la mesa? El escocés (pues no podía ser otra cosa) que iba prácticamente desnudo, con una falda muy gastada y con todas las señas de una pobreza aplastante... ¿sería Walter Gordon? Sí, en efecto, y estaba hablando de la perspectiva de emigrar al Nuevo Mundo con otro personaje que llevaba tantas vendas que tardé un poco en darme cuenta de que era Dean Safarian; estaba explicando los intrínquilis de una diferencia de opiniones en materia de religión que su pueblo acababa de tener con los turcos; decía que, en cuanto estuviera en condiciones de viajar, también él se iría a América. Estaban ambos de acuerdo en que vivir bajo el yugo de una raza opresora era sin duda un infierno.

Pero, desde luego, no eran los únicos que hablaban de opresión. Robert Finch, más elegante incluso en el siglo XVIII que en la actualidad (¡había que ver la peluca que llevaba!), aseguraba al profesor Stacey y al profesor Careless que todo lo que se decía sobre una revolución inminente en Francia carecía por completo de fundamento. Decía que no era más que propaganda de los que no comprendían la solidez inamovible de la corona francesa. Sin embargo, Stacey y Careless no estaban muy convencidos. Stacey, obviamente un conservador del azul más oscuro, empezaba a enfadarse mucho con Careless, cuyo atavío, menos formal, apuntaba a cierta tendencia revolucionaria. Insistía en que la revolución en las colonias americanas era cuestión de meses, pero el profesor Stacey no estaba dispuesto a oír una palabra sobre el tema.

—Caballero —dijo enérgicamente y, por la forma de hablar, deduje que en alguna visita reciente a Londres había caído bajo la influencia del doctor Samuel Johnson—. ¡Caballero, percibo que sois un vil liberal! Encomiáis al hombre llamado Jefferson con una efusividad sumamente aduladora.

—Caballero —replicó el profesor Careless—, vuestras alabanzas del rey Jorge tienen un sesgo hiperbólico, pero os perdono, puesto que son producto de la ignorancia, más que de la malevolencia, y os ruego que os toméis la molestia de pasarme el oporto, si es que ese ruso no se lo ha tomado todo.

—*Liberté, Egalité, Fraternité... quelle blague!* —exclamó el profesor Finch (aunque sería mejor decir el *abbé* Finch), y se rio musicalmente al tiempo que se apoderaba del oporto.

LePan estaba espantando a una ardilla de la bandeja de frutos secos, la ardilla que llevaba en un bolsillo Jacques Berger, el zoólogo, ya en el siglo XVIII.

La conversación iba subiendo de tono. Dos teólogos notables, el reverendo John Evans y el reverendo Northrop Frye, discutían acaloradamente; el doctor Evans defendía la doctrina de la salvación por las obras (las que uno pudiera exprimir del prójimo), mientras que el doctor Frye

preconizaba la salvación por medio del fuego purificador de una crítica rigurosa de las Sagradas Escrituras. Enfrente, dos campesinos evidentemente prósperos hablaban de sutilezas de la agricultura. El campesino Wells, tan parecido a John Bull, tanto en lo físico como en la ropa, que podría haber salido de un cuadro de Rowlandson, discutía apasionadamente con el campesino Bissell... Bissell el Capaz, lo llamaban, porque había demostrado que podía hacer crecer dos hojas de hierba donde antes solo crecía una. El campesino Hume dormía profundamente, con la servilleta encima de la cara. Por debajo de la mesa asomaba un par de botas lustrosas, propiedad de Beau Baines, que parecían descansar allí. Todo el mundo hablaba, menos Von Hohenheim, que miraba en todas direcciones, extasiado de placer malicioso, y Abu Ben Adhem, que estaba envuelto en sus ropajes musulmanes y, como el Corán le prohibía beber oporto, hacía cuanto podía por terminar con los dátiles de la mesa.

Todo el mundo hablaba y se comportaba de una manera que me parecía propia del siglo XVIII. No estaba mal, aunque varias personas se rascaban más de lo habitual en la sociedad moderna, y los que llevaban peluca se permitían quitársela de vez en cuando para secarse el sudor de la cabeza, generalmente rapada al uno. Había algunos gotosos también, y dos o tres que llevaban lentes del estilo de Ben Franklin. Huelga decir que Finch usaba monóculo. Y, por supuesto, había una escupidera.

Todo el mundo escupía, más o menos, y los del este de Europa se sonaban la nariz de una manera que apenas se ve en la actualidad, salvo en las serrerías. Tenían pañuelo, pero, al parecer, su función era ornamental. Lo que me causó más impacto fueron los escupitajos, en sentido figurado y una o dos veces en sentido literal. Los dos caballeros americanos, Stacey y Careless, eran los maestros de este arte, y escupían, según la costumbre y los buenos modales de la época, por encima del hombro, con gesto veloz, con una fuerza y una eficiencia auténticamente americanas.

No es fácil resistirse a escupir cuando se ve hacerlo a los demás, así que escupí. Y entonces tuve la gran revelación.

Como ya he dicho, los americanos escupían enérgicamente, con brío musical, sin duda. En cambio, yo dejé caer la cabeza hacia delante, separé los pies, abrí la boca y dejé que la gravedad hiciera el resto. Después enterré el resultado en la alfombra lentamente, con compasión, como si dijéramos. Y, mientras lo hacía, supe quién era, lo que el siglo XVIII significaba para mí, lo que 1774 revelaba de mí.

Mientras miraba a los asistentes, había percibido una cierta pesadez en el ambiente. El aire parecía impregnado de una oleosidad lanosa que al principio había achacado al doctor Abu Ben Adhem, quien, al parecer, como otros muchos árabes, gustaba de rebozarse en aceite; pero entonces comprendí que olía a lanolina. No a la lanolina que se compra con fines curativos, sino a la que se encuentra en bruto en la lana de las ovejas antes de ser lavada. Y supe que el olor procedía de mí, precisamente. Estaba envuelto de pies a cabeza en una bata de andar por casa y llevaba sobre los hombros un pellejo de oveja vieja, seguramente para protegerme de la lluvia, la niebla y la humedad de las montañas galesas. Porque, verán, yo no era más que un simple pastor galés profundamente arraigado en su manera de ser. En la cabeza llevaba un gorro de antigüedad incalculable (como el que podría haber lucido Adán después de ser expulsado del Paraíso) y tenía los pies enfundados en unas medias de lana, calentitas pero puestas de cualquier manera, y unas botas enormes y engrasadas; y las manos untadas de alquitrán, el alquitrán que usan los pastores contra esa enfermedad ovina llamada gabarro. Y acababa de escupir como lo hacen siempre los pastores galeses, con el mínimo esfuerzo, pero con una esplendidez primordial que tenía algo de religioso. Sin la menor duda, así era como escupían los pastores en ocasión tan notable, la que

celebramos aquí, cuando se establecían en las praderas y cuidaban los rebaños por la noche.

Una voz conocida me sacó de estas reflexiones, una voz cuya autoridad tenía grabada en el tuétano: la voz de mis superiores. Era la voz del doctor John Evans y, para cualquier galés del rango en el que me encontraba, la voz de Evans de Usbutty Ustwit es música celestial.

—Pásame el vino —me dijo. Pero mi oído no entendió esas palabras y, al comprender cuál era la raíz del problema, señaló la botella con el dedo y habló de nuevo—: *Brénnin y pen Bilyaid* —dijo, una cruel expresión de insulto conocida de antiguo.

Obedecí inmediatamente, con la cabeza inclinada, atemorizado, y froté la boca de la botella con mi manga grasienta antes de servir al gentil.

Pero en mi fuero interno estaba angustiado. Aunque, gracias a la vista, entendía todo lo que decían (o era probable que dijeran) los demás en inglés, yo no podía pronunciar una sola palabra en esa lengua.

—*Arunwaith, iëchyd da, mae Rhaglaw* —dije al doctor Evans inclinándome servilmente.

Con un gesto, me indicó que me apartara; estaba en su perfecto derecho por ser él un hombre de gran educación y yo, un humilde pastor de rebaños. Pero lancé una mirada fulminante al villano de Von Hohenheim, que estaba sentado enfrente, y musité una maldición sin palabras, en galés, que le hizo retorcerse en la silla, aunque era un mago muy poderoso.

De todos modos, mi caso no era el peor. ¿Qué decir de la pobre muchacha que tantas esperanzas tenía en el siglo XVIII, que se había referido con tanta inocencia a la amabilidad y cortesía de la época, que tenía la certeza de que en esos tiempos pasados había sido cortesana, nada menos que una cortesana mimada y perfumada de la corte real.

Iba de un lado a otro de la mesa, descalza, sin más prendas que un harapo sujeto a la cintura con una cuerda mugrienta, el pelo sucio y enmarañado y algo parecido a un manojo de hierbas en la mano. Pero no eran hierbas.

—¿No queréis comprar este espliego tan bonito que traigo? Dos ramitos por un penique —canturreaba con una voz ronca de ginebra.

Sin embargo, tenía algo en la mirada que decía que no era espliego lo único que vendía. Algunos hombres la echaban con un gesto, otros le daban monedas minúsculas que encontraban en el fondo de los bolsillos. Swinton de Swinton le pellizó el trasero, pero con indiferencia, como si fuera una obligación social, más que un placer. No parecía que nadie quisiera comprarle nada de nada. Se me encogió el corazón por ella. Pero pensé que incluso saliendo de la calle de la ginebra en el siglo XVIII se podía llegar a obtener un doctorado en la actualidad. Respiré hondo, esperanzado, e inmediatamente me arrepentí, porque la temperatura de la sala empezaba a hacer estragos en mi pellejo de oveja.

La muchacha no se dirigió a mí en ningún momento, pero cuando pasó a mi lado se me derritió el corazón de compasión; la agarré por el brazo y le di mi bendición.

—*Bendith yr Arglwdd, putainferch* —le dije, con los ojos llenos de lágrimas.

Pero ella malinterpretó completamente mis palabras y mi intención.

—Ni por veinte guineas de oro —me dijo, envolviéndose en su harapiento vestido con un orgullo patético.

No tuve mucho tiempo para lamentar el malentendido, porque una voz conocida me llamó desde atrás. Era el camarero de la residencia, que me hacía la pregunta de costumbre a esas horas de la noche.

—¿Puedo apagar ya las velas? —dijo, y asentí. Comprendí que sería inútil intentar explicar las complicaciones de la velada dirigiéndome en galés a Miroslav Stojanovich.

Lenta y ceremoniosamente, apagó las velas; en ese breve momento en el que se han apagado

todas pero todavía no se ha encendido la luz eléctrica, oí el alegre carillón del reloj de Von Hohenheim y, debéis creerme, tocaba la misma melodía que antes, pero de atrás adelante, como a veces invertía Bach algún tema de contrapunto. Y, mientras sonaba, recuperé mi persona y mi lengua completamente. A la limpia luz de las bombillas, me dirigí a la joven que estaba a mi lado y le dije:

—¿Le apetece un café, o tal vez un poquito de coñac?

Ella también volvía a ser ella misma, ella misma en 1974.

—Coñac, siempre coñac —me respondió.

Cuando fui a buscarlo para servírselo, me puse al lado del incalificable doctor Theophrastus von Hohenheim. Me sonrió misteriosamente y me soltó una cita de la Biblia: «Oídme, los que seguís la justicia, los que buscáis a Jehová. Mirad a la piedra de donde fuisteis cortados, y al hueco de la cantera de donde fuisteis arrancados».<sup>25</sup>

Mi amabilidad para con los invitados de esta institución no conoce límites:

—Isaías 51, primer versículo —dije, sonriendo con serenidad.

Pero no volveré a invitarlo nunca más.

## Los peligros del signo doble

En estos últimos años, el profesor Douglas me ha preguntado más de una vez por qué no escribo nunca un cuento sobre un fantasma científico. «Tendría usted que escribir algo sobre una máquina encantada.» Yo le respondo: «Es que toda la maquinaria de La Casa está encantada. Roger pasa muchas horas intentando exorcizar el sistema de calefacción». «Sí, sí, claro —me dice—. Entonces, ¿por qué no escribe algo sobre eso?»

La respuesta es que yo no escribo cuentos de fantasmas, es decir, no los invento. Sencillamente, les confío a ustedes las cosas inverosímiles que me suceden desde que estoy vinculado a esta institución. Si tuviera que presentarme ante ustedes con un cuento inventado, tendría la sensación de ser un impostor. No. Sencillamente, les cuento la verdad. «¿La verdad literal?», me preguntaría el doctor Baines. No, porque la verdad literal no es la verdad de las cosas sobrenaturales. Pertenecen al reino de la verdad psíquica, de la verdad subjetiva. Inventar un cuento científico de fantasmas no está a mi alcance. Mi máquina de escribir, que es una maravilla de la ciencia y, consecuentemente, goza de un estado de salud perennemente delicado, se negaría a cumplir con su cometido. Con todo, les aseguro que no soy tan ajeno a la ciencia. Estoy empapado en ella, pero no se trata de la ciencia que está en boga en esta universidad en estos momentos, sino de la ciencia de épocas pretéritas.

Es una cosa de la que tuve que tomar conciencia forzosamente las Navidades pasadas, es decir, en el año académico de 1974-1975. Es una época que pasará a la historia de Massey College como el año de los dos delegados. Para quienes no conozcan esta denominación, aclaro que el delegado es el jefe electo de los profesores ayudantes de cátedra de la facultad, una persona muy importante. El año pasado tuvimos dos. Uno de ellos renunció en Navidad por motivos... en fin, voy a contarles por qué, aunque, en su día, quedamos de acuerdo en decir que era porque el trabajo que tenía por cuenta del NPD<sup>26</sup> requería tanta dedicación que no le quedaba tiempo suficiente para cumplir con las obligaciones del cargo. Su sucesor (pues así es la política) era opuesto a él prácticamente en todos los aspectos. El segundo delegado era un hombre de temperamento equilibrado, reflexivo y mesurado: un conservador por naturaleza. El primero era estudiante de Derecho y parecía increíble que pudiera cumplir con las exigencias de su carrera y, al mismo tiempo, dedicar tantísimo tiempo al NPD. Evidentemente, tenía elevadas a la máxima potencia las cualidades que propician el éxito en el colegio de abogados. No es preciso que enumere aquí con todo lujo de detalles qué cualidades son esas.

Aparentemente, ambos idolatraban la verdad, tal como esta puede ser determinada por la argumentación (horas y horas de ardua argumentación) y la atenta consideración de los datos objetivos. Sin embargo, el delegado conservador era estudiante de Historia y, por tanto, esclavo de lo novelesco. El legalista, como abogado que era, teóricamente estaba comprometido con los hechos, pero no así en la práctica: debajo de lo superficial, se dedicaba a unos estudios que no tienen nada que ver con la verdad y las pruebas tal como las conocemos hoy, aunque no llegaré hasta el extremo de decir que son estudios sin aplicación en la práctica legal: era astrólogo.

No lo ocultaba. Hacía horóscopos a diestro y siniestro. A mí me hizo uno e incluso lo publicó en el periódico de La Casa, *The Bull*. De todos modos, el significado más profundo me lo dijo solo a mí.

—Está usted fuertemente influenciado por Júpiter —me dijo con voz profunda y conmovedora.

—¡Cuánto me congratula! —exclamé yo con inquietud. Cuando me invade la inquietud, suelo caer en coloquialismos pasados de moda.

—Pues no se congratule tanto —me dijo él con voz fuerte, y se le oscurecieron sus espléndidos y brillantes ojos—. Júpiter aporta energía, ¿vale? Pero no sabemos lo que puede hacer con esa energía. Puede ponerla al servicio de cosas destructivas, ¿vale? Sin embargo, está influenciado también por Saturno, y con la misma fuerza. Supongamos que su Júpiter se sitúa, con los rayos y toda la parafernalia, detrás de su Saturno. ¿Qué pasaría, eh? Saturno es maléfico, así es que si Júpiter lo refuerza, el resultado será una influencia maléfica de potencia incalculable. —Y dejó de hablar, pero me miró a los ojos hipnóticamente.

—¿Y qué diría usted que significa eso? —dije, fingiendo naturalidad con resultados lamentables.

—Es mejor que no lo sepa —dijo—. Lo que tenga que ser será, ¿vale?

Hice todo lo que haría cualquier persona razonable en esas circunstancias. Intenté quitarme el tema de la cabeza. Me dije que la astrología era una ciencia del pasado y que está completamente desacreditada. Ahora su lugar lo ocupan la sociología, la orientación escolar y la teoría educativa. ¿Quién cree en la astrología en la actualidad?

He ahí el problema. Aunque no creo de verdad en la astrología como tal, me eduqué en el presbiterianismo y, por tanto, tiendo a creer en los malos augurios vengan de donde vengan. Por otra parte, basándome en mi propia observación de la historia, me he convencido de que todo lo que ha pasado por ciencia en cualquier época, y por absurdo que pareciese, siempre tenía detrás el fantasma de algunas verdades mal entendidas. Me puse de los nervios. ¿Cuándo se pondría mi Júpiter, con toda su fuerza irracional y caprichosa, detrás del malvado Saturno y me empujaría a... a quién sabe qué atrocidades? ¿A qué abismo de desgracias, a qué locura inmensa, a qué...? Se me llenó la cabeza de horrores: el clavo que se convierte en gangrena, el cinturón de seguridad que se convierte en soga de ahorcado... Cada vez que me encontraba con el delegado me parecía ver compasión en sus brillantes ojos.

Fue el año pasado, más o menos por esta época, con la Navidad casi encima, cuando la presencia de ese hombre, tan ducho en ciencias extrañas, así como sus predicciones, me proporcionaron una noche inolvidable, una noche que terminó para siempre con la idea que tenía de esta institución como refugio de paz y decoro académico. Fue hoy hace exactamente un año, porque era la noche del día de Santa Lucía, y también era viernes, 13. Cuando me quedo trabajando hasta tarde, tengo por costumbre darme un par de vueltas por el jardín antes de acostarme, para tomar el fresco y hallar la paz de espíritu que suele traer la noche. Y así, paseando entre las primeras nieblas del invierno, vi una luz extraña en una de las ventanas de la residencia. Algunas ventanas estaban oscuras, otras, iluminadas con luz eléctrica, pero esta estaba iluminada por una llama azul que se ondulaba y temblaba de una forma que solo podía significar una cosa: ¡fuego!

Entré como un rayo en la residencia donde ardía la llama y, con toda la energía de mi influyente Júpiter, subí las escaleras a todo correr. Llegué a la puerta y vi en la tarjeta que era la habitación de nuestro delegado astrólogo. Por debajo de la puerta, la curiosa luz azul titilaba y se movía claramente en el suelo.

Jamás había utilizado mi llave maestra para abrir la puerta de una habitación privada, pero esto era un caso de emergencia y la utilicé sin la menor vacilación. La abrí de par en par, dispuesto a retroceder de un salto en caso de incendio, pero, aunque esa curiosa luz iluminaba toda la estancia, no vi fuego, en el sentido normal de la palabra. En un estante vi una caja de madera muy bonita, de artesanía, de la que emanaba la luz azul.

Algunos necios han dicho que carezco de sentido práctico, pero en las emergencias soy un león. Entré como una furia en el cuarto de baño, que estaba muy cerca de la puerta, empapé una toalla

gruesa en agua, me la llevé a la habitación y, con movimientos diestros y atinados, envolví la caja en ella. Me pareció que así contrarrestaría los efectos del desastre de lo que acechara en el interior, fuera lo que fuese. Pero imaginen mi asombro cuando la luz azul, en vez de apagarse, salió por la toalla mojada y se derramó otra vez por toda la estancia.

Pero esa no fue la única circunstancia que me hizo abrir los ojos como platos y me puso toda la carne de gallina. Empecé a oír algo debajo de la toalla: primero un gran suspiro, y después, una vocecita suplicante que decía:

—¡Por favor, señor! ¡Mi protector, mi noble amigo! ¡Déjame salir, te lo ruego! ¡Déjame salir, en el nombre de Ahrimán, el Todopoderoso!

¿Qué habrían hecho ustedes? Actué sin un ápice de indecisión, pero no por exceso de osadía, se lo aseguro, sino por una influencia positiva inmensamente superior: por curiosidad. Me encontraba en la habitación de nuestro delegado astrólogo y tenía al alcance de la mano el descubrir algunos de sus extraños secretos. Retiré inmediatamente la toalla mojada, pero, como era de esperar, la caja estaba cerrada.

—¡La llave! —gritó la vocecita—. Está debajo de la almohada.

No tardé ni un instante en encontrarla, abrir la caja y... ¿qué vieron mis ojos?

En el interior, protegido entre terciopelo, había un frasco redondo de cristal, de donde provenía la luz azul que inundaba la habitación. Lo cogí y parecía estar lleno de hilos de un color dorado intenso; pero entonces, entre lo que tomaba por hilos de oro, asomó una carita minúscula que parecía una exquisita talla de marfil. Tenía una expresión suplicante y, cerca de ella, dos manecitas perfectas se unían con angustia.

«¡Ten cuidado con lo que haces!», me advertía la prudencia. Pero la curiosidad me decía: «¡Ábrelo!», y lo abrí.

Se produjo una fuerte corriente de aire. Un haz de luz azul salió disparado hacia el techo y allí mismo, encima del escritorio, ante mí, apareció un hombrecito no más alto que un niño de dos años, y vi que los hilos de oro eran una impresionante barba dorada que le llegaba a la cintura.

—¡Un millar de gracias! —exclamó—. Y, por supuesto, la recompensa de rigor. Pídemelo un deseo.

—¡Gran Scot! —exclamé a mi vez. (Naturalmente, me refería al espíritu de Michael Scot, el experto medieval en magia y ciencias ocultas, cuya obra es mi principal libro de cabecera)—. ¿Eres un genio?

El maniquí puso una expresión absurda de vanidad y se peinó la exuberante barba con los dedos.

—Ciertamente —dijo—. Soy el genio del pelo castaño claro. Me llamo Asmodeus.

—¡El diablo de los dos bastones! —exclamé, asombrado, porque era lo último que esperaba encontrarme en Massey College.

—Como puedes ver, tengo una leve cojera —dijo con pesadumbre, al tiempo que sacaba dos muletitas de marfil de entre sus ropas—. Querido amigo, ¿cómo puedo compensarte?

Se me fue un poco la cabeza. ¿Estaría bien librar a la facultad de preocupaciones futuras en ese mismo momento y lugar pidiéndole una suma generosa para nuestros fondos... algo así como unos cuantos millones de *lajs*<sup>27</sup> de rupias, o tal vez una mina de esmeraldas convenientemente situada? Pero me sé a Michael Scot de memoria y sabía lo tramposos que podían ser estos geniecillos. «Cuidado, cuidado», me dije.

—Antes de concretar ese asunto, ¿no me concederías el beneficio extraordinario de charlar un ratito contigo? —le pregunté—. Aquí solemos recibir muchas visitas de personas distinguidas, pero Asmodeus, el famoso y nunca bien ponderado demonio de los dos bastones, es un auténtico

trofeo incluso para nosotros. Seguro que no te ofenderás si te hago unas preguntas, ¿verdad?

—Pregunta lo que quieras —dijo él—. Sé cómo sois los estudiosos, os encantan los exámenes orales. Dispara.

—Bien, en tal caso —dije yo—, para empezar, dime el número exacto de ángeles que componen las huestes celestiales.

—El número es 301.655.722 —dijo con satisfacción.

—Esa será la cifra correspondiente al siglo XIV —dije.

—Soy, en esencia, un genio del siglo XIV —dijo él—. ¿He aprobado?

—No tan rápido —repliqué—. Supongamos que me dices la interpretación y el origen de la palabra *abracadabra*.

—Proviene del hebreo —dijo—, de la expresión *abreq ad habra*, que significa «arroja tu rayo incluso a la muerte». ¿He aprobado?

—Todavía no —dije—. Soy adepto a la antigua fórmula de las tres preguntas, tan conocida en el folklore y en la magia. Pero te está saliendo muy bien y, aquí, los humanos tenemos la costumbre de dar un pequeño descanso a los examinandos en medio de los exámenes. ¿Te apetece algo de beber?

Había visto que el ausente delegado había dejado en un estante una botella de vino italiano en la que todavía quedaba un culo, según pude comprobar. Iba a ofrecérselo a mi invitado, pero murmuró:

—No, no, permíteme. —Y sacó de la nada una botella muy curiosa que contenía un líquido morado y dos copas de oro bellamente moldeadas.

Acepté el brebaje y, a pesar de su dulzura típicamente oriental, se dejaba beber muy bien.

—Tengo curiosidad por saber cuál será la siguiente pregunta —dijo Asmodeus, sonriendo con la correspondiente dulzura oriental al tiempo que volvía a llenar las copas.

—Yo también —dije francamente—. Muy rara vez se me presenta la ocasión de hacer preguntas a alguien tan bien informado como seguro que lo estás tú. Los demonios lo sabéis todo y yo quiero saberlo todo, así que ¿por dónde empiezo?

Se echó a reír y, seguramente debido al vino, su risa era como el sonido de campanitas de plata que se oyen a través de una sustancia mucilaginosa, melaza, por ejemplo: encantadora pero empalagosa.

—¡Ah! Te aseguro que los demonios no lo sabemos todo —dijo—, tenemos que limitarnos estrictamente a nuestro propio departamento, que nunca deja de aumentar.

—Es decir, ¿el mal está dividido en departamentos? —dije.

—Preferiría que no lo llamas «el mal» de esa forma tan miope e ignorante —dijo—. Vuestro mundo no sabría arreglárselas sin eso que llamas el mal. Y, por supuesto, el Infierno está muy compartimentado y no hay un solo diablo, salvo Ahrimán, nuestro Gran Maestro, que lo sepa todo. Contamos con un complejo Servicio Incivil que está en plena expansión; lo forman multitud de departamentos y subdepartamentos, y oficinas y comisiones especiales de investigación, y todo el aparato del gobierno. Tenemos mucho trabajo. En estos momentos, estoy en Derecho. Lógicamente, poseo todos los conocimientos legales. —Miró con inquietud a todos los rincones de la habitación de nuestro delegado y se le pusieron los ojos negros de miedo—. Por eso he cometido la necedad de caer en poder de... él.

—¿Te convenció por las malas de que te quedaras quieto? —pregunté.

Asmodeus miró al suelo, avergonzado.

—¿Te suena lo de hablar por los codos? Pues yo hablaba hasta por las rodillas, y ya ves, por eso llevo muletas y sufro este lamentable encierro.



Me desbordaba una curiosidad vulgar. Siempre he querido saber más cosas del Infierno.

—¿Y tú tienes que atormentar mucho? —pregunté.

—¿Atormentar? —dijo él, perdido, al parecer.

—A las almas condenadas —dije—. ¿Pasas mucho tiempo pinchándolas con una horca o quitándoles vasos de agua helada de la boca cuando más reseca la tienen? ¿Tienes que hacer esa clase de cosas todo el tiempo?

Recuperó el buen humor y soltó una carcajada argentina pero empalagosa.

—¿Qué infantil eres! —dijo—. ¿No te he dicho que tenemos un Servicio Incivil? A los condenados no se les da un momento de descanso, se matan a trabajar encerrados en habitaciones en las que solo hay luz artificial y la ventilación es únicamente a base de aire acondicionado; hacen toda clase de tareas penosas para poder pagar los impuestos que mantienen el Servicio Incivil. Y lo mejor de todo es que no pueden ponerse en huelga.

—Pero ¿no tenéis una caldera de aceite hirviendo? —dije—. ¿Y qué me dices del gusano conquistador que nunca muere?<sup>28</sup>

—¿Qué forma tan antigua de pensar! —dijo—. Hace mucho tiempo que se sustituyó la caldera de aceite hirviendo por un sistema de comisiones, y las peores tienen lo que se denomina almuerzos de trabajo, en los que están obligados a devorar comida mala y a beber un café asqueroso mientras hablan de proyectos que no tienen la menor posibilidad de cumplirse. En cuanto al gusano conquistador que nunca muere, celebramos banquetes en los que se pronuncian discursos sin final previsible sobre ideas sin aplicación previsible.

—¿Qué horror, cuánto me suena eso! —dije, sin salir de mi asombro.

—Naturalmente —dijo él—. En el Infierno siempre estamos dispuestos a aprender...

—¡Basta! —exclamé—. No hace falta que sigas... sé lo que vas a decir. También tenéis grupos de estudio, simposios y seminarios de fin de semana, ¿a que sí?

—No lo dudes —dijo él—. ¿Dónde aprendería el Infierno más y mejor que en las universidades? Y somos espléndidamente concienzudos. Aprendemos cuanto haya que aprender. Por ejemplo, estoy seguro de que sé yo más que tú de esta facultad.

—No me extrañaría nada —dije—, nunca me he hecho ilusiones de saber gran cosa de esta casa. Estoy seguro de que pasan muchísimas cosas de las que nunca me entero.

—Te subestimas —dijo él—. Te enteras de todo, pero no sabes interpretarlo. Y quizá sea mejor así, porque, de lo contrario, el sueño abandonaría tu almohada. Por ejemplo, sabes quién es ese ayudante de cátedra de quien tan buena opinión te has formado solo porque has mordido un anzuelo: el de verlo en la Capilla siempre que se celebra la comunión.

—Así es —dije.

—¿Seguirías teniendo tan buena opinión de él si supieras que esconde la sagrada forma debajo de la lengua y se la lleva a su habitación sin comérsela? —dijo.

Me quedé blanco.

—Entonces, ¿qué hace con ella? —pregunté.

—Lo mismo que con las palmas que recogió de la capilla el último Domingo de Ramos —dijo Asmodeus.

—Seguro que me vas a decir lo que hizo, ¿verdad? —dije yo.

—¿Seguro? ¿Por qué? ¿Crees que por ser demonio no tengo honor? Nuestro código es muy estricto, más que el vuestro, y no voy a decirte una palabra.

Se le estaban subiendo los humos, como suele pasarles a los demonios. Pero alguna experiencia tengo con los seres infernales y me sé un par de trucos... y una o dos palabras que ellos temen mucho. Miré el frasco significativamente y me pregunté si pronunciaría una palabra que le haría

encogerse y volver al interior. Debió de leerme el pensamiento, porque enseguida se avino a complacerme.

—No te enfades porque me divierta un poco —dijo, apocado—. Voy a contarte todo lo que quieras. Y esta facultad es tan increíblemente peculiar que nadie podría estar siempre al día de todas las cosas raras que suceden en ella. ¿Vamos a dar una vueltecita? Verás como te parece sumamente interesante.

¿Tenía que haberme negado? Sí; no tenía que haber consentido que saliera de la habitación en la que estaba el frasco. Pero la curiosidad... ¡Ah, curiosidad fatal! Asentí y, al instante, sentí que salía flotando por la ventana de la habitación, envuelto, al parecer, en los ropajes del geniecillo, y, volando por el jardín muy cómodamente, nos pusimos a mirar por las ventanas. Vimos lo que era de esperar: ayudantes de cátedra que trabajaban, otros que no, gente jugando a las cartas y gente que hablaba acaloradamente, más una o dos escenitas que habrían hecho cerrar los ojos a cualquier persona decente, pero la decencia nunca ha sido mi punto débil. Algunas habitaciones parecían la selva, porque a sus propietarios les gustaba cultivar hierba en macetas; otras, en cambio, las de los matemáticos, por lo general, estaban tan desprovistas de señales de habitantes humanos como es posible en Massey College. En una de ellas, un joven agitaba diversos tubos de ensayo y de vez en cuando los calentaba en la llama de una vela. Lo reconocí, era un joven inmunólogo.

—Está fabricando una esencia de perfume, ¿sabes? —dijo Asmodeus—, y después la venderá en forma de paquetitos para hacerse uno mismo el perfume: solo hay que añadir ginebra y agitar. Quien se la pone resulta irresistible, sobre todo a los amantes de la ginebra. Así se paga los estudios universitarios.

De la ventana de otra habitación llegaba una mezcla intensa de aromas: jabones y ungüentos con perfumes románticos.

—Esta es la habitación de tu próximo delegado, el conservador —dijo Asmodeus—. Es adepto a los placeres del baño. Es la única debilidad de quien, por lo demás, tiene un carácter de austeridad romana.

Me sorprendió que hablara de otro delegado, pero asentí.

—No insinuarás que eso tenga algo de raro, ¿verdad? —pregunté.

—No, no —dijo él—, pero en esta institución hay muchas más cosas que las que se ven por las ventanas. Mira ahí.

Sin darme cuenta, me había llevado volando al interior del edificio, hasta una estancia que no conocía y que estaba helada. De pronto supe dónde me encontraba: era el congelador grande que había junto a las cocinas. Había bandejas de embutido por todas partes y mitades completas, colgadas de grandes ganchos, de lo que me parecían reses por despedazar.

—Este lugar tiene un interés particular —dijo Asmodeus. Dio unas palmaditas a una de las grandes piezas colgadas, que produjo un ruido sordo que no se parecía en nada al de la carne ni al de la madera y que resultaba muy desagradable de oír—. ¿Quién crees que era este? —me preguntó.

—¿Quién? —dije yo, con el corazón en un puño.

Su amable sonrisa se convirtió en una mueca maligna.

—¿Quién... o qué? —dijo—. No es fácil saberlo, ¿verdad?

—¿No querrás decir que...? —exclamé, pero se me apagó la voz, no sé si de horror o por el frío espantoso que hacía.

—No quiero decir nada en concreto —contestó él, disfrutando inmensamente—. Sin embargo, en Derecho, es archisabido que los cocineros son la clase profesional que más asesinatos comete.

¿No te has preguntado nunca qué sucedió con aquel ayudante de cátedra que estaba aquí el año pasado, que hacía comentarios muy desagradables sobre la comida en el Libro de Sugerencias?

—Se fue a estudiar a otra parte. A los Estados Unidos, creo —dije.

—Bueno, eso es lo que crees tú, pero no lo sabes —dijo Asmodeus.

—Dame tu palabra de honor de que esto es una ternera —le dije.

—Muy bien, te doy mi palabra de honor —dijo, sonriendo sutilmente.

Y entonces fue cuando, con gran disgusto, entendí que el frasco al que tan cómodamente podía haberlo mandado otra vez se había quedado en la habitación del delegado, y que el diablillo me había ganado por la mano o, por decirlo con mayor precisión, me había fastidiado vivo.

—Te castañetean los dientes —dijo—; es un ruido que no he podido soportar en mi vida. Vámonos de aquí.

Y en un visto y no visto, estábamos en otra parte, en algún sitio muy por encima del jardín. ¡Y tanto! Estábamos en la torre del reloj. Algunos críticos malintencionados han dicho que el adorno de lo alto de la torre de este edificio parece una silla de comedor muy grande, y allí es donde me encontraba sentado, con Asmodeus cómodamente acurrucado en mi regazo.

¿Cómo iba a bajar? Sabía que un diablo como Asmodeus sería capaz de dejarme caer. Tenía que tener mucho cuidado de no hacer nada que pudiera provocar a mi pequeño huésped.

—Sí, más te vale —dijo Asmodeus y por segunda vez comprendí que yo era un libro abierto para él.

Entonces me acordé de Douglas Baines y de su deseo de oír un cuento científico de fantasmas.

—¿Por qué no tratamos este asunto científicamente? —dije—. Seguro que podemos llegar a algún acuerdo en el que no sea preciso que se me arroje desde lugar tan alto.

—Podemos tratarlo tan científicamente como desees —dijo—, incluso podemos usar lenguaje científico. Probemos con la Ciencia de la Informática; está muy de moda ahora. Establezcamos los parámetros de nuestro dilema y después extrapolemos. Aquí estamos los dos sentados tan cómodamente, pasando el rato en una comunicación de lo más improductiva en lo alto de la torre de la residencia. No te gusto, te he oído pensarlo. Si queremos llegar a una conclusión favorable para ambos, tienes que bloquear inmediatamente ese *input* negativo. Caerte al estanque desde esta altura sería perjudicial para ti. Eres de constitución fuertota y llevas una vida muy poco atlética. El mundo daría por sentado que, como muchos otros hombres de conocimiento, te has cansado de los almuerzos de trabajo y de las comisiones de nunca acabar y te has ido volando a otro lugar en el que neciamente creías que no existían esas cosas.

—Ya —dije—, pensarían que toda la influencia que Júpiter ejerce sobre mí se había situado directamente detrás de la maligna de Saturno y que por eso me había suicidado.

—¿Qué dices de Júpiter y Saturno? —inquirió Asmodeus levantando las orejas.

Se lo conté.

—Me lo explicó el hombre que te tenía encerrado en el frasco —aclaré—, y es astrólogo, así que supongo que sabe lo que dice.

Asmodeus se rio como jamás me habría imaginado que podía reírse un demonio. Se rio hasta que el tintineo de campanillas argentinas despertó el eco de la nota resonante de la gran campana de Santa Catalina de nuestra torre, que también pareció echarse a reír, y en todo el jardín no se oía nada más que tilín, tolón; tilín, tolón. La vibración de la campana grande subía por el pretil de obra en el que estaba sentado y, con cada tolón, me estremecía de arriba abajo. Varios profesores ayudantes de cátedra abrieron la ventana para ver qué sucedía, pero, lógicamente, ni se les ocurrió mirar tan arriba, hasta donde estaba yo, en aquella silla horrible.

Cuando se le pasó la risa, dijo:

—No es astrólogo, no es más que un aprendiz. Si fuera astrólogo de verdad, ya sería el jefe del NPD. Voy a contarte un secreto, aunque comprendo que es tirar piedras contra mi propio tejado. Se le ha pasado por alto completamente el detalle de que eres Virgo por partida doble.

—¿Ah, sí? —dije—. ¿Y eso es bueno?

—Buenísimo —dijo Asmodeus—, estupendo, diría yo. Es que, verás, él calculó tu horóscopo según el instante de tu nacimiento. Eso está bien, pero hasta cierto punto. Sin embargo, el horóscopo de los nacidos bajo un signo doble, también llamado mutable (y cualquier astrólogo de verdad habría visto claramente que perteneces a ese grupo especial), se establece a partir del momento del segundo nacimiento, es decir, a partir de la hora en que recibiste el bautismo, y eso es harina de otro costal, por así decir. Según tu auténtico horóscopo, estás fuertemente protegido por Mercurio, que te da buena suerte y te libra de todas las adversidades... pero al cabo de un rato, aclaro, porque al principio tu tendencia es a las adversidades.

—Entonces, ¿qué me auguras? —dije.

—En el futuro cercano, trabajarás con otro delegado —dijo—, un tipo encantador, conservador comprometido, el espíritu de la razón en persona, y de costumbres extremadamente limpias.

Sonrió como si me hubiera concedido un gran don, pero yo tenía otra cosa que puntualizar.

—Supongo que el benévolo Mercurio no te permitirá tirarme desde esta torre —dije, mirándolo directamente a los ojos.

Él me sostuvo la mirada con el mismo aplomo.

—No, es cierto —dijo—, pero tampoco estoy obligado a bajarte volando hasta el suelo. ¡Adiós!

—¡Aguarda! —grité—. ¿Adónde vas?

—¡Ah! Ahora que he recuperado la libertad —dijo Asmodeus—, voy a armar una tremolina en la facultad de Derecho, en vez de ser esclavo de tu delegado en exclusiva.

Y se elevó con ligereza de mi regazo y, con las dos muletitas ocultas entre el ropaje, desapareció volando en la noche, en dirección a la facultad de Derecho.

Tras unos esfuerzos que todavía me pesan solo de recordarlos, me bajé de la silla de piedra y (¡ah, qué vértigo!) llegué a la escalerilla del interior de la torre. Es un descenso que no se lo deseo ni a mi peor enemigo, y en plena noche de riguroso invierno. Pero por fin, tembloroso y agotado, pisé de nuevo tierra firme.

Y antes de irme a la cama, volví sigilosamente a la habitación del delegado, quien, según mis previsiones, ahora renunciaría al cargo, y retiré el frasco. Porque Asmodeus era un diablillo muy seguro de sí mismo y podía volver. Y cuando vuelva, tengo el frasco en mi poder y sé la palabra mágica. Asmodeus sería el colaborador ideal para mi próximo libro: *La administración universitaria como preparación para el Infierno*.

## Conversaciones con la mesita

Los fantasmas son a Massey College lo que los ratones al paño barato: ¡una plaga! Ni con la mayor determinación puede uno deshacerse de ellos. Sin embargo, hasta este año, he conseguido que no invadan la parte de la residencia reservada a la vida privada de mi familia y de mí mismo. Solo una vez, hace muchos años, un fantasma llegó a llamar a la puerta de mi dormitorio y, cuando fui a abrir, enseguida me llevó a lo que es propiamente la facultad. Pero, cómo no, tenía que llegar el momento en que apareciera un fantasma en las viviendas. Era una cosa perfectamente previsible.

Siempre he querido mantener separadas mi vida privada y la vida de la facultad. Si el fantasma que se me apareció en la casa del decano hubiera sido un espectro personal, no les molestaría ahora contándoselo, pero es que tenía relación con la residencia en general, tanta que podría decirse que, al menos en principio, era un motivo de orgullo para nuestra institución. Lo trajeron hasta aquí dos circunstancias aparentemente independientes. La primera fue la publicación, el año pasado, del libro del coronel Stacey *Una vida muy doble*, que trata de algunos aspectos del carácter personal del difunto William Lyon Mackenzie King. Era una obra importante, merecía el éxito de público que tuvo y recuerdo que brindamos con mucho gusto por ella y por su autor en la *High Table*, donde siempre celebramos los logros de los miembros de nuestra comunidad. La otra circunstancia es que una de mis hijas se trasladó a Hamilton y compró una casa allí.

¿Cómo es posible que ese par de hechos se combinaran para dar resultados en Massey College? Aquellos de ustedes que hayan tenido alguna experiencia con el mundo de lo oculto saben que toda coincidencia aparentemente fortuita puede acarrear consecuencias en el mundo de los espíritus. Así es como sucedió: otra de mis hijas, la que vive en Ottawa, quería mandar un regalo a su hermana con motivo del traslado; lo trajo a Toronto y lo dejó al cuidado de mi mujer y de mí mismo, para que la hija de Hamilton lo recogiera cuando le viniera bien. Era un regalo encantador: una mesita de las que los anticuarios llaman «mesa auxiliar», una antigüedad de fabricación canadiense certificada, un objeto de los denominados «canadiana» cuyo valor como regalo era muy superior a lo normal; por lo demás, se trataba de una simple mesa bonita.

—¿De dónde la has sacado? —pregunté a mi hija.

—Pues viene con lo que el anticuario llamó «procedencia» —contestó—. Procede de la casa de una tal señora Patteson, de Ottawa, famosa en su época por ser coleccionista de objetos y personas singulares.

El nombre no me sonaba de nada. Dejamos la mesita en una habitación del sótano hasta que vinieran a recogerla, cosa que no sucedió enseguida por una serie de motivos.

Esto ocurrió a principios de otoño, pero la mesita se quedó donde la dejamos hasta noviembre. La noche del primero de noviembre, víspera de Todos los Santos, como habrán deducido ya, acababa de irme a la cama cuando oí un ruido extraño; digo extraño porque era débil e insistente. En este vecindario suelen oírse ruidos fuertes por la noche. Se pueden oír ruidos que casi llegan a ser puro alboroto, cuando los estudiantes de las facultades y residencias vecinas pasan por las calles armando jaleo y dando unas voces que alcanzan la categoría de gritos primigenios. Lo que oía yo, en cambio, era un golpeteo grave y continuo, como si llamaran a la puerta, pero no esos toquencillos que identifican a las comunidades académicas (el martilleo continuo a reputaciones e instituciones), sino más leve. Me esforcé por olvidarlo, pero al final me levanté, me puse las zapatillas y el batín y emprendí la búsqueda.

En cuanto salí del dormitorio, supe claramente que el ruido estaba en la propia casa; me dejé

guiar por él hasta la bodega; concretamente, hasta la puerta de una habitación que se usa poco, en la que estaba la mesita de Ottawa. Abrí la puerta con precaución y, para mi gran asombro, iluminaba el cuarto una luz difusa de un tono malva claro, que se hacía más intensa en el espacio abierto que ocupaba la mesita y (¡oh, maravilla!) parecía que la mesita estuviera bailando la giga.

Nada más lejos de mi intención que dárme las de hombrecillo valiente, pero es que no soporto las tonterías en mi propia casa, ni de personas ni de objetos inanimados. Puse la mano en la mesita y la obligué a estarse quieta. Pero, al levantar la mano, sucedió una cosa que me hizo perder el control: la mesita se me acercó y empezó a frotarse contra mí como haría un perro, pero un perro con una inteligencia superior a la de cualquier can. La mesa me estaba acariciando.

Seguro que muchos de ustedes conocen el libro sobre mobiliario canadiense que escribió el gran experto en la materia Scott Symons; en dicho libro afirma que los mejores ejemplares de mueble canadiense tienen una sensualidad característica que, en ocasiones, llega a ser rotundamente erótica. Añade (y no tengo motivos para ponerlo en duda) que una vez, durante una comida, una mesa de comedor le acarició la rodilla. Con los fantasmas me las puedo arreglar, pero el mobiliario erótico me hace perder los estribos; salí disparado de la habitación y subí arriba, donde mi mujer seguía leyendo.

—¿Qué pálido estás! —me dijo—. Como si hubieras visto un fantasma.

—Esta vez no —le dije—; ha sido la mesa de abajo. Se ha puesto cachonda conmigo. Creo que necesito un trago.

Una mujer normal se habría echado a reír o me habría preparado algo de beber, o tal vez una aspirina. Pero la mía no es normal. Se levantó inmediatamente, se puso el libro que estaba leyendo bajo el brazo y me llevó otra vez a la habitación misteriosa.

La luz malva temblaba de una forma extraña y, cuando entramos, el movimiento de la mesita (como si bailara) cobró un vigor casi frenético. Mi mujer le acercó un par de sillas, una a cada lado, y me indicó que me sentara. Después, ante mi gran asombro, colocó las manos encima de la mesa, con los dedos muy separados, y me indicó otra vez que hiciera lo mismo, tocándole los dedos con la punta de los míos.

La reacción de la mesa fue extraordinaria: respiró de alivio, si tal cosa es posible. Se quedó tranquila, casi blanda al contacto con nuestras manos; parecía que esperase algo más.

—¿Qué pasa? —pregunté en voz baja.

Mi mujer no dijo nada, pero señaló el libro que llevaba, que había dejado en el suelo. Vi que era *Una vida muy doble*, del coronel Stacey.

—Debe de ser la mesita —dijo ella.

Se dice a menudo que las mujeres tienen una intuición extraordinaria. En cuanto pronunció esas palabras entendí la relación. Porque, como saben quienes han leído ese libro, en él se cuenta que el difunto primer ministro y la señora Patteson, su amiga de toda la vida y compañera en cuestiones de espiritismo, pasaban muchas horas ensimismados, sentados a una mesita gracias a la cual se comunicaban con los espíritus de los muertos. La mesita, la señora Patteson: por fin caí en la cuenta.

¡La mesita! La mesita que había tenido el honor de asistir a todas aquellas conversaciones (o tal vez sea más exacto decir que estaba poseída por ellas), las que el señor King recogió en su diario y el profesor Stacey nos dio a conocer... aunque... Me animé mucho al darme cuenta de que yo tenía algo que ver con un objeto tan cargado de historia (¡incluso me había metido mano!). Canadá tiene poca historia psíquica, pero ¡ahí me tienen, entrando en ella por la puerta del sótano, por así decir! Me pareció que no era digno. Me pareció que tenía que llamar inmediatamente al profesor Stacey o a Maurice Careless y decirles que vinieran sin demora a... bueno, ¿a qué? No sabía lo

que querría hacer (es un decir) la mesita.

Conozco el procedimiento de costumbre para obtener respuestas de las mesas cuando tienen ganas de comunicarse, y dije:

—Como siempre, supongo, ¿no?: un golpe es sí, dos golpes es no y golpes seguidos para indicar las letras del abecedario. ¿Es eso lo que quieres hacer?

Con firmeza y alborozo (me pareció), la mesita respondió con un golpe. Es decir, dio un golpecito rápido con una patita en el suelo. Había dicho que sí.

—¿Está usted ahí, señora Patteson? —pregunté.

Dos golpes, como de mal humor.

—Entonces, ¿quién eres? —dije.

La mesa se puso a disparar golpecitos como una metralleta y me sobresalté.

—Un momento —dije—, más despacio. —La mesa volvió a disparar su mensaje. Las cuestiones que implican números no son mi fuerte. Me pareció oír muchísimos golpecitos—. ¿Has dicho la zeta? —pregunté.

—No, no —musitó mi mujer—, han sido veintiún golpes. ¿Qué letra es la veintiuna? ¿Cuántas letras tiene el abecedario?

—Veintiocho, por supuesto —dije entre dientes—. ¿Te importaría repetirlo?

La mesita dio dos golpes rabiosos, uno en cada lado. A mi mujer le dio en el tobillo y a mí en la pantorrilla. A continuación, disparó de nuevo en su estilo telegráfico, como aquellos instrumentos antiguos de Morse que se oían en el pasado en las estaciones de tren.

Fue inútil.

—Espera un momento —dije—. Voy a hacer un esquema que nos sirva de guía.

Antes se decía que en casa del herrero, cuchillo de palo; por un capricho semejante del destino, parece que en las casas de los escritores jamás hay lápiz ni papel. Por fin encontré lo que buscaba y, con esfuerzo, escribí el abecedario, pero, por más vueltas que le di, solo me salieron veintiséis letras; asigné un número a cada una. No me atreví a poner la chuleta en la mesa porque temía que esta se burlara de mi simpleza, así que la dejé en el suelo, a mi lado.

—Bien, dispara —le dije—. ¿Quién habla, por favor?

Era una bestiecilla rencorosa y, como tal, se puso a golpear con una lentitud pesada e insultante. Pero al menos pudimos entender el mensaje: veintitrés golpes.

—Uve —dijo mi mujer.

—No, no —dije yo—, ha sido equis.

Más patadas rencorosas. Vale la pena aclarar que la mesita tenía las patas en forma de garra con bola, como dicen los entendidos, y hacían daño. Volvió a dar golpes con una lentitud aún más desesperante. Pero esta vez acertamos.

—¡Uve doble! —dijimos los dos a la vez. La mesa dio un solo golpe.

—A —dije yo.

—No, eso significa que sí —dijo mi mujer—, que era la uve doble.

A continuación, doce golpe lentísimos, la ele. Después, trece, la eme. Después, once, la ka.

—W L M K —dije—. Eso no significa nada.

Todavía me quedan señales de la ferocidad con que me atacaron las patas de garra con bola. Pero, como ya he dicho, las mujeres tienen una intuición extraordinaria.

—William Lyon Mackenzie King —dijo mi mujer, en un tono bajo y respetuoso—. Tiene que ser el señor King en persona.

Nos levantamos y saludamos a la mesita con una inclinación de cabeza, y ella respondió inclinando su pequeño cuerpo ceremoniosamente.

Cuando no estoy de servicio como decano de esta facultad, me permito utilizar algunas expresiones de jerga que se decían en mis años mozos.

—¡Eureka! —dije, y la mesita respondió con un golpe. Sí.

¿Qué podía decir? Cuando yo era joven vi al señor King una vez. Era viejo y estaba a punto de morir, yo era joven e impresionable y todavía recuerdo su mirada penetrante: me miraba como si fuera transparente, como si sopesara el valor que podía tener para el partido liberal. No dijo nada. Yo le dije... lo recuerdo perfectamente porque me pareció lo más oportuno, dadas las circunstancias; le dije: «¿Cómo está usted, señor?». Y volví a decírselo ahora, para reanudar la conversación en el punto en el que la habíamos dejado hacía muchos años.

La mesita respondió enérgicamente: Cinco, diecinueve, quince, veinticinco: pausa; trece, veintiuno, veinticinco: pausa; dos, nueve, cinco y catorce.

—Ha dicho: «Estoy muy bien» —dije a mi mujer en voz baja.

—Ya, ya —dijo ella—. He contado los golpes.

No los abrumaré con los detalles de la conversación que sostuvimos a continuación. Contar era difícil, no solo porque el señor King golpeaba impetuosamente, sino sobre todo porque tenía una ortografía impresionista, para sorpresa mía. Así pues, me limito a transmitirles lo que se dijo y les ahorro la pormenorización de los golpes.

—¿Puedo inferir que se halla usted entre los justos? —le pregunté.

La respuesta fue ambigua, ahora que lo pienso:

—Me hallo entre amigos —dijo WLMK.

—¿Liberales? —pregunté.

—Naturalmente —me respondió.

—Pregúntale por sir Wilfrid Laurier —terció mi mujer.

—¿Está sir Wilfrid con usted?

Un golpe.

—Sí.

—Satisfecho, espero, ¿no?

La mesita pareció perder el control. Se puso a golpear muy velozmente, con un ritmo singular: diez, uno; diez, uno; diez, uno. Como habrán comprendido inmediatamente, significaba «Ja, ja, ja». Después añadió una velocísima serie de golpes que, por lo poco que pude deducir, venía a decir algo sobre alguien que se había descoyuntado la nariz. Luego, las carcajadas otra vez. Estaba a punto de preguntar si sir Wilfrid se había hecho daño en la nariz póstumamente y cómo y por qué, pero vi que mi mujer fruncía el ceño y movía la cabeza desaprobadoramente, de modo que dejé el tema de sir Wilfrid.

¿Y a continuación? Por raro que parezca, no se me ocurría nada que decir al espíritu del señor King. Mi mujer vio que me había quedado en blanco.

—Pregúntale por su perro —me dijo.

—¿Perro? —dije yo, sin comprender.

—*Pat* —dijo ella—, su perrito querido, su mejor amigo.

Nunca me han interesado mucho los perros, pero sé que a los amigos de los perros les gusta que les hablen de sus mascotas y, como tenía la sensación de haber metido la pata con sir Wilfrid, me pareció que podía recuperar el terreno perdido.

—¿Qué tal está *Pat*? —le pregunté.

La mesita se animó, o eso me pareció. Dio unos golpecitos juguetones: veintiuno, uno, veintiuno, otra vez veintiuno y veintiuno una vez más. «Uauuu.» Evidentemente, era el propio *Pat* quien hablaba, así que, fingiendo gran benevolencia, di unas palmaditas a la mesa con la falsa



afabilidad con que trato a los perros de los demás. La mesa respondió golpeando: seis, veintiuno, uno, veintiuno; seis, veintiuno, uno, veintiuno; seis, veintiuno, uno, veintiuno. «Guau, guau, guau.» Y con eso, consideré que ya había cumplido con *Pat*.

Me puse a pensar en las personas del otro mundo de las que me gustaría saber algo. ¡Vincent Massey, cómo no! Desde su fallecimiento, ¡cuántas veces he deseado oír sus consejos!

—¿Cómo se encuentra el señor Massey? —pregunté.

La mesa, enfurruñada, dio una serie de golpes.

«Ni lo sé ni me importa», fue lo que dijo.

Me acordé de lo que me tenía que haber acordado antes: el señor King y el señor Massey no se llevaban bien.

—Siguen de uñas —dije a mi mujer en voz baja.

Pero la mesita me oyó e hizo un comentario a gran velocidad que me pilló con la guardia baja, de modo que solo pude transcribir las palabras «testarudo», «insubordinado» y «elitista», pero no sé si se referían al señor Massey o a mí.

Eso me desanimó mucho. Siendo yo miembro activo de esta facultad, ¿por qué tenía que oír esas cosas de su fundador? Pero ¿qué podía decir yo? El señor King era muy susceptible. Entonces se me ocurrió una idea que me pareció acertada. Vi el ejemplar de *Una vida muy doble* que mi mujer había dejado en el suelo, a su lado.

—¿Ha leído el libro del coronel Stacey? —le pregunté.

Se produjo un silencio significativo. Después, un solo golpe. «Sí.»

—Se vende muy bien —dije, satisfecho de haber encontrado por fin un tema amplio que podía dar de sí—. Estará usted muy orgulloso.

De pronto me pareció que la temperatura de la habitación descendía en picado.

—Conque eso crees, ¿eh? —dijo la mesa muy pausadamente.

Me abrumó la falta de tacto que había demostrado una vez más. Por lo general, tengo un tacto exquisito, pero, como resulta que en mi caso se trata de una cualidad adquirida, no innata, a veces, cuando hablo con gente difícil, meto la pata.

—Supongo que le complacerá ser objeto de tanta atención —dije.

La mesita se puso a dar golpes sin parar.

«Esperaba que la gente de este país *coma* al que dediqué toda mi carrera *coma* se la tomara con más interés que mis talentos más desdeñables —dijo—, sin pasar por el cedazo mi trabajo de juventud con las mujeres perdidas. Pobres e infelices criaturas *dos puntos abre comillas* blancas palomas manchadas *cierra comillas* era como las llamaba cuando pensaba en ellas. Me mezclé con ellas con un solo propósito. Esperaba rescatarlas de una vida vergonzosa y ganarlas para la causa política hablándoles con seriedad y comprensión de los principios del liberalismo. Pero, por lo que pude averiguar, ni una sola acudió a las urnas a emitir el voto, como era su derecho democrático innato. Esperaba que el entusiasmo actual por el movimiento de liberación de la mujer *dos puntos* una causa muy cara a mi corazón, puesto que era la de una noble mujer que fue la inspiración de todo lo mejor de mí mismo *guion* huelga decir que me refiero a mi madre *guion...*» Y aquí hizo una pausa que, como viejo aficionado a los discursos políticos, sabía que era para dar paso a los aplausos, y aplaudí calurosamente; cuando se me pusieron las manos bastante rojas, la mesita continuó. «Esperaba, decía, que se me recordara como uno de los primeros entusiastas de la causa feminista *punto y coma* que se me nombrara junto a Henrik Ibsen *coma* junto a Bernard Shaw *coma* junto a la bendita Christabel Pankhurst y a la nunca bien ponderada Nellie McClung. Pero no sería así. No *coma* hay quien insinúa que mi interés por las mujeres era de origen carnal. Y todo porque Jack Pickersgill no tuvo la sensatez de destruir esos

malditos diarios. Y ahora, escúcheme atentamente, joven...» Y la mesita siguió golpeando y golpeando. Me quedé tan atónito al oír que me llamaba «joven», que se me olvidó seguir contando, y vi que mi mujer empezaba a adormilarse al ensalmo de la oratoria tribunicia del señor King y de la monotonía de los golpecitos, que parecían código morse. Por último, después de una media hora de elocuencia telegráfica, la mesita se calló.

—Lo siento mucho —dije—, pero me temo que no puedo hacer nada por remediarlo. ¿Quiere que le prepare un encuentro con el autor del libro? ¿Le gustaría dar golpecitos con el coronel Stacey?

Dos golpes irrefutables. «No.» Y ahí se acabó todo. Agotados de escuchar toda la noche al poderoso difunto, mi mujer y yo nos arrastramos hasta el dormitorio en busca del ansiado reposo.

Quise volver la noche siguiente, pero mi mujer no estaba de acuerdo.

—Nos echará otro discurso —dijo ella—. Por otra parte, me parece que discutir con espíritus da mala suerte. Deja en paz a esa mesa desgraciada; yo la sacaré de casa lo antes posible.

Y así quedaron las cosas durante algún tiempo.

La curiosidad es un ingrediente muy abundante en mi personalidad. No me disculpo por ello; al contrario, la alimento y doy gracias por ella. La curiosidad forma parte del cemento que une a la sociedad; fui periodista muchos años, y un periodista sin curiosidad no vale para nada. Después de la decisión histórica de Quebec en las elecciones del 15 de diciembre, comprenderán las ganas que tenía de charlar otra vez con la mesita. Tenía que sacar algún dato al fantasma de Mackenzie King, alguna cucharadita de algo que pudiera dar a conocer al mundo en el momento oportuno. Y así, tras unas semanas de riguroso autocontrol, bajé otra vez, pero yo solo, a la habitación del sótano de mi casa.

Fue el 6 de diciembre cuando volví al cuarto en el que estaba la mesita. Se me levantó el ánimo al ver que el resplandor morado seguía allí, e incluso más intenso que la otra vez. Me pregunté si sería capaz de establecer contacto sin la concurrencia de otra persona. Me senté y puse las manos, con los dedos separados, encima de la mesa. No tenía por qué preocuparme; al instante noté el estremecimiento que me indicaba que la mesa estaba dispuesta a hablar.

—¿Está usted ahí, señor King? —susurré.

La respuesta no fue muy amable.

—¿Y a ti qué te parece? —dijo la mesa dando golpes—. Has tardado mucho en volver. ¿Qué te trae por aquí ahora?

—Estamos a 6 de diciembre —dije.

—¿Y qué? —dijo la mesa.

—Es la festividad de San Nicolás —contesté—. San Nicolás siempre se ha portado bien conmigo.

—¿Crees que un presbiteriano de pro como yo presta atención a esas memeces? —dijo el espíritu de Mackenzie King, dando una serie de golpes breves y secos.

Mal empezamos, me dije. Una de mis debilidades es creer que los santos le hacen tanta ilusión a todo el mundo como a mí. La mesita seguía dando golpes.

—Davies, la superstición va a acabar contigo —dijo—. He visto perderse a muchos hombres de poco talento, como tú, por culpa de la superstición. ¡Valor, hombre *coma* valor!

«¡Quién fue a hablar! —pensé—. Este es el hombre que pasó tantas horas de su vida privada hablando con espíritus por medio de esta mesita ante la que estoy sentado en estos momentos. Este es el hombre que se dirige a mí con esa farsa aburrida de los golpecitos en la mesa, en vez de manifestarse y hablar conmigo de fantasma a hombre, como cualquier espíritu que se precie.» Pero supe contener la indignación y le hablé amablemente.

—He venido —dije— con la esperanza de que me conceda una entrevista en exclusiva. Le agradecería muchísimo que me diera su opinión sobre el estado de la Confederación en estos tiempos. Con la perspectiva de los años (que supongo que es prerrogativa de su estado actual), ¿qué le parece que sucederá en Quebec? ¿El separatismo es una táctica política o una amenaza verdadera?

Hubo un silencio. Y a continuación:

—No me fastidies con esas sandeces —contestó el señor King a base de golpes—. ¿Te crees que no tengo nada que hacer aquí? El gabinete que dirijo ahora requiere una gestión esmerada, a pesar del triunfo que he logrado al derrocar a los conservadores decisivamente...

No pude contenerme más: por primera vez, interrumpí a la mesita. La agarré y la sujeté con fuerza al suelo, tapando la boca, por así decir, al señor King, a media palabra. Y eso era exactamente lo que quería.

—¿Qué gabinete? —dije—. ¿Qué derrocar a los conservadores? ¿Acaso tiene el poder en... en...? —No sabía cómo terminar la frase.

—El mayor triunfo de mi carrera —fue la respuesta—. He diezmado a los *tories* drásticamente, los he dejado para el arrastre, y su dirigente está intentando evitar la debacle total.

—¿Qué dirigente? —pregunté, conteniendo la respiración de curiosidad.

—¿Quién ha sido siempre el dirigente del partido conservador, quienquiera que desempeñe el cargo a la vista de los mortales? —dijo el señor King.

Lo sabía, por descontado. Es decir, sabía quién le había parecido siempre al señor King que era el dirigente del partido conservador. Se me puso la cabeza al borde del caos total.

—Señor King —dije en susurros—, ¿insinúa que ha provocado usted el separatismo en...? —No quería pronunciar la palabra, sería ofensivo para un presbiteriano. Cambié la formulación de la pregunta—. Señor King —dije—, ¿dónde está usted?

En ese instante me pareció que la mesa se calentaba un horror. Pero no dejaba de dar golpes alegremente. Y el mensaje que decía me asombró enormemente. El señor King no era un hombre de jerga, pero supongo que en su juventud, en sus tiempos de estudiante de licenciatura en esta universidad, aprendería algunas expresiones jergales de sus contemporáneos. Sea como fuere, lo que transmitió la mesita casi riéndose fue:

—¡Nanay!

—Pero ¡señor King! —insistí—. ¡No se vaya todavía! Tiene usted que saber que un periódico americano sumamente influyente acaba de decir que su sucesor en la tierra es «tal vez el dirigente mejor dotado del mundo». Dígame algo útil que pueda transmitir a Pierre Elliot Trudeau.

La mesita dejó de reírse al instante. No se calentó, sino que se quedó fría como el hielo.

—¡Dile a Trudeau lo siguiente de mi parte! —aporreé... sí, aporreé el suelo.

Y después se puso a dar golpes tan seguido que me hizo perder la concentración para descifrar las letras de su lenguaje torpe y ruidoso. Ya no significaba nada para mí, hasta que comprendí que estaba dando golpes en francés. Pero ¡menudo francés! Era francés de políticos, que es una lengua en sí misma y que muy pocos entienden. No conseguí enterarme claramente de lo que el señor King quería que dijese al señor Trudeau, salvo que, por lo visto, lo conminaba a que se uniese a él, dondequiera que estuviese, a la mayor brevedad. Al parecer, el señor King tenía un lugar reservado en sus nuevos dominios para el señor Trudeau, pero deduje que no se trataba del gabinete. Me pareció entender algo de «la cartera caliente».

La mesita no pudo soportar tanta vehemencia. En el punto crucial del discurso, uno de los piececitos se rompió y de pronto todo quedó en silencio.

Al día siguiente, Norbert arregló el pie de la mesita. Dijo que tenía un trozo de madera que

encajaría, un trozo que había quitado de un adorno de la capilla, que dejaría el pie como nuevo y apenas se notaría.

Pero la mesita no volvió a hablar. Supongo que los fantasmas presbiterianos no pueden soportar algunas cosas, como los fragmentos de madera de nuestra capilla, y menos aún los que han hecho realidad el separatismo por medio de lo que antiguamente se llamaba «el descenso a los infiernos».

## Al rey lo que es del rey

Estarán de acuerdo conmigo en que, para un hombre, ciento cincuenta años de malentendido e injusticia son mucho tiempo. Esta noche me he propuesto aclarar un malentendido de esa clase. Por el periodo de tiempo al que me he referido, se habrán dado perfecta cuenta de que el caso se refiere a un fantasma. ¡Y así fuera uno solo! Porque es que son dos, y noto su presencia muy cerca de mí, ahora que me dirijo a ustedes. Ambos están de acuerdo en que apoye la versión de la historia de esta universidad, que, en su opinión, es la verdadera. Todo depende del partido que tome yo en esta cuestión.

Hace una semana se celebró el Baile de Navidad de La Casa. Mi mujer y yo terminamos la fiesta hacia la una y nos fuimos a la cama, pero yo no podía conciliar el sueño. Tenía la desagradable sensación de que me había ido del baile sin saludar a alguien; es que siempre procuro hablar con todo el mundo o, al menos, sonreír amablemente a todos los presentes. Me levanté y me puse a dar paseos. Me acerqué a una ventana y, al mirar afuera, me sorprendió ver a una persona paseando sola por el jardín con actitud de abatimiento... alguien que llevaba toga de académico.

Se ven togas a menudo en el jardín, pero... ¿a las dos de la madrugada? Y además, ¿no tenía esa persona una singularidad, una distinción muy superior a la de los profesores y catedráticos? Salí a la noche para verlo más de cerca.

Quienquiera que fuese, paseaba de un lado a otro por los senderos de piedra y, al acercarme yo, oí con toda nitidez el sonido de unos gemidos profundos. ¡Esa persona estaba llorando! ¿Sería un joven desdichado al que su novia había dado calabazas (como se suele decir) en el baile? Me escondí detrás de un árbol para oírlo mejor. Entonces entendí sus lamentos claramente.

—¡Ah, negra ingratitud! —exclamó con voz sonora y pastosa—. ¡Tantas molestias y ni una palabra... ni una solitaria palabra de mí! ¡Qué crueldad! ¡Qué crueldad!

No puedo soportar ver llorar a una persona, así que salí de detrás del árbol.

—Discúlpeme —dije—, ¿puedo ayudarle en algo?

En ese momento, el hombre se puso a la luz de la luna y... ¡háganse cargo de la consternación que sentí al ver que los rayos de la luna lo atravesaban por completo! Me envolvió un frío más intenso que el de diciembre y el corazón se me encogió. Comprendí que, una vez más, teníamos un fantasma en esta casa tan encantada. ¿Qué fantasma sería esta vez?

Y entonces lo supe. No podía ser otro. Lo que me había parecido una toga era un manto grueso y, cuando la aparición se volvió hacia mí con su elegante vestimenta bajo el fantasmal pero cegador brillo de las estrellas, medalla y diamantes en el claro de luna y, sobre todo, con la gran cabeza, el rostro carnosos y abundante, la nariz de pico y los párpados caídos, más los espléndidos rizos de color castaño, supe que solo podía ser una persona: el rey Jorge IV. Me incliné ante él. No fue fácil hacerlo con elegancia en pijama, pero acudió en mi ayuda mi antigua formación de actor y creo que no lo hice mal del todo.

—Majestad —dije.

—¡Ah, me conoces! —dijo él—. Había llegado a la conclusión de que aquí se habían olvidado de mí por completo.

Le dije no sé qué sobre el Departamento de Historia de la universidad.

—¡Bah! —dijo el rey—. Aduladores ilusos de un principio totalmente erróneo. Debí suponerlo. Yo soy Historia, Historia suprimida y distorsionada. ¡Ah, qué ingratitud! ¡Más duele la ingratitud de esta universidad que el mordisco de una serpiente, a mí, su fundador! —Murmuré unas palabras

de disculpa, pero el rey siguió hablando—. Estamos en 1977 y esta institución descortés celebra lo que se complace en denominar su centésimo quincuagésimo aniversario. Y sin embargo, ¿se ha dedicado una sola palabra al monarca que le dio el ser de un plumazo? No creas que estoy enfadado. No, no. Estoy dolido, honda y terriblemente dolido. ¿Qué tienes tú que decir?

¿Yo? Esta clase de asuntos no son de mi incumbencia. Que le dieran explicaciones los de relaciones públicas. Que se las diera el rector. Que se las diera el vicegobernador, que actuaba de presidente de la comisión del centésimo quincuagésimo aniversario. Pero ninguno de ellos estaba allí. No, claro; estaban tan a gusto en sus camas respectivas y me tocaba a mí dar la cara ante un fundador desconsolado y relegado al olvido.

—Solo puedo apelar a vuestra magnanimidad, *sire* —dijo—. Ya sabéis cómo son los académicos: gentes simples que solo saben pensar en el presente. Por otra parte, ¿qué... qué podría hacer yo, en realidad?

—Te lo diré a su debido tiempo —dijo el rey—, pero antes, por mera curiosidad: algo me ha traído aquí, algo me ha traído a este lugar; la idea de que, al menos en esta facultad, hallaría comprensión. ¿Qué crees que será ese algo?

¿Qué podía decirle?

—Con toda humildad —me atreví a decir—, pido disculpas en nombre de todos nosotros. Estoy seguro de que no ha habido mala intención.

No se aplacó. En su rostro, una expresión de amargura sucedió a la de pesar.

—¡Pche...! —dijo—. He visto que todos se acordaban de John Strachan. Dime, ¿qué gracia le encuentra esta universidad a John Strachan?

Hablé sin pensar.

—Como fundador nuestro... —dijo, y el rey estalló, furioso.

—¡Ah, fundador, fundador, fundador! ¡Strachan se pasaba la vida fundando cosas! También metió la mano en la Universidad McGill, vuestra gran rival. Y en Trinity, vuestra vecina, lo adulan llamándolo fundador. Pero esta universidad no la fundó él, ¡solo fue uno de los organizadores! ¿Acaso abrió alguna vez su escarcela para poner una sola moneda? ¡Porque eso lo hice yo! ¡Esta universidad no existiría sin el dinero que puse yo!

Como sabe todo el mundo, la palabra «dinero» tiene fuertes connotaciones mágicas. Silenciosamente, pero de una forma impresionante, se nos unió otra persona y, gracias a mi vista, ducha en esta clase de apariciones, supe que era otro fantasma. Se trataba de John Strachan, sin la menor duda, vestido con toda la pompa de los obispos anglicanos de su época: polainas, casulla, capa pluvial y, en la cabeza, ese tocado tan particular, semejante a una chimenea con una antena a cada lado, con el que parece que los obispos estén perpetuamente recibiendo mensajes del espacio exterior. Su pétreo rostro tenía una acusada expresión de desaprobación, bastante frecuente en los escoceses que han alcanzado posiciones elevadas en el mundo. John Strachan, sin la menor duda. La palabra «dinero» le había hecho salir de la tumba.

—¿He oído insinuar por aquí —dijo en un tono fulminante— que yo no contribuí en la fundación de esta institución?

—Con dinero no, eso desde luego —dijo el rey, que no temía a esa aparición—. Yo contribuí con la generosa suma de mil libras al año, que al cambio actual es una aportación más que suculenta. Tanto es así que no comprendo cómo es posible que, con lo que serán unas ciento cincuenta mil libras de mi dinero, esta institución sufra penuria económica ahora.

—Si mal no recuerdo, esa cantidad se puso de los fondos públicos —dijo el obispo.

Pero el rey ni pestañeó.

—Supongo que sí —dijo—. No voy a ponerme a discutir por la fuente de la aportación. Lo

importante es que la asigné yo y que la recibisteis vosotros; en resumen: se puede decir que el dinero os lo di yo.

—Su majestad puede decir lo que quiera —contestó el obispo—, pero otros donantes lo han sacado de su propio bolsillo.

—Es decir, tú mismo, ¿no? —dijo el rey.

—Los obispos no hacemos públicas nuestras contribuciones a grandes causas —dijo John Strachan.

—¿Qué sandez! —dijo el rey—. Vamos, Strachan, de verdad: ¿cuánto dinero pusiste tú?

—Con todo respeto, solicito a su majestad que no insista con preguntas que ofenden al principio cristiano —dijo el obispo, y me dio la sensación de que se incomodaba.

—¡Ajá! ¡Te pillé! —dijo el rey—. Apuesto cincuenta guineas a que no pusiste nada. —Y se rio como un chiquillo.

—¡Señor, respetad la dignidad de mi atavío! —exclamó Strachan; le salía fuego por los ojos.

—¡Al cuerno con tu atavío! —dijo el rey—. Tu atavío no está mal, pero la confección es pésima y te sienta como un tiro. Si crees que no respeto tu dignidad de obispo, te equivocas. Es más que sabido que respetaba inmensamente a los obispos, cuando los nombraba yo. Pero tú fuiste creación de mi sobrina Victoria, y ella tenía una debilidad sentimental por los escoceses.

Esas palabras hirieron al obispo. Las lágrimas empañaron sus ojos pétreos.

—He aquí la recompensa que recibe un hombre que se ha entregado a la más severa devoción a Dios, al cumplimiento del deber y a la causa de la educación —dijo—. ¡Más duele la ingratitud de un monarca que el mordisco de una serpiente!

—¿Qué ñoñería! —dijo el rey—. ¿Para qué quieres la gratitud de tu monarca, si en esta universidad te alaban y te veneran desde hace un año o más? Has gozado de más gratitud de la que te mereces, ¡porque casi toda me la has birlado a mí!

El obispo dejó de llorar y rugió como un león:

—¡Tú! ¿Quién se mató a trabajar y luchó por sacar esta universidad adelante con paso firme? ¿Quién soportó los reproches y la ignominia de un gobierno desagradecido, y la indiferencia del populacho? ¿A quién se le volvieron blancos los cabellos por el disgusto que le dieron esos estatutos escandalosos y discriminatorios que firmaste tú (y sin leerlos, estoy seguro), hasta que conseguí ensanchar sus horizontes para que esta universidad fuera de verdad para el pueblo de esta gran nación?

—Una universidad que después, según tus propias palabras, era «una imitación de Babel sin Dios» —replicó el rey—, y después de ponerle la zancadilla te largaste a fundar Trinity, que era más de tu gusto. ¡Ah, qué fundador tan poderoso eras, y más tirano que el más tirano de los reyes! No me vengas con lecciones, como si no conociera yo la historia de esta universidad. ¿Crees que no me acuerdo de cuando (después de mi época en la Tierra, desde luego) el gobierno voraz se la apropió para ampliar el manicomio y entonces tuvieron el feo detalle de empezar a llamarla el «Manicomio Universitario»? Bien pensado, el nombre no estaba mal del todo. Y no lloriquees por el pelo blanco. Nadie tiene que sufrir estas cosas si tiene un buen paje. —Y entonces, el rey Jorge IV se tocó la cabeza con orgullo: ciertamente, su espléndida peluca de rizos era una obra de arte.

—¡Jia, jia! —dijo el obispo. Era su forma de reírse—. ¡Vanidad de vanidades, todo es vanidad!

—Esa es una de las mayores verdades de la Biblia —dijo el rey afablemente—. Si no fuera por la vanidad, todavía andaríamos desnudos por el mundo, con el cuerpo horriblemente pintado de azul. La vanidad es uno de los grandes motores del progreso humano.

Parecía que el rey estuviera ganando la discusión. Me acordé del lema de John Strachan: «Prudente pero sin miedo». En ese momento cambió radicalmente de actitud y adoptó lo que, en un

carácter menos pétreo, podríamos llamar untuosidad.

—No sería propio de la dignidad de obispo —dijo—, mostrar falta de caridad con cualquier criatura del Señor... ni siquiera con aquellas cuya vida terrenal dejó tanto que desear como ejemplo de rey cristiano. Lamento sinceramente que supongas que se ha olvidado de ti una universidad en cuya fundación desempeñaste un papel ínfimo, puramente ceremonial...

El rey lo interrumpió.

—¿Cómo podía haber hecho más de lo que hice? Ese mismo año se estaba fundando la Universidad de Londres y, por supuesto, yo tenía mucho que ver. Las universidades más antiguas se ofendieron; por eso, para aplacarlas, tuve que fundar los puestos de profesor adjunto de Mineralogía y Geología en Oxford. Y ya sabes lo comprometido que estaba con el Fondo Literario: concediéndole los estatutos correspondientes y rascando todo el dinero posible en aquella época. Nunca tenía suficiente. La generosidad, obispo, es un lujo costoso. Mi verdadero amor era la literatura. ¡Cuánto admiraba a Byron! ¿Y sabe una cosa? Hubo un tiempo en que también él me admiraba a mí. Y el noble y generoso Walter Scott... ¡qué amigo tan querido! Siempre tuve intención de conceder alguna clase de reconocimiento civil a Jane Austen (mi querida e irónica Jane, ¡cuánto aprendí de la gente en sus bonitas novelas!), a pesar de lo dura que era con el clero. Y, con tantas cosas entre manos, no podía hacer mucho más de lo que hice por la pequeña Toronto, ¿no te parece? ¿Acaso se esperaba que lo hiciera? Una vida muy ajetreada, ¿comprendes?

El obispo tenía cara de amargura, como a quien lo ganan en una subasta.

—Ajetreada —dijo—, sí, ajetreada en la búsqueda del placer.

—Cierto, cierto —dijo el rey sin arrugarse—. Me han llamado el Príncipe del Placer.

—¿Y adónde te ha conducido? —dijo el obispo—. Reflexiona, oh hombre, sobre tu infeliz estado actual.

—¿Qué infeliz estado actual? —dijo el rey, sorprendido—. Soy más feliz que... bueno, que un rey. Me codeo con una sociedad admirable y ya no tengo que cumplir con el dichoso protocolo. Disfruto cuanto quiero de la compañía literaria que siempre deseé. En cambio (bueno, ya sé que no está bien que la gente normal se bese y vaya contándolo por ahí, pero es que yo soy rey), mi querida Jane Austen ha sido mi amante en estos últimos... bueno desde hace más de cien años. No es que sea una artista en la cama, eso no, pero es delicioso charlar con ella; así es que hablo con ella y duermo con otras damas más aptas para esa labor.

El obispo se enfureció.

—¡Réprobo! —le dijo a gritos, olvidándose del deber de un obispo para con el defensor de su fe—. ¿Osas decirme que continúas con tus disolutas costumbres de siempre en el Cielo?

—¿Quién ha dicho Cielo? —replicó el rey, sorprendido—. No te creerás que estoy en el Cielo, ¿no?

—Entonces, ¿dónde estás?

—En el Elíseo, naturalmente. ¿Dónde estás tú?

—Yo, en el Paraíso —dijo el obispo, transformado—. En la dorada Jerusalén, donde manan la leche y la miel. ¿Te lo puedes creer? Cuando llegué, no había ninguna universidad, ni una sola escuela privada buena ni ninguna asociación para la promoción del artesano digno, ni un asilo para viudas de sacerdotes indigentes ni una sociedad de apoyo a caballeros venidos a menos; ni siquiera una sociedad de reparto de bragueros entre herniados pobres: ni una sola prueba práctica de benevolencia en todo el Paraíso. He tenido el glorioso honor de ser el fundador de todas ellas, y de otras muchas que pienso fundar. ¡Y hay gente muy acomodada a la que engatusar o intimidar para que me den lo que necesito! ¡Es el Cielo, hombre! Trabajo, trabajo y más trabajo. Fundo,



fundo y sigo fundando. Pido, pido y nunca dejo de pedir. He convertido la Nueva Jerusalén en un reflejo del Toronto moderno. ¡Ah, y cuán munífico es nuestro Creador! Incluso nos ha provisto de pecado... ¡Pecado en cantidades ingentes, pecado de la peor especie, para que los llamados, como yo, podamos enfrentarnos a él, lo combatamos y triunfemos! En estos mismos momentos, me ocupo de una zona de la Nueva Jerusalén en la que hombres desvergonzados se dedican a dejarse frotar el cuerpo por mujeres desnudas. Sí, y existe otra abominación de reciente creación, desde que llegué yo, más o menos: un grupo llamado los gays, y tengo intenciones de asaltar su Nueva Sodoma. ¿Cómo va a opinar un alma desgraciada como la tuya sobre el éxtasis sagrado que es el Paraíso para un hombre como yo?

—Me quedo con el Elíseo —dijo el rey.

—¡Pero tendrías que estar en el Infierno! —exclamó el obispo.

—¡Ah, para ti sería el Infierno, que es lo que me parece a mí tu Paraíso! —dijo el rey—. El Elíseo escaparía a tus posibilidades. En las horas diurnas no hacemos más que grandes banquetes, intercalados con expediciones por agua, y hay ópera todas las noches. Y cuando se apagan las luces... no, no, obispo, esto no es para tus oídos. Y, desde luego, construyo muchos palacios nuevos y tendrías que ver los jardines que estoy planeando. ¡Y los muebles! ¿No se te ha ocurrido que un más allá realmente satisfactorio cuenta también con deliciosas preocupaciones eternas por el mobiliario nuevo? Y la caridad divina en su máxima consideración: ¡nadie manda facturas jamás!

En la cara del obispo luchaban la compasión y la virtud ofendida.

—Hombre, hombre —dijo—, ¿es que nunca te cansas del placer?

—¿Cansarme... del placer? ¡Qué idea tan extraordinaria! ¿Te cansas tú de hacer buenas obras?

—¡Jamás! Pero las buenas obras inspiradas por la fe...

—¿Qué clase de fe? ¿Es que mi fe de toda la vida en el arte y la belleza no tienen ningún valor? Yo no fui artista, salvo, tal vez, en mi aspecto personal, pero fui un gran mecenas, un gran degustador e inspirador, encargué la ejecución de objetos bellos y fui un coleccionista de consideración. ¿Eso no es nada?

—Eso es falta de moderación.

—Monseñor, eres un salvaje.

—¿Y me llamas salvaje tú, bufón coronado y ungido? ¡Títere enjoyado y cubierto de oro que solo sirves para que los tontos te miren con la boca abierta!

—Muy bien, retiro lo de «salvaje»; es indigno de un rey llamárselo a un obispo de su propia Iglesia. Pero afirmo que no eres un fantasma caballero.

—La categoría no es más que el sello de la guinea.<sup>29</sup> Yo era un proletario de la tierra.

—En tal caso, nunca nos pondremos de acuerdo. Tú te entregaste a lo que Davies, aquí presente —el rey me señaló—, llamaría la ética del trabajo, mientras que yo me entregué al principio del placer. Disfruté de la vida y animé a los demás a disfrutar. En total, creo que las personas como yo hacen mucho más por la humanidad que las que son como tú.

Pero John Strachan no estaba dispuesto a amilanarse.

—¿Cuál es el cimiento de la universidad, si no es la ética del trabajo? ¿Qué mayor ofrenda puede hacer el estudioso a su Señor que el trabajo y la oración?

—¿Qué haría Dios con una universidad en la que no hubiera nada más que sudorosos cantores de salmos? —dijo el rey—. Dios, como caballero y anglicano, sabe apreciar sin duda la erudición, la dignidad intelectual, el conocimiento... todos los atributos de la civilización; y la civilización debe más al principio del placer que a la ética del trabajo, que no es más que charlatanería avarienta. Por eso me tomé tantas molestias para poner una representación del

principio del placer en esta universidad desde el comienzo. Sí, mi querido amigo, ante tus propias narices, y jamás te diste cuenta de lo que había hecho.

—¿Y qué era? —preguntó el obispo, entre burlón y receloso.

—No era qué, sino quién —dijo el rey.

—Entonces, ¿quién?

—Un miembro de mi familia.

—¡Jia! No hubo ningún miembro fundador de tu familia.

—¡Ah, sí! Seguro que te acuerdas de él. Es más, tú mismo lo nombraste. ¿Te has olvidado del reverendo John McCaul, el primer profesor de Clásicas y tu propio sucesor en el cargo de rector de la universidad?

—¡John McCaul! ¡Un hombre santo y carísimo a mi corazón!

—Puede, pero también era sobrino mío.

Es imposible que un fantasma sufra un ataque de apoplejía, pero eso era exactamente lo que parecía que le pasaba al obispo Strachan. Mientras procuraba recobrar el aliento, el rey continuó:

—Seguro que os acordáis, mi señor, de que John McCaul vino a Canadá bajo la protección directa del arzobispo de Canterbury. Mis hermanos eran todos unos desalmados y tuvieron hijos en otras camas. Como cualquier buena familia inglesa, seguimos la costumbre de la época: los convictos, a Australia; los bastardos, a Canadá. John McCaul era de sangre real.

Con un esfuerzo supremo, el obispo levantó la mano y, cual meteoro, el tomo XII del *Dictionary of National Biography* salió volando de las estanterías de la Biblioteca Robarts y aterrizó en su mano, que lo esperaba, abierto por la página 446. Y allí leímos el rey y yo la entrada correspondiente a un personaje poco conocido, un tal Alexander McCaul, sacerdote y erudito irlandés, que concluía con una nota breve: «Dejó varios hijos».

—¡Ajá! —dijo el rey—. Como puedes ver, esta compilación tan victoriana no dice ni una palabra de la mujer del buen pastor. Sin embargo, fue muy conocida en su época. Muy conocida de mi hermano Fred, entre otros muchos. El joven John era su hijo. Seguro que has oído los rumores.

El obispo se tapaba los ojos con la mano, pero dijo que no con un movimiento de cabeza.

Ahora le tocaba al rey. Levantó la mano y la Robarts respondió al punto: un tomo encuadernado en rojo que reconocí sin vacilación: *University College - a Portrait*, en edición de Claude T. Bisell. En las páginas 4 y 5, el obispo leyó: «El reverendo John McCaul fue profesor de Clásicas y llegó a ser rector de la Universidad de Toronto. Había llegado a Canadá en 1839, en calidad de director del Upper Canada College, con la recomendación especial del arzobispo de Canterbury; y este hecho, unido a ciertos rumores respecto a su parentesco real, tal vez justifique su nombramiento en Canadá y los cuarenta años de duras controversias en los asuntos de la universidad que llegó a vivir».

—Ahí lo tienes —dijo el rey—. El parecido saltaba a la vista, y más todavía si se lo comparaba con el retrato de Jack que está en el Gran Salón de Hart House. Es el vivo retrato de mi hermano Augustus Frederick, duque de Sussex. A Fred siempre le gustaron los clásicos, así que el chico llegó a donde llegó honestamente. Fred pidió al arzobispo que buscara algo para el joven don nadie y el arzobispo lo hizo, por supuesto.

Me daba la impresión de que el rey había ganado con gran ventaja y me pareció poco generoso por su parte que hiciera leña del árbol caído.

—Vamos, doctor Strachan, tenemos que devolver los libros a la biblioteca. Tal vez los necesiten otras personas, ya sabe.

Lanzó al aire la historia de la facultad universitaria y el libro voló como una golondrina a su sitio en la Robarts; el libro del obispo tardó más en volver que lo que había tardado en salir y se

fue volando torpemente como un pavo. El rey siguió aplicando sal a la llaga.

—Me parece muy feo que la universidad haya negado a John McCaul algún reconocimiento de su parentesco real. Quiero que te ocupes de subsanar eso, Davies. En este centésimo quincuagésimo año tienes que hacerte con... bueno, no con el escudo real, pero sí con el del duque de Sussex, y ponerlo en la parte superior del marco de su retrato. Con el debido distintivo de bastardía, naturalmente. Eso compensará un poco el trato tan degradante que me ha dispensado la universidad.

El obispo Strachan seguía con las manos en la cara, pero aun así se oyó su voz, ahogada por las lágrimas.

—¡Oh, Johnnie McCaul! ¿Por qué no confiaste tu vergüenza a tu obispo? —gimió.

—¡Ay, vamos! ¡No seas tan blandengue, Strachan! —dijo el rey—. La mayor gloria de McCaul era ser bastardo, gloria que se refleja en esta universidad. Piensa en el principio del placer y sécate los ojos. Das pena, hombre. Y sé realista, Strachan —su majestad insistía en rendir al apellido todos los flemáticos honores escoceses—, ¿cómo crees que alguien podría sobrevivir siendo rector de la universidad si no es un bastardo, en un sentido u otro? Bien, Davies, confío en ti; pon el ornamento heráldico en el marco del joven don nadie antes de que termine este año del centésimo quincuagésimo aniversario.

¡Menudo embolado me dejaba! Pero me acordé de una cosa que me había dicho Vincent Massey hacía unos años.

—Nadie ha olvidado a su majestad en esta universidad, no, de ninguna manera —le dije—. ¿No habéis ido a ver la Cámara del Senado?

—¿Debería?

—Si os quisierais tomar la molestia —dije—, veríais que encima de la gran silla del rector electo, en esa hermosa estancia, hay un escudo de armas espléndido. Lo reconoceréis enseguida, *sire*, porque es el vuestro. Lo colocó allí la persona que decoró esa estancia, que no fue otra que el fundador de esta institución.

—¡Pardiez! ¡Bien por Vincent Massey! —dijo el rey—. Sabía que tenía que haber algún motivo para venir a llorar a Massey College. Un espíritu comprensivo, ¿eso es lo que me llamó aquí!

—El señor Massey me contó que tuvo que superar algunas dificultades para conseguirlo —dije—. El difunto Canon Cody, rector a la sazón, se opuso con todas sus fuerzas; alegaba que erais un mal ejemplo para la juventud canadiense. Pero al final se impuso el señor Massey. Como podéis comprobar, el principio del placer está simbolizado en el mismísimo centro de la universidad.

—Y que no ejerza sino buena influencia —dijo el rey, muy satisfecho. Después sacó un reloj espléndido del bolsillo—. Tengo que irme —dijo—, si quiero llegar a tiempo para oír *La flauta mágica*; la dirige el pequeño Mozart en persona. Adiós, por ahora, Davies, y ponte manos a la obra con el encargo del retrato de McCaul. Nos vemos en el Elíseo, espero.

—Pero no enseguida —murmuré al tiempo que hacía una inclinación de cabeza.

El rey se fundió con el aire de la noche. Me volví para despedirme del obispo Strachan, pero ya se había ido. Había varios agujeritos en el suelo, los que sus amargas lágrimas habían horadado en la piedra.

## La fotocopidora de la habitación perdida

Aquellos de entre ustedes que han asistido varios años a las fiestas navideñas de esta institución saben muy bien cuán extravagantes y frecuentes son las apariciones que aquí se producen. Salimos a fantasma por año... y a veces más. No sabría decir por qué unos edificios tan nuevos en un país tan nuevo (o, mejor dicho, en un país que dice ser nuevo, aunque en realidad es muy antiguo) sufren en tan gran medida lo que nuestros sociólogos universitarios denominan «densidad espectral». Sospecho que tiene algo que ver con la concentración de nuestra comunidad universitaria, tanto doctores como doctorandos, en cuestiones intelectuales. La naturaleza necesita equilibrio y lo busca aplicando un principio de compensación que, en nuestro caso, consiste en contrarrestar el exceso de racionalidad con brotes esporádicos de irracionalidad. Expongo esta teoría mía con toda cautela, porque no soy filósofo ni, por supuesto, científico y, según mis detractores, la racionalidad no es una de las cualidades que me adornan.

También podría deberse a una escasez de viviendas en el otro mundo semejante a la que tenemos ahora aquí abajo. Somos conscientes del alarmante crecimiento de la población mundial. Prácticamente se ha doblado en vida de algunos de los aquí presentes. A mayor densidad de población, mayor cantidad de fantasmas: es inevitable. ¿Dónde van a vivir? Muchos emigran de su lugar de nacimiento y vienen aquí, a Canadá, un país relativamente abierto todavía, sobre todo en sentido espiritual. Tal vez sea esta la explicación.

En estos años, nuestros fantasmas han sido, en general, de la clase alta del mundo espiritual; es curioso que escaseen tanto entre los humildes y los pobres. Se nos han aparecido personajes famosos; alguna vez nos ha visitado el espectro de una cabeza coronada, pero, en general, nuestros aparecidos pertenecen a la intelectualidad. Confieso avergonzado que este detalle me ha hecho caer en cierto grado de vanidad. En enero, me sorprendo pensando: «¿Quién será este año?», y entonces consulto la lista de aniversarios del año que comienza. Porque, claro, los fantasmas no siempre están atados a los lugares en los que transcurrió su vida terrenal; en algunos momentos se les concede una libertad de movimientos que se denomina «sabático brujesco».

El pasado mes de enero consulté las efemérides con entusiasmo para ver quién nos tocaba este año, por así decir, y el primer nombre que vi fue el de Henrik Ibsen. Era el centésimo quincuagésimo aniversario de su nacimiento y se iban a celebrar muchos actos en su honor en todo el mundo. ¡Ibsen! Se me hizo la boca agua. ¡Menudo *coup* cultural, si nos visitara el gran dramaturgo, considerado por muchos el mejor en su género después de Shakespeare! Ahora bien, ¿por qué iba a visitarnos a nosotros? Canadá refleja el ambiente social de Ibsen mejor que cualquier otro país del mundo actual. Seguro que vendría a Canadá, aunque solo fuera para burlarse un poco. Y, como saben ustedes, nuestros muros albergan el Centro Universitario de Estudios Dramáticos y seguro que ya estarían pensando en Ibsen y hablando de él. Sin duda, la gran figura nos agradecería con algún comentario sombrío... Me regañé. ¡Qué estupidez, hacerse ilusiones con un fantasma cuando todavía no se ha manifestado! «¡Fuera, vanidad! ¡Fuera, aspiraciones mundanas!», exclamé, y se fueron. Pero no del todo. De vez en cuando, en el fondo del pensamiento, me asaltaba un anhelo indigno.

Cuando llegó diciembre, vi con inquietud que se nos echaba el tiempo encima. Henrik Ibsen se retrasaba. No era propio de él. Fue famoso durante toda su vida por su meticulosidad en las citas. Cuando se comprometía a hacer una cosa, la hacía, sobre todo si se trataba de algo desagradable. Pero recobré la sensatez: Ibsen no se había comprometido a nada; todo el asunto de su visita no era más que un capricho mío. «Vergüenza tendría que darte», me dije, y, obedientemente, me

avergoncé. Con todo, en las indisciplinadas profundidades de mi mente, el anhelo seguía vivo.

La solución del asunto llegó, como suele suceder en estos casos, la noche del Baile de La Casa. Hace tiempo que tengo la costumbre de salir al jardín después de la cena que indefectiblemente antecede al baile, y doy una vuelta por allí; por lo general, es en esos momentos cuando se me aparecen los fantasmas. No tiene nada que ver con la cena, os lo aseguro, porque nunca tomo nada más que un café. Tal vez se deba a la emoción de ver esta casa de reposo y reflexión convertida, para variar, en lugar de esparcimiento. Y así, mientras pisaba las losas que tan bien conocía y respiraba el aire frío, no me asombró ver a un desconocido plantado (o acechando, para ser más preciso) en un rincón oscuro.

El corazón me dio un vuelco. ¿Sería él? La silueta resultaba muy esbelta para ser él, porque Henrik Ibsen, como sabrán por las fotografías, parecía un barril enfundado en una levita. ¿Y el sombrero? ¿Dónde estaba el espléndido sombrero de seda, que era lo que siempre se ponía el gran hombre para salir? A medida que me acercaba vi claramente, a pesar de la oscuridad, que era una capa raída lo que lo envolvía. Y el sombrero no se parecía nada al suyo: era un sombrero de tres picos. O, por algún motivo inexplicable, Henrik Ibsen había preferido disfrazarse de hombre del siglo XVIII o no era él. Fue una decepción y un fastidio, y tal vez por eso lo interpeleé bruscamente. Lo que dije fue: «¿Y bien?», en un tono seco y cortante que indica sin lugar a dudas que nada está bien.

—Si tiene usted la bondad: estoy buscando un alojamiento modesto y seco en un lugar tranquilo.

—Estas no son horas para ir buscando alojamiento —le dije—. Vuelva usted en horario diurno y hable con el tesorero. Si es que puede aparecerse en horario diurno —añadí malévolamente.

—Le ruego que no sea severo conmigo —dijo el fantasma, con una voz tan lastimera que me avergoncé de mí mismo—. Estoy muy necesitado y es preciso que encuentre un lugar esta noche; de lo contrario, me sucederán cosas horribles. —Casi lloraba.

—No deseo ser severo —dije—, pero comprenda que esta institución cumple un propósito en la universidad y ese propósito no prevé...

—¿Ni para personas en mi situación? —dijo el fantasma—. Tiene usted fama de hospitalario entre los fantasmas. ¡Ah, ya entiendo! —continuó—. Solo le interesan los fantasmas famosos y yo no soy más que un miserable desconocido. Ese ha sido el triste sino de mi vida. Si no hubiera fracasado tan estrepitosamente, diría algo más fuerte que triste sino. Diría tragedia.

¡Pobre hombre! Me avergoncé muchísimo de mi conducta. Yo ahí, añorando al fantasma de un dramaturgo de fama mundial y tratando de la manera más brutal a un pobre espectro que tal vez hubiera vivido una vida infinitamente más trágica que lo que Ibsen hubiera podido imaginarse jamás. Se me llenaron los ojos de lágrimas.

Tenía que haberme dado cuenta a tiempo. Los fantasmas son unos ególatras desmesurados: la fuerza viva de la egolatría que se niega a aceptar la realidad de la muerte. El que tenía frente a mí me estaba mirando ahora fija y torvamente y noté su mano, helada y firme, en la manga de mi chaqueta.

—Oye, escúchame —dijo el espectro—: podría contarte un cuento cuya menor palabra te desgarraría el alma, helaría tu joven sangre...

—Basta, basta —dije con impaciencia—. Si no queda más remedio (y créame, sé lo comunicativos que pueden llegar a ser ustedes, los espectros), dígamelo lo más brevemente posible y sin poesía. Me sé *Hamlet* de memoria. ¿Quién es usted?

—He ahí el problema —dijo el fantasma—; soy un particular, pero no carezco por completo de poesía y emoción. En vida yo era concretamente una de esas personas de buena familia a las que llaman «pariente pobre».

—¿De quién era usted pariente pobre? —pregunté.

—De un pariente rico, naturalmente. Era un caballero del campo, de Gloucestershire. No era mala persona. Sabía que yo no tenía perspectivas ni suerte y me dejó vivir en su casa solariega en calidad de subordinado: le ayudaba con la contabilidad de la finca, me ocupaba de la correspondencia, enseñaba latín a los niños y a veces dibujaba planos de sus proyectos de alcantarillado, mientras él se iba de caza con el vicario. Ya sabe, lo típico que hacen los parientes pobres. Hice algunos estudios, verdad, y esperaba obtener un puesto de becario en la universidad, pero no tenía amistades influyentes; entonces pensé en la carrera eclesiástica, pero el obispo tenía muchos sobrinos; total, un fracaso y a seguir siendo dependiente. No me quejé... no mucho, a decir verdad. Pero era primo del caballero y me dolía que la servidumbre me tratase mal.

Era la excusa más lamentable que había oído en boca de un fantasma. Fracasar en el mundo de los espíritus es para helar a cualquiera y empecé a tener escalofríos. Pero no podía dejarlo plantado. Habría sido muy poco compasivo por mi parte.

—Pero parece que, después de la muerte, ha logrado usted algún éxito —le dije—. Es un fantasma y está lejos de su hogar. ¿Cómo consiguió permiso para viajar?

—Eso es lo más triste de la historia —dijo—; pero tiene usted que escucharme. No me meta prisa.

Gruñí, pero no tuve valor para marcharme.

—La situación llegó al límite tal día como hoy hace doscientos cincuenta años —dijo el fantasma—. Era el 9 de diciembre de 1728. Nuestro buen rey Jorge II acababa de empezar el undécimo año de su largo reinado...

—Sí, sí —le dije—, sé algo de historia yo también. Abrevie.

—Es usted un cagaprisas —dijo el fantasma, con mucha brusquedad, me pareció, para ser un pariente pobre—. Bien, ahí va. Mi primo, el caballero, y su mujer se habían ido a un baile al castillo de Sudeley. A mí no me habían invitado. Por supuesto que no. Yo era un don nadie y no tenía traje que ponerme. Me dejaron en casa sin una palabra de disculpa, siquiera. Tampoco dejaron encargada la cena para mí. La mujer de mi primo, que era más bien tacaña, dijo que seguro que podría comer algo en la cocina con los criados.

»Eso no habría sido tan malo, porque los criados siempre se las arreglaban para comer muy bien, de no ser porque, para eso, tenía que enfrentarme a mi peor enemigo: el mayordomo, que no perdía ocasión de pasarme por las narices mi condición de pariente pobre. Y aquella noche se comportó más tiránicamente que nunca, porque estaba borracho. Discutimos y me mató.

—¿Con un cuchillo? —pregunté.

—No.

—¿De un tiro? ¿Con el trabuco grande que se guarda cargado encima de la chimenea, por si algún ladrón entra en la casa? ¿El mayordomo, borracho e iracundo, lo descolgó y le disparó mientras las criadas chillaban?

—Ve usted mucha televisión —dijo el fantasma—. Las cosas no eran así en el siglo XVIII.

Yo seguí en vena romántica e imaginativa.

—Pero, la discusión —dije—: le insultó, habló a la ligera de su nacimiento y a usted se le subió la sangre a la cabeza. Lo atacó usted con la espada, pero tropezó y él le arrebató la espada y se la clavó en el corazón. Por favor, dígame que fue así.

—No tuve espada en mi vida —dijo el fantasma—. ¡Objetos perniciosos y peligrosos! No. Voy a contarle exactamente lo que pasó. Yo también estaba bastante borracho, verdad, y estábamos discutiendo sobre la fórmula ideal del betún para las botas. Le había dicho que la que usaba él tenía demasiado azúcar moreno. Sepa que el secreto de un buen betún radica en la proporción de

azúcar moreno, vinagre y hollín. Hacerlo es tarea del mayordomo y yo le dije que no había que poner tanto azúcar moreno. Le dije que siempre se me quedaban las botas pegajosas. Él dijo que eso era mentira. Le dije que no le faltara al respeto a sus superiores. Él dijo que qué superiores, que yo no era más que un criado, que vivía de prestado por la caridad del caballero. Entonces, sin pensar, cogí un tenedor de la mesa y se lo clavé en la nalga derecha. Debía de tener la carne muy blanda, porque los dientes se hundieron mucho más de lo que esperaba: hasta el mango. Entonces, él cogió un puchero de peltre y me dio en la cabeza y, para mi sorpresa e indignación, caí muerto allí mismo.

Era el fantasma más ínfimo que se me había aparecido en la vida. ¡Vivir de prestado, la crisma partida de un pucherazo en una pelea en la cocina! ¡Y tenía el valor de aparecerse en Massey College! Aun así, como historia de vida mediocre, no carecía completamente de interés.

—¿Y qué pasó después? —pregunté.

—Fue lo mejor de todo —dijo el fantasma, tan al borde de la risa como lo pueda estar un fantasma—. Verá, en cuanto el mayordomo me hubo golpeado con el puchero de peltre, me encontré de pronto a veinticinco centímetros del suelo viéndolo todo: yo, tirado en el suelo; el mayordomo intentando enjugarme la sangre de la cabeza con una toalla, y todas las doncellas histéricas; el lacayo diciendo que ya sabía él que eso iba a pasar cualquier día, y el mayordomo, blanco como la pared, murmurando: «Vamos, señor, se lo ruego, vuelva en sí. No tenía intención de llegar a tanto, señor. Vuelva en sí y pondré menos azúcar moreno en el betún hasta el día en que me muera, de verdad, señor, se lo juro». Pero no había nada que hacer. Me había ido muy lejos, por lo que respecta a ellos. El mayordomo huyó y se hizo salteador de caminos, pero estaba muy gordo y era demasiado tonto para eso y, antes de un año, lo atraparon y lo ahorcaron.

»Sin embargo, hubo una cosa verdaderamente impresionante en todo el asunto. La cocinera era una mujer sabia, a su manera, y, antes de que el mayordomo huyera, le rogó que probara mi sangre, solo un poquito, bastaba con mojar el dedo en la sangre y chupárselo. Se negó. Ella, en cambio, la probó unas cuantas veces para demostrarle que no era tan desagradable, pero, claro, ella, por su profesión, estaba acostumbrada a probar sustancias crudas. ¿Por qué? Pues, verá, ella sabía que haciendo eso mi fantasma nunca podría aparecerse allí. Bien, pues no lo olvide: si alguna vez mata a alguien, pruebe su sangre o lo lamentará. Tenga en cuenta que en estos tiempos hay tantos asesinos descuidados e ignorantes que ya casi nadie sabe lo que le acabo de contar. Siempre me he alegrado de que el mayordomo fuera tan absolutamente imbécil; de no haber sido así, mi gran carrera, mi verdadero éxito, habría sido imposible.

El fantasma estaba visiblemente más animado ahora.

—¿Sabe que eso fue lo mejor que me pasó en la vida? De ser un pariente pobre, pasé de repente a fantasma familiar. Mi primo y su mujer estaban muy orgullosos de mí y, a medida que las generaciones se sucedían en la casa solariega, me fui convirtiendo en un personaje célebre. En una ocasión investigó mi caso la Sociedad de Investigación Psíquica, y Harry Price en persona me concedió la preciada categoría de las tres estrellas: Certificado de Espectro de Primera Clase.

Seguí soportándolo con paciencia, aunque con cierta dificultad también.

—Pero ¿qué le trae aquí? —pregunté. ¿Qué había empujado a viajar a un fantasma de Gloucestershire que gozaba de cierto prestigio en su casa?

Gruñó. Todos los fantasmas gruñen, y es un sonido bastante inquietante. Este era un gruñón de primer orden.

—Supongo que lee usted la prensa —dijo.

—Indefectiblemente —respondí.

—¿Zena Cherry? —dijo él.

—Religiosamente —dije yo, e hice la señal de la columnista de cotilleos: me puse una mano detrás de la oreja e hice el gesto de coger un lápiz con la otra.

—En tal caso, seguro que leyó la crónica de la antigua casa solariega que trajo a Toronto un empresario para reconstruirla piedra a piedra en Don Mills, cerca de Bridle Path, ¿no es así?

Sí, la había leído.

—Fue un verdadero desarraigo, literalmente —dijo el fantasma—, pero me lo tomé con filosofía. Lo malo de ser fantasma, verdad, es que la situación es siempre la misma. Por aquel entonces ya llevaba yo ciento cincuenta años en la casa solariega, empezaba a sentirme un poco confinado y me pareció que sería una aventura cambiar de país, de gente a la que asustar y de familia que presumiera de mí. Por eso no me importó venir a Toronto: el viaje en un avión de carga no estuvo mal, a pesar de los retrasos y las huelgas. Pero, cuando por fin llegué, empezaron a pasar cosas horribles de toda clase.

—Un clima desfavorable, supongo, ¿no? —dije comprensivamente.

—No, no tanto como los cambios estructurales —dijo el fantasma. Nuestra espléndida cocina de casona antigua resultaba excesivamente grande para una vivienda canadiense. Para empezar, eran casi ciento cincuenta metros hasta el comedor, y en medio había unas escaleras de piedra. ¡No quiera saber lo que dijo la gente de la inmobiliaria al respecto! Y el suelo era de losas, que resultan frías y duras para los pies canadienses. Y lo que es más, nuestra casa era una auténtica residencia de caballero y, sin mayordomo ni lacayo, sin seis doncellas, una cocinera y un pinche, para comer, no se podía aspirar a nada mejor que sándwiches. Por eso, los de la inmobiliaria decidieron que había que construir una cocina nueva; la vieja se convertiría en una cosa llamada «cuarto de juego», donde los pequeños de la casa podían estar a una distancia prudencial de sus mayores. Para instalar la cocina nueva, el contratista compró un objeto en Inglaterra y lo mandó a Don Mills, un objeto que jamás se encontraría en una casa solariega. Era un secadero de lúpulo. ¿Lo ha visto alguna vez?

No lo había visto en mi vida.

—Pues es un horno para secar el lúpulo, un edificio grande, como una torre, con el tejado en punta. Un objeto inverosímil. Pero lo adosaron a una pared de la mansión, justo al lado del comedor, y dentro hicieron la cocina nueva.

»Las cocinas modernas no son aptas para fantasmas, con tantas interferencias de aparatos eléctricos, cosas frías, cosas ardientes, y tan reducidas que un solo criado miserable hace el trabajo de cinco. ¿Dónde está el rincón de la chimenea en el que podían secarse los mozos y los cocheros de paso cuando hacía mal tiempo? ¿Y el fuego alegre, y el espetón, los perros, la gata con sus gatitos, las gallinas entrando y saliendo, los patos asomándose a la puerta y, en invierno, los rincones sombríos donde sentarse a recordar? Y lo peor de todo es que ni los constructores ni el contratista eran capaces de aprender el nombre de esa cosa horrible y la llamaban “lupanar”. ¿A quién le va a gustar encantar un lupanar, eh? Por mucho que haya sido pariente pobre, meterme en un lupanar... ¡jamás!

»A pesar de todo, tomé la determinación de sacar el mayor partido posible de la situación. Los inmigrantes siempre lo pasan mal en un país nuevo los primeros cientos de años. Decidí pasar el tiempo entre el lupanar, cuando el ama de llaves se tomaba el día libre, y el cuarto de juego, cuando los niños no estaban allí haciendo lo que hagan los niños en ese sitio, que es una cosa que nunca he averiguado.

»Y es que, verdad, la casa no se vendía. A pesar de tanta reconstrucción y destrucción, de tanta miseria carísima y tanto equipamiento moderno, no gustaba. Entonces, a los que tenían que venderla se les ocurrió una gran idea: la abrirían al público.



»Eso fue mi ruina. Los fantasmas también tenemos sentimientos y yo nunca he asustado al por mayor, por decirlo de alguna manera. A los criados los asusto encantado... sí, sí, encantado. A mis semejantes de buena familia, estoy dispuesto a proporcionarles la emoción de un auténtico fantasma familiar, aunque siempre me he puesto el límite de no manifestarme ante más de dos personas cada vez... por lo general, un hombre y su mujer o, mejor todavía, un hombre y quien tendría que ser su mujer. Pero tengo que asustar a alguien. Es parte de mi existencia, ¿comprende? Si no me aparezco al menos una vez al año, la cosa se me complica gravemente con... bueno, eso no importa ahora. Pero aparecerme a personas que han pagado la entrada con fines benéficos... No, no, eso ni pensarlo.

—Supongo que iría mucha gente a ver la casa —dije. Yo sabía lo que había pasado, pero quería que me contara su versión.

—Acudían por decenas y centenares —dijo él—. Y lo que hicieron con nuestra casa solariega desafía todo intento de descripción, como diría nuestro querido Shakespeare. Invitaron a unos interioristas de Toronto a que la amueblasen, uno para cada habitación, y solo de ver a los propios interioristas se me salían los ojos de las órbitas. Eran hombres de elegancia afectada (lo que en mis tiempos habríamos llamado «exquisitos» o «petimetres», solo que estos no eran caballeros), vivían de su trabajo y lo que vendían era buen gusto. ¡Como si cualquiera con posibles lo tuviera o le importara tenerlo! Llenaron nuestra cómoda casa solariega de muebles patilargos de nogal y de caoba que habrían quedado muy bien en cualquier burdel londinense de postín, pero no se podían comparar con nuestras antiguas sillas de roble tapizadas con la lana de nuestras propias ovejas. Llevaron retratos de gente que nadie conocía y dijeron que eran de sir Peter Lely y otros maestros posteriores. Colgaron cortinas y pusieron alfombras de horribles colores chillones, como si el marrón no fuera el único color que soporta una dama de buena familia en sus habitaciones. Y la cosa empeoró todavía más. Mucho más.

»Decoraron algunas habitaciones de arriba al estilo que llamaban “gusto contemporáneo”, que en realidad es puro caos y tinieblas, se lo aseguro. Empapelaron suelos, forraron paredes con pieles, pusieron cuadros de pintores locos y muebles en los que ni siquiera un espectro ingravido como yo podía sentarse cómodamente. Terminado este proceso, empezó el desfile de visitantes. Eran los amigos de las comisiones de mujeres de las obras de caridad que recibirían los beneficios de la horrenda violación de mi querida casona antigua, y lo pisoteaban todo y hurgaban en todas partes.

»No tenían ni idea de las comodidades de una casa del siglo XVIII y por eso admiraban los armaritos del orinal de los dormitorios y decían que qué monísimas eran las mesillas de noche; también les gustó mucho el orinal de plata que guardaba mi primo en el aparador del comedor, para tenerlo a mano después de cenar, y que, para mi vergüenza, estaba colocado, lleno de flores, a la vista de todo el mundo. Les encantaron las habitaciones modernas porque les recordaban a sus propias casas. Lo que más les gustó fue la cocina nueva y les pareció maravilloso que una incómoda casona antigua pudiera adaptarse con tanta elegancia a la vida civilizada. Había señoras de pelo azul que apoyaban a la Galería de Arte, señoras de pelo de colores poco corrientes que apoyaban el ballet, señoras robustas y alborotadoras que apadrinaban la ópera y damas jardineras que venían a ver las horribles plantas tropicales que los interioristas llamaban “el huerto en casa” y que habían puesto por todas partes... como si los caballeros respetables metieran en su casa los desechos de la huerta.

—Y usted no podía soportarlo, claro —dije yo compasivamente.

—Podía soportarlo todo —dijo él, y juro que si alguna vez he visto lágrimas en los ojos de un fantasma, fue en ese momento—. Todo, menos el aire acondicionado, claro. ¿Puede creer que

llenaron las hermosas paredes antiguas de tripas metálicas que echaban chorros de aire queapestaba a ratones en todas las estancias de mi querida casa? Chorros que descargan donde menos lo esperas, que me levantaban como una hoja en la tormenta y jugueteaban alegremente con mi ectoplasma, hasta que pillé el peor caso de artritis fantasmal que he visto en nuestras reuniones de Hallowe'en. Fue la gota que colmó el vaso y el asunto quedó sentenciado definitivamente. Tenía que marcharme, si no quería convertirme en un triste amasijo de rencor e incluso verme reducido a un *poltergeist* de clase ínfima. Tenía que abandonar mi casa o perder presencia irreparablemente en el mundo de los fantasmas.

»Bien, ¿me acepta usted? Esta fundación es moderna, ya lo sé, pero estos edificios tienen lo que considero las comodidades del hogar. Sobre todo corrientes de aire; echo de menos las sanas corrientes normales mucho más de lo que se imagina.

Reflexioné y eso es siempre fatal, porque, cuando reflexiono, la determinación se me escapa entre los dedos. Era un ser humilde, para lo que suelen ser los fantasmas, pero lo que me había contado me había llegado al corazón. Con todo, ¿dónde podía ponerlo?

—Puedo ofrecer algún servicio —dijo él, esperanzado—. Tengo entendido que en este continente existe una profesión floreciente, la de escritor en la sombra, y sé que aquí se escribe mucho. Usted, sin ir más lejos. Sé que escribe novelas y, aunque desprecio ese género, es posible que, con el tiempo, sea capaz de pergeñar una novela en tres volúmenes sobre un pobre desgraciado que quería ser profesor de la universidad y luego quiso entrar al servicio de la Iglesia, pero que al final, por un asunto de honor, murió asesinado a manos de su adversario, que era aristócrata. Prometo meter mucha teología por el medio. Y la podría firmar usted, por supuesto.

—No —dije con firmeza—, eso no puede ser de ninguna manera.

Se puso tristísimo e incluso más transparente, me pareció desbordado de pena.

—¿Podría hacer copias de manuscritos? —suplicó.

¡Y entonces se me ocurrió una idea luminosa! La fotocopidora que tenemos no sirve para nada y un copista nos vendría a las mil maravillas... sobre todo si era barato.

Pero ¿dónde lo alojaría? Me estrujé los sesos y, de pronto, ¡otra idea luminosa! Ya tenía la solución.

Hace unos años, cuando se terminó de construir esta facultad, el señor Thom, que era el arquitecto, me presentó un juego de planos. Conté las habitaciones destinadas a los profesores ayudantes de cátedra... e hice un alto. Después recorrí los edificios con el tesorero y contamos y recontamos las habitaciones, pero por mucho que las contásemos con todo cuidado, había tres en los planos que no aparecían por ninguna parte. Fui a consultar al señor Thom.

—Sí —me dijo, de esa forma abstraída tan característica de los arquitectos—, cuando hice todos los cambios que me pidieron los fundadores, se perdieron, no sé cómo, tres habitaciones. Se movieron paredes y se eliminaron recovecos y esquinas y, misteriosamente, desaparecieron tres habitaciones. Se puede decir que, estar, están, aunque no estén.

Sin una palabra más, me llevé al fantasma por las escaleras número tres, hasta arriba, y llegamos a un muro.

—Esta es su habitación —dije—. Yo no la veo, no lo puedo negar, pero quizá usted sí.

Fue un riesgo que asumí, pero salió bien. El fantasma se coló por la pared, pero le oía hablar y, por primera vez desde el comienzo, su voz sonaba alegre.

—¡Ya lo creo! —exclamó—. ¡Es justo lo que siempre he soñado! Es cómoda, tiene una vista encantadora del jardín, varias corrientes fuertes y ningún cachivache moderno. Muchísimas gracias, señor, se lo agradezco en el alma.

Me había deshecho de él, al menos de momento. Puse una marca de tiza en la pared en el lugar en el que debía de estar la puerta. Volvería al cabo de un par de días para darle las instrucciones de su nueva ocupación como fotocopidora invisible y sin reconocimiento.

Al cruzar otra vez el jardín con el corazón alegre, vi de pronto, y el corazón me dio un vuelco, vi de pronto, digo, parada junto a las puertas, una figura que conocía muy bien por unas cuantas fotografías del siglo XIX; estaba mirando alrededor con cara de desaprobación. Ese cuerpo de barril con su impecable levita, ese sombrero de seda, esplendoroso en extremo. ¡Tenía que ser él! ¡Iba a recibir la recompensa por mi buena acción! Apreté el paso hacia él con las manos tendidas.

—¡Doctor Ibsen! —exclamé—. ¡Por fin ha venido usted! ¡Quédese un ratito! ¡Haga el favor de entrar! ¡Tómese una copita de *acquavit*!<sup>30</sup> ¡Sostengamos una conversación espléndida sobre su obra! ¿Y me haría el honor de firmarme mi ejemplar de su gran obra teatral *Espectros*?

Ibsen, porque era él sin la menor duda, me dedicó una mirada que fue como si me clavara dos pequeños estiletes. Separó sus finos labios y una sola palabra escapó de la cárcel de su rostro formidable.

—*Tvertimot* —dijo y, sin añadir nada más, desapareció entre los barrotes de las puertas.

¡*Tvertimot!* ¡*Tvertimot!* ¡Esa expresión sumamente característica fue la última palabra que pronunció en su lecho de muerte! Eché a correr a mi estudio, saqué el gran *Diccionario de la Lengua Noruega* y me puse a buscar con manos trémulas.

«*Tvertimot* —decía la entrada—: Todo lo contrario, o, coloquialmente, ni hablar del peluquín.»

«Bien —pensé—, no ha sido mal año de fantasmas, al fin y al cabo. Hemos ganado una fotocopidora e Ibsen se ha dejado caer para burlarse un poco.»

## Einstein y el pequeño lord

Sé que lo comprenderán si les digo que, para mí, es una gran satisfacción que en esta casa se produzcan apariciones con asiduidad y profusión. Cada parte de nuestra gran universidad se esfuerza por distinguirse en un aspecto u otro, pero, en general, se reconoce que Massey College es única por lo que hace a la regularidad y variedad de apariciones espectrales. Año tras año, los fantasmas nos acompañan sin desfallecer, y son sombras de incuestionable categoría intelectual: la flor y nata del ectoplasma; en esta facultad, tantas veces acusada de elitista, al menos los fantasmas pueden considerarse la élite del *Quién fue quién*. Pensando en ellos, es difícil no caer en el pecado de la soberbia.

Todos los años, a principios de enero, empiezo a preguntarme quién nos visitará este año. Fantasmas de renombre universal consideran que somos dignos de que nos dediquen una o dos horas de su existencia, una deferencia inusitada, habida cuenta de sus muchas ocupaciones en el más allá. Ya que se ha impuesto la costumbre de celebrar centenarios y aniversarios de todas clases y que dichas efemérides se publican a principios de año, yo las consulto con un interés rayano en el regodeo, intrigado por saber quién será nuestro próximo visitante del otro mundo. El pasado mes de enero encontré un nombre excepcional como ninguno, porque este año se cumple el centésimo aniversario del nacimiento de Albert Einstein.

Veo en sus caras un asombro matizado de desdén. ¿Este tipo se cree que tiene algo que decirle a Einstein? Esa es la pregunta que leo en sus ojos. Pero sepan ustedes que, gracias a mi experiencia con los fantasmas, sé que no siempre es preciso hablar con ellos; son ellos los que desean comunicarse con nosotros. No tienen tiempo para cháchara vacía. Aunque también es verdad que tenía una corazonada poco halagüeña. Si Einstein iba a confiarme reflexiones *post mortem* sobre los experimentos Michelson-Morley o a utilizarme para contar al mundo algún descubrimiento nuevo sobre la longitud de onda de la luz que emiten los átomos, tendría que tener mucho cuidado para no cometer errores al tomar apuntes al dictado. Pero, en general, tenía confianza en mí mismo. Solo había que esperar que Einstein se presentara, ya me las arreglaría yo después.

Pero no se presentó. Esperé y seguí esperando. A principios de diciembre empecé a impacientarme. ¿Esa esperanza absurda se debía a un orgullo ridículo? ¿El otro mundo habría decidido darme una lección de humildad condenando a nuestra casa a un año sin fantasmas? «¡Pues claro! —pensé—. Esos poderosos espectros no vienen a verme a mí, sino a la facultad, y la facultad no los ha ofendido en nada.» Y aguardé otra larga semana lo mejor que puede, y hace justo una semana la vigilancia se vio recompensada. Einstein se presentó.

Llegó inesperadamente, como es habitual en los fantasmas. Era la noche de nuestro Baile de Navidad y, como saben algunos de ustedes, es una celebración que no solo levanta los ánimos, sino que además resucita a los muertos. Había salido al jardín en busca de descanso para los oídos, aunque, de todos modos, la música se oía mucho, y no me sorprendió percibir detrás de mí una voz suave con un leve deje foráneo.

—No es lo que más me gusta exactamente.

Di media vuelta y allí estaba, imposible confundirlo: una figura fornida sin nada de particular; la ropa, un desastre, y luego, la espléndida y grande cabeza melancólica. Estaba fumando en pipa tranquilamente, como mandan los cánones, soltando nubecitas fragantes y haciendo un ruidito característico con los labios.

—¡Ha venido! —exclamé.

—Tenía intención de venir desde el principio —dijo—, pero lo he dejado casi hasta el final del

año de mi centenario, cuando sabía que ya estaría cansado. Lo digo por sus reglas, ya sabe.

Me pregunté a qué reglas se referiría, pero la duda no duró mucho. Se refería a las reglas sobre nuestros invitados. La regla inquebrantable es que está terminantemente prohibido pedir favores a los huéspedes y que hay que considerar confidencial cualquier opinión que estos expresen informalmente. Einstein había venido a vernos huyendo de la publicidad que acosa a los fantasmas eminentes.

Necesitaba descansar y yo sabía en qué clase de descanso estaba pensando. Llevaba un violín bajo el brazo. Con un movimiento brusco de la cabeza señaló hacia el sonido de la música de baile y dijo cordialmente:

—Vamos; nosotros lo hacemos mejor.

No recuerdo exactamente cómo lo seguí, pero en un abrir y cerrar de ojos me encontré en la gran sala del sótano de mi casa, donde vive el piano. Y digo que vive allí porque no me atrevo a decir que lo tengo allí. Es que el piano me impone. Verán, he tocado el piano toda mi vida, aunque no he llegado a dominarlo en ningún sentido. Se dilapidó una fortuna en mi educación musical, pero sigo siendo un manazas; es posible que sea el único en toda la historia de la música que toca el piano tartamudeando. No obstante, lo toco. Casi todos los días bajo al sótano, me acerco al piano y soporto su teutónica risita burlona mientras aporreo las teclas tocando lo que me gusta, que, lo confieso, consiste fundamentalmente en arreglos para piano de música compuesta para otros instrumentos, e incluso para la voz humana.

Einstein me hizo seña de que me sentara al piano y se puso a tocar el violín. El tono era perfecto. Me entró un miedo cervical.

—¿Seguro que quiere que lo acompañe? —le pregunté, temblando de miedo.

—No, no; toquemos juntos —dijo, y se encajó el violín bajo la barbilla.

Se me heló la sangre en las venas. En todo el repertorio musical en el que se mezclan el violín y el piano solo podía atreverme con una obra: una *Humoresque* de Dvorák, la número siete en sol bemol. La conocen. Se le ha puesto una letra popular inspirada en un cartel ferroviario muy conocido:

Señores pasajeros, por favor no tiren  
de la cadena del retrete cuando el tren  
esté parado en la estación:  
Les quiero.

Pero, si habla Einstein, yo no soy nadie para llevarle la contraria, conque me senté al piano y, para gran asombro mío, vi en el atril, ante mis ojos, la partitura de las seis sonatas de Bach para clave y violín. Einstein bajó un poco el arco, a modo de señal, mis manos volaron a las teclas y empezó a sonar la música más exquisita que hubiera salido de mi piano en toda su existencia. ¡Y era yo quien tocaba esos sonidos gloriosos! Einstein era muy buen violinista, buenísimo para ser físico, pero yo era una maravilla musical. Poco a poco fui apoderándome de esa habilidad tan ajena a mí. Me henchí de orgullo. Empecé a refinar mi manera de tocar y a hacer correctamente cosas con las que habría tropezado Glenn Gould. Estaba como transformado, se me había concedido el don de tocar como lo había imaginado.

Y entonces sucedió. De pronto se oyó una discordancia en las teclas graves del piano y vi que un perro gigantesco había apoyado la cabezota en el teclado con gran estrépito. Einstein dejó de tocar; yo dejé de tocar; el perro nos miró a los dos con ojos perfilados en carne roja, húmeda, horrible.

—Siento que *Dougal* les haya interrumpido —dijo una voz alta, clara y dulce—, pero es que tengo que hablar con el profesor Einstein sin demora.

Era la voz de un niño, el más guapo que había visto en mi vida. Llevaba su hermosa figura infantil ataviada con una chaqueta de terciopelo y unos calzones ceñidos, de los que salían unas piernas cubiertas por medias negras de seda que habrían sido la envidia de Marlene Dietrich. La chaqueta de terciopelo tenía el cuello de exquisita puntilla blanca y, alrededor de la bella carita masculina, se arremolinaban profusamente unos largos tirabuzones de pelo rubio.

Ya saben quién era, naturalmente. Y yo, gracias al recuerdo que tenía de la novela que había leído en la infancia, de la que él era el protagonista, pude saludarlo con una exclamación cuya cadencia sonaría familiar y agradable a sus oídos.

—¡Dios bendiga a su excelencia! ¡Dios bendiga vuestro hermoso rostro! ¡Suerte y felicidad para su excelencia! ¡Sed bienvenido!

El muchacho hizo una inclinación en respuesta al saludo.

Era el pequeño lord Fauntleroy.

Al parecer, los niños de hoy no lo conocen, como tampoco el libro de la señora Frances Hodgson Burnett que relata su vida. Estoy seguro de que no es más que un lapso pasajero de su fama, pues se trata de una novela inmortal, una encarnación soberbia de lo que el doctor Jung de Zúrich ha denominado el arquetipo del niño prodigio.

Casi todos ustedes lo conocen, aunque tal vez algún menor de treinta años no sepa quién es. Sin embargo, millones de lectores de todas las edades se han emocionado con el relato del pequeño Cedric Errol, nacido en Nueva York, de madre estadounidense, a la que jamás llamó otra cosa que «Queridísima», porque así la llamaba su padre, que era inglés y había fallecido muy joven. Cedric se consideraba estadounidense y, ciertamente, tenía todas las características que los distinguen: sinceridad total, confianza ilimitada en sí mismo, modales elegantes innatos y un espíritu democrático casi excesivamente entusiasta para ser completamente creíble. Sin embargo, la democracia de Cedric no era nada afectada; sus amigos más queridos eran el señor Hobbs, el verdulero, Dick, el chico que limpiaba los zapatos, y la pobre anciana que vendía manzanas en la esquina de la calle; era bondadoso con otros muchos pobres y necesitados, por los que siempre sufría. Juzguen ustedes el asombro del lector cuando descubre que ese niño americano típico, por obra y gracia de la muerte de una serie de familiares de la rama paterna, se convierte en el heredero del gran conde de Dorincourt, y que su verdadero nombre es lord Fauntleroy.

Ya saben ustedes sobradamente que Cedric ablanda el duro corazón de su abuelo, el conde (el típico noble inglés, orgulloso, dominante, de sangre tan azul que podría servir de tinta y, sin embargo, un ser espléndido e inmensamente rico), que consigue hacer felices a los arrendatarios de su abuelo, que convence a su altivo abuelo de que acepte a Queridísima, quien, aun siendo americana, es una dama, y que lleva a Inglaterra al señor Hobbs, el verdulero, y a Dick, el niño que limpiaba los zapatos, y los instala cerca del castillo de Dorincourt para poder seguir siendo democrático con ellos; también conocen de sobra las ilustraciones que hizo Reginald B. Birch para el libro, gracias a las cuales, todos los personajes, pero sobre todo el pequeño lord, con sus rizos y su chaqueta de terciopelo, son ahora tan conocidos por millones de lectores fascinados desde 1886 hasta, al menos, 1925.

Y allí estaba, en mi sala de música, enfrentándose al profesor Einstein y a mí. Y no solo Fauntleroy, también el enorme mastín babeante de ojos rojos, *Dougal*, el perro de su abuelo y compañero inseparable del pequeño lord.

No sabía por qué se había presentado, conque se lo pregunté directamente, con una franqueza que seguro que un muchacho tan democrático sabría apreciar.

—¿Qué os trae por aquí, milord? —dije.

El pequeño se rio. Era la risa característica de un niño inocente: como campanas de plata, que

despertaron ecos en el piano.

—Deseo pedir un favor al profesor Einstein —dijo.

—Nada de eso —dije yo—. En Massey College está prohibido pedir favores a los invitados.

—¡Oh, por favor... por favor, por mi bien y ciruelas con miel! —dijo lord Faunterloy de una manera encantadora—. No se os habrá olvidado que este es el Año del Niño, ¿verdad?

A mí sí. A pesar de todo el alboroto en la prensa y de las campañas por esto, por lo otro y por lo de más allá para reforzar la influencia de los niños, a mí se me había olvidado. La verdad es que no me esperaba que el Año del Niño tuviera algo que ver con nuestro fantasma de La Casa.

—El Año del Niño es más importante que las reglas —dijo Faunterloy—. ¡Ah, no imagináis lo importante que es para la paz en el mundo! Seguro que ya sabéis que unas personas queridas y encantadoras están trabajando para que se apruebe la Declaración de Derechos del Niño, ¿verdad? ¿No?

Reconocí que había oído algo. Einstein ni se molestó en contestar; estaba mirando al pequeño lord Faunterloy con una expresión que reconocí en sus grandes y tristes ojos. Era una expresión de cansancio inmenso mezclado con noble compasión. También era la expresión de una persona influyente enfrentada a un mendigo despiadado.

—Por eso he venido a pedir consejo al profesor Einstein, el autor de *¿Por qué la guerra?* —dijo el bello niño—. Los mejores de entre nosotros queremos una declaración de derechos sensata. Ya sabéis a qué me refiero: se prohibirá pegar a los niños más de lo conveniente y los pueblos salvajes no podrán comérselos salvo en casos de extrema necesidad; será obligatorio amar a los niños, menos a los que no se lo merezcan; a los niños se les podrá ver pero no escuchar, con la excepción de niños excepcionales, como yo; se les impartirán conocimientos sensatos y se les adjudicarán maestros sensatos, y tendrán derecho a que les den dinero para gastar, pero no tanto como para meterse en líos graves. A cambio, los niños se comprometen a ser razonables y a fingir inocencia, a creer en Papá Noel y en que a los niños los trae el médico y toda esa mierda... ¡Ay, lo que he dicho!

—Has dicho «toda esa mierda» —dije, con intención de ayudar.

El pequeño lord Faunterloy se tapaba la cara con las manos: era la viva imagen de la vergüenza.

—Lo sé —dijo—. ¿Cómo he podido decir eso? ¿Qué diría Queridísima si me oyera decir una palabra tan horrible? ¡La culpa la tiene él! Es por la influencia que ejerce sobre mí. ¡Ay, si no fuera el niño más adorable y bueno que se haya visto jamás, lo odiaría!

Para reforzar el disgusto general, *Dougal*, el perrazo, se puso a aullar melancólicamente y a fustigar las teclas del piano con la cola.

Y entonces intervino el profesor Einstein.

—Querido niño —dijo—, si quieres que te entendamos, no empieces a contarnos las cosas por la mitad y vayas y vengas de un lado a otro. Te recomiendo el método científico: expón la tesis principal, desarróllala y avanza hacia la conclusión.

El pequeño lord se apartó las manos de la cara y miró al gran hombre con veneración.

—Justo lo que quería —dijo—. ¡Qué sabio eres, profesor Einstein! Sabía que me ayudarías. Haré lo que dices. Por favor, ¿puedo sentarme en tu regazo?

Einstein lo pensó un momento y luego dijo:

—No. —El respeto que sentía yo por su sabiduría aumentó inmediatamente—. Quédate donde estás; yo me sentaré y entonces nos contarás tranquila y claramente qué es lo que quieres. Bien, en primer lugar, ¿de dónde vienes?

—Del Paraíso —dijo el niño prodigio—. ¡Ah, pero no se parece nada a como se lo imaginan

los tontos! En realidad, es una confederación grandísima de paraísos independientes, en los que todos gozan de vida eterna con gente de su agrado. En el Paraíso de los Niños no hay adultos, porque si no, no sería un paraíso para los niños. Y, por supuesto, como todos los niños estamos en el Paraíso de los Niños, los demás paraísos son paradisiacos para los adultos.

—Muy cierto —dijo Einstein—. No recuerdo haber visto ni oído a ningún niño desde que llegué a la División de Físicos del Paraíso de los Intelectuales.

Me asaltó una duda.

—Un momento —dije—. Tenía entendido que el Paraíso era para los vivos que han pasado al descanso eterno, pero vos, milord, nunca fuisteis un ser vivo. Aclaradlo.

—¡Ay, tontín, tontón, tontorrón! —dijo Fauntleroy tocándome la manga, mientras *Dougal* me olisqueaba los pantalones con su fantasmagórico hocico baboso—. ¡Mira que decir esas cosas, tú, un escritor, en cierto modo! Sabes muy bien que gocé de una vida más plena y gloriosa que la mayoría de los niños. Me amaban millones de personas que no tenían hijos propios. Los niños de la literatura somos la aristocracia del Paraíso de los Niños. Se nos recuerda durante generaciones, mientras que los niños de verdad que no tuvieron la suerte de vivir hasta la madurez caen en el olvido, ¡pobrecitos! Nosotros llevamos la batuta. ¡Mandamos nosotros, de una forma sutil! Allí está el Grupo Dickens (el pequeño Paul Dombey, el pequeño Tim y la pequeña Nell), el de Hijos de la Intemperie (Tom Sawyer y Huckleberry Finn, Midshipman Easy, Jackanapes, Penrod y otros), y luego los más chiquitos, como los mellizos Bobbsey y Budge y Toddy; y la Pandilla de los Cuentos de Hadas (Rosa Roja, Blancanieves, Pedro el de las Habichuelas y todos esos). No os imagináis la cantidad que somos y, como estamos mucho más vivos que los niños de carne y hueso, mandamos nosotros, naturalmente. O mandábamos, mejor dicho —se corrigió el niño, y su preciosa carita se entristeció—, hasta que llegó él.

—¿Un rival? —pregunté.

—Un rival, no —dijo el niño, con lo que habríamos llamado un puchero en un niño de categoría inferior—: un usurpador.

—Es lo mismo —dije—. ¿Qué pasó?

—En el Paraíso de los Niños, todo era paradisiaco —dijo Fauntleroy— porque el jefe era yo. Me ocupaba de que todos fueran felices, no toleraba ni un instante de discordia. Cuando alguno de mis agentes me informaba de algo...

—¿Agentes? —dijo el profesor Einstein—. ¿Quieres decir «espías»?

—No seas desagradable —dijo Fauntleroy, reprochándoselo con una sonrisa—. Eran niños avispados por naturaleza, como Artful Dodger de *Oliver Twist* y Gavroche de *Los miserables*, o en los que se podía confiar infinitamente, como Casabianca... ya sabéis, el niño que estaba en la cubierta en llamas. Si veían que se avecinaba alguna pelea, me lo decían y yo iba a poner paz inmediatamente, y si el niño en cuestión no cambiaba de parecer, *Dougal* le pegaba un revolcón y ahí se acababa el problema.

De repente, *Dougal* arremetió contra mí y casi me tira de la silla; así entendí lo que quería decir un revolcón.

—Contadnos lo del usurpador —dije.

—Ya sabéis cómo están las cosas en la Tierra desde hace veinte años —dijo Fauntleroy—. Tumultos por todas partes, entre naciones, entre estudiantes universitarios e incluso entre niños. Tanto es así que el niño moderno va directo a...

El muchacho se ruborizó hasta las orejas y dijo algo al profesor Einstein al oído.

—¿Y el usurpador vino del Infierno? —dijo el profesor Einstein.

—No, de Toronto —dijo Fauntleroy—. Se llama Flanagan Diente de Oro. Está muy orgulloso



de su diente de oro. Se puso a robar a pensionistas ancianos en el supermercado hasta que reunió suficiente dinero para comprárselo. Era su seña de autoridad. Es un diente enorme, de adulto, todo de oro... de un gusto pésimo. Pero, claro, esa clase de vida solo puede llevar a una cosa: Diente de Oro se ganó un botellazo en la cabeza en una redada de la policía, en Cabbage Town, y, para su sorpresa, lo mandaron al Paraíso de los Niños. Él quería ir al Paraíso de los Hooligans, pero no tenía edad suficiente y lo mandaron con nosotros. Por su culpa, desde luego: se destacó antes de tiempo.

—¿Y quiso apoderarse del Paraíso de los Niños?

—Desde el primer momento —dijo Fauntleroy—. Decía cosas muy ofensivas. Empezó a intimidar a un niño literario del Tercer Mundo al que siempre llamamos Sambito Negro; Diente de Oro le llamó una cosa racista horrible y, cuando lo reprendí (con toda sutileza, claro, porque era nuevo y no conocía nuestras costumbres), me preguntó si era gay.<sup>31</sup> Le dije que sí, claro está, que Queridísima siempre me había querido muchísimo precisamente por ser así, y él se rio de una manera muy ofensiva y se puso a imitarme groseramente. No entendí que me había insultado hasta que Holden Caulfield<sup>32</sup> me contó lo que quiere decir «gay» para una mentalidad como la de Flanagan. ¡Gay, sí, claro! ¡Yo! Y los años que llevo disfrutando de una relación de especial intimidad con la pequeña señorita Muffet, ¿qué, eh?

—¿No se os ocurrió azuzarle a *Dougal*? —dije.

—Estaba pensándolo cuando estalló el verdadero conflicto —dijo Fauntleroy—. Como es lógico, Flanagan asistía a las reuniones en las que hablábamos de cómo tenía que ser la Declaración de Derechos del Niño; eran unas reuniones completamente democráticas, así que no podíamos prohibírselo. Estábamos intentando definir algo parecido a lo que he dicho antes. Es que, claro, en las Naciones Unidas y en la UNESCO, todos los asuntos de los niños los llevan adultos, que no tienen ni idea de lo que quiere un niño sensato; lo último que queremos es ser independientes... si nos independizan, perdemos todo nuestro poder. Para tratar con los adultos de la mejor manera posible tenemos que estar bajo su tutela, que es lo mismo que subirnos a sus espaldas: nuestra debilidad es nuestra fuerza, eso lo sabe hasta el último niño.

—Este niño es listísimo, para la edad que tiene —dijo Einstein.

—Claro que lo soy —dijo el pequeño lord Fauntleroy—, pero Flanagan Diente de Oro no sabe ser niño, sencillamente. Hacía propaganda para que la Declaración nos concediera el derecho a votar a la edad de tres años, y a beber alcohol y a drogarnos, y a denunciar a nuestros padres por no saber educarnos, y para que nos garantizara que, en caso de divorcio, todos los bienes quedaran en nuestras manos... Unas locuras que no se le ocurrirían a nadie, vamos, que nos privarían de todo poder real y nos cargarían con muchísimo trabajo y responsabilidades económicas. Así que se produjo un enfrentamiento.

—¿No ganaría Flanagan Diente de Oro! —exclamé.

—De momento, estamos empatados —dijo Fauntleroy—. Es que la reunión se desmandó y, al final, Diente de Oro llamó madre a Christopher Robin. Al principio no me pareció mal, porque para mí, madre significa Queridísima, pero había un niño griego de las *Fábulas de Esopo* en el estrado, cerca de mí, y me dijo al oído que era una expresión muy ofensiva, que se refería a un tal Edipo, así que pregunté a Diente de Oro qué quería decir con eso y, para horror de todos los presentes, nos lo explicó. Christopher Robin se echó a llorar y Alicia, del país de las maravillas, le sacudió un estacazo a Diente de Oro con una maza de cróquet; cuando se restauró el orden, tuve que dirigirme a Diente de Oro con mucha severidad y él me retó a una pelea. Le dije que aceptaba si arbitraba *Dougal*, pero se negó y, por un momento, las cosas empeoraron muchísimo, hasta que Huck Finn me puso algo en la mano derecha diciendo que me sería útil, y entonces aticé un golpe

muy atinado a Diente de Oro cuando no me veía y se derrumbó en el suelo. Pero enseguida se puso de pie de un salto y empezó a gritar: «¡Tongo!»; me miré la mano y vi que lo que Huck me había dado era una herradura. Entonces, Diente de Oro me atacó injustamente y sin previo aviso, y de una forma muy antiamericana, incluso antiinglesa, y cuando todo terminó me había quedado sin autoridad.

Entonces, el hermoso niño vaciló y rompió a llorar amargamente.

El profesor Einstein y yo nos miramos. Ambos pensábamos lo mismo. El gran científico tendió una mano tiernamente hacia los bucles dorados y le quitó lo que, a todas luces, era una peluca. Le habían rapado la cabeza. El pequeño lord Fauntleroy había sufrido el sino de Sansón a manos de Diente de Oro Flanagan.

—¿Has probado a aplicarte clara de huevo? —le preguntó el gran hombre.

—¿O tal vez una cataplasma de fertilizante orgánico? —dije yo.

—Tardará meses en crecer como lo tenía antes —dijo Fauntleroy— y no tenemos tiempo. A menos que fracase ese plan horrible de la Declaración de Derechos del Niño (que en estos momentos Diente de Oro está infiltrando en las células cerebrales de la asamblea de Naciones Unidas), la sociedad tal como la conocemos se hundirá en picado. ¡Gobernarán los niños! ¿Os imagináis adónde puede conducirnos eso...?

—No estoy seguro de que los niños lo hicieran mucho peor que sus mayores —dijo el profesor Einstein.

—Dependería de qué niños fuesen —dije yo—. Seguid el consejo de un hombre que está empapado de literatura y leyenda; esto es la guerra en el Cielo, y Diente de Oro ha prevalecido, en lugar de ser derrotado y enviado a los infiernos con todos sus seguidores para sufrir tormento.

—Ya lo creo que ha prevalecido —dijo Fauntleroy—. Anda pavoneándose por el Paraíso de los Niños con su diente de oro ¡y el pelo que me arrancó!

—Veo que tiene usted razón —dijo el profesor Einstein—. Como mucha gente que no tiene hijos, me inclino a tener una opinión de los niños excesivamente buena.

—Vuelva usted a leer *El rey Lear* —le dije.

—Sí, sí —dijo—; pero, entre tanto, chiquillo, no te desesperes. Iré a la asamblea de las Naciones Unidas, donde todavía tengo alguna influencia espiritual, y veré lo que puedo hacer.

Al pequeño lord se le puso cara de arrebató total. Se abalanzó sobre el gran hombre y le cubrió la cara de besos, mientras, *Dougal* lamía el violín con su lengüeta y lo humedecía de una forma desagradable.

—Entre tanto, para curarnos en salud, probad esto —dije, sacando un frasquito negro de debajo de la parte superior del piano.

—¡Ay, cuánto os quiero, abuelitos! —dijo el niño prodigio con los ojos llenos de lágrimas—. ¿De verdad voy a recuperar el pelo?

—Esto no es un tónico capilar —dije—, sino una sustancia que utilizo para limpiar las teclas del piano. Por vía oral, puede causar efectos drásticos, por ejemplo, si a alguien le diera por limpiarse un diente de oro con ella.

Si no me equivoco, el niño me guiñó un ojo.

—¡Ah, sería una broma divertidísima —dijo—. Aunque Diente de Oro no sea mortal, seguro que se le puede humillar.

Y agarrando a *Dougal* por el collar, lord Fauntleroy echó a correr hacia la puerta. Dejé de verlos antes de que la alcanzaran.

—¿Cree de verdad que los niños podrían apoderarse del mundo? —dije al profesor Einstein.

—No, no puedo creerlo —dijo el eminente físico—. ¿Acaso no he dicho que Dios no juega a

los dados con el destino del universo?

Volvió a levantar el arco y atacó Bach de nuevo. Sin embargo, los lametazos de *Dougal* habían desafinado el violín de forma lamentable. El sonido fue disminuyendo al mismo tiempo que mis dotes musicales mermaban, hasta que me quedé tocando solo y tocando mal, y supe que la decimoséptima aparición en Massey College había llegado a su fin.

## Ofrecimiento de inmortalidad

Algunos de los que están aquí esta noche han oído relatos de apariciones en Massey College muchas veces, y otros los han oído todos: diecisiete hasta el momento, y todos verdaderos. Sin embargo, nunca me he creído con derecho a dar por supuesta su aparición ni me he atrevido a pensar que vendrá uno todos los años y que llegará a tiempo. A los fantasmas no les gusta que den por supuesto que se van a materializar ni que les den órdenes. Así pues, comprenderán mi inquietud; este es el último año que paso en esta institución y me habría gustado concluir mi época aquí contándoles el último relato. Sin embargo, «ordenar el éxito no está en manos de los mortales». No tengo aparición que ofrecerles.

No obstante, sucedió una cosa... unas circunstancias de las que debería informarles, aunque, cuando las oigan, comprenderán el reparo que he tenido en darlas a conocer. No fue un fantasma, no, sino una cosa que no es del todo normal. ¡Ay, si tuviera la fuerza de voluntad para dejarlo aquí, para no decir nada más! Pero... ahí va.

Sucedió a finales de noviembre, cuando celebramos el último banquete de la *High Table* de este año. En diciembre no se celebran porque, en la temporada de Navidad, nuestros actos de hospitalidad son el Baile de La Casa y el asunto que nos ocupa. La hospitalidad es una de las luminarias que guían a esta institución. Nuestros invitados merecen todos los honores y toda la consideración: ese es nuestro lema, aunque sea un poco anticuado. Aquí, los invitados son sagrados.

La tarde del viernes, cuando nos preparábamos para el banquete de la *High Table*, la señorita Whalon recibió una llamada telefónica del doctor Walter Zingg, el distinguido científico médico y catedrático.

—Espero no estropear demasiado la distribución de la mesa —dijo—, pero me gustaría muchísimo invitar a una visita que acaba de llegar inesperadamente de Sudamérica; es un científico de fama internacional, de Bogotá: el profesor J. M. Murphy.

La cosa tuvo fácil arreglo y, cuando se estaba preparando la lista de invitados, la señorita Whalon se dio cuenta de que la universidad de la que procedía el profesor Murphy había sido fundada en 1572, detalle que la hacía mucho más antigua que la nuestra, y de que además debía de ser una de las universidades de mayor altura del mundo, porque se encontraba a 2.625 metros sobre el nivel del mar. Pero, cuando por fin buscó al profesor en un directorio académico, solo se decía que era una autoridad mundial en criónica y que su nombre completo era Jesús María<sup>33</sup> Murphy.

Eso no me preocupó. En Sudamérica abundan los descendientes de inmigrantes irlandeses que conservan el apellido original, aunque ahora son casi totalmente de sangre española o india. El nombre de Jesús María Murphy causaría tan poca extrañeza en Colombia como el de Mackenzie King Stacey en Canadá. No sabía lo que era la criónica, pero tampoco lo necesitaba; el profesor Zingg se ocuparía de todo eso.

Sin embargo, lo que no me esperaba era la persona que apareció en la Sala de Profesores bajo las alas del doctor Zingg, y digo «bajo las alas» a propósito, porque el profesor Murphy no le llegaba ni a la cintura. Era el ser humano más pequeño que he visto en mi vida, pero la estatura no era el único detalle que le daba un aspecto irreal; tenía el cutis de un color tan vivo y el pelo tan negro y brillante que parecía una muñeca preciosa. Pelo teñido y una cantidad de maquillaje casi operística: raro en un científico, pero vivimos tiempos muy permisivos. Cuando le di la mano, era como una garra pequeñita y la tenía extraordinariamente fría, tanto, que casi se la suelto del susto.

Cuando algo me desconcierta, lo disimulo deshaciéndome en cordialidad y camaradería, lo cual, como saben la mayoría de ustedes, no revela mi verdadera naturaleza. Pues eso fue lo que hice al tocar aquella mano tan fríasima.

—¡Bienvenido, profesor Murphy! —le dije con entusiasmo—. ¡Nos alegramos muchísimo de tenerlo esta noche a cenar a nuestra mesa! ¡Jo, jo, jo!

El hombre respondió con lo que debía de considerar una efusividad semejante a la mía. Con una voz fina y aguda, muy parecida a la de la marioneta Punch del teatro de títeres que había visto en Londres, me dijo:

—Conque sí, ¿eh? Se alegran ustedes mucho, ¿eh? ¡Pues se van a alegrar más de lo que creen! ¡Ji, ji, ji!

Presenté al doctor Murphy a algunos de los colegas que venían a la cena. Sin ninguna timidez, se subió a la mesa y allí se quedó, para poder hablar con ellos cara a cara.

En cuanto tuve la oportunidad, miré intrigado al profesor Zingg, que se ruborizó.

—No lo conocía en persona —dijo—, pero tengo que cuidar de él todo el fin de semana, es decir, espantar a los perros, a los niños traviesos y esas cosas.

—Pues me da la impresión de que el profesor sabe cuidarse solo perfectamente —dije.

La verdad es que no tuvo ninguna dificultad en la cena. Con la exquisitez proverbial que caracteriza a Massey College, nuestro bibliotecario había previsto que se pusieran en su silla tres tomos del *Oxford English Dictionary*, para que no estuviera en desventaja; y allí estaba él, encaramado al N-Poy, charlando alegremente con el doctor Swinton, un hombre insaciable en lo que a curiosidades científicas se refiere; al otro lado de Murphy se encontraba el doctor Hume, el decano, y sabía que esos dos expertos en hospitalidad institucional cuidarían muy bien del extraño invitado. Pero observé que, aunque daba muchas vueltas en el plato con el tenedor y el cuchillo a la buena comida que servíamos, no probaba bocado ni bebía vino.

El camarero, el señor Stojanovich, apareció de pronto a mi lado.

—Ese caballero tan pequeño, el tal profesor Murphy, pregunta si puedo servirle su bebida predilecta.

—Por supuesto, si la tenemos —dije yo.

—La tenemos, sí —dijo Mircha—, es vinagre.

—Dale el mejor de la bodega —dije.

Me pareció muy curioso. El vinagre, naturalmente, es una solución de ácido acético que se hace, según explica el diccionario, con vino de poca calidad; Canadá, que no conoce rival en el mundo en la producción de vino de poca calidad, tiene vinagres de primera clase. Mircha volvió con una damajuana, me la presentó de esa forma tan elegante que distingue a las funciones de nuestra institución. Tomé un poco en una copa y lo saboreé concienzudamente. Era un Loblaw<sup>34</sup> 1980 con cuerpo, redondo. Asentí, nuestro invitado fue complacido y a mí me llamó la atención ver que se chupaba los labios y, después de dos copas rápidas, se animaba muchísimo.

Pero la cosa no acabó ahí. Cuando bajamos a seguir charlando y tomando vino, el profesor Murphy insistió en llevar consigo la botella de vinagre, y se pasó la velada dando traguitos, hasta el punto de que consumió más líquido que cuatro cualesquiera de nosotros.

Era una excentricidad, desde luego, pero nada más. Sin embargo, cuando empezamos a despedirnos, el extraño invitado me agarró de la mano y me dijo entre dientes:

—Tengo que hablar con usted.

—Si lo desea —le dije—, pediré al profesor Zingg que lo acompañe a mis aposentos.

—No, no —dijo el pequeño Murphy—, deshágase de él, dígame que se vaya a paseo.

Fue una grosería, porque el profesor Zingg estaba sentado a su lado; sin embargo, el profesor no

pierde la dignidad tan fácilmente y sonrió con amabilidad a Jesús María Murphy, hizo una leve inclinación de cabeza y se marchó. De todos modos, me pareció que se iba muy aliviado.

En menos que canta un gallo, me encontré sentado en mi estudio, enfrente del profesor Murphy, que se había acurrucado en mi sillón grande con la tercera damajuana de vinagre, recién abierta, en el suelo, a su lado.

Tuve entonces una idea hospitalaria.

—¿Le gustaría ir a los servicios? —le pregunté.

Al fin y al cabo, por la ley de la gravedad, una ingesta de líquido tan copiosa precisa ser evacuada en algún momento.

—¿Adónde? —dijo entre dientes—. ¡Ah, al excusado!<sup>35</sup> No, no; nunca voy. Necio, necio: ya descubrirás por qué.

No se puede decir que me gustaran esas palabras, pero el profesor seguía hablando.

—Usted, Davies, ya es viejo, ¿eh? ¿Y deja esto? Le echan, ¿no?

—Nada de eso —le dije con cierta frialdad, porque no me gustaba su tono—. Me retiro, y la facultad me ha tratado con toda cortesía, como es costumbre.

—Ya, ya, pero a usted le da pena marcharse. Quiere saber qué va a pasar, ¿eh?

—Naturalmente; soy el primer decano de esta facultad, el primero, espero, de una larga y espléndida serie. Sería imposible no sentir curiosidad por el futuro, aunque comprendo que es un deseo ridículo.

—¿Ridículo? ¿Por qué?

—Pues por la brevedad de la vida humana.

—No, no es breve en absoluto. Usted no es científico, ¿eh?

—No —dije—, en la medida en que sea posible resumir lo que hago, estudio literatura de enfoque psicológico.

—¡Oh, Santa Madre de Dios! —exclamó el profesor Murphy—. ¡Cómo pierden ustedes el tiempo! Aunque, la verdad, yo a su edad, hace unos cientos de años, era igual de idiota. Incluso me hice sacerdote. Nuestra universidad la fundaron unos sacerdotes en los tiempos de la Conquista Española; yo fui uno de los fundadores, y ocupé el cargo de vicerrector muchos años. Pero no es fácil ser sacerdote español en las montañas de Sudamérica, y menos si se es un poco inteligente, y menos aún si tiene uno la verdad delante de las narices.

Me pareció oportuno seguirle el juego a ese loco. ¿De verdad afirmaba que tenía unos cuatrocientos cincuenta años?

—Entonces, ¿dejó usted de creer? —le dije.

—¡Jamás! Los ateos son unos idiotas, más que los creyentes no iluminados. Yo me hice creyente iluminado. Ensanché mis creencias. Me hice alquimista.

—¿Alquimista? —dije—. ¿Y hacía oro y esas cosas?

—¡Bah! —dijo, con una aspersión de saliva que llegó a salpicarme—. Escupo en el oro. En Sudamérica hay oro por todas partes, das una patada en el suelo y sale oro. No, no, estudié la vida y, a medida que pasaba el tiempo, la ciencia empezó a levantar la cabeza por encima de la porquería de la fe, llegó la Ilustración y, a mediados del siglo XIX, me convertí en uno de los primeros biólogos.

—¿Y todo el mundo sabe la vida tan larga e interesante que ha tenido usted? —dije.

—No, es mejor que no se sepa —dijo él—. De vez en cuando me cambio el nombre. Dejé los hábitos, aunque sigo siendo un buen cristiano. Por eso ahora soy Murphy; es un apellido que abunda mucho en Colombia. Sé irlandés. *Begorrah*,<sup>36</sup> que nunca merme tu sombra, que el diablo te lleve, malditos sean tus ojos, *mother machree*.<sup>37</sup> Sí ahora soy el profesor Murphy, jefe de una

sección científica muy grande en nuestra universidad.

—¿Y qué le ha traído a Canadá? —dije.

—Estoy reclutando candidatas —dijo, mirándome muy taimadamente.

—¿Para su facultad? —pregunté.

—No, no; para mi Instituto Criónico de Colombia. Pero no nos desviemos. Estábamos hablando de su curiosidad respecto al futuro de esta facultad. Hay muchas formas de saberlo, ¿sabe?

—¿Como cuál? —dije yo.

—La gematría, por ejemplo —dijo él.

La gematría... ¡la cábala de los números! ¡Con la cantidad de veces que había oído hablar de ella! ¡La antigua y complicada ciencia (una locura, sin duda) de la adivinación que practicaban los judíos hace muchísimos años, que formaba parte de su escolástica medieval! Miré a Murphy con otros ojos.

—Pero la gematría solo la conocen los judíos, ¿no es eso? —dije.

—Si se vive lo suficiente y se sobrevive con suficiente vigor, los judíos empiezan a pensar que eres uno más y te cuentan sus secretos —dijo Murphy—. ¿Quiere saber cómo funciona la gematría?

Por supuesto que quería.

—Entonces, debe entender que lo más importante que hay bajo la capa del cielo son los números. Todo es número, y Dios es el dios de los números. Supongo que sabe hebreo, ¿no?

—Lo tengo un poco descuidado —dije—, pero llegué a leerlo y escribirlo bastante bien.

—En tal caso, sabrá que en hebreo no hay signos especiales para los números, pero que cada letra del alfabeto tiene un equivalente numérico, lo cual significa que cada palabra tiene también un equivalente numérico.

—Sí, sí.

—En el arte de la gematría, los secretos se adivinan reduciendo las palabras apropiadas a sus números equivalentes, que luego se suman entre sí; después se suman los resultados obtenidos, y así hasta alcanzar un solo valor entre uno y once. Ese valor es el número de oro, y hay que interpretarlo según los conocimientos de una doctrina muy secreta que representa el modelo racional que subyace al desorden aparente del universo.

—Sí —dije—, pero ¿cómo va a hacer esas operaciones con palabras inglesas? El hebreo suprime todas las vocales, menos la a, y le faltan varias letras.

—Eso forma parte de la tradición. Los huecos se llenan con letras griegas, que también tienen valores numéricos. Los alquimistas griegos y los judíos trabajaban en colaboración. Y la cosa funciona de verdad, ¿sabe? ¿Quiere intentarlo?

—Creo que lo que quiere usted es demostrar sus habilidades —dije.

¡Pues claro que quería intentarlo! Pero, evidentemente, él no se dejó engañar; se echó a reír casi en silencio, haciendo un ruidito como si estrujara un pañuelo de papel.

—No confía en mí —dijo resoplando—. Cree que soy mago. Y lo soy, en efecto, pero no un mago falso. Soy científico, y la ciencia es la magia moderna. Hace mucho tiempo, cuando se estrenó nuestra universidad, en 1572, me tildaron de mago negro, y todavía hay quien hace la señal contra el mal de ojo cuando paso a su lado. Pero me gustaría que confiase en mí y me permitiese ser amigo suyo, porque puedo ayudarle mucho. Seamos amigos al estilo canadiense: llámeme Jesús.

Llevo un puritano dentro. Para mis adentros, tomé la determinación de no llamarlo Jesús si podía evitarlo. Recurrí a la astucia.

—Le llamaré una cosa mejor —dije—. Voy a llamarlo Jos. Jesús es lo mismo que Josué, y Jos

es Josué, pero abreviado. ¿Comprende?

—¡Ah, sí, sí! —dijo, y supe que me había visto las intenciones y que se estaba riendo de mis manías protestantes—. Bien, ¿qué vamos a interpretar? Esta institución, ¿no le parece? ¿Cuál es su esencia? ¿Cuáles son sus raíces, las que marcan su destino por los siglos de los siglos? Pero espere un momento: tengo que prepararme.

Se sentó muy recto en mi sillón de piel, encima de los pies, con los ojos cerrados y las dos manos levantadas con los dedos separados.

—Ahora —dijo—, dígame el nombre completo de este lugar, pero no muy rápido, para que pueda reducirlo a números.

—Massey College in the University of Toronto —dije, y, mientras yo hablaba, él movía los dedos con rapidez, como si tecleara una calculadora invisible.

Y, en efecto, eso era lo que hacía. Comprendí que estaba presenciando una operación de cálculo tal como se hacía en la Edad Media, antes de que llegaran los lápices baratos y los pliegos de papel, las calculadoras y los ordenadores. Sus diez dedos funcionaban como un ábaco. No vaciló ni un instante antes de hablar.

—Diecisiete y veinticuatro, veinte, treinta y cuatro y cincuenta y uno son cien y cuarenta y seis —dijo—. Sume los dígitos uno, cuatro seis y tenemos: ¡once! ¡Ah! ¡Ah! ¡Once!

—¿Eso es bueno o malo? —dije, mucho más ansioso de lo que deseaba demostrar.

—¡Magnífico! Es el número de la revelación, el número de los grandes maestros y visionarios de la religión, la ciencia, la política y las artes. Es el número de los que viven según su visión interior. Peligroso, eso sí, porque a veces el once ama más las ideas que a la humanidad, y eso es una cosa que no se puede olvidar y que hay que evitar. ¡Pero qué número de oro para una facultad! ¡Ah, no tema por este lugar!

—Gracias, Jos —dije—. Me da muchas esperanzas. Solo lamento no estar aquí para ver su cumplimiento.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —dijo el profesor Murphy.

—En junio se cumplen dieciocho años —dije—, pero empecé a trabajar aquí hace veinte años, el 1 de enero de 1960.

—¡Ajá! Bien, coja esa fecha y la de su nacimiento, sume los dígitos y nos da treinta: el tres. Eso es muy bueno, porque el tres es también su número de oro...

—¿Cómo lo sabe?

—Porque me tomé la molestia de averiguarlo antes de venir aquí esta noche, y supe que era un tres en cuanto lo vi. Es una feliz...

—¿Coincidencia? —dije yo.

—La coincidencia no existe —dijo Jos—, en gematría no existe. Todo forma parte del modelo numérico por el que se rige el mundo. Sí, usted estuvo bien para poner esto en marcha, pero no es el más indicado para seguir con ello.

—¿Por qué? —temía la respuesta, pero quería saberla.

—Es muy voluble —dijo Jos—. Tiene muchísima imaginación, inventa mucho, pero lo que esas cosas pueden hacer tiene un límite en un lugar como este, un lugar cuyo número de oro es el gran once. Usted no es siempre verdaderamente serio ni se lo toma todo en serio. Tiene lo que los biólogos llaman genes guasones. Ya es hora de que se vaya. ¿Quién le va a suceder?

—El profesor Hume —dije—. Estaba sentado a su lado en el comedor.

—Sí, y noté cosas muy raras que venían de él. Por eso tuve que pedir vinagre; ese hombre me calentaba y necesito reducir la temperatura corporal. Dígame su nombre completo.

Y Jos se puso otra vez en pose de hacer cálculos.



—James Nairn Patterson Hume —dije.

Jos hizo rápidamente sus sumas y, para mi horror, soltó un gritito patético y se derrumbó hacia un lado. ¿Lo habría matado Pat Hume? Pero vi que con su manita señalaba la botella de vinagre, que estaba en el suelo, a su lado. Al instante se la puse en los labios y el hombrecito bebió, bebió y volvió a beber hasta que no dejó ni una gota. Abrió los ojos lentamente, pero uno estaba como perdido y el otro miraba abajo, y todo su cuerpo diminuto olía a vinagre que tiraba para atrás. Si hubiera bebido cualquier otra cosa, habría jurado que estaba como una cuba, pero... ¿vinagre? Tenía que preguntárselo.

—Jesús —musité, sacudiéndolo con cuidado—. Jesús, ¿está borracho?

No respondió inmediatamente, pero se puso a mover la cabeza sin parar, como si estuviera asombrado. Por fin habló.

—Seguro que a esta institución le aguarda un destino especial —dijo—. Su número de oro es el gran once, y eso es esplendor suficiente, pero este Hume... este James Nairn Patterson Hume... ¡su número de oro también es despampanante!<sup>38</sup> ¡El gran once! Calcúlelo usted mismo: catorce más seis, más cuarenta y uno, más veinte... ¿cuánto da?

—¡Yo qué sé! —dije—. No soy más que un frívolo tres. No se me puede pedir que haga cálculo mental. ¿Cuánto da?

—¡Badulaque!<sup>39</sup> ¡Analfabeto! Da noventa y dos, y hasta usted tendría que darse cuenta de que, al sumar los dígitos nueve y dos, tres sarnoso, da once. Esta facultad, que está conformada por el once, ahora tendrá un decano que también es once, ¿y qué pasará entonces? ¡Ah, rumbo, rumbo!<sup>40</sup> —Parecía tener los ojos fijos en una visión muy halagüeña.

—¿Qué pasará? ¡Dígamelo! —le dije, sacudiéndolo.

—¡Ah, no me pida que se lo cuente! —dijo el profesor Murphy—. ¿Por qué no se viene usted conmigo a la Gran Sala Silenciosa de los Inmortales de la Universidad de Bogotá? Podemos volver aquí de vez en cuando a ver con nuestros propios ojos las maravillas que sin duda sucederán.

¡Qué confusión!

—¿La Gran Sala Silenciosa de los Inmortales? —dije.

—Ya conoce mi trabajo —dijo—. ¿Acaso no soy el prefecto del Instituto Criónico de Bogotá?

—Supongo que sí —dije con poco tacto—, pero ¿qué es la criónica?

—¡Ah, treses! ¡Tenéis mentalidad de bailarines! La criónica, cabeza de chorlito, es la ciencia que salvará a la humanidad porque preservará indefinidamente la vida y las dotes de los que se elijan a propósito. Se consigue deteniendo, mediante un procedimiento cuidadosamente calculado, la muerte celular, que, a la larga, lleva a los mortales normales al punto de la muerte física y espiritual; para ello se vacía el cuerpo de sangre casi por completo y se cambia por una fórmula que se puede sustituir temporalmente por vinagre; después, el cuerpo se guarda en una cámara fría, y todas sus actividades, menos la vida celular, se conservan entre hielo, por así decir, hasta que sean necesarias. Después, se descongela poco a poco y se recupera al hombre, prácticamente como nuevo y, en mi caso, con más de cuatrocientos años de edad. ¡Imagínese la acumulación de sabiduría y experiencia que significa! La búsqueda de la piedra filosofal que iniciamos los alquimistas hace tanto tiempo concluyó en nuestras alturas andinas cuando descubrimos... ¡bah, a la porra con la modestia!... Cuando descubrí que lo único que se necesitaba era una temperatura suficientemente baja y vinagre en abundancia. Bien, pues ahora tiene usted la oportunidad, y decídase rápido, porque esta noche ha sido agotadora para mí. ¿Quiere venir conmigo a Bogotá? Le prometo que dentro de una semana le habrán quitado toda esa asquerosa sangre espesa que tiene y que se encontrará en un frasco a la temperatura del nitrógeno líquido. Lo único que tiene

que hacer es dejar una nota en el mostrador, como en los moteles, y dentro de cien años lo mandarán aquí otra vez y podrá ver hasta dónde ha llegado esta facultad.

Me tentó, confieso que me tentó. Pero pensé que primero tenía que hablarlo con mi mujer. Después, cuando pedí a un doctor judío de una de las sinagogas de Bathurst Street que repasara las cuentas de Murphy, descubrí que mi mujer también es tres, igual que yo, y no es recomendable desoír su opinión.

—¿Puedo disponer hasta mañana para tomar la decisión? —dije, y el profesor asintió con tanta debilidad que me alarmé muchísimo.

Pero los treses tenemos una gran capacidad de improvisación. Era evidente que el profesor estaba tan conmovido por lo que había averiguado sobre Massey College que necesitaba primeros auxilios, unos primeros auxilios especiales. Hice lo único que se me ocurrió, habida cuenta de mis nulos conocimientos científicos. Lo cogí en brazos y lo llevé a las cocinas de la residencia por las escaleras de atrás; era como llevar un pellejo de vino, porque el vinagre que se había metido en el cuerpo bailaba de un lado a otro de una forma incontrolable. Pero conseguí depositarlo en una mesa de la cocina sin que nos viera nadie en todo el paseo por la residencia, y le quité toda la ropa, hasta dejarlo en cueros. Puesto que había sido sacerdote, no me sorprendió que llevara una camisilla de pelo, que todavía conservo, más o menos, porque la señorita Whalon la usa para cubrir la tetera. Conseguí incorporarlo lo suficiente para que bebiera un par de vasos largos de vinagre, después cogí unas jarras de agua helada, lo empapé a conciencia, lo arrojé y lo puse a dormir en una balda de nuestra gran nevera. Cuando lo envolvió el frío, se durmió inmediatamente como un niño y así lo dejé.

Acto seguido fui a hablar con mi mujer y le planteé la gran pregunta: ¿me iba a Bogotá a vivir una heladora vida eterna para poder volver de vez en cuando a Massey College, a ver lo que hacían mis sucesores? Lo pensó detenidamente y después dijo:

—Yo que tú, no lo haría; no te conviertas en un fantasma de Massey College, no me parece nada apropiado. ¿No te acuerdas de aquella frase de nuestros tiempos en el teatro? «El actor veterano se marchita superflamente en la escena.»<sup>41</sup> Cuando te marches de aquí, quítate el disfraz, límpiate el personaje de la cara y sal del teatro.

Sabias palabras, tal como esperaba. Y me fui a la cama, me dormí y olvidé todo el asunto.

Me lo recordaron bruscamente la semana pasada, cuando celebramos el Baile de Navidad, como todos los años. Una de las grandes atracciones de esa celebración es el bufé, que es una espléndida creación teatral en la que todos los invitados, antes de comer, ven los milagros culinarios que han preparado nuestros chefs. Pavos presentados con elegancia, en formas festivas y fantásticas, pastelillos rellenos de nata, de modo que, por su blancura, parecen cisnes, tartaletas maravillosas como joyas de topacio, rubí y esmeralda. Tartas adornadas en estilo barroco pleno, que son en sí mismas la quintaesencia de la Navidad, y mucha juventud alegre y mucha animación. Como de costumbre, lo miré todo con orgullo; era la clase de demostraciones que tanto complacen a un hombre cuyo número de oro es el tres. Y entonces...

No quiero seguir. Preferiría mil veces no hacerlo. Pero hay imperativos de verdad histórica que ni siquiera un tres puede atreverse a pasar por alto. En el centro de la mesa principal estaba... ¡No, no! ¡He dicho que no!

Bueno, era un lechón asado. O, al menos, lo habían adornado igual. Desde luego, llevaba una manzana en la boca y glaseado blanco alrededor de los ojos. Otro glaseado, de color de rosa, le alargaba las orejas, que no eran exactamente de cerdo. Miré esperanzado a ver si encontraba el rabito enroscado entre las nalgas, que no se parecían en nada a las de un cerdo, pero no lo vi.

Me dirigí al tesorero, Colin Friesen, y, controlando la voz lo mejor que pude, le dije:

—¡Qué singular! ¿Verdad? ¿De dónde lo han sacado?

—Tuvo que entrar con algún pedido grande —dijo—. Por lo visto, nadie sabe nada. Es una novedad. ¡Qué delicia! Diría que está macerado en vinagre. Pruebe al menos los chicharrones.

Dije que no. Por mucho que sea un tres frívolo, puedo alardear, como espero que lo hagan todos mis sucesores, de no haberme comido jamás a sabiendas a un huésped de La Casa.

- [1](#) Traducción de Gabriel Insausti. (Todas las notas de este libro son de la traductora.)
- [2](#) Obra sin traducción en castellano. El título podría traducirse: «La mujer de mi dentista, o El balcón del galán».
- [3](#) Obras sin traducción en castellano. Los títulos podrían traducirse, respectivamente: «Amor de mujer o Kate Wynsley, la chica de la cabaña»; «Raffaello el Réprobo o la misión secreta y el anillo del sello»; «El anillo de rubí o el asesinato en Sadlers Wells»; «El enredo».
- [4](#) *Chums*: periódico semanal para chicos. El primer número salió en 1892 y dejó de publicarse en septiembre 1941 debido a la escasez de papel.
- [5](#) Uno de los títulos del rey Jorge V.
- [6](#) Primer ministro canadiense entre 1921 y 1943. Nótese el apellido «King», que en inglés significa «rey».
- [7](#) La Sopa de Tortuga Falsa (*Mock Turtle Soup*) se originó en Inglaterra a mediados del siglo XVIII a imitación, más económica y asequible, de la auténtica sopa de tortuga. Se suele hacer con sesos, cabeza y pezuña de temera. Lewis Carroll creó el personaje de la Tortuga Falsa (Mock Turtle), que tiene caparazón de tortuga y cabeza, pezuñas y rabo de vaca (véase capítulo 9 de *Alicia en el País de las Maravillas*).
- [8](#) Versos del poema *The Lady of the Lake* (1810), de Walter Scott.
- [9](#) Sir John A. Macdonald (1815-1891). Se le considera el principal estadista canadiense de todos los tiempos. Fue el primer primer ministro de Canadá, cargo en el que se mantuvo diecinueve años. «Old Tomorrow» [Viejo Mañana] fue uno de los sobrenombres que recibió.
- [10](#) El Left Caucus era un grupo izquierdista de presión que se formó en el seno del New Democratic Party of Canada y del Ontario New Democratic Party.
- [11](#) Así comienza *A Tale of Two Cities* (*Historia de dos ciudades*), de Charles Dickens.
- [12](#) Tubfast Weatherwax: la palabra *Tubfast* no existe como nombre propio. Podría traducirse por «lavable a máquina». En cuanto a Weatherwax, se utiliza en jerga con el significado de «bocazas».
- [13](#) Palabras del señor Swiveller en *La tienda de antigüedades*, de Charles Dickens.
- [14](#) Expresión de Ebenezer Scrooger para referirse a la Navidad en *Cuento de Navidad*, de Charles Dickens.
- [15](#) Palabras de Dick Swiveller en *La tienda de antigüedades*, de Charles Dickens.
- [16](#) Job 30: 27, (edición Reina Valera).
- [17](#) Job 41: 33-34, (versión Reina Valera).
- [18](#) Ontario Institute for Studies in Education.
- [19](#) *Ms.* es una forma genérica de tratamiento para la mujer, de manera que no alude a su estado civil, al contrario que *Miss* (señorita) o *Mrs.* (señora).
- [20](#) *Véronicas*, *amontillados* y *turnedós bonne femme*: así en el original.
- [21](#) «You are the cream in my coffee»: Eres la leche de mi café. Siempre serás / mi necesidad / No puedo estar sin ti. Canción popular que aparece en el musical de Broadway *Hold Everything!* Ha sido grabada por varios cantantes a partir de 1928.
- [22](#) Caledonia es el nombre que los romanos pusieron a Escocia y que después quedó en el lenguaje poético.
- [23](#) Primeros versos del poema *The Shooting of Dan McGrew* («La muerte de Dan McGrew»), que se cita a continuación. Podrían traducirse así: «Unos cuantos mozuelos se divertían / en el salón Malemute; / el chico que aporrea las teclas / atacaba una cancioncilla».
- [24](#) *Son-of-a-gun*: juego de palabras basado en la semejanza entre Gunn (apellido) y *gun* (pistola), que alude a la expresión *son-of-bitch* (hijo de puta).
- [25](#) Isaías 51: 1, (versión Reina Valera).
- [26](#) NPD: Nouveau Parti Démocratique (Canadá).
- [27](#) Un *laj* son cinco mil rupias.
- [28](#) El gusano conquistador: posible referencia al poema homónimo de Edgar Allan Poe, inspirado en el poema *The Proud Ladye*, de Spencer Walles Cone.
- [29](#) En el original: *The rank is but the guinea's stamp*, séptimo verso del poema *A Man's A Man For A' That*, de Robert Burns, con el que viene a decir que tanto vale el señor como el vasallo.
- [30](#) *Acquavit* es un licor escandinavo destilado de la patata.
- [31](#) *Gay*: la primera acepción de este adjetivo inglés es «alegre», de ahí la confusión de Fauntleroy.
- [32](#) Holden Caulfield es el adolescente que protagoniza la novela de J. D. Salinger *El guardián entre el centeno*.
- [33](#) Jesús María: en castellano en el original.
- [34](#) Loblaw es el nombre de una cadena canadiense de supermercados.
- [35](#) *Excusado*: en castellano en el original.
- [36](#) *Begorrah*: es la expresión «By God!» (¡por Dios!, ¡pardiez!) típica de los irlandeses.
- [37](#) *Mother machree*: equivale a «My dear». Expresión típica de los irlandeses.
- [38](#) *Despampanante*: en castellano en el original.

[39](#) *Badulaque*: en castellano en el original.

[40](#) *Rumboso*: en castellano en el original.

[41](#) En el original: *Superfluous lags the veteran on the stage* (cita de Samuel Johnson).

## Colofón

«Hablando de fantasmas, dijo: “Es maravilloso que hayan transcurrido cinco mil años desde la creación del mundo y todavía no se sepa con certeza si ha habido o no algún caso de aparición del espíritu de una persona difunta. Todos los argumentos están en contra, pero todas las creencias están a favor”.»

JAMES BOSWELL

Desde LIBROS DELASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *Espíritu festivo. Cuentos de fantasmas*.

Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector o comparta sus opiniones con nosotros y otros lectores en nuestra web ([www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com))

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección que creemos que le gustarán si ha disfrutado con la presente lectura.

Queremos animarle también a que nos siga en Twitter (<http://twitter.com/LibrosAsteroides>) y en Facebook ([www.facebook.com/librosdelasteroide](http://www.facebook.com/librosdelasteroide)), y nos visite en nuestra web donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y donde podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.



## Nota biográfica

**Robertson Davies** (1913-1995), murió siendo un escritor mundialmente famoso y uno de los autores canadienses más importantes. Nacido en la región de Ontario, se educó en distintas instituciones de su país y Europa. Tras licenciarse en Literatura en Oxford, trabajó como actor en la Old Vic Repertory Company, donde conoció a la que más tarde sería su esposa. En 1940 regresa a Canadá para dedicarse con éxito al periodismo y a escribir comedias; su columna humorística, firmada con el seudónimo de Samuel Marchbanks, tuvo un éxito inmediato y algunas de sus obras de teatro –que él mismo produjo– fueron muy aclamadas.

A comienzos de los años cincuenta publica la primera de sus once novelas, organizadas en trilogías, que lo harían mundialmente famoso: la *Trilogía de Salterton: A merced de la tempestad* (1951); *Levadura de malicia* (1954) y *Una mezcla de flaquezas* (1958); la *Trilogía de Deptford: El quinto en discordia* (1970), *Mantícora* (1972) y *El mundo de los prodigios* (1975); la *Trilogía de Cornish: Ángeles rebeldes* (1981), *Lo que arraiga en el hueso* (1985) y *La lira de Orfeo* (1988); y la inacabada *Trilogía de Toronto*. En los años sesenta abandonará progresivamente el periodismo y comenzará a enseñar Literatura en la Universidad de Toronto, actividad que compaginará con la escritura hasta su jubilación. Además de novelas, Davies publicó una treintena de libros de distintos géneros –cuentos, obras de teatro, crítica literaria y recopilaciones de artículos–, entre los que destaca el volumen de relatos *Espíritu festivo. Cuentos de fantasmas* (1982).

## Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *Espítiru festivo. Cuentos de fantasmas*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en [www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com) encontrará más información):

*El quinto en discordia*, Robertson Davies

*Mantícora*, Robertson Davies

*El mundo de los prodigios*, Robertson Davies

*Ángeles rebeldes*, Robertson Davies

*Lo que arraiga en el hueso*, Robertson Davies

*La lira de Orfeo*, Robertson Davies

*A merced de la tempestad*, Robertson Davies

*Levadura de malicia*, Robertson Davies

*Una mezcla de flaquezas*, Robertson Davies